

ROSANA AMPLE

Terraferstile

EL ÁRBOL DE
LA VERDAD

Terrafertile
Rosana Ample

TERRAFERTILE

Textos: © Rosana Ample

Maquetación: © Mireia Giménez Higón

Corrección: © Rosana Ample

ISBN: 9781792139116

1ª edición: Enero 2019

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia.

A mi padre, por su creatividad cultivando la tierra y por su generosidad ofreciendo a los suyos sus cosechas.

INDICE

I El alumbramiento

II MASSIMILIANO DALL'OSSO

III TRISTE FIN DE UNA ETAPA

IV HORIZONTES CON RAICES

V MARIA BEATRICE

VI UN FANTASMA EN EL ESPEJO

VII DESENTRAMANDO LA HISTORIA

VIII SIGUIENTE TERAPIA

IX UNA DETECTIVE SIN GABARDINA

X MASSIMILIANO DALL'OSSO

XI LEOPOLDO DALL'OSSO

XII EL COCODRILO Y EL COLIBRÍ

XIII EL ARBOL DE LA VERDAD

XIV REFLEXIONES Y CONCLUSIONES

XV ABRIENDO NUEVO CAMINOS

XVI PARIENTE DE SATANÁS

XVII CARLOTA Y VALENTINA

XVIII EL ARBOL DE LA VERDAD

XIX UN SUEÑO, UN MENSAJE

XX NUEVOS PROYECTOS

XXI BENJAMIN

XXII VOLVER Y ESCAPAR

XXIII TERRAFERTILE CONTEMPORANEO

XXIV CINCO AÑOS DESPUÉS

XXV _MADRESOLTERA

XXVI _NADAMÁSQUELAVERDAD

XXVII _DULCESRECUERDOS

XXVIII _SELALLEVAUNSAANACH

XXIX_ VERDADESENREDADAS
XXX_ LOSKAVANAGHYLATIERRA
XXXI_ AMBIENTEHOGAREÑO
XXXII_ LUZPARALOSQUEQUEDAN
XXXIII_ MAUREENENLATOSCANA
XXXIV_ ENFRENTARSEAUNCOMPROMISO

El alumbramiento

Montepulciano, 1918.

La campana del *Tempio di san Biagio* tañía a las tres de la tarde, resonaban con ella las de la *Chiesa e Chiostro di Sant'Agnese* y con unos segundos de retraso, marcaba el sonido el reloj del *palazzo Comunale*, situado al lado de la catedral, ambos ubicados en la *Piazza Grande*. Hacía más de seis horas que una mujer agonizaba su fertilidad sobre su lecho. La futura madre controlaba sus dolores y gemidos avergonzados. El silencio de aquel séptimo día de agosto no le beneficiaba; no quería que sus gritos provocaran un escándalo de ir y venir, de mujeres aficionadas a las tareas matronales. Su madre, era una de ellas, una de las aclamadas en el pueblo como buenas parteras. Ese parto, pedía discreción y mucha seriedad, las cosas debían salir bien. A Dios le habían encomendado el trabajo.

—Ánimo, hija. Dios está con nosotros. Dios nos protege.

Con cada tañido, Lorena gritaba con todas sus fuerzas escondiendo su pena y dolor. Los tañidos del mediodía, fueron los decisivos empujones que la llevaron a dilatar aún más. Con el último sonido del reloj de la plaza, marcando las tres en punto, estalló el llanto de una niña saliendo de su vientre.

—Madre, quiero que se llame Maria Beatrice —Dijo la madre mientras la tomaba en brazos con fuerza.

—Así será hija, se llamará Maria Beatrice Caffarelli. Su padre irá mañana mismo al registro, ahora descansa, dame la niña, yo la acunaré, tú descansa.

La parturienta descansaba en su lecho abrumada y preocupada. Su único pensamiento era el buen destino de las cosas. A Dios le encomendaba el trabajo desde aquel momento hasta siempre. Acurrucada y con las manos juntas sobre sus labios, rezaba una oración.

Dios, a partir de ahora a ti me entrego. No hay tormenta que me venza, si Dios está conmigo.

II

Massimiliano Dall'Osso

Montepulciano, 1938.

Montepulciano, situado en una posición panorámica, al sur de Siena, sobre una colina entre Valdichiana y el valle del Orcia; había sido siempre famoso por su vino noble, el pueblo agrupaba una serie de callejuelas empinadas y tortuosas en las que rezumaba el estilo renacentista.

Massimiliano dall'Osso, había regresado tras ser laureado en los Mundiales de Fútbol de Francia. Italia había ganado el mundial con todo merecimiento. Dicho cetro, convertía al equipo de Vittorio Pozzo en el primer bicampeón mundial de la historia.

Mientras el mundo estuvo calentando motores para sus guerras, Francia se postuló para montar el Campeonato Mundial de 1938. El torneo tuvo etiqueta de europeo. Todo giraba alrededor de las potencias del Viejo Continente y, en particular, de lo que pudieran desarrollar Italia, Hungría y Checoslovaquia ya que Inglaterra, como de costumbre, había preferido no participar en el Mundial porque sus dirigentes consideraban que no tenía valor y no habían tenido tiempo de armar un equipo a la altura del acontecimiento.

Massimiliano dall'Osso, era uno de los pupilos de Vittorio Pozzo, que tuvo el placer de alzar la copa rodeado de sus compañeros, bicampeones. Poco antes de iniciarse el partido en el legendario estadio Colombes de París, Francia, apareció la sombra del fascismo. El dictador Benito Mussolini, *Il Duce*, había enviado un telegrama a la concentración, dirigido al capitán del equipo, Giuseppe Meazza.

“Debemos ser campeones para demostrar lo que es el ideal fascista...”. Y el mensaje de *Il Duce* terminaba con un elocuente: “vencer o morir”. Por fortuna para la *Azzurri*, lo último no fue necesario, pese a los nervios imperantes.

París disfrutó de una sustanciosa final de campeonato, en un escenario atestado de público, se desplegó un ritmo rápido, de balompié limpio y elegante.

La Copa debía quedarse cuatro años en custodia de Italia. Los jugadores se separaron, entonces, con los brazos cargados de recuerdos. A dos meses de la movilización de las tropas francesas ante la amenaza nazi en el conflicto bélico y a 14 meses del propio estallido de la guerra, la humanidad parecía ignorar, gracias al fútbol, lo que lanzaría al orbe en el mayor cataclismo de la historia.

Massimiliano, además de ser un apuesto y atractivo jugador de fútbol, era hijo de artistas, llevaba el arte en las venas y su destino grabado en piedras y pinturas. Su progenitor ya se había comprometido en que, tan pronto como su hijo volviera al pueblo, debía restaurar las pinturas de los techos de Terrafertile. Tras haberse subido con su padre a varios andamios y recuperar pinturas renacentistas de diferentes *Pallazos*, este sería su primer trabajo en solitario. Entre tanto, su padre se quedaría en el laboratorio de *Mosaico Artístico*, donde sobre el dibujo a carbón, superponía pequeños mosaicos, dando forma a preciosos retablos.

Terrafertile era una villa renacentista que pertenecía a los Caffarelli, una familia considerada en el pueblo como un tanto disfuncional, además de la atribuida fama que se habían granjeado por tener muy mal genio y ser algo belicosos desconfiados y recelosos. Tras varias semanas trabajando para los propietarios, se había granjeado una bonita amistad con las señoras de la casa, pero en especial con la sobrina de los Caffarelli, cuatro años más joven que él y, al igual que Massimiliano, con una hermana que, en su adolescencia, había optado por tomar los hábitos. En aquel espacio y tiempo, ingresar en un convento o monasterio, acostumbraba a ser una opción valiosa que considerar.

Maria Beatrice, la quinta e inesperada benjamina de los Caffarelli, Beatrice, como acostumbraban todos a llamarla, se había criado huérfana de madre, ni siquiera conservaba un recuerdo de ella. Su padre, algo parco y distante en los quehaceres didácticos, lúdicos e infantiles, había encomendado la educación y crianza a los tíos de la joven, un veterano matrimonio, que no habían podido engendrar sus propios hijos. Dichos cónyuges, poseían una gran fortuna heredada y bien gestionada. En el año 1920, habían comprado la bonita y acogedora villa solariega llamada Terrafertile.

El padre de Beatrice, no hacía buenas migas con los tíos, las discusiones eran incesantes, día sí día también, anidaba en el hogar un ambiente inhóspito envuelto en rencores y desdicha.

De aquello habían pasado ya más de veinte años, ahora en la villa, tan solo vivía la tía de Beatrice y ésta. El tío y el padre de la joven, indistintamente,

habían fallecido antes de cumplir los sesenta y los hermanos mayores, cada uno había elegido su destino venturosamente.

El tío Ernesto, había dejado la herencia bien atada. Su esposa como usufructuaria y su sobrina Maria Beatrice como heredera única. Cosa que el hermano de ésta, Emmanuelle, había encontrado completamente injusto. Pero desde el principio, los tíos mostraron predilección por la benjamina de la familia, cuyos hermanos mayores habían volado del nido cuando ella apenas les llegaba a las caderas. Maria Beatrice fue una de aquellas niñas privilegiadas, que asistió a un colegio privado de monjas y con una exclusiva educación.

Beatrice, con idea de limar asperezas con su hermano Emmanuelle, y a pesar de que su tía la contrariaba, le cedió a éste y su esposa una parcela de 120 metros anexa a Terrafertile y diez bendecidas fanegadas.

Maria Beatrice había sido educada, como todas las niñas de su edad, con una sólida fe cristiana. De hecho, el día a día, estaba envuelto de quehaceres relacionados con la iglesia. Catequesis, clases de órgano, comidas benéficas de Caritas, jornadas de encuentros con misioneros. De no ser para tal finalidad, Beatrice no sacaba un pie de Terrafertile. La joven, que contaba ya con veintiún años, algo soñadora y gran pensadora en sus tardes de ocio, sabía que en breve debía casarse, eso era lo que esperaban de ella. En cambio, todavía no había descubierto el significado del amor hacia un hombre con quien darle frutos a la tierra. Supuso entonces, que lo mejor sería respetar la decisión de su hermano y tía. Era una joven encantadora, diplomática y coqueta que siempre tenía hermosas palabras para elogiar la labor artística de éste. Finalizada la tarea de restauración de los frescos, Massimiliano acostumbraba a visitarles de tanto en tanto, pues le habían prometido pagarle a plazos durante unos meses. Una vez cumplimentado el pago, Massimiliano seguía buscando motivos para visitar la villa, entre otros, despedirse de, Vincenzo, hermano segundo de Beatrice, que se iba a embarcar hacia nuevo mundo, pudiendo así sortear meses después, aquella guerra a la que los italianos habían aceptado a duras penas. Fue todo un alivio para Beatrice, poder abrir la puerta a aquellos militares que en su debido momento visitaron Terrafertile, para llevarse a Vincenzo y poderles decir con enorme paz, que éste rezaría por los caídos, en un convento cerca de Bariloche. Massimiliano se libraría también de la guerra tras aquel bendito partido que al mismo tiempo le otorgó aquel cetro, una mala soldadura de los huesos de la tibia, le había dejado una leve cojera que, por ser hombre presumido, disimulaba con

deportividad, a pesar de acentuarla en el momento de la revisión para alistarse.

Y como era en aquel tiempo por costumbre, todos sacaron conclusiones. Un hombre apuesto, soltero, con edad de tomar nupcias, visitando tan a menudo la villa de una mujer hermosa culta y con edad de tener pretendientes. Todos hacían por facilitar el cortejo y que ambas familias se unieran.

Massimiliano se apeó de la bicicleta y permaneció unos segundos mirando aquella piedra grabada con el nombre de la villa: TERRAFERTILE. Como acostumbraba, abrió la cancela y dejó la bicicleta arrimada cerca de una pequeña fuente.

La provincia había sido un antiguo asentamiento etrusco, contaba la leyenda, que hacía miles de años, en aquella tierra, donde ahora se erigía aquella hermosa villa de grandes estancias y lámparas de araña, existía un pequeño templo construido en honor a Ceres. Muchas mujeres, ofrecían en el templo parte de sus cosechas, e incluso sus carneros como sacrificio. De este modo, se había convertido en un lugar de culto. En sus festividades, las mujeres paganas acostumbradas a ofrendas y rituales, decoraban aquel lugar con las guirnaldas de narciso. Las flores estaban prohibidas, debido a la leyenda de Proserpina que, recogiendo flores, fue raptada por Plutón. Únicamente le estaba consagrada la amapola, pues crecía entre el trigo y además fue la flor que Júpiter dio de comer a su hija Proserpina para provocarle sueño y así mitigar el dolor del rapto de su hija por Plutón.

De aquella leyenda, en aquel cerro, quedaba la memoria de una bonita estatua de la diosa Ceres en el centro de la villa, tras cruzar la verde y floreada cancela. Representada con aspecto de mujer hermosa y majestuosa, con la mirada lánguida, una diadema muy alta, unos pechos grandes un haz de espigas en la mano derecha y una antorcha encendida en la izquierda. Su túnica le llegaba hasta los pies y llevaba un velo echado hacia atrás. Terrafertile asentada sobre un pequeño cerro, había sido bautizada con dicho topónimo, porque Ceres había posado su gracia en el lugar. Cualquier fruto de árbol, tubérculo o planta, proliferaba dando al recolector sabrosas y turgentes cosechas. De este modo, los Caffarelli acostumbraban a cosechar una agricultura subsidiaria de escala familiar combinada con la crianza de animales. Paralelamente, arrendaban otros viñedos de la comarca asentados en el valle del Orcia.

La familia dall'Osso, provenía de una valiosa estirpe de artistas aposentados durante muchas generaciones en Montepulciano, en la calle

principal, Via Roma, cerca del palacio Avignonesi. Dueños de viñedos y comerciantes del cuero, habían podido proveer a sus hijos de estudios. Massimiliano había estudiado durante casi dos años en la Accademia di Belle Arti di Firenze aprendiendo así el oficio de ebanista. Hacía un par de meses que había abierto un taller de artesano de la madera en el pueblo justo al lado del taller de mosaico y restauración de su padre. Y desde el primer día, no le faltaba trabajo. Mecedoras, camas, armarios, butacas de vecinos de Montepulciano y alrededores.

En los últimos meses, había visitado todas las semanas Terrafertile. Siempre había una excusa para tener un encuentro o charla con algún Caffarelli. Y siempre, de forma delicada, aprovechaba la ocasión para sentarse junto a Beatrice y conversar. En alguna ocasión, tía Valentina se había levantado con cualquier excusa para poderles dejar solos, o había invitado a Beatrice a que acompañara a Massimiliano a recoger unos tomates o unos higos como ofrenda por su visita. Esto no hubiera sucedido en presencia de su esposo Ernesto, pero éste, hacía años que yacía en el campo santo.

Pero en esta ocasión, Massimiliano, había asistido exclusivamente para pedirle matrimonio a Beatrice Caffarelli. Ella había aceptado, siempre y cuando aquella opción, fuera la voluntad de tía Valentina y de su hermano Emmanuelle —ya casado y a punto de ser padre por segunda vez, seguía de tanto en tanto y siempre que le conviniese, cumplimentando las tareas de hermano mayor—. Ambos recibieron la noticia con una espontánea alegría, convidando a los dall'Osso a comer a Terrafertile y oficializar la pedida de mano.

Beatrice mataba las horas tejiendo una bufanda para su prometido, tan solo quedaban dos semanas para la boda, y se sentía algo alicaída. Poco convencida. Su hermano Emmanuelle, había ido a visitarla con su esposa y su sobrina de tres años de edad.

—Menuda cara tienes. Cualquiera diría que, en vez de casarte, vas a subir al cadalso como la Bolena.

—Emmanuelle, no estoy segura de dar este paso. No sé si Massimiliano me hará feliz.

—¡Haz el favor de comportarte como una mujer, Beatrice! ¡Quítate de la mente esas fantasías de cuentos baratos! ¡Los dall'Osso son el mejor partido para emparentar con una Caffarelli! ¡Cualquier otra opción, sería un gravísimo error en tu destino! ¡Así que haz el favor de comportarte como la mujer que un dall'Osso merece! ¡Ya es hora de que dejes de ser una niña malcriada! —

Contestó enfadado y de mala gana.

El hermano de Beatrice, al igual que su padre, eran personas toscas, algo agresivas en lo correspondiente a la comunicación y poco diplomáticos a la hora de comercializar o tratar temas laborales. Todo lo solucionaban con un grito, con un portazo y al otro lo dejaban, con cara de paisaje. Eran unos caballos indomables, dispuestos a dar coces sin llegar a pensar en las consecuencias. Lo curioso es que no eran rencorosos y tenían una facilidad tremenda para olvidarse de sus arranques espontáneos y llenos de despropósito. Quien bien les conocía, podía llegar a aceptar y perdonar la actitud ruda del Caffareli.

Beatrice no tuvo escapatoria y se casó con el apuesto Massimiliano, un hombre de buen ver, con unos preciosos ojos azules que llamaban poderosamente la atención por su bronceada piel. Beatrice, solo puso una única condición, que el domicilio conyugal fuera Terrafertile, quería vivir en la villa junto con la Tía Valentina. Massimiliano no puso pega alguna a aquella casa solariega hecha en sillar y con altos techos franqueados por vigas de madera de pino o frescos representando ángeles custodios y suelos alfombrados en pequeños baldosines hidráulicos. Un lugar como Terrafertile, donde los frutos tenían un sabor almibarado y la siembra siempre germinaba mejor que en otros campos, sería con facilidad su verdadero hogar.

La boda de Massimiliano y Maria Beatrice fue una de las más hermosas recordada en décadas. Ambas familias se jactaron de estrechar lazos sanguíneos. Todo el pueblo se congregó a los pies de la catedral, para lanzar arroz a aquella hermosa pareja a los cuales ya les deseaban que aquella misma noche se entregaran a la tarea de dar hijos.

Massimiliano vestía un chaqué con un distinguido sombrero de copa, Beatrice lucía un sencillo vestido de talle clásico de manga larga, guantes y un velo enganchado por un tocado a media altura de sus cabellos recogidos con ondas al agua.

Y Dios, bendijo aquella unión, justo nueve meses después del enlace, nació *Veronica*. La joven Beatrice se sentía honrada de dar una hija a aquel consagrado enlace. No obstante, ni siquiera tuvo tiempo de pararse a pensar si aquello era lo que quería. Según su familia, eso era tarea ociosa y desagradecida. Y como toda mujer, fue esposa y madre. Dos años después de nacer Veronica, vino al mundo Leopoldo.

Tras el nacimiento del varón, existió un punto de inflexión en la vida de Beatrice. Día a día, comenzaba a sentir un leve desprecio por su esposo y su

familia, con ello, menos atención a su vida conyugal y maternal y más inclinación, si cabía, con la religión cristiana.

Como si los años se hubiesen apoderado de ella, leves contracciones de su cuerpo se fueron acentuando: sus convexos hombros hundidos hacia dentro, mostrando al mundo como se le hundía el mundo sobre ella. Sin embargo, siempre que salía de casa, llevaba los cabellos cardados, las mejillas salmonadas y los labios pintados de rosa palo.

III

Triste fin de una etapa

Milán, 2015.

Benedetta descansaba en su cama, cuando el sonido del teléfono la despertó.

—Sí, está mucho mejor, va cogiendo energías con mis guisos. — comentaba la madre.

Alguien tras el otro lado del teléfono invitaba a que la joven se incorporara a trabajar en un *shooting* en Lanzarote. La temperatura de las islas, serían un bálsamo para su recuperación.

—Bueno, se lo comentaré, pero intuyo que sí, que estará encantada de incorporarse. —defendía *Sofia*. Ahora está descansando, le diré que os llame y os comunique su disponibilidad.

Comenzaba a sentirse algo recuperada de aquella neumonía, aunque le costaba recuperar energías. Durante cinco días, había perdido el habla por completo. Ni siquiera había podido llamar al médico de urgencias para concertar una cita. De este modo, decidió esperar unos días hasta que un hilo de voz la condujo a solicitar a su madre que tomara un tren de Florencia a Milán para cuidarla por unos días.

El doctor tenía un aire chamánico, de inmediato dedujo que una mala noticia había desestabilizado a la paciente dejándola sin defensas y causándole así una enfermedad como la neumonía.

La voz de Benedetta eran susurros, bisbiseos y agudos ahogados. La respiración era pedregosa y con algún silbido. El estado de ánimo era el de peor pronóstico. Ni siquiera tenía pujanza para prepararse una infusión de tomillo. Al menos a aquel estado, se habían expatriado los intensos lloros, pero el vacío y el abandono ahí seguían, acompañándola.

Había sido un noviazgo algo forzado. La primera vista, no fue amor. Fue una sensación algo decepcionante. Dario, había mostrado en fotografías unos rasgos bellos. Un cuerpo fornido y fibroso y un rostro armonioso. En persona, no parecía la misma persona, era un ser alto y enclenque. Sin embargo, Benedetta no quiso que aquel detalle interfiriera en la bonita magia que se

había creado entre los mensajes de aquel chat. Dario había sido todo un conquistador nato. Había hecho todo lo que ella deseaba que un hombre hiciera para apresarla. Tras agradables conversaciones por el chat y la costumbre de saludarse cada mañana y cada noche, la sensación de encontrarse iba cada día en aumento. De hecho, no se conformaba con un café o una merienda. Con Dario sentía ganas de pasar el día entero con él. Por fin, después de tantos años afincada en Milán, iba a encontrarse con un buen milanés. Bien lo merecía.

Benedetta le esperaba aquella mañana de mayo en un banco cercano a su domicilio. Vestía cómoda, con zapatillas y pantalones vaqueros. Llevaba un sombrero blanco de paja para lograr así un toque más dulce y campestre. Los sombreros le sentaban muy bien. La noche anterior, se despidieron unas cuantas veces por el chat, la última, alrededor de las dos de la mañana. Y a las diez, Dario debía aparecer en su calle. A las siete de la mañana, éste, había enviado un mensaje lleno de excitación e ilusión por iniciar aquel hermoso día. Ambos, deseaban fervientemente iniciar una historia de amor. Estaba harta de encontrarse candidatos “croissants” como ella acostumbraba a llamar a los modelos esbeltos y guapos. La mayoría estaban vacíos por dentro y sus prioridades eran banales. Sin embargo, tras aquella primera impresión, Benedetta había desviado el flechazo y temía no sentir atracción por aquel hombre enclenque y con principio de alopecia. Su coche, un Ford Focus de tres puertas delataba que Dario era una persona normal con un salario normal. Así que prefirió seguir jugando al anonimato; decir que había sido *Miss World*, podía dejarla en desventaja y prejuizada. Con comentar que era modelo, ya era suficiente. Al entrar al coche Benedetta tomó una bolsa de papel con el logotipo de una de las tiendas de la Galería Vittorio Emanuele que se encontraba en el asiento y se la entregó a Dario para que la retirase.

—No, ¡eso es para ti!

—¿Para mí? —“El chico iba ganando puntos”. Pensó la joven.

Con sorpresa e impaciencia, como se debe abrir un regalo inesperado, la muchacha rasgó el papel que lo envolvía para encontrarse con aquel regalo. Una libreta de cuero, imitando a los libros antiguos con los bordes tintados en oro anaranjado, una tira roja ceñida hacía de marca páginas y un cierre metálico daba la elegancia y solera del libro.

—Dijiste que te gustan las antigüedades y que te gustaba la poesía, pensé que te gustaría tener tu propio libro de poesías.

—Sí. Has acertado, Dario, llevo muchos años queriendo hacerme con una

de estas libretas, pero son caras y siempre hay otro capricho al que darle más prioridad. ¡Oh que bonito, Dario! Muchas gracias; bueno ¿a dónde vamos?

—¿Has estado alguna vez en el lago de Garda?

—He escuchado mucho sobre este lugar, pero no, nunca fui. ¿Está cerca?

—A unas dos horas largas de Milán. ¡Verás cómo te gusta!

Dario parecía un hombre algo apocado y tímido, aparentemente, tenía un toque de sensibilidad muy apreciado. Quizás eran sus ojos, quizás su rostro, quizás su aura. Durante el trayecto, comenzaron a tratarse con familiaridad y fluidez. Una vez llegaron al destino, se habían contado un cuarto de sus vidas.

Dario era un aficionado a la fotografía—de ahí, que sus fotos en aquella página de contactos fueran tan bonitas y acentuaran lo que no tenía, cuerpazo. Pero Benedetta no quiso hacer leña del árbol caído, no le dio importancia, pues parecía ser un chico encantador e incluso trató de justificarle en sus pensamientos, recordando aquella frase del Doctor House en la que decía: Las mujeres se enamoran de lo que escuchan y los hombres de lo que ven. Por eso las mujeres se maquillan y los hombres mienten.

El Lago de Garda, era el más grande de los lagos italianos, un exclusivo destino turístico, al pie de los Alpes. Alrededor de este espejo de agua de 370 kilómetros cuadrados se acomodaban coquetos pueblitos, que fusionaban termas, castillos y palacios medievales. El paseo por sus riberas recorría tres regiones: Lombardía, Trentino–Alto Adige y Veneto.

El destino elegido por el milanés para apearse fue Sirmione, un buen lugar para comenzar el recorrido, ubicado en una península que se adentraba varios kilómetros en el lago, era un conocido centro termal y por sus callecitas angostas, de colores con sus típicos blasones y hermosos jardines. Antes de llegar a la plaza central, se veía a lo lejos la Rocca Scagliera, un majestuoso castillo rodeado de canales que databa del siglo XIII y al que se ingresaba a través de un puente levadizo.

Dario sugirió comer en uno de los restaurantes más elegantes y románticos de la zona, ubicado sobre las aguas transparentes del lago.

—Dario, este sitio es muy caro. Mira tiene tres estrellas Michelin. Se suponía que veníamos en plan picnic. ¡Mira que pintas llevo!

—¡Y que importa! Las vistas lo merecen, el momento también.

—Dario, nos van a meter una buena clavada a la visa.

—Venga pasa, y no pienses más que en disfrutar.

La comida estuvo dotada de una perfecta escenografía en aquel pequeño pueblo medieval.

El restaurante tenía un pequeño parterre con pinos y variados árboles.

—¿Ves la copa de aquel árbol? —Dijo Benedetta.

—Sí.

—¿Conoces el fruto que hace?

—No, ¿Cuál es?

—Nisperos, me crie en el campo. En casa de mis abuelos tengo un nispero. Los milaneses no estáis muy habituados a reconocer los frutos de los árboles por sus hojas.

—¿Te gusta el campo?

—No mucho. Mis primeras palabras cuando tenía dos años fueron: Al campo no voy. Pero desde que me trasladé a Milán, me siento más toscana que santa Caterina de' Ricci y sin poderlo controlar, me sale una sutil nostalgia por lo mío. Pero me gusta Milán y los milaneses.

—¿Santa Caterina de' Ricci?

—¿Y esa santa?

—Bueno, es una expresión de mi difunta abuela. Ella era muy católica y cuando tocaba blasfemar o ponerse de mal humor, se encomendaba a los santos y patronos, bendiciéndoles con honor y gloria. Santa Caterina de' Ricci, tuvo un nombre diferente, Alejandrina Lucrecia, hija de la noble familia de los Ricci. Muerta su madre cuando ella era todavía muy niña, quedó bajo el cuidado de una madrastra. Poco después la puso su padre en el convento de monjas de *Monteceli*, donde estaba una tía suya. A los trece años, tomó el santo hábito mudando el nombre de Alejandrina por el de Catalina. Profesó al año siguiente y se dio en tal forma a la contemplación, singularmente de la Pasión del Señor, que de ordinario estaba abstraída de los sentidos.

—¿Y tú como sabes esas cosas?

—Mi abuela Beatrice. Me contaba historias de los santos. Lo sabía contar con gracia, sabía hacerse escuchar, me gustaba saber cosas de los santos de mi región y de los que, en mi familia, por honor honraban con su nombre.

—¿Eres católica?

—Lo soy por respeto a los míos, pero si te refieres a si voy a la iglesia, rezo por las noches o si conservo mi virginidad, no. Soy bastante europea en ese caso.

Tras la deliciosa comida la cual —tal y como ella intuía— Dario se hizo cargo de invitarla, decidieron caminar y dejarse llevar hacia la parte alta del pueblo, donde se encontraban las Grutas de Catullo, una zona arqueológica con los restos de una espléndida villa romana del siglo I. Mientras disfrutaron

de uno de los helados más ricos jamás antes degustados, pasearon al aire libre, por la orilla azul del lago que enmarcaba los fragmentos arquitectónicos.

En las citas, se suele saber tras haber pasado unas cinco horas juntos, si realmente el comienzo habla del inicio del amor. En este caso apuntaba que sí. Benedetta, por primera vez tras seis años en Milán, sintió protección, atención y arropamiento. Pero algo en su interior le decía que no, que no debía conformarse con Dario. Algo fallaba, quizás el físico, sí, probablemente era el físico. Una vocecita mantuvo durante meses a Benedetta algo inquieta, reticente a comenzar algo bonito con Dario. No fue un comienzo fluido, fue un inicio lleno de huidas y vueltas, síes y noes por parte de Benedetta. Mientras tanto Dario, firme y contundente, respetaba la inquietud y el miedo de la toscana. Ésta, al final, con calzador y un poco de miedo por llegar tarde a la maternidad, decidió aceptar a Dario como su novio, esperanzada de que sus maneras dóciles y fragilidad, le llevaran a casarse en la iglesia de San Biagio y a alcanzar la maternidad, antes de cumplir treinta y ocho.

Y así comenzó una bonita historia entre Dario y Benedetta. Primero a trompicones, luego a todo vapor. Ambos vivieron el verano más hermoso de sus vidas, experimentaron lo que nunca antes vivieron. La realidad de una relación. Los dos habían sido reincidentes un par de veces en tener relaciones a distancia y por primera vez, disfrutaban de ese día a día, ese cortejo y noviazgo de ven y voy, vamos, venimos.

Finalizado el verano, las cosas comenzaron a ser algo más complejas. Dario, frustrado por no haber estudiado en la universidad en su juventud, compaginaba desde hacía más de una década, la carrera de Ingeniería Electrónica con el trabajo en una fábrica de cervezas. Los días, combinados de trabajo y universidad, se extendían en una vida fugaz donde ni siquiera había un hueco donde comer con serenidad.

En octubre, tras un duro mes en el que Benedetta combinaba ambos apartamentos, cansada ya de tener su hogar desatendido y muchas de sus pertenencias en el apartamento de Dario, decidió sugerir que era el momento oportuno para empezar a compartir un hogar. Tras la negativa de Dario, Benedetta perdió el control de la situación.

—¿No me quieres? Solo me quieres para pasar los fines de semana contigo y que te llene la nevera, eres un egoísta —dijo entre sollozos incontrolables, sintiéndose rechazada y vulnerable.

—No es eso Benedetta, no te pongas fatalista, quiero que demos el paso, pero déjame que sea yo quien te lo pida; quiero estar seguro.

—¿Entonces dudas? Dario ¡No me hagas perder el tiempo! Cuando te conocí estaba pensando en volver a Siena. Estaba harta de Milán. Tú fuiste mi último resuello y el primero para el inicio de algo precioso. Quiero ser la madre de tus hijos. Sé que quieres que viva aquí contigo. ¿Por qué esperar? ¿No lo tienes claro? —Dijo la joven entre sollozos y poseída por el histerismo.

—¡No se trata de eso! —Reclamó Dario nervioso. —¡Me estoy jugando mi carrera, no quiero tener conflictos contigo; he pedido tres días de vacaciones para poderme preparar los parciales! Necesito aislarme, necesito concentrarme en mis estudios. Me juego mucho Benedetta y lo hago por ti, lo hago por nosotros. —respondió de modo violento con los ojos algo salidos de sus cuencas. Nunca antes Benedetta le había visto tan poseído por una situación.

—¡No me quieres! Me considero una mujer muy independiente, llevo desde los diecinueve años viviendo en diferentes lugares. Dinero no me falta, pero quiero compartir. Y tú de eso poco entiendes. Yo comparto, estoy llenando dos neveras, poniendo dos diferentes lavadoras. Hay días que me dejo la ropa en el tendedero olvidada por salir en busca de tus abrazos en tu apartamento. ¡Tú no me quieres! ¡Ya está! —Dijo Benedetta gritando y llorando sintiéndose como una niña abandonada.

—Mira, te vas a ir de mi casa ya mismo y ¡no vas a volver hasta previo aviso! ¡Coge todas tus cosas y lárgate por dónde has entrado!

—¡No! ¡Dario! Por favor. ¡Es viernes! Deja que me quede contigo —Dijo mientras se arrodillaba a sus pies. —Por favor, deja que me quede. Iré al supermercado, haré una cena deliciosa. Estaré aquí, silenciosa para que tú puedas aprovechar tu tiempo, no te molestaré.

—Ya me has oído, coge todas tus cosas y márchate.

—No, no lo haré. Además, no llevo maleta. ¡Sabes la de cosas que tengo aquí! —respondió nerviosa intentando mantener la compostura para que su pareja se relajara y todo volviera a ser normal.

—Sube al desván. En el trastero hay maletas. Toma una de ellas y lárgate. No te quiero aquí por más tiempo.

—No, por favor —Dijo resbalando su cuerpo y arrojando sus manos hacía sus tobillos. —Te quiero con locura, deja que me quede aquí contigo. Es viernes, no tengo nada en la nevera, en mi barrio han montado un mercadillo de antigüedades y han desviado los autobuses, no me siento con fuerzas para ir arrastrando mis maletas por las calles. Deja que me quede.

Benedetta, con el alma hecha pedazos y la esperanza de que aquel hombre, el cual hasta ese día le había regalado días y noches almibaradas de amor abrazos y atenciones, tomara conciencia y apaciguara las aguas. Pero no fue así. Dario seguía apoyando sus codos en el escritorio mirando con concentración teorías y formulaciones.

—Me ayudas a bajar con las maletas, son muchos trastos —Dijo la joven, tratando de buscar compasión por su parte.

—Benedetta, las maletas llevan ruedas, no es necesario que te acompañe. —Dijo sin levantar la mirada de sus apuntes.

Benedetta no se sintió indignada, más bien culpable. Por no haber sabido pedir las cosas ni mantener el equilibrio. Culpable por no haber sabido mantener su hogar e independencia. Hundida porque su vida en Milán, ya no cobraba sentido alguno sin Dario.

Hacía años que se sentía un juguete roto. En otras ocasiones, ya había evitado serlo. El año que Benedetta cumplió veintitrés primaveras, ganó el certamen de *Miss World*, representando a Italia. Ese año fue una vorágine tras otra. Su vida dio un giro increíble. Pasó de ir por la calle como una italiana más, a ubicar su residencia en el hogar de los fundadores del concurso y llevar dos guardaespaldas todo el tiempo. Fue un año increíble donde aprendió todo lo que no aprendería en cinco vidas. Finalizado su reinado, disfrutó de diferentes contratos para firmas de joyas, trajes de baño, maquillaje que, durante casi una década le proveyeron de una vida llena de riqueza lujuria y belleza. Pero llegó un día y deseó cambiar, deseó estar detrás de las cámaras de video, aprender todo aquello que interrumpió con su reinado y dejar de lucir su armonioso cuerpo por las pasarelas. Intentaba no hablar mucho de su maravilloso pasado, para no crear distorsión ni enjuiciamientos, de hecho, tardó un par de meses en contárselo a Dario, el cual poco se implicaba en los trabajos de su novia, como si le parecieran, poco decentes.

Ya eran casi siete años viviendo en la fría y arrogante Milán. No tenía sentido tomarla como sede central cuando sus trabajos se concentraban un día en Suiza y otro en España. Y como era de costumbre desde que voló del nido, seguía sin amigos, sin familia, rodeada de superficialidades y materialismo. Parecía mentira, como la muchacha que fue, la más bonita del mundo, una mujer emprendedora con múltiples facetas y aventurera, quedaba vulnerable y expuesta ante un hombre incapaz de proveerle de lo que ella más necesitaba, pero tras un par de fracasos profesionales y haber saldado pequeñas deudas, no había nada más beneficioso en ella que Dario.

Benedetta había dejado de pintar, escribir y modelar. Ya no le entusiasmaba ser arte-terapeuta. Su prioridad era convertirse en pareja, esposa y madre. Abstenerse de aficiones, que en su momento fueron bonitas, pues sirvieron para mantenerla absorta. Pero ahora, era el momento de dedicarse a su hogar y su familia. A su edad, era casi imposible encontrarse con un hombre soltero y sin hijos. No debía dejar escapar esa oportunidad.

Tras el desencuentro del viernes, el sábado fue el día más eterno y triste de su vida. No recibió ni una sola noticia de Dario. El domingo, despertó con una ilusión; bajaría al supermercado y compraría los ingredientes para hacer un meloso risotto de hongos. Todavía conservaba las llaves, irrumpiría en su casa y mientras él rindiera con sus estudios, ella cocinaría; también trajo un buen vino, espumoso, como le gustaban a él y unos pasteles de su pastelería favorita.

Dario había puesto el cerrojo en el interior de la entrada. No acostumbraba a hacerlo, parecía que aquella disputa era más grave de lo que parecía. Tras insistir con el timbre y varias llamadas telefónicas, Dario se animó y abrió a la inquieta e impulsiva Benedetta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has tardado tanto en abrirme? He llamado a tu madre para que te llamase. Pensaba que te había sucedido algo grave.

—No. Simplemente me estaba duchando y tenía la radio puesta. ¿A qué has venido?

—¡A cocinarte el mejor *risotto* que jamás hayas comido! —respondió entusiasmada deseando una conciliación exprés. ¿Sigues enfadado conmigo?

—No lo sé Benedetta.

—¿No quieres que sigamos juntos?

—Quizás no.

—No me digas eso Dario. Hemos pasado los meses más hermosos de nuestras vidas. ¡Cuántas veces hemos hablado de esto! ¡De que ambos tuvimos relaciones abstractas, producto de nuestra imaginación y cartas románticas! Siempre dices que lleno tu vida de color y luminosidad. ¿De verdad crees que nos debemos separar? —Dijo la joven entre sollozos.

—Contigo vivo los dos extremos Benedetta. Me haces alcanzar el nirvana, pero cuando menos me lo espero palpó el ardiente infierno. ¿No lo ves?

—Dario, lo siento. He entendido que cada uno tiene un ritmo; y que hay que respetarlo. Respeto tu ritmo y trataré de desacelerar el mío.

Aquel día fue un tanto extraño. Esta vez era Dario quien se metía a Benedetta en calzador. Trató de ser agradable con ella. De pasar unas horas

agradables; pero el dolor seguía ahí.

Tal y como acordaron, aquel domingo, tras ver una película de sobremesa, Benedetta marchó a casa, permitiéndole así a Dario seguir el ritmo de sus estudios. Ya nada era lo mismo; durante el resto de la semana la sensación de fragilidad, vulnerabilidad y pérdida del rumbo de Benedetta, se concentró en dolor y rabia. Dario no había sido bueno, la había fallado. La muchacha necesitó unos días sola, sin contacto con él, miraba atrás y no reconocía su actitud. Ella, con aquel fuerte carácter y entereza, se había arrodillado ante los pies de aquel muchacho que en un principio no encontró la química por ningún lado. ¿Qué le había sucedido? Se sentía desolada, después de tantos años alejada de su familia, Dario era su mejor regalo, su nueva familia, su nuevo referente de vida, su única motivación por seguir en Milán.

Y tras la disputa, con los días, el amor volvió a su cauce, los dos volvieron a amarse y sentir que estaban hechos el uno para el otro. Benedetta, logró entender que debía encontrar en su día a día un bienestar de carácter individual, como cuando no tenía novio y disfrutaba de su preciada y recelada soledad. Durante meses, sobrellevaron una ida y venida de enseres y alimentos. El campamento base de ambos, era la casa de Dario, pues era más grande y más nueva a pesar de carecer de mobiliario. A pesar de que la mejor ubicación la tenía el apartamento de Benedetta; a cinco paradas de la Galleria Vittorio Emanuele y con un mobiliario vanguardista que conferían más calidez al hogar que el de él. De ahí que su alquiler tuviera unas cifras algo indecentes que no le permitieran demasiados lujos.

Benedetta no fue consciente de cuan había minado aquella disputa. Ya nada era igual. La autoestima y carácter de la dulce Benedetta se fortalecieron y comenzó a valorar con discernimiento la situación. Llevaba unas semanas cansada de tener que llenar dos neveras, limpiar dos hogares y comprar los cosméticos a la par; dos cremas hidratantes, dos mascarillas capilares. Además de tener que jugar con la memoria de recordar en qué domicilio tenía los zapatos negros y en qué domicilio el abrigo verde. Las cosas, ya no eran como antes. Hacía meses que esperaba de Dario alguna propuesta para ver o comprar muebles y así transformar aquel piso desangelado de soltero en una casa familiar. En ese hogar, no había sitio para ella, pero, todo era posible, con intención y acción.

La relación se consolidaba de viernes a domingo. Para así, llegado el lunes, separarse, cada uno a su nido particular, añorarse y desearse, de modo que, llegado el viernes, ambos, deseosos de encontrarse, dedicaban una hora

al hermoso reencuentro. Gritos, subidas en volandas, besos, abrazos tan prietos que resultaban dolorosos, envolvían aquel viernes completo de emoción.

Pero los exámenes de Dario seguían limitando la relación; haciendo que Benedetta, se convirtiera en una abnegada ama de casa en su asueto.

—¿Qué vas a hacer hoy? —Dijo Dario tan pronto como la luz del domingo asomaba tras las finas cortinas.

—No sé, ¿qué quieres que haga?

—Son rebajas, podrías irte de compras a la Galería Vittorio Emanuele. Así yo aprovecho y me quedo estudiando y por la tarde puedo estar por ti y ver una película.

—Bueno, no tenía pensado comprarme nada. Pero es cierto, quedan solo dos semanas para que las rebajas finalicen. Seguro que tengo varias tentaciones.

La primera compra compulsiva fue, como siempre, en aquella preciada tienda de lencería. Era irresistible no llevarse un bikini de diseño en pleno mes de diciembre, esa tienda era el paraíso para aquellas adictas a vestir hermosas por dentro. Pero ese día, no había espacio para su lencería; unos bóxeres de Emporio Armani de colores fuertes llamaron su atención, uno de ellos fucsia y el otro turquesa. Dario era un milanés atípico, no acostumbraba a llevar lencería de marca. Anteriormente le había comprado un par de *boxers* de Tommy Hilfiger —aunque su sueldo no le daba para mucho— hacía lo posible para que la colección de slips de su pareja, tuviera algo más de estilo italiano.

Entre las distancias, horarios de trenes y tiempo perdido en los probadores, Benedetta perdió la noción del tiempo; cuando salía de la última tienda que le quedaba por rastrear, eran casi las dos del mediodía. Decidió entonces, mandarle un mensaje a Dario, para que este se hiciera cargo de la comida.

Una hora después, Benedetta rebuscaba en su bolso las llaves del apartamento de su pareja. No había recibido noticias de éste. Pero no perdía la esperanza de hubiera improvisado algo para comer aquel domingo.

Al cruzar el umbral no olía a guiso, ni se escuchaba el extractor. Dario permanecía impasible en el salón, donde había trasladado sus libros y papeles. La casa lucía inmaculada, no cabía duda de que, durante su ausencia, Dario se había entregado en sus tareas asépticas.

—Que. ¿No pensabas dignarte a preparar algo para comer? Pensabas, ¡bueno, ya lo hará mi putichacha! —Benedetta había perdido los estribos.

—Benedetta, a mí no me hables así.

—¿Que no te hable así? ¡Llevo desaparecida desde las once, para que tú puedas estudiar! Te he llamado y dejado un mensaje en el móvil para advertirte de que se me había hecho tarde. Pero tú, ni siquiera te has preocupado en mirar el móvil.

—Cariño, estabas de compras, eres mujer, sabía que te tomarías tu tiempo.

—Sabes que te digo. ¡Que no sabes hacerme feliz! ¡Y que eres un capullo! ¡No mereces ni los calzoncillos que te he comprado! —Dijo la joven mientras lanzaba la bolsa por los aires.

—¡Vete de mi casa! ¡¡¡Ya!!! No tengo por qué aguantar tu carácter. ¡Coge todas tus cosas y vete! —Dijo Dario, mientras se levantaba de la silla como un resorte colocando sus ojos fuera de las órbitas.

—Por favor Dario, cálmate, ahora me pongo a cocinarte, quizás me he pasado, pero es que esta situación me está desgastando. Ahora mismo te preparo un risotto; pero cálmate, yo te prometo que ya me he calmado.

—Vete. Vete ya. —dijo con un tono agresivo.

—No me voy, voy a hacer la comida.

—Pues no esperes que la coma, no quiero nada —Dijo mientras se dirigía con su ordenador y otras pertenencias hacia el estudio.

Benedetta intentó concentrar toda su energía con un guiso improvisado, pero se le olvidaba cortar la cebolla o verter la sal. Estaba asustada, era la segunda vez que veía a Dario con los ojos salientes y aquella ira concentrada. Sabía que Dario necesitaba más de una semana para reponerse de un enfado y lo detestaba. Empezaba a intuir que no iba a ser feliz en aquella vida elegida. Pero en ese momento, era momento de luchar, de demostrar que nada fue por su culpa, que, por ella, no había motivo de que la disputa se prolongase.

Mientras el arroz hervía, Benedetta preparaba la mesa con cariño. Se trataba de el risoto más malo que jamás había cocinado, pero su conciencia debía creer que estaba hecho con amor y compasión.

Se acercó temerosa hacia la habitación de estudio y con cariño le retiró a su amado los auriculares de los oídos.

—La comida ya está hecha, ¡vamos! —dijo con tono almibarado, tomándolo con suavidad por el antebrazo.

Dario despreció aquel guiso, ni siquiera ladeó la cabeza de sus apuntes, la joven, a duras penas tomó dos o tres cucharadas de arroz. Sola, en aquella mesa para dos.

Permaneció durante más de dos horas encerrada en el salón; en la Rai 2,

televisaban Ben Hur. Benedetta trataba de dispersarse con la tediosa película, pero cada minuto se concentraba en pensar: ¿Qué hacer? De tanto en tanto, se acercaba a la habitación de estudio de Dario. Éste la ignoraba, la joven, con delicadeza, retiraba un auricular del oído del joven, intentando hacerle entrar en razón: que ya eran lo suficientemente maduros como para arreglar las cosas, que era muy feo eso de despreciar la comida, que eso no se hacía: pero que ella le perdonaba por que le quería, pero ambos debían poner de su parte.

—Vete, Benedetta

Tras cuantiosos monólogos, idas y venidas de un cuarto al otro, esa era la respuesta de Dario.

Agotadas todas las energías y con una sensación de humillación muy profunda, la muchacha preparó todo lo que pudo en bolsas y mochilas y partió.

Benedetta buscaba consuelo al teléfono, con una de sus mejores amigas del pueblo natal: —Esta vez es la última. A mi este tío no me vuelve a ver el pelo. Este tío es un capullo. Un acomplejado, un inmaduro. Me siento humillada, me ha echado de casa, no voy a consentir más este tipo de actitud. ¿Sabes que llovía a cántaros por la autopista? Y la tarde estaba envuelta en truenos y relámpagos. ¿Te crees que ni siquiera se ha molestado en enviarme un *whats app* preguntándome cómo estoy? —Dijo entre sollozos y sorteando ahogos.

—Este capullo, le hace más caso a un cerdo empalado, Benedetta, te lo he dicho muchas veces, este chico, no te conviene, te lo metiste en calzador, te entró el agobio biológico de los treinta. Si de verdad te quisiera, ya te habría sacado de tu mini piso milanés, ahora tendrías un dinero ahorrado y os habríais hecho con él una pequeña reforma para acondicionar esa casa con tan poca alma.

—Lo sé, pero cuando sacamos ese tema a colación, me dice que eso suena a ser una aprovechada.

—Es un capullo que no llega ni a medio hombre, eso es lo que es Dario, si le tuviera aquí delante, Benedetta, te juro que le arrancaba las amígdalas, por no decir otra cosa.

—¿Sabes que voy a hacer? Mañana por la mañana, de madrugada, iré a su casa y me llevaré todas mis pertenencias. El sale de casa alrededor de las cinco, yo iré sobre las cinco y cuarto, creo que deberé hacer dos viajes, tengo toda la ropa de verano en el altillo.

—Cuando recojas todo. Si no te saluda, ve a la oficina de correos y mándale las llaves por correo certificado y con acuse de recibo. Te puede buscar las cosquillas denunciándote por robo. Ya sabes, las personas heridas,

a veces son capaces de cometer cualquier acto de venganza.

—Graziella, creo que me he constipado, me encuentro mal, me estoy quedando sin voz. Solo me faltaba esto.

Y así comenzó el declive de una historia de amor hueca por dentro. Benedetta, nunca recibió llamada alguna de Dario, al día siguiente, a pesar de su afonía y estado febril, sus ojos, a las cinco de la madrugada eran ya dos platos cuencos, recogió durante dos jornadas sus pertenencias y se metió en la cama a curar su dolor.

Las fiebres no bajaban, la respiración era demasiado pedregosa y la falta de fuerzas empezaba a moler su espíritu. Tras la voz de alarma de estar ingresada en observación durante dos días, *Sofia*, madre de Benedetta, tomó un tren hacia Milán donde permaneció durante una semana con su única hija. Benedetta, ni siquiera tenía energía para recogerla en la estación, así que *Sofia* tomó un taxi hasta su domicilio.

—¿Qué son todos estos trastos? —Dijo nada más divisar las bolsas y maletas de viaje apiladas.

—Pues eso que me he olvidado de algunas cosas, ¿te das cuenta de que prácticamente ya me había mudado? me he llevado hasta dos ollas exprés que le regalé en navidades; el muy imbécil no sabe ni cocinarse caldos y yo, con los años que llevo viviendo sola y no se me había pasado por la cabeza si quiera adquirirlas. Las compré por la ilusión de hacer copiosos guisos familiares que calentaran nuestras almas. Sé que lo que he hecho es algo paupérrimo, ¡pero estaba tan cabreada, *mamma!* —

—Sí, pero ¿y él? Desde que te pidió que te fueras de casa no ha vuelto a dar señales de vida, te ha exterminado del mapa, has hecho bien Benedetta, aunque de bien nacido, hubiera sido pedirle permiso para entrar en su casa, pero eso le hubiera dado pie a dialogar y allanarle el camino, no se lo merece. Cuando te sientas bien, iremos a correos y le mandaremos las llaves de su casa con acuse de recibo, no quiero que con la excusa de pedirte las llaves os tengáis que volver a ver. Le veo venir, seguro que te pondrá carita de cordero degollado.

—Así es, juega con el victimismo, veo que le conoces bien. *Mamma*, no solo tengo neumonía, tengo el alma hecha en pedazos. ¡Hace dos meses que vinisteis papa y tú a Milán y conocisteis a sus padres y hermanos! ¡Es un inmaduro e irresponsable! ¿por qué os invitó?

—Lo que pasa es que no es un chico para ti, Benedetta. Es un chico muy conservador, necesita una mujer sumisa. Tú, hija, eres una tigresa, te quería

empequeñecer y de algún modo lo ha conseguido, pero has sabido escapar de sus garras.

—¿Sabes que, *mamma*? Hace un mes tuve un resfriado tónico, ¡pues no quiso dormir conmigo! Durmió en el sofá, me costó conciliar el sueño; desperté a las seis de la mañana y él no estaba en la cama. Me levanté y dirigí al salón; allí estaba, acurrucado, durmiendo en ese sofá del Ikea que tiene un somier de lengua de gato. Puse mis manos en jarra y le planté cara, a lo que él reaccionó peor y me ignoró. *Mamma*, no quería dormir conmigo, porque le daba asco que estuviera resfriada.

—Hija, no ves que él quiere una mujer más sacrificada y menos obstinada. Además de una mujer que haga maravillas con los euros. Y tú, todavía no los has ganado y los estás gastando.

Afortunadamente, la naturaleza había dotado a la joven de una belleza única y a merced de ello, nunca le había faltado dinero,

—No *mamma*, yo los invierto. Tengo muchos proyectos pendientes, los sueños se cumplen, hace un año tuve que rescatar uno de los fondos de inversiones que el gestor abrió cuando empecé a ganar dinero tras el concurso. Ese dinero, si lo invierto, debe ser para algo especial, no para pagar el alquiler de un piso que no disfruto.

—Definitivamente, hija, ese chico no era para ti. Yo no sabía cómo decírtelo y te veía feliz, asentada por fin en Milán. Dormía tranquila de pensar que alguien aquí cuidaba de mi niña.

—*Mamma*, me arrepiento de haberos traído en navidades aquí, para que conocierais a sus padres. Debí darme cuenta de que ellos también son algo extraños, como Dario. No encajaba, pero quería una familia y les quise desde el primer día.

—Cuando te vi, a ti y a Dario, me acordé de mi suegra y mi suegro.

—¡En serio! Es verdad, no lo había visto así. Pero si *mamma* ¡él es igual que el abuelo Massimiliano!

—¡Y tú te comportabas igual que la abuela Beatrice! ¿Te imaginas como hubiera sido todo?

—Horrible. Una infeliz, pero estamos en el siglo XXI, me hubiera separado de él. La abuela siempre me confesaba valiosos secretos, un día me dijo que se arrepentía de haberse casado con el abuelo. Se sintió algo acorralada pues el abuelo era muy apuesto y poseía bienes. Y cuando quiso dar un paso atrás, su hermano se puso hecho un basilisco, pero lo peor de todo es que estas cosas, las contaba delante del abuelo y eso me daba pena.

—Y seguro que el abuelo ni se inmutaba.

—No, pero no sé qué le pasaría por dentro *mamma*.

—Tus abuelos fueron un gran ejemplo de matrimonio amañado e infeliz. Pero de esos había muchos hace unos años.

—Me has dejado de piedra *mamma*. Es cierto. Dario y yo parecíamos Massimiliano y Beatrice. Me gustaría encontrar el equilibrio entre ellos, saber hasta donde uno falló al otro. La abuela era rara, pero el abuelo no era un santo.



Benedetta esperaba en la consulta del médico donde le iba a entregar los resultados de las últimas radiografías. Se sentía mucho mejor, sin dolor muscular, con ligero dolor del desamor y con una respiración de pecho más silenciosa y liviana.

—Bueno, pues el lunes, podrás comenzar a trabajar. Te recetaré vitamina C para que te recuperes y acetilisteina en 600 gramos durante una semana. La verdad es que has mejorado considerablemente.

—Me siento algo debilucha.

—Es lógico. Bueno, te costará recuperarte cien por cien, no te exijas mucho, Benedetta.

Sofía, había abandonado Milán la víspera de aquella visita del médico. Intuía los resultados de aquella revisión, con el aspecto de Benedetta, que estaba considerablemente mejor. Había solo un pequeño detalle, pero que su madre no podía soliviantar; el luto, el dolor por una reciente ruptura, el desprecio de cómo había transcurrido todo.

Los días para Benedetta, eran largos y carentes de estímulos. Ya nada la sostenía en la fría Milán. Su referente y su bastión, la había traicionado conminándola a partir aquella lluviosa y estruendosa tarde de domingo. Le había dado demasiado poder a aquel hombre. O quizás no, quizás era loable lo que anhelaba y confiaba recibir de Dario. Compromiso, cuidados, atención, protección, cobijo y sobre todo amor. ¡Tampoco pedía nada peculiar! Simplemente lo que había visto recibir de algunas mujeres de su círculo, en otros hombres. Aquel voto de confianza, la desestabilizó considerablemente. De hecho, recordó, que el mismo mes de mayo en el que conoció a Dario, había estado barajando la posibilidad de trasladarse a Florencia, cerca de los

suyos. Nunca pensó que declinar aquella opción fuera un sacrificio, pero ahora sentía que había invertido mal su tiempo y su corazón.

Solo había algo que podía apaciguar su alma. Su querida Siena. Volvería a Siena, quizás se asentaría en algún pueblo cercano a Montepulciano. Los alquileres allí eran más holgados. Su ambición por conseguir algún ascenso había sido extinguida hacía unos meses. ¡Qué importaba el trabajo, si tenía a los suyos cerca! Benedetta levantó el auricular y marcó con ligereza el teléfono del domicilio de sus padres.

—Hola papá.

—Hola Benedetta ¿Cómo te encuentras?

—Floja, papá, muy flojilla.

—Bueno, ¿te estás tomando las vitaminas que le di a *mamma*?

El padre de Benedetta, Leopoldo, era deportista, nutricionista y desde hacía unos años, regentaba una humilde herboristería en el pueblo. Sus conocimientos eran sorprendentes, llenos de sabiduría ancestral, en su aspecto, nadie podía advertir su edad. Su alimentación y deporte eran los artífices de ello. Con su profesión podía causar confusión, pues muchos hacían alusiones de que era una especie de brujo pagano, algo que detestaba aludiendo ser el hombre más terrenal del pueblo.

IV

Horizontes con raíces

2015

Terrafertile se erigía decadente, avejentada e ignorada en aquel bonito cerro. Tras la muerte de Massimiliano y Beatrice, la casa había sido dada en herencia a Leopoldo dall'Osso, el cual, en su juventud, junto con su esposa Sofia y gracias al trabajo de ambos, se habían construido una preciosa casa en el otro extremo de Montepulciano. De este modo, la casa quedaba a disposición de su única hija, Benedetta, para ésta, con hambre de crecer y la buena costumbre de trabajar por todo el globo terráqueo, le resultaba inconcebible vivir en aquel lugar, de modo que Terrafertile pasó a quedar disponible en diferentes inmobiliarias de Siena. La cantidad que Leopoldo solicitaba por la villa era ingente para el caduco estado de ésta. Pero el valor, las hectáreas de terreno y sentimentalismo del lugar, daba un precio incalculable a la villa.

—Me resulta inimaginable sentir el esplendor en esta casa. Sé que lo hubo, por lo que me contaba la abuela, papá y los tíos. Pero cuando entro en este lugar, siento que la desidia se adueñó del tiempo. La abuela no supo conservar este lugar.

—Cuando conocí a tu padre, Terrafertile rezumaba vegetación y estilo por excelencia. Aquí se han llegado a celebrar fiestas espectaculares y no me refiero al enlace de tu tío Anselmo o de tía *Veronica*. Cuando la abuela cumplió la mayoría de edad, sus tíos la homenajearon con una fiesta. Fue su puesta de largo, una invitación para que la joven conociera mejor a los mozos del pueblo y eligiera a quien apuntar en su tarjeta de baile. Beatrice sintió atracción por Leopoldo, el más apuesto de toda la comarca y con diferencia, llegó a bailar con él; Foxtrot, Vals, Tango y alguna lenta. Pero finalizados los sesenta, la abuela ya se había encargado de malvender muchas propiedades. Unos años después el dinero se acabó, el abuelo tuvo varios achaques y cerró el taller de artesanía.

—Cuando conociste a los abuelos. ¿Ya se trataban con esa indiferencia?

—Sí, Benedetta, pero no olvides que el abuelo idolatraba a la abuela. Era

ella la que infravaloraba y desacreditaba a su esposo siempre que podía.

—Es cierto, pero *mamma*, la abuela no era santa de mi devoción, aun así, creo que el abuelo, le debió hacer algo en el pasado que provocase aquel desprecio hacia él.

—No tengo ni idea hija, y quizás nunca lo lleguemos a saber. Pero sí recuerdo una conversación de los abuelos en la casa de la tía *Veronica*, justo un mes antes de que el abuelo falleciera. El abuelo, con noventa y un años miraba a la abuela con ojos inundados en amor y le decía: “Beatrice, ¿tanto daño te he hecho para que me trates así hasta el final? Necesito tu perdón.” A lo que la abuela con gesto de indiferencia afirmaba que le había perdonado.

—Pobre abuelo. Intuía que le quedaba poco y quería irse en paz. ¿Tú crees que el abuelo hizo algo malo?

—No lo sé hija. Tu abuela era una mujer de armas tomar y tu abuelo a simple vista, carecía de genio. La abuela mal vendió las tierras para costearse vestidos bonitos y viajes y darle todos los caprichos a su hija para que así los millonarios de Siena se fijaran en ella, mientras, dejaba al abuelo solo en Terrafertile durante temporadas. No le quiso y no le cuidó y eso hizo que yo sintiera siempre lástima y un especial cariño por tu abuelo Massimiliano. Además, yo tuve que lidiar con los encontronazos de tu padre con tu abuela. Tu padre no concebía la actitud y filosofía de ésta.

—Sí, *mamma*, no me lo recuerdes, siempre que el papá venía de Terrafertile, estaba hecho un basilisco. Y si por casualidad me encontraba visitando a los abuelos y papá hacía aparición, me caían a mí todos los rapapolvos. La de veces que he salido de allí llorando por culpa de él.

—Sí, lo sé. Tu padre entraba en esta casa y la sangre se le hacía fina. Y a mí me sangraba el corazón cuando me venías llorando sintiéndote ridiculizada por tu padre delante de los abuelos y de los tíos. Para él era más fácil descargar su ira en ti que en ellos.

—Lo que me dolía era eso, *mamma*.

—Recuerda que cuando nos irritamos, nos ensañamos con quien más queremos y confiamos. Entonces, hija, ¿Vas a quedarte con Terrafertile? —preguntó *Sofia* dándole un cambio más futurista a la conversación. Había cosas que su hija no podía saber, como su decisión de no tener más hijos, pues no toleraba la actitud de su esposo hacia su hija. Se parecía mucho al trato que tenía él con su madre. Nada de lo que hacía Benedetta estaba bien hecho. Constantemente la regañaba, no la dejaba expresarse tal y como era y siempre que la imaginación de su hija viajaba, él con un grito le provocaba un

aterrizaje forzoso al mundo cruel y como colofón, la comparaba con su abuela en un tono peyorativo.

—Sí *mamma*, tengo claro que me quedo con la villa, quiero convertirla en mi hogar, teneros cerca. No obstante, confieso que lo hago por comodidad, por tener una vida sencilla, pero esta casa me da repelús, siento que aquí hay espíritus y temo no ser feliz en ella.

—Yo también tengo la sensación de que está encantada, pero no es de ahora. Las casas tienen historia y en muchas, hay demasiados nidos de serpientes, cuando vivían aquí tus abuelos, cada vez que entraba, sentía una fuerza imperiosa, una energía incontrolable que me pedía que marchara. Y cuando salía de Terrafertile, me sentía débil y apática. Cuando me di cuenta que de regreso de Terrafertile acababa en cama indispueta, dejé de venir tanto.

—Es cierto. Ahora recuerdo tus sabañones en los párpados, me viene a la mente que me confesabas tu intuición de que la abuela o tía *Veronica*, te habían hecho algún ritual de magia. Y yo te juzgaba de paranoica, pero ahora, visualizándome viviendo en esta casa, se me revuelven las tripas con solo pensarlo.

—¿Recuerdas aquella vez que te conté que al llegar de Terrafertile, sentí un fuerte escozor en mi vagina, que ni un rastrillo hubiera colmado los picores? Tuve una infección de hongos.

—Sí *mamma*. Ahora te creo, tarde, pero te creo. No sé cómo hacer. ¿Cómo limpiar la casa? La sensación es contradictoria. Quiero mi futuro con vosotros, no quiero hipotecarme en un piso diminuto que tenga que seguir pagando con ochenta años. La mejor opción es reformar Terrafetile, pero al mismo tiempo, siento rechazo a esta casa y a las acciones de sus antiguos dueños. Pero, ¿Qué sucedería en Terrafertile?

—No lo sé, hija, quizás nunca lo sepamos. Pero tu abuela te quería, a su manera te quiso. Esté donde esté seguro que vela por ti.

No era sencillo de explicar aquella sensación. ¿Era necesario ser pariente para sentirlo? ¿Era cuestión de capacidades sensoriales? En cualquier caso, tanto la madre como la hija, sentían que las paredes de dicha casa estaban impregnadas de secretos y sufrimientos acontecidos mucho antes del nacimiento de *Veronica* y Leopoldo. Ya no quedaban testigos a quien preguntar sobre aquel lugar. Todos los miembros de la primera y segunda generación de Terrafertile, se habrían llevado el secreto con ellos o habrían partido desconociéndolo.

La posibilidad de que la joven profundizara dichas sensaciones con su tía *Veronica* era remota e inverosímil. La primogénita de Beatrice y Massimiliano, se había casado en segundas nupcias con un neozelandés. Al principio, visitaba Italia una vez al año, coincidiendo con las navidades o Semana Santa, pero tras la muerte de sus padres, *Veronica* dejó de frecuentar su patria. Por ello, en la repartición de bienes, optó por recibir la suma de varias propiedades vendidas por sus progenitores. Con su padre era incuestionable hablar de su infancia. Desde que tuvo uso de razón sentía un escollo entre hijo y madre, el dolor y traumas por una infancia llena de carencias. Cuando lo más difícil en la vida es recordar, la tarea de olvidar se hace magnánima y protagonista en el destino. La cuestión es que ellos creen que todos olvidaron, pero con sus reflejos hacen perenne el recuerdo.

Benedetta desistió en la idea de saber los dramas acaecidos en Terrafertile en los inicios de su construcción. Tras volver a su rutina en Milán, trató de investigar sobre casos similares o sobre profesionales dedicados a limpiezas de hogares.

—He visto un curso de limpiezas astrales, creo que me voy a apuntar. Vale 300€ pero te enseñan a limpiar casas.

—Benedetta, yo te imparto el curso por 100€ y te regalo la fregona, la escoba y el recogedor. —sentenció la pragmática de su amiga.

—No, Graziella, ya sé que eres un crack fregando. Se trata de limpieza de hogares. Necesito que me limpien Terrafertile. Pero todo lo que encuentro en las redes son páginas con fondos negros y símbolos paganos. He hablado con muchos de ellos, todos me dicen que me limpian la casa con radiónica, a distancia. Pero les tengo que pagar por adelantado.

—No te fíes, Benedetta.

—No, no me fío un pelo. Pero sabes, a todos los “expertos” que les he comentado el caso, han testeado Terrafertile y me hablan espantados de que en esa casa han ocurrido cosas muy graves, muy sucias, sucesos que fueron un secreto. Una vidente me dijo que entre hermanos no habían hablado, pero se refería a los hermanos de mi abuela.

—Pero ¿a ti quien te manda aprender a limpiar casas? Esas cosas Benedetta, naces con el don, no te metas en berenjenales, aprende Feng Shui, por ejemplo. Las energías se transforman, con la reforma Terrafertile, recobrarán bonitos cromados. Y tú eres bella por dentro y por fuera, seguro que harás transmutar las energías.

—Gracias Graziella, creo que tienes razón, buscaré una asesora de feng

shui para que me ayude con la nueva verticalidad de la casa y me aconseje cromados y ubicaciones para las habitaciones.

Según las investigaciones realizadas por la joven, Feng Shui significaba "viento y agua". Y era conocido en occidente como la geomancia china. El feng shui estudiaba el flujo de la energía en el paisaje para determinar cómo influyen en las viviendas y en las personas que las habitan. Para esto el feng shui observa las montañas y los ríos, la forma de los edificios y las calles, también la distribución de los ambientes y las circulaciones en las casas y edificios, en conclusión, era la técnica que estudiaba la armonía entre el espacio y el tiempo.

El feng shui era una herramienta para plantar mejores semillas en los terrenos más fértiles, considerando como base fundamental del proceso, el respeto y armonía hacia la naturaleza y vida que envuelve el lugar.

—Nuestra casa es nuestra segunda piel. Por ello es importante mantener un buen estado energético de ésta. Un lugar con mal feng shui puede parecerse a un terreno poco fértil, que demanda continuos cuidados y atenciones para salir adelante. Si contamos con un entorno claramente nocivo y escasa energía de nuestra parte éste puede terminar subyugando nuestros mejores propósitos e intenciones. El entorno representa una "voluntad constante" que tiene su propia fuerza y dirección, lo más sabio, es comprenderlo teniendo la posibilidad de adaptarnos a sus diferentes movimientos. —comentó la asesora a Benedetta a través del teléfono.

—Sí, todo me parece interesante y creo en ello. Pero esa casa, no sé, me da mucho respeto; los muebles, los cuadros, quizás son los recuerdos. ¿Verdad que la energía transmuta y se transforma?

—Sí. Es importante que te desprendas de algunas cosas, forma parte de la asesoría. Desde fuera, es más sencillo valorar lo que te beneficia y lo menos beneficioso. Sobre todo, no olvides que en feng shui no catalogamos las cosas por malas o buenas. Son favorables o desfavorables. Y sí, la energía transmuta y se transforma, pero por lo que me cuentas, intuyo que algún pariente tuyo no transmigró.

—¿Y tú puedes ayudarla a cruzar?

—Eso es más bien trabajo de una médium. De todas formas, la limpieza de una

casa, comienza por uno mismo. También soy terapeuta holística, la desprogramación energética, sería recomendable en tu caso, podríamos programar un par de terapias, con la finalidad de saber hasta qué punto estás

vinculada a tus antepasados y qué programas te han pasado.

—¿Cómo trabajas exactamente?

—Al dividir el cuerpo en emociones y antepasados, se logra la solución al conflicto, porque el cuerpo habla. Cada emoción que produjo un antepasado tiene su propia lengua y el cuerpo lo interpreta. Cuando las aptitudes básicas de nuestros antepasados no fueron satisfechas, hay un resentir negativo, sea por mediación de un secreto o del medio ambiente. Desprogramar, es cambiar una forma de pensar, a otra para encontrar una realidad que nos está impidiendo realizar nuestra vida. Trabajamos con tu código genético, pues es una parte heredada de nuestros antepasados que hace que vivamos de una manera o de otra y reprogramamos las emociones, nuestra forma de sentir todo lo que nos rodea nos movemos por emociones y ellas hacen que actuemos de una manera o de otra.

—Dios mío, veo que tengo mucho trabajo pendiente. Dentro de dos fines de semana, quiero ir a Montepulciano a visitar a mis padres, pediré libre un viernes o lunes, a convenir también contigo. Veamos que mensajes te quiere dar a ti Terrafertile.

La asesora de feng shui quedó impresionada por el lugar, flanqueado por aquella hermosa estatua de Ceres. Tomó medidas del lugar con una brújula, e improvisó un plano sobre una libreta. Solicitó el año de construcción de la casa y la fecha de nacimiento de Benedetta. En dos semanas, se comprometió a entregar a su cliente el informe exhaustivo para la casa, incluyendo un plano de distribución de áreas.

—Te recomiendo que te desprendas de los cuadros, que los quemes. Sobre todo, aquel de allí —Dijo mientras señalaba un cuadro representando el corazón de Jesús. —Tiene mucha carga emocional negativa.

—Lo pintó mi abuela, de hecho, todos los cuadros los ha pintado ella. A mí, personalmente no me gustan. Mira las caras, las dibuja con amargura, a los personajes de sus cuadros, parece que les estén clavando un palo en el trasero. Quizás era así como ella se sentía y no tenía otra forma de manifestarlo.

—Entonces, ya tienes excusa. Deshazte de todos, no los regales, quémalos. Es una energía demasiado concentrada y asfixiante. Te aconsejo que te desprendas de todo lo de tus abuelos, especialmente de tu abuela. Vacía, ayudará a sanar la casa. En dos semanas te presentaré el informe y cuando lo desees, podríamos trabajar juntas con terapia transgeneracional.

—Bueno, no estoy todavía segura de sí me siento preparada para la terapia, empezaré por quemar los cuadros y quitar trastos. Tengo trabajo para

varios fines de semana.

—Tranquila, es aconsejable que los cambios se hagan poco a poco. Otra cosa, Benedetta; hay una zona de la casa, la ubicada al fondo con techos abovedados y llena de trastos.

—Sí, era el taller de mi abuelo. De hecho, todavía siguen por ahí sus herramientas.

—Pues es un punto mágico. Si piensas dedicarte a alguna disciplina creativa o quieres dar clases de yoga o abrir un negocio, está bendecido con unas vibraciones increíbles. Si no vas a llevar a cabo ninguna actividad, te aconsejo que quites los trastos y lo mantengas ordenado y limpio.

Maria Beatrice Caffarelli

La relación de Massimiliano con su esposa Maria Beatrice, era prácticamente nula. Maria Beatrice no escondía la indiferencia que sentía por su esposo, de hecho, siempre que tenía oportunidad, aprovechaba para ridiculizarlo o evidenciarlo. Massimiliano gestionaba con serenidad apocamiento e indiferencia la situación, casi nunca se defendía de los ataques, los respetaba y entendía como un merecido tributo a su esposa.

Maria Beatrice Caffarelli era una gran conversadora. Así la describían sus sobrinos, parientes políticos y nietos y, aunque bien sabían sus dos hijos de su gran capacidad para dialogar, nunca se acercaron a ella para tener una conversación profunda entre madre e hijo.

En el velatorio de Beatrice, *Veronica* y Leopoldo, habían comentado dicha carencia a algunos de sus primos, lo cuales sin piedad les acusaban, pues ellos sí habían tenido conversaciones aliñadas de confidencias con la que fue la matriarca de Terrafertile. No solo ellos, también su nuera *Sofia* y sus nietas Benedetta y Simonetta, ésta última hija de *Veronica*. Para *Sofia* y Benedetta, la abuela no era santa de su devoción, pero podían recaudar muchos bonitos momentos compartidos con ella, en la que había relatado sus lamentaciones, como lo injusto que fue la vida con ella, al arrebatarse a una madre de forma tan prematura, sobre el anhelo de que su hermana mayor Lorena, hubiera esperado unos años en tomar los hábitos y cuidar de ella y de su padre, la mala relación que tuvo con éste último, pues era un hombre testarudo y parco que anduvo siempre escaso de entregar cariños a su benjamina... En sus confesiones, Beatrice lamentaba no saber lo que significaba tener una madre. Puede que aquel desconocimiento hiciera que la relación con sus dos hijos fuera algo superficial.

Nada que ver con el cariz que *Sofia* percibió cuando llegó al seno de aquella familia. La forma en tratarse entre madre y hermanos, era remilgada y un tanto repipi. Tanto la madre como la hermana, solían alargar el nombre de Leopoldo como si les pesara la lengua al marcar las eses. *Sofia*, que provenía de una familia de granjeros, llegó a pensar que la familia dall'Osso – Caffarelli, provenía de alguna estirpe noble. Con los años, entendió que todo

era pura fachada. De regios, solo tenían aquella vasta villa, Terrafertile, todo lo demás era pura apariencia.

Beatrice vivía obsesionada con que su hija emparentara con alguien de la realeza. Con la excusa de tener antepasados burgueses en Siena, movió media región para encontrar el perfecto candidato para su princesita *Veronica*. Desde varias generaciones estrechaba lazos con los Corsini, los cuales siempre les invitaban a fiestas ostentosas donde codearse con las mejores familias florentinas. Casualidades de la vida, la joven se enamoró a primera vista de aquel apuesto mozo que los Corsini sugirieron como buen candidato, el primogénito de unos Varones emparentados con la casa de Saboya: Marcantonio [Bandinelli](#).

A pesar de ser una boda sonada, de vivir con pletoriedad la intensa felicidad de su hija y jactarse de la buena suerte de su amada hija, solo hicieron falta unos meses para desmenuzar apariencias y realidades; Los Bandinelli ostentaban un título y con este disfrutaban de determinadas licencias, pero era una familia humilde obligada a desprenderse de sus bienes por no poderlos mantener, que creyó en el gran patrimonio de los dall'Osso a la hora de emparentar. Y es que, a decir verdad, la unión dall'Osso- Caffarelli fue la fusión de dos grandes patrimonios que, con los años, Beatrice había saldado con muchos caprichos y viajes vendiendo y malvendiendo locales fincas y terrenos.

En adición, Marcantonio [Bandinelli](#), disfrutaba de diversos líos de faldas, era un romántico empedernido, un verdadero seductor, el Giacomo Casanova del siglo veinte. Un hombre generoso con su esposa y con sus amantes. A todas las sabía proveer de lujosos regalos. Le resultaba tan complicado quedarse solo con una de ellas...

Veronica no abría los ojos, estaba tan enamorada de aquel apuesto hombre, tan embelesada por sus nobles maneras, por su generosidad. Él era todo aquello que su madre había programado en sus sueños para ella. Y se había cumplido, nada haría que aquello fracasara.

Por eso, fue difícil ante su mirada, destapar aquel gentil hombre con vicios de mujeriego. En algunas ocasiones, sus primos y hermano, habían pillado al fogoso cuñadito con las manos en la masa de alguna que otra bella moza.

La madurez de los años, fueron aclarando la vista a la inocente *Veronica*, la cual un día se tomó el mundo por montera y le pidió el divorcio a Marcantonio.

—¡Un divorcio! El primer divorcio de los Dall'Osso-Caffarelli. ¡Qué

vergüenza! ¡Menuda vergüenza para la iglesia! ¡Para el pueblo, menudo escándalo, que deshonra para la familia! “¿Y cómo le miro yo a la cara al padre Federico?” Exclamaba azorada Beatrice, la cual no salió de casa durante un tiempo por el abatimiento e incluso hizo acercarse al párroco para que la confesara en casa.

Beatrice tenía siempre una frase en sus labios:

“*Il peccato è la scandalo.* (El pecado es el escándalo)” Cualquier situación que llevara lugar a un gran jaleo, era señal de pecado. Algo muy típico en todas las familias durante varias generaciones. Si el pecado quedaba encerrado bajo llave y viajaba sobre arcas de un sarcófago, no había pecado alguno.

—Madre, usted es muy moderna, le gusta salir guapa con ropa elegante, pero con toques muy de la moda y allá donde voy me dicen que inspira confianza y estima. La gente lo entenderá. Póngase algo moderna con estas cosas, piense en mí. Marcantonio se ha pasado por la piedra a tantas fulanas como amapolas hay en la colina Valdichiana.

Para Beatrice era importante que la gente de su entorno la entendiera y empatizara con ella; amigas, compañeras de asociaciones a la que pertenecía y vecinas de visitas frecuentes. Con diplomacia y algo de desilusión, les explicaba el tema de su niña. ¡Cómo le costaba mentar aquella fea y tosca palabra; divorciada! Las agrupaba den el saco de incesto o en el de adulterio. Por fortuna, la mayoría de amigas o conocidas, defendían que el adultero había sido él, que, teniendo en casa a semejante muchacha de carne lozana, el vicio le llevó a un camino indecente. La mujer no tenía culpa alguna. Y fue así, como tras las visitas de la gente de su entorno y las palabras llenas de consuelo y entendimiento la señora Dall’Osso se decidió por salir de casa y hacer una vida normal, tras el primer disgusto que tuvo que ventilar ante la gente.

A Beatrice le faltó un poco de equilibrio midiendo sus actitudes. Al menos esa era la sensación que causaba. Se la podía enumerar más por sus infortunios que por sus aciertos, comenzando por la falta de unión, cohesión y cariño para con la familia, a lo que se debía añadir los extraños cuidados que le brindó a su tía en los últimos años de vida. Aquella mujer que la crio como si fuera una madre, la cual vivió con su familia e hijos como en otras casas lo hizo una suegra. Todos encontraban injusto que aquella anciana permaneciera encerrada en su habitación día y noche y que su sobrina carnal, tuviera tan poca consideración en sus cuidados. Para sus hijos sobrinos y cuñada, clamaba el cielo su actitud, pero tampoco eran ávidos para contrariarla. Entre

todos, intentaron proveerle a aquella anciana, dueña de Terrafertile los cuidados dignos que merecía.

Y como para todo, siempre hay un momento santificado, existió una ocasión para Beatrice, en la que sus hijos le pudieron echar en cara aquella frivolidad ante los cuidados de la tía Valentina. Desde que tenía uso de razón, Maria Beatrice pecaba de hipocondría, con la edad, dicho vicio se fue acentuando y acompañándola hasta sus noventa y un años. Los últimos cinco años de Maria Beatrice fueron los más indignos para ella, cuando la artrosis, el reuma y otros males derivados de la vejez la acompañaban a las puertas de la muerte anunciada. A todos ellos, añadidos a una fuerte depresión. La anciana, solicitaba mimos y atención geriátrica. Nunca antes había entregado carantoñas a los suyos y ahora era difícil requerir aquello de lo que nunca enseñó a abastecer.

Beatrice siempre fue una mujer dominante y exigente, habituada a que siempre se hiciera lo que ella quisiera, pues ni sus tíos ni esposo la contrariaban. Siempre hacía aquello que se le ponía entre ceja y ceja. La única persona que eventualmente pudo manipularla fue su hermano, pero éste era quince años mayor que ella y llevaba unos cuantos años bajo tierra. Siempre solicitaba un cariño fuera de los cánones, era el claro ejemplo de la expresión: dar la mano y que se lleve un brazo.

Obsesionada por que los suyos logaran un estatus, obcecada porque sus nietos tuvieran como amigos a los hijos de las mejores familias de Siena, cada visita, era como un tercer grado:

—Ven aquí, cuéntale a la *nonna* quienes son tus amiguitos. ¿A quién de todos les cuentas tus confidencias?

En el momento en que se mentaba algún apellido vulgar o proveniente de barrios pobres, la *nonna* montaba en cólera. Y ni que decir, si invitaban a una de aquellas humildes amigas a la fiesta de cumpleaños. Sin embargo mantenía la compostura y trataba a la jovencita invitada con una exquisita educación y atención. Con dichas actitudes, mantuvo alejados a hijos, nietos y sobrinos. La única persona que la acompañó fue su esposo Massimiliano.

A los hijos y nietos les intentaba hacer comulgar en ruedas de molino, a los sobrinos les restregaba en cara la suerte que tuvieron de que ella optara por cederles aquel terrenito de Terrafertile donde se construyeron la casa y recolectaban y, lo bienaventurada que era su hija con aquel casamiento tan bien atinado—tras el divorcio, los elogios continuaban, en aquel caso valoraba a su valiente *Veronica* por su arrojo y capacidades como mujer y

madre, sola ante el peligro.

Sus demandas, siguieron siendo un tanto inquisitivas, como nonagenaria, quizás aún más y conociéndola, ambos hijos estuvieron de acuerdo en contratar a una mujer experimentada en los cuidados de ancianos. Para Beatrice, ninguna era lo suficiente experta y delicada para merecer su compañía. Su actitud era la de una señora de la realeza del siglo XVII, nunca tenía suficiente, parecía necesitar a dos cuidadoras mínimo. Hartos de despedir y entrevistar a diferentes candidatas, llegó el momento consagrado de lanzar al aire aquellas afiladas palabras:

—Madre, ¿sabe lo que deberíamos hacer? lo mismo que usted hizo con tía Valentina, ¿quiere que la encerremos en una habitación y nos olvidemos de usted? —dijo el visceral de Leopoldo.

A lo que Beatrice respondía con un típico movimiento de mandíbula muy suyo, arrastrándola hacia adelante, como haría un reptil tras engullir a su presa. Pero sus ojos, eran bovinos y lagrimeaban con piedad.

Desde que Benedetta comenzó a hablar con coherencia, la mayoría de sus diálogos eran preguntas, ahora valoraba aquel don de ser algo impertinente para los mayores y preguntar aquello, que, para otros, pasaba desapercibido.

—Papá, no entiendo a la abuela, con ochenta y ocho años y sigue yendo a confesarse todos los martes. ¿Pero qué pecados debe tener a dicha edad? — Preguntaba curiosa Benedetta.

—Bueno, lo de tu abuela es un hábito y una devoción; encender velas, rezar rosarios, coleccionar estampitas, ir a misa, cantar con la coral y sobre todo, confesarse.

Aquel dialogo a floraba a su mente mientras comían un domingo por la mañana, en una de aquellas visitas furtivas de Benedetta. Fue entonces cuando inició un dialogo recordando viejos tiempos. —Todavía recuerdo, aquellos días, cuando tú y *mamma* recolectabais la uva o las olivas. Yo tenía dos opciones, acompañaros de sol a sol, o quedarme con la abuela en Terrafertile, lo que significaba que debería acompañarla a misa. Nunca me cupo duda de que era más entretenido quedarme en misa, escuchando los sermones del sacerdote, cantando canciones y olfateando el humeante incienso que paseaban los monaguillos por los pasillos.

—La *nonna* siempre tuvo cierta gracia para que le encontrásemos un estímulo a la religión— afirmaba su padre.

—Sí, por que tenía un punto de animadora sociocultural atrevida, por supuesto nada rebelde. Además, sabía que a la gente eso de cantar bailar

beber y conversar le gustaba. —Dijo Benedetta. Y le gustaba variar el lugar de los oficios. Sabía que mi misa favorita era la cantada en San Biagio y no ponía pegos en cambiar de sacerdote.

—Tu abuela era una mujer muy inteligente y diplomática y, ante todo, sabía escuchar y atender. Lo que le pasaba es que también exigía que su pundonor estuviera por encima del de todos. Le gustaba ser la mejor cosiendo, cosechando hablando y si me cabe rezando. —sentenció *Sofia*.

Madre e hija debían de ser cautas hablando de la *nonna* delante de Leopoldo. Éste albergaba por ella cierta veneración y a la vez bastante resquemor. Nunca se sabía por dónde saldrían sus impulsos. Si a su defensa o en su contra, lo que sí quedaba en tela de juicio era la diferencia de trato que Beatrice tenía sobre su hija e hijo.

Mientras que por *Veronica*, luchaba con uñas y dientes para que a ésta no le faltara de nada y todo el mundo la viera como una verdadera diosa recién bajada del olimpo, Leopoldo se criaba solo, con independencia, sin demasiadas preocupaciones por su madre de qué destino podría depararle. Por otro lado, a Leopoldo se le había educado para que sintiera veneración y admiración hacia su hermana y que todo lo que la primogénita hiciese fuera un verdadero ejemplo. Siempre fue así, saltaba a la vista. A decir verdad, hasta Benedetta lo llegó a percibir cuando apenas contaba con ocho años.

—*Mamma*, ¿el papá es adoptado? —preguntó la niña con tan solo siete años.

—No hija, ¿Cómo se te ha ocurrido esa pregunta?

—Porque la *nonna* Beatrice siempre habla de tía *Veronica* y casi siempre se olvida de que también tiene un hijo. Además, creo que quiere más a mi prima Simonetta.

—Bueno, Simonetta fue la primera nieta y eso marca, hija. Pero estoy convencida de que la *nonna* quiere a los dos hijos por igual y también a sus dos nietas. Además, ¿Cómo se te ocurre decir que el papá es adoptado? ¿cuando es una copia del abuelo Massimiliano!

—No sé, *mamma*, me dio la sensación de que no le quiere mucho.

—Esta niña, con tan solo siete años, tan preguntona...Y tan observadora, veremos cuando te hagas mayor lo que captas... —Dijo *Sofia*, mientras le acariciaba los sedosos cabellos castaños a la pequeña.

Y sí, algo de razón tenía la pequeña Benedetta, pero había tantas razones que lo envolvían. Mientras *Veronica* siempre le bailaba el agua a la madre, siempre hacía lo que esta creía conveniente, Leopoldo era el malo de la

película, pues no toleraba ninguna monserga de la madre y tampoco de la hermana. Siempre era el que no tenía paciencia, el que se enojaba fácilmente, en fin, el malo de la película. Ninguna de las dos veía que aquel hombre, simplemente, decía lo que ellas detestaban oír, las verdades auténticas y sin florituras, pero a la vez, bebía los vientos por ellas. Era una relación de amor y odio que solo ellos mismos entendían, o quizás ni ellos.

Sofía vivió esta relación de hermanos de forma recelosa pero discreta. No quería desatar escándalos y ser el hazmerreír de la familia, pero cada vez que los hermanos se encontraban, sentía celos. *Veronica* trataba a su hermano, como si fuera su pretendiente, los movimientos, contoneos y cimbreos de cadera y pecho de la primogénita lo decían todo. Con la madurez, aquellos celos se convirtieron en vergüenza ajena, de quien viera aquellas escenas, dignas de burla.

A ojos de la sociedad, Beatrice era una señora proveniente de una buena estirpe, elegante clasista y diplomática con una maravillosa hija que todo lo hacía excelentemente bien. Algo que causaba cierto resquemor a ojos de la nuera, la cual al principio idolatraba a *Veronica*, la veía como un ejemplo a seguir. Un referente, pero con el tiempo, entendió que aquella joven, no merecía colonia.

Para adquirir el paraíso, *Veronica* tuvo que saldar una gran deuda. Su exmarido Marcantonio, la había dejado con varios embargos y en paradero desconocido. Todos los documentos la certificaban a ella como única dueña de todos los bienes de los cónyuges. La joven, desconocía todo detalle financiero de su patrimonio, siempre que había necesitado dinero, Marcantonio se lo proveía. De hecho, escasas veces le solicitaba efectivo, Marcantonio siempre destapaba ante ella la billetera y le dejaba siempre un buen fajo de liras, para que nunca hiciese corto a la hora de hacer los recados. ¿Cómo iba siquiera a intuir la nube de deudas con la que la había dejado? ¿Y quién iba a responder a aquellos embargos? Porque ella en su vida había trabajado, la habían educado para ser una señorita de clase alta. Así que ni corta ni perezosa, la joven fue a reclamar responsabilidades a los [Bandinelli](#), con la leal esperanza de que ellos mismos sacaran a Marcantonio del interior de la corteza terrestre si era menester y saldara aquellos números rojos que tanto la atormentaban. Pero no fue así, aunque nadie creyera en los perjurios de los [Bandinelli](#), ellos ni siquiera sabían el paradero de éste y tampoco tenían dinero para borrar aquellas cifras negativas de la cartilla del banco. Y así pasaron los días, meses y años. *Veronica* tenía la espada de Damocles sobre

su cabeza, de forma inminente perdería su piso ubicado a las afueras de Siena. No tenía otra opción que la de pedirles a sus padres dinero.

—Mi hermana es una egoísta, solo piensa en su bienestar, en su status. Debería desprenderse del ático de Siena e irse a vivir de alquiler con Simonetta a un lugar algo más económico. Pero no, ella quiere seguir siendo una señorita de clase media alta. —confesaba Leopoldo a su esposa.

—¿Y cómo tiene pensado mantener entonces ese piso?

—Les ha pedido a mis padres disolver la herencia, quiere que yo me quede con Terrafertile y todas las fanegadas de alrededor. Lo demás quiere quedárselo, venderlo y saldar deudas con el banco.

—¿Y tus padres que dicen?

—No se lo han tomado bien. Pero ya conoces a mi madre, es igual que la hija. Entiende que *Veronica* debe conservar su estatus y más ahora que está sin esposo y con una hija que mantener. Así que han cedido.

—¿Y tú? ¿Estás de acuerdo con el reparto?

—A mí me es igual. Si quieren dejarme Terrafertile y los terrenos me parece bien, pero me dan pena mis padres. Toda la vida trabajando... Mi madre, tenía tantas expectativas depositadas en mi hermana.

—Bueno, el único inconveniente es que ella disfrutará de la herencia mientras tus padres vivan y tú, tendrás que esperar a que ellos perezcan.

—Eso es lo de menos, es más, es lo justo. Mi hermana es una egoísta, siempre ha querido vivir por encima de sus posibilidades. Pero, qué le vamos a hacer. Lo ha mamando de la madre...

A *Sofia* le costó unos cuantos años conectar con su cuñada. No porque fuera antipática o superficial, era bastante abierta y entrañable, solo que, Beatrice siempre las comparaba. Siempre hacía sentir a *Sofia* como la segundona, la más fea, la menos delicada. Nadie superaba a su *Veronica*. Nadie sabía hacer mejor las ensaladas, sobre todo el aliño, es que el aliño de *Veronica*, era cosa fina. Y la salsa pesto, los tortellini... Y de coser, ni qué decir. *Sofia* se había cansado de los feos de su suegra solo para engrandecer a su niña, además era desaires hacía su pequeña Benedetta, no soportaba que cualquiera de las dos vistiera un abrigo de mejor calidad que los de *Veronica* o lograrán cualquier otro objetivo en la vida, sea cual fuere que ni su nieta Simonetta o su hija *Veronica* hubiesen conseguido de antemano. Para *Sofia* fue una guerra a la que alistaron sin siquiera haber querido entrar y le dolía, la hacía sentir inferior, le hacía recordar que era una simple granjera criada para trabajar, pero cuando le tocaban a su niña, ahí sí que le sangraba el alma. De

este modo comenzó a confraternizar con las primas de Leopoldo, las hermanas Caffarelli. Necesitaba desahogarse, que alguien le hiciera ver que aquello no podía minar en su personalidad. Las hermanas Caffarelli; Roberta y Catalina, fueron el mejor paño de lágrimas, un perfecto confesionario. Ellas, también habían sufrido varios agravios comparativos por parte de tía Beatrice, además de haber sido testigos de otras calamidades de las cuales en primera instancia no se atrevieron a confesar. De ese modo, cada vez que *Sofia* visitaba a sus suegros en Terrafertile, con la excusa de ver a las primas de Leopoldo, pasaba más tiempo en la casita anexa donde vivían éstas. Un lugar que, aunque más pequeño y menos regio que Terrafertile, era con diferencia más acogedor.

El fervor desatado que albergaba hacia su hija, la condujo a una fuerte depresión. La madre había volcado todas las frustraciones en aquel trozo de su carne, ésta, sin embargo, un día decidió vivir sin patrones, sin parámetros ni guiones. Cuando su hija Simonetta alcanzó la mayoría de edad, *Veronica* partió a Nueva Zelanda a pasar sus vacaciones, pero decidió quedarse, se enamoró del multiculturalismo neozelandés abierto a la diversidad, respetando el derecho de todos los ciudadanos a expresar y compartir las tradiciones, las creencias y los hábitos culturales de sus raíces, el carácter franco, de espíritu libre e independiente, curiosos fuertes, adaptables, que encaran con entereza las circunstancias adversas, dotados para resistir.

Quedó fascinada de cómo vivían, rodeados de una generosa naturaleza y disfrutaban de estupendas actividades al aire libre, los deportes y la playa. Y, por azares del destino, también se enamoró de un maorí. Ahomana le mostró a *Veronica* el amor por la “Papatuanuku”, la madre tierra, el origen de toda vida. De acuerdo con su mitología, los seres humanos venían de la tierra y a ella regresarán al final de la vida. De hecho, en la lengua maorí la palabra para la tierra, “whenua”, también el término para designar la “placenta.”

Ambos vivían en comunidad con sus cuatro hijos y las familias de estos. En una típica casa de playa neozelandesa. En un terreno habían construido varias “bach” o “crib”, que es como llamaban a la pequeña cabaña de playa, de modesta construcción y dimensiones variables según el tamaño de la familia, a menudo pintadas de colores brillantes. Todo un ícono popular del estilo de vida libre y relajada de la playa neozelandesa.

En sus cartas *Veronica* afirmaba no haber sido nunca tan feliz. Relataba como el litoral era, además, una vía de transporte comercial, un lugar ideal para el pastoreo de ovejas y una fuente de alimento, gracias a la importante industria pesquera, relataba, cómo la playa representaba la esencia del “sueño

Kiwi”: un lugar de libertad, relajación, diversión y escape, una fuente permanente de recreación: caminar, acampar, asolearse, hacer picnics, pasear a caballo y, desde luego, practicar toda clase de deportes a los que ella se atrevía a añadir el que compartía con Ahomana; la observación de la fauna marina, focas y ballenas.

Un fantasma en el reflejo

Un fin de semana daba para tantas cosas y tan pocos quehaceres; apenas había tenido tiempo para dedicarse a hacer una romántica hoguera y quemar los cuadros. El ritual debería esperar a su siguiente visita. Su hogar milanés la esperaba, un hogar que a pesar de haberse mudado hacía ya nueve meses, no había sentido suyo, casualmente, conoció a Dario dos semanas después de su mudanza. Ahora, aquel hogar le otorgaba una breve oportunidad. Él y ella; aquel sofá medio estrenado y ella. Y aquel horno impoluto a estrenar y el aroma a bizcocho, serían uno de los regalos que no había sabido apreciar de su vida sola. También estrenaría aquella bañera, encendería las velas que todavía estaban guardadas en el papel verjurado de la tienda. Iba pensando en todo aquello mientras buscaba las llaves sin detener por ello las ruedas de su maleta. Al introducirlas en la cerradura su espalda sintió una leve amenaza, con intención de protegerse de extraños, miró tras el cristal del portal para verificar sus intuiciones. Sintió temor, su cuerpo, quedó sin energía, debilitado por el entorno. La joven vivía desde adolescente con un temor marcado en su alma; el miedo a ser mancillada. Nunca miraba a los ojos de los viandantes, de día usaba gafas para evitar aquellas miradas penetrantes de los hombres. De noche, miraba hacia el suelo o hacía otro lado, pues temía los mensajes de los hombres al mirarla. Era una sensación inconfesable, una fobia secreta y silenciosa. Dario permanecía impávido, con sus brazos entrecruzados y su cuerpo erecto y anclado al suelo como un sauce. Su mano izquierda llevaba una escayola y su anular un hierro que lo inmovilizaban. Cuando se percató que los ojos de Benedetta y su mano señalaban a la lesión, jugó con su brazo lesionado, pretendiendo esconder la lesión, gesto pueril y débil.

—Dios mío, ¡Qué te ha pasado! —exclamó ella sintiendo mucha pena, olvidándose así del susto al encontrárselo observándola.

—Me lesioné jugando al fútbol —dijo con rostro dolido.

—Dario, tienes ya treinta y cinco años, no tienes edad para jugar a fútbol. Me has asustado, no esperaba verte—dijo mientras tocaba su corazón y trataba de buscar respiraciones largas e intensas para aguantar la situación.

—Necesitaba que una explicación de por qué te fuiste.

—¿Perdona? ¿si no recuerdo mal, me echaste de casa!

—Yo no te he echado de casa, Benedetta.

—¡Sí lo hiciste! Y no una vez, dos veces.

—Eso es mentira, lo juro, yo no te he echado de casa —dijo conteniendo sus lágrimas y con rostro de víctima.

—Vaya, veo que tienes amnesia. Te lo recordaré todo: me invitaste a desaparecer unas horas de tu casa; aparecí con un regalito, a pesar de ser hora de comer, tú tenías los huevos sentados frente al ordenador sin preocuparte por pasar conmigo un domingo. Te dije que no te merecías los calzoncillos que te había regalado y te los arrojé al aire, me maldijiste con una mirada llena de furia y me...

—Tú si me maldijiste a mí— Interrumpió lacónico—. Llegaste a casa cruzada, con ganas de lío. ¿No recuerdas la noche anterior? Estuviste insoportable.

—Sí recuerdo, bebías cerveza ¡Me eructaste a la cara y tu aliento hacía regusto a cebolla, Dario y te llamé guarro! ¿Qué quieres que te aplauda la marranada? Dario, quizás tienes amnesia selectiva, pero yo tengo una memoria de elefante. Me fallaste, me asustaste, aun así, di mi brazo a torcer, que te aseguro que con mi genio y sangre Caffarelli no sé cómo lo hice. Rechazaste mi risotto, a pesar de que te llevé la ración a tu escritorio. No me dirigiste la palabra, de hecho, ni siquiera te retirabas los auriculares de la oreja.

Benedetta había vomitado todo lo que llevaba mucho tiempo en su interior, todo aquello que sentía que él merecía saber. Deseaba que Dario desapareciera de su vista. Ya no sentía nada más por él, qué pena. Era una bestia, un hombre por domesticar.

—¡No te diste cuenta de que ni siquiera llevaba música!

—¡Me importa una mierda! Dario, me despreciaste, me humillaste, mantuve el tipo hasta las siete de la tarde, cuando sin mirarme a la cara, me dijiste: “Vete”. Pero en adición a todo esto, cuando salí de tu casa llovía a cántaros y los truenos asustaban a cualquiera. Ni siquiera te dignaste a llamarme o preguntarme ¿Llegaste bien a casa?

—Y tu actitud, ¿Quieres que yo analice tu actitud? ¿Cómo quieres que actúe cuando el lunes por la mañana llego a casa y me encuentro que te has llevado todas tus cosas sin permiso? Benedetta, te llevaste hasta las ollas. ¿No te parece un detalle paupérrimo?

—Sí, hice dos viajes. Fui el lunes y el martes de madrugada. Tu casa y tu trastero tenían muchas de mis pertenencias. Dario, vámonos de aquí, estamos

gritando como unos napolitanos vendiendo pizzas.

—¿Has cenado?

—No,

—Venga te invito a cenar, pero conduces tú.

—¿Has venido conduciendo con tu lesión?

—Sí, quería verte, necesitaba que me explicaras. Te necesito en mi vida, Benedetta y lo sabes. —Dijo mientras estallaba en lágrimas. Siento que no te hice nada, pero no tengo la conciencia tranquila. Porque tú, tampoco me hiciste ni dijiste nada. Te marchaste simplemente. —Dijo mientras lloraba desconsolado y apretujaba a la joven con un abrazo desesperanzador.

Benedetta abrazó aquel escuálido cuerpo, sabía que desde su ausencia aquel humano se alimentaba del oxígeno irritable que rezumaba en su casa. Sintió pena y dolor, Dario parecía tan inquebrantable, tan incompleto sin ella. Y con esa mano izquierda lisiada... Imaginaba lo duro que había sido para él gestionar la ruptura, el trabajo y los exámenes de la universidad. Seguramente, en su casa, los excedentes de manzanas, peras y plátanos que acostumbraba a abastecer la madre de Dario, estarían pudriéndose en aquella bandeja sobre la mesa, junto con los tomates y pimientos. Recordó el escenario de aquella casa, catorce horas después de abandonar aquel hogar, cuando entro de madrugada a recoger sus cosas. Observó el salón, no estaba como ella lo había dejado, Dario debió sentirse liberado cuando ella marchó pues colocó la colchoneta la banqueta y las pesas e hizo ejercicio. Quedaba claro, ella era un lastre en su vida. Dario no estaba hecho para tener pareja y así lo rebatió de camino a un restaurante en las afueras de la ciudad.

—Dario, tú quieres una sumisa, no eres flexible, te enfadas y necesitas tu tiempo de desenfado. Fíjate, has tardado un mes y medio en desenfadarte y aparecer en mi vida. Yo tengo mi genio, pero, párate un momento a analizar mi actitud; cuando me di cuenta, me reprimí, di mi brazo a torcer, me puse mi delantal de chacha y te cociné. En vista de que no te dirigías al comedor, me arrastré hasta tu escritorio y te traje tu ración de comida y la volviste a rechazar.

—Eso no significa que quiera en mi vida una mujer sumisa. Cuando me enfado, se me cierra el estómago, soy incapaz de comer.

—Sí, a la vista está, te has quedado en el chasis. Pero Dario, no cuesta nada ceder, manifestar el enfado, pero seguir conviviendo en armonía. Una buena opción hubiera sido acompañarme mientras yo comía. Si se te cerró el estómago, pues te podrías tomar una manzanilla mientras yo tomaba mi ración

de risotto. Pero insisto, tú necesitas una sumisa. ¿Recuerdas las noches que me resfriaba? Las pasabas en el sofá, como si yo fuera una leprosa.

—Benedetta, lo hacía con idea de que descansaras bien.

—No, Dario. Necesitas a una mujer abnegada, que te diga” Cariño, esta noche dormiré en el sofá, estoy algo congestionada”. —Benedetta recordó aquella frase pronunciada por su madre cuando necesitaba digerir con qué tipo de hombre había apostado su futuro. Yo no tengo el espíritu de sacrificio y sufrimiento del que tú te deleitas.

Con cada argumento Benedetta se iba liberando de la carga emocional. Se sentía una mujer madura y entera. Durante esas semanas, se había armado de valor, su alma había crecido y se había fortalecido, sin embargo, Dario se iba empequeñeciendo y hundiendo en su pena. Parecía una mascota abandonada y malograda. Benedetta intuía que aquel hombre, bien había aprendido la lección.

Las conversaciones se hacían eternas. Aquel día finalizaron de madrugada. Durante una semana hubo debate y defensa de los asuntos y prioridades de uno y otro. Parecía el ring de la comunicación. El resultado siempre era el mismo. Dario insistía en convertirse en la gran víctima, el gran incomprendido y Benedetta agotaba sus defensas y repetía una y otra vez sus argumentos.

—Necesito que me devuelvas algunas cosas que me dejé en tu apartamento. Mis botas de senderismo, una taza, sé que hay varias cosas. ¿Me las podrías traer? Yo no me siento con fuerzas de volver a tu casa. —defendió con un tono dulce la joven en una de aquellas conversaciones telefónicas que comenzaban a realizarse diariamente.

—Lo tiré. —Dijo agachando la cabeza.

—¿Cómo? —interrogó molesta.

—Cuando recibí tus llaves por correo certificado y con acuse de recibo, entendí que jamás te iba a ver, así que me deshice de tus cosas.

—¿Te deshiciste de mi taza personalizada? ¡Fue un regalo de Isabella! Esa taza, no hay otra igual, entiendes. Isabella la hizo para mí. ¡¿Cómo fuiste tan inhumano?!

—¿Y tú? Benedetta. ¿Cómo fuiste tan inhumana de meter en un sobre las llaves y no dar la cara? Me hubiera gustado que me las devolvieras con algo más de formalismo. Yo te las entregué con confianza e ilusión.

—Dario, no te hice entrega de las llaves porque no quería que usarlas como pretexto para verte. No te merecías aquella atención. Me echaste a la puta calle, Dario. ¿Sabes eso lo jodido que es cuando llevas sola en esta

jodida y fría ciudad casi cinco años? ¡Eras mi referente de familia! ¡Tu familia me había adoptado! ¡Me querían y yo a ellos! Por fin había encontrado un hogar en Milán. Y cuando anhelas y encuentras estas cosas, no son como un contrato de seis meses, al menos no para mí. ¡Te lo advertí nada más conocerte! Ese mismo mes me acababa de mudar y planeaba mi regreso a Siena.

Solo se escuchaba un estallido de llanto que a trazos ahogaba en el pecho de Dario. Algo usual en él. Como el hecho de no comer y vivir apesadumbrado. Benedetta confiaba de nuevo en él. Sentía su arrepentimiento y algo en ella decía que debía darle una segunda oportunidad.

—Dario, ahora, todo es algo complicado. No puedes solventar las cosas lamentándolo. Yo he actuado durante este mes. Ya no soy capaz de vivir en tu casa sin sentirme en paz. Me voy a arreglar la casa que mis abuelos dejaron a mi padre en herencia en Montepulciano.

—¿Quieres decirme que, en un mes sin mí, ya has organizado tu vida? Supongo que lo tenías planeado de antes de nuestro enfado.

—No, Dario. Bueno, quizás sí, cuando te conocí lo jugué todo a una sola carta. Llevaba días planeando mi vuelta a Siena. No sabía cómo lo organizaría, pero se me habían acabado los cartuchos de estímulos para soportar Milán. Tú eras mi referente, mi motivo, mi ilusión. Y ahora, todo se ha ido al cuerno. Soy incapaz de volver a vivir contigo. Tengo la sensación de que me volverás a echar de casa. Lo has hecho dos veces ya.

—Benedetta, ¡Yo, no te he echado de casa! —dijo con un tono ralentizado y con voz de ultratumba.

—Dario, me echaste de casa, te cociné, te llevé la ración de comida a tu escritorio, no me miraste ni a la cara, despreciaste la comida, no me dirigiste la palabra. Y encima, al día siguiente, cuando regresé, me encontré en el salón restos de que habías estado entrenando. ¡O sea que muy abatido no te quedaste!

—Estaba enfurecido. Pensé que un poco de ejercicio me reconfortaría.

—¡Pues yo estaba tan hecha polvo que no sé cómo fui capaz de subir un tercer piso sin ascensor con todas las maletas a cuestas! Dario, ¡acabé en el hospital con neumonía!

—Nunca te perdonaré que no me llamaras. Te hubiera cuidado.

—¡Mentira! Te conozco. Hubieras dudado si era verdad. Hubieras pensado que era una treta para engancharte y jugar a dar lastima. Te he conocido un poco Dario, sé de qué pie cojeas. No conocí a tus ex, pero intuyo que jugaban

al victimismo y se inventaban enfermedades. Nos has metido a todas en el mismo saco. Y no se a ellas, pero a mí me has privado de mi individualidad.

El silencio de Dario por respuesta fue la aprobación de que la intuición de la joven no fallaba. Así era, Dario había sido un pasota que no soportaba que le controlaran y sus exnovias, habían atribuido enfermedades imaginarias que se habían convertido en reales.

Cuando alguien se queda con un vacío muy grande en su interior, trata de llenarlo con lo que sea. En ese momento, la mejor manera de llenar aquel vacío, era recibiendo cariño. Dario se mostraba taciturno, indefenso, hundido y apesadumbrado. Necesitaba abrazarla y recordarle cuánto la amaba, cuán importante era ella en su vida.

Los abrazos traicionaron a aquella fría mujer dolida. Dario hacía promesas con la mirada y la dulce joven, no soportaba que éste llevara el mundo sobre él. Sabía que su cabezonería no le iba a llevar a pedir perdón, pero quizás con las acciones, habría suficiente.

Tras varias semanas de encuentros agotadores, en los que debatir una y otra vez las verdades de cada uno, la debilidad de la joven perdió terreno con aquellos intensos abrazos. Recordó porqué en su momento inclinó la balanza y decidió quererle. Dario era un hombre apasionado que la colmaba de abrazos y besos y que con la mirada la idolatraba. Los abrazos la hacían sentir que estaba bien. Que estaba protegida. Los abrazos eran su hogar.

Sin embargo, nada alteró los planes de reformar la villa y un fin de semana más tarde visitó el que en un futuro sería su nuevo hogar. O quizás su segundo hogar, pues si las cosas seguían bien con Dario, a éste ni con torpedos le sacaban de Milan.

Una de sus prioridades en aquel viaje era quemar los cuadros ya que, en ellos, había impregnaciones negativas de Beatrice. Por un instante, se imaginó una mujer pagana haciendo rituales. Wow, quemar, los cuadros de la abuela, era un acto de rebeldía. Imaginaba que el espíritu de la abuela se encontraba allí, molesta por sus acciones, pero poco temía a los muertos.

Lo fácil fue quitar la tela de los lienzos. Lo complicado que aquello ardiera. Y curiosamente tras sus intentos de mezclar papel de propaganda de los buzones con algo de leña, la llama se avivaba y aquietaba constantemente. El trayecto malogrado del fuego, testificaba que la energía de la abuela estaba ahí, observando aquel acto vandálico. Todos los cuadros lograron arder excepto el del corazón de Jesús. Ardían los extremos, pero el fuego no correteaba por hacía el epicentro.

—Vamos, Vamos, Préndete— decía la joven. Como venga mi padre y me pille con esta guisa, seré yo la que arda en el infierno.

Benedetta no acostumbraba a dormirse en aquel colchón de látex, que, según su padre, era lo más cómodo y sano del mundo. Su habitación de adolescente, hacía unos años, se había convertido en la habitación de invitados. Con ello, había ganado estilo y espacio, pues donde antes se ubicaba el escritorio, había ahora un par de bonitas butacas apuntando hacia la terraza donde leer observando los cipreses del jardín. Aquella noche, había sido más sencillo dormir que otras veces, pero el sueño era un tanto espeso. Había soñado con muchas cosas, sentía que había recibido de sus guías numerosa información, pero estaba en una esquina de materia gris de su cerebro, acorralado y apunto de esfumarse.

Con los ojos todavía entrecerrados, se dirigió al lavabo y se sentó en el retrete, tras finalizar, se acercó al tocador para lavarse la cara. Lo que vio en el reflejo era algo escalofriante. Un hemisferio de su cara, era totalmente diferente al otro. En su lado izquierdo, su ojo lucía algo hinchado y hundido en la cuenca, su mejilla estaba algo caída y hacía que la otra, pareciera levantada por un cirujano.

—Dios mío, parezco un monstruo. ¡Mamma! ¿Estás en casa? ¡Mamma, ven, mírame!

VII

Desentramando la historia

La terapeuta y consultora de Feng Shui, Gemma, corroboraba lo que, en su momento, *Sofia* había intuido. Aquella deformidad en el rostro de Benedetta, derivaba de la carga energética en Terrafertile. Por suerte, al día siguiente la cara de la joven, ya no era tan deforme, pero en adición al hinchazón del ojo, sentía en el interior ocular, como una diminuta gravilla. Por precaución, optó por visitar a un especialista, quien le dictaminó que aquello se debía a una conjuntivitis interna, le recetó unas gotas y le aseguró que, en menos de una semana, ni se acordaría del malestar.

—No entiendo, ¿Cómo me sucedió eso? —Comentaba Benedetta a Gemma.

—Sencillo, esa casa está llena de carga, mientras vayas vaciándola, peligrosas de que te sucedan este tipo de cosas. Es la carga de la casa, pero no te preocupes, tan pronto como saques todas las pertenencias de los abuelos, la casa estará vacía de recuerdos e impregnaciones.

—No quiero nada de esa casa, ¡nada! Por mí como si pasa un tractor y machaca todo lo que hay en su interior.

—Bueno, poco a poco. Lo que también puedes hacer, es encargarle a tu padre la tarea de vaciar antigüedades y trastos. Él no es tan sensitivo ni perceptivo como tú, a él no le afectará en absoluto.

—A veces siento que me estoy metiendo esta casa en calzador, como en su momento hice con Dario. Es una salida de emergencia, que temo me va a llevar a caer al vacío.

—De momento, esa casa, te ha conducido a desatar nudos. Has sido la pariente elegida para descubrir que sucedió en esa casa antaño y te aseguro que va a ser una bendición saberlo, pues borraremos de tu sistema ciertas cosas innecesarias, que están ahí programadas, pero no te pertenecen.

—Gemma, ya que estoy aquí, me gustaría trabajar mi ruptura. No me siento bien, Dario no deja de jugar al victimismo y en cierto modo, acaba ganándose la batalla. Quiere que nos demos otra oportunidad. Yo no se lo he contado a nadie, pero ha habido una reconciliación. Quedamos la semana pasada, me quería comprar unas botas de senderismo, pues en su rabieta por mi espantada,

lanzó las mías al contenedor. Quise darle las gracias y me nació hacerlo con un fuerte abrazo. Me sentí de nuevo refugiada en su regazo. No sé si toda esta riña le ha servido de aprendizaje, quiero creer que sí. Pero al mismo tiempo no quiero cancelar mis planes. Quiero dejar Milán de una vez por todas. Creo que simplemente me interesa estar con Dario por tener a alguien aquí.

Era la primera vez en su vida que asistía a una psicoterapeuta para experimentar cambios en su vida. No es que le disgustasen, simplemente no los necesitó. Pero Gemma había aparecido de forma accidental, en el mejor momento. Además, le caía bien, le inspiraba mucha confianza. Si, creía en ella y siguió creyendo en ella durante meses, cada tres semanas se encontraba con ella. En las dos primeras sesiones, trabajó esa dependencia que Benedetta sentía por Dario. Tras varios intentos por ambos de reconstruir su historia de amor, todo quedó en un forzoso intento. Dario, se negaba a dejarla marchar, pero cuando la tenía, volvía a olvidarse de aquellas pequeñas cosas, detalles que agrandan el amor por alguien. Ese era el reto de Benedetta; aprender a decirle ya no más, sin crear un conflicto.

Con las sesiones de Gemma, Benedetta, había dejado de asociar a Dario con la protección y atención necesaria durante su periplo en Milan. Ella sola se bastaba, no necesitaba a nadie. De hecho, la acción de prescindir de alguien, provocaba el alejamiento de éste. Benedetta se sentía orgullosa de desengancharse, de trabajar su subconsciente y entender que debía emprender otro camino prescindiendo de Dario. La añoranza formaría parte del luto, debía mantenerse así. Sin embargo, ¿Por qué Gemma le había propuesto otra sesión? Probablemente porque desconfiara de que aquel desanclaje fuera a buen puerto. No obstante, Benedetta había demostrado ser una muy buena paciente



Estimada Gemma:

¿Qué tal estás?

Quería avanzarte cómo he estado estos días. Es increíble pero no he tenido ni un solo altibajo. Me he mantenido muy estable. Algo muy atípico, a decir verdad, acostumbrada desde hace meses a tener dos días malo y uno bueno...

El pasado sábado Dario vino a mi casa a traerme las pertenencias. Con mi expareja todo fluyó. Muy mal por su parte, pues se comportó como un

*mezquino y un niño. Me chantajeó, y yo, a pesar de desear mandarlo a la mierda, acepté el chantaje. Me pidió dinero, se lo di y le pedí con educación que marchara, cuando partió, mientras bajaba las escaleras comenzó a soltarme improperios. Te juro que moría de ganas por sacar mitad de mi cuerpo por la ventana y gritarle tan pronto como saliera por la puerta. Sé que él deseaba que lo hiciera. Como siempre, dándole un aliño “Siciliano” a nuestras riñas. Pero no lo hice. Me quedé sentada en el sofá respirando, escuchando mi interior, sintiendo esa parte de mí tan primitiva que negaba a sacar. Esa parte de mí tan viva y llena de carácter, esa fiera que llevo dentro. Las terapias han funcionado, de hecho, comencé a hacerme la técnica de liberación emocional que tú me enseñaste, **el tapping**. No fue fácil, creo que es la primera vez en mi vida que controlo mi ímpetu. Los dos éramos de dar la última pataleta y curiosamente esta vez, le he dejado ganar. Le he dejado que me dé todas las pataletas que quisiera. Yo, he sentido mucho dolor y decepción, pero lo he gestionado muy bien.*

Había pensado, que quizás no es necesario seguir con las consultas, no obstante, prefiero comentártelo abiertamente, confío en tu criterio y si crees que es vital para mi evolución hacer alguna sesión más, la haré. Espero tu opinión, para al mismo tiempo confirmar o cancelar nuestra consulta del próximo jueves.



Estimada Benedetta.

Me alegra que estés mejor, ha sido un gran paso adelante, y está muy bien.

No obstante, hay temas de fondo de los que tomé nota, porque era importante y que no han sido trabajados, por tanto, no resueltos, y sería conveniente mirar cómo están, como parte de la búsqueda de tu equilibrio y para que se mantenga, lo testaría y si no se han de tocar, lo veremos, y si ya he de darte el alta también.

Por otro lado, yo me iré unos meses a China y es demasiado tiempo para

aplazar la sesión.

Ya me dirás...

Un abrazo



Benedetta no esperaba aquella respuesta. Pero aceptó el reto de seguir trabajando. Había olvidado la finalidad de comenzar aquellas terapias. Se llamaba Terrafertile. Y aunque había iniciado gestiones varias para su reconstrucción, últimamente sus pensamientos se habían concentrado demasiado en superar un bache para poder iniciar una nueva vida sin fisuras.

Gemma había percibido en la primera visita algo de su paciente que captó su atención. Algo que Benedetta, parecía ya haber olvidado. Entre tantas preguntas y confesiones Benedetta, confesó:

—Tengo un serio problema con los hombres que me miran. Especialmente los hombres de raza, ya sean pakistaníes o marroquíes. No sé si es por la profundidad de sus miradas y el descaro de sus contemplaciones hacia las mujeres, pero a mí me enerva. ¡Me dan ganas de arrancarles los ojos y echárselos a los cuervos! Si son hombres mayores de raza blanca, les miro desafiante, rollo, qué pasa, imbécil—ya sean ancianos o jóvenes— pero si son extranjeros, concretamente marroquíes o paquistaníes, les insulto y les grito. Luego me siento fatal, como una loca de atar.

—¿Y por dentro? ¿Cómo te sientes por dentro?

—Muy frágil, Gemma.

Benedetta permaneció en silencio pues lo que iba a decir era algo que nunca antes había sido capaz de percibir. Era como si aquella terapeuta tuviera un poder sobrenatural e hiciera emerger sensaciones jamás antes percibidas.

—Muy frágil, siento miedo a que me violen. Siento miedo al poder del hombre, a que la mujer quede sublevada por ser débil y frágil. Siempre he tenido miedo a ser violada.

—¿Alguna vez has sufrido una violación o intento de ésta? —Preguntó Gemma

—De pequeña unos niños del colegio me acorralaron y me bajaron las bragas. Yo tan solo tenía unos seis años. Recuerdo que me chivé a mis padres y éste iba con el furgón del campo persiguiendo a los niños que curiosamente

de mayores se convirtieron en vándalos. Pero no, nunca más.

—Bonito detalle el de tu padre.

—Espera, hay algo más.

—Dime

—Cuando tenía once años, hubo un viejo, bueno, para mí era un viejo, quizás en aquel tiempo debería de tener unos cincuenta años o algo más. Yo veraneaba en Cerdeña, en la casa de verano que mi familia materna tenía en Oristano. Mi tía abuela estaba arreglando el jardín, uno de sus vecinos había venido a visitarla como de costumbre. Ella, habituada a recibir largas visitas, dejó a aquel hombre conmigo. Yo estaba sentada en un poyete con mi muñeca cuando escuché un; Tshhhiss; el hombre me llamaba: levanté la cabeza y vi como él se apartaba el braguero de sus pantalones para enseñarme sus partes pudientes. Fue la primera vez que veía eso... por que en aquel tiempo, era eso. Cuando se marchó se lo dije a mi tía, le dije: —Tía, Constantino me ha enseñado el *cazzo*.

—¿Y cómo actuó tu tía?

—Simplemente dijo: Embustera.

—Te falló. Ese es tu problema.

—¿Cómo?

—El otro día, cuando te di los informes de la casa, la conversación fue derivando a varios temas. Me dijiste que te vino la menstruación muy joven y que tu madre fue muy fría con la llegada de ésta. No te quise decir nada, pero en ese momento, tu madre te falló. Estos patrones se repiten, supongo que, a ella, su antecesora también la fallaría, es sucesivo hasta que decidimos desprogramarnos. De hecho, una de sus antepasadas, sería tu tía, la que te llamó embustera.

—Sí, Así es—Afirmó Benedetta.

—Ese es uno de tus problemas, las mujeres de tu familia te fallaron. Cuando tú les pediste ayuda por algún tema relacionado con la sexualidad, éstas, voltearon la cabeza ignorándote. En cambio, tu padre no. Aunque casi siempre recibes quejas de él como padre, él si supo proteger tu sexualidad frente aquellos niños.

Aquella teoría, le parecía tierna a la vez que dolorosa a Benedetta. ¡Qué paradojas de la vida! Su padre siempre había demostrado que ella era para él peor que un dolor de muelas, nunca se sintió aceptada por éste, el cual nunca logró entender y aceptar la fuerte personalidad de su hija y sus dotes artísticas. Desde que tuvo uso de razón, deseó que sus padres se separaran de hecho,

para ella como niña y después adolescentes, lo mejor que podía sucederle era que ellos se separaran, que *mamma* y ella se fueran lejos de él, siempre enfadado, siempre gritando y con aquellas bruscas y agresivas maneras. Sin embargo, su padre no le había fallado, al menos en algunos casos. Pasó las semanas deseando repetir aquel encuentro con Gemma para seguir desatando nudos generacionales. No obstante, seguía sintiendo que los hombres la miraban de forma obscena por la calle, seguía temiendo ser presa de cualquier degenerado que pasara con su coche o furgoneta por la calle donde ella paseara. ¿Habría quizás, algo más que trabajar con aquel temor?

VIII

Siguiente terapia

Gemma ayudaba a sus pacientes a realizar su árbol genealógico, trabajo que muchos se resistían pues había que buscar fechas de nacimiento y defunción de tres generaciones, además de muertes prematuras y abortos. Los nombres propios también eran importantes, así como las profesiones y enfermedades. Sobre todo, buscar los secretos, estos siempre tenían que ver con el dinero y el sexo. El trabajo en el árbol descansaba sobre una comprensión de las repeticiones de patrones. Cuyo objetivo a nivel inconsciente, tenía una fidelidad al clan, que les empujaba a perpetuar valores. Biológicamente, estar fuera del clan era equivalente a morir. El inconsciente del clan, al que se podía llamar el inconsciente familiar, asignaba un heredero para continuar la tradición familiar para restablecer la reputación familiar perdida. Cuando la persona era escogida por el inconsciente de la familia, recibía aspectos negativos, como enfermedades, además, suele llevar el peso de la “basura familiar” A ojos de otros, podría ser la oveja negra.

—Cuéntame cosas de tu día a día, Benedetta. De cómo son tus jornadas desde que empezamos a trabajar hasta hoy.

—Bien, ya no me siento tan dependiente emocionalmente, siento muchas ganas de comenzar con mi nueva vida en Montepulciano. Se me está haciendo algo cuesta arriba Milán.

—Recuerdo que, al principio, me hablaste de uno de tus compañeros de trabajo, al que detestabas. ¿Cómo es tu relación con el ahora?

—¡Ah, Riccardo, *la testina di cazzo!* ¿De verdad te dije eso? Pues últimamente paso de él. Me la trae al paio.

—Dime, ¿Qué te molestaba de él?

—Me desacreditaba siempre que podía. Creo que ahora ya no lo hace y si lo hace, pues no me afecta, ni me entero.

—Hagamos un ejercicio, me vas a ir contando todas y cada una de las situaciones de tu vida en las que te has sentido desacreditada, quiero saber ¿Cómo actuaste ante las críticas?

—Esto es algo largo. Siempre quise desvincularme de mi imagen como Miss Mundo, pues tenía talento para tantas cosas, que no deseaba ser

encasillada. Tuve un blog cuando llegué a Milán. Hablaba de la diferencia de culturas entre Siena y Milán. Me metía con los milaneses, pero también con los de Siena y los florentinos. Era divertido. Pero escribía mal, tenía faltas de ortografía, puesto que escribía utilizando las jergas antiguas. Alguien dijo que antes de tener un buen blog debía aprender a escribir correctamente, se me cruzaron los cables y lo eliminé. También tuve una web donde exponía mis trabajos, cuadros, tallas y ménsulas. Yo estudié arte en Florencia. Hubo una antigua compañera de promoción que se creció cuando vio mi proyecto, de una forma algo déspota, dijo en las redes sociales, que a mí me habían regalado la diplomatura a base de favores carnales. Me sentó tan mal lo que me dijo, que me cargué la página.

—¿Por qué no la denunciaste?

—Nunca quise utilizar mi poder como Miss Mundo. Tenía miedo de que quizás entonces, perdiera más credibilidad.

—Qué lástima Benedetta .

—Espera, que hay más. Cuando estudiaba en Barcelona, escribí un cortometraje precioso con un compañero de promoción, planeábamos presentarlo en Sitges Cuando llegó el momento, dejé a mi compañero que lo presentara solo, mi representante me había programado aquel día un viaje a Módena, para presentar un nuevo automóvil de la línea Maserati. Le pasé todo el protagonismo a mi compañero de promoción. Afortunadamente no llegamos a quedar finalistas, pero yo me desvinculé de aquello. No sentí que estuviera a la altura de las circunstancias.

—Benedetta, ¿te das cuenta de lo que haces?

—Sí, destruyo mi creatividad.

—Mejor dicho, Benedetta, matas a tus bebés. La joven afirmó con la cabeza, sí, la conclusión era contundente y real. —Vamos bien, Benedetta, estamos acercándonos. Alguien en tus antepasados mataba a sus bebés.

Benedetta sintió algo de pavor tras aquella afirmación surgida al libre albedrío, pero al instante, mientras intentaba separar las emociones y el cariño hacia sus ancestros, recordó un detalle.

—Mi abuela era matrona y creo que lo heredó de su madre.

—¿Quieres decir que le enseñó su madre el oficio?

—No exactamente, porque mi abuela nunca conoció a su madre. Espera, hay algo que acabo de recordar que no me cuadra. Mi abuela, solía contarme cuando yo era pequeña, que su madre murió de parto, cuando ella nació, pero pasados unos años, cuando repetía el argumento decía que su madre falleció

cuando ella tenía unos tres años. Hay algo que no me cuadra, eso no es morir de parto. Es como si ella no conservara la suficiente memoria como para recordar su primera versión. Pero claro, no relaciono esto con que “mataran niños”.

—Bueno, dos cosas: Para empezar; antiguamente, debían matar a niños porque era el único método de salvación. Las matronas al igual que tenían agallas para asistir a un parto, también tenían entereza para acabar con la vida de un niño con malformaciones y simplemente ejecutar un aborto fruto de una infidelidad o de un amor prohibido.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver que mataran a niños ajenos conmigo?

—No te tomes la palabra en el sentido literario, no es así. Me refiero a que alguien en tu familia ejecutó un acto de amor interrumpido. Pero volvamos atrás; has dicho que tu bisabuela murió de parto, háblame de esa bisabuela. ¿Cómo se llamaba?

—No estoy segura, creo mis abuelos se llamaban Camilo y Carlota.

—¿Has visto fotos de tu bisabuela?

—No, curiosamente solo una, en casa de mis tías.

—¿Quieres decir que tu abuela nunca conservó fotografías de su madre?

—No, en la casa no había fotografías de los antepasados, solo de mi padre y su hermana *Veronica*.

—¿Alguna vez has visitado su tumba?

—No porque no tiene, hay un nicho donde están enterrados mis abuelos. Cuando les llegó la hora, sacaron las osamentas y cambiaron la lápida, sé que allí están enterrados varios parientes, tíos, hermanos...

—Quieres decir que no se conserva una memoria de tu abuela Carlota.

—No, nada.

—Verás, *Benedetta*; cuando una mujer muere de parto, los familiares se sienten desolados ante la pérdida y hacen lo posible e imposible por mantenerla en el recuerdo. Ese acto lo tiñen de heroísmo y a la vez mito. Alrededor de ese hijo o hija sin madre, se crea una serie de recuerdos imborrables hacia esa persona que sacrificó su vida. Me resulta extraño que tu bisabuela no tuviese su altar de veneración. Intuyo que fue todo lo contrario, que la escondieron.

—Bueno, hablamos de casi dos siglos atrás, quizás no hubiera fotografías tuyas.

—De acuerdo, pero esa única fotografía, no debería estar en manos de tus tías, sino en poder de su hija. ¿Cuántos hermanos tenía tu abuela?

—Bastantes y casi todos mayorcitos. Su primogénita, Lorena, tenía diecisiete años cuando ella nació. Ay, ¡santa *Madonna*, lo que acabo de pensar!

—Prosigue—dijo Gemma con tono firme y una ligera sonrisa.

—Mi tía Lorena, yo no la conocí, falleció unos años antes de que yo naciera, pero mi tía Lorena—repetía dando énfasis a aquel personaje desaparecido en su árbol genealógico— ingresó en un convento de clausura, según mi abuela Beatrice, dos o tres meses después de que ella naciera. Y aquí nunca se desdijo, siempre mantuvo esa cifra. Siempre decía que ella era un bebé cuando su hermana partió. Siempre elementaba el vacío que su hermana dejó, pero no lo recriminaba, todos en la familia eran profundamente católicos. Enaltecía el sentimiento incontrolable de tía Lorena hacia Dios, pues superaba al deber de cuidar de su hermana benjamina recién llegada al mundo y privada de una madre.

—Veo que tú sola te has colocado la pista que te va a llevar a destapar la verdad.

—Bueno, es pronto para sacar conclusiones. No creo que deba.

—Las familias tan obcegadas en el catolicismo, éstas que siempre están rezando, yendo a la iglesia y confesándose, eran y todavía son, las familias que más secretos tienen que esconder y lo tapan con la religión. Sienten que así el pecado queda diezmado. Llevo muchos años trabajando. Casos como el tuyo, están a la orden del día. Piensa que antes todo era un escándalo. No se denunciaban los abusos sexuales ni se toleraba una relación fuera del matrimonio. Había situaciones, que era de vital importancia intervenir, tomarse la ley de su mano; por ello abundaban los secretos en la familia, sucedía y no se enteraba nadie. Los secretos morían con ellos. Benedetta, intuyo que ésta será nuestra última sesión. Pero antes, debes hacerte con el certificado de nacimiento de tus antepasados. El de tu tía Lorena, el de tu abuela y bisabuela; empezaremos por las generaciones más cercanas, si con el certificado de tu abuela, no consigues información alguna, pide el de tu tía. Otra cosa, deberías ir al convento, échale cuento, utiliza tus habilidades de guionista, di que estás preparando un documental y te interesaría conocer algo más su historia, aprovecha para conseguir el acta de ingreso de tu pariente, déjalas hablar. Interroga también a tus tías, las que dices que tienen en su haber una fotografía de tu abuela. ¡Ah!, y llévate una grabadora, te vendrá genial para luego reconstruir la historia sin que nada se te escape.

IX

Una detective sin gabardina

El fresco viento golpeaba las ardientes mejillas de Benedetta. Necesitaba las caricias de la brisa para despejar aquel espesor en su mente, también urgía comunicarse con su madre. ¿Cómo había sido posible? En menos de dos horas, una desconocida había desentramado la historia de sus antepasadas. ¿Cómo no había sido capaz ella misma de descifrarlo?

—¿Matar bebés? Tu abuela era comadrona, sí, pero no creo que matase bebés, de verdad.

—*Mamma*, mis obras, son creaciones, energéticamente equivalen a hijos. Gemma dice que yo mato a mis hijos, son patrones de conducta repetidos. Quizás la abuela no, pero ¿Y su madre? No sabemos nada de ella. No había fotos de ella en los álbumes que rescatamos de Terrafértil. Gemma dice que cuando una madre fallece de parto, todos los parientes se encargan de mantenerla en la memoria. Creo que debió de hacer algo feo esta mujer o alguien de su entorno. Necesito que me ayudes, estoy impaciente por seguir la trama, ¿Podrías pasarte mañana por la casa consistorial o la iglesia y pedir el certificado de nacimiento o de bautismo de la abuela Beatrice? Mientras tanto, yo me encargaré de llamar al convento y ver si todavía vive alguna de las compañeras de tía Lorena.

Las agustinas de Veroli se dedicaban a la formación cristiana de la juventud, a través de las diferentes instituciones de su pertenencia, tales como escuelas, orfanatos y pensiones. Estas religiosas vivían según la [Regla de San Agustín](#), adaptada a la vida actual a través de sus Constituciones. El hábito estaba compuesto por una túnica y velo negro y el tradicional cinturón agustino. Las religiosas, se habían aclimatado a los avances y tenían página web, cuenta en Twitter y en YouTube. Bueno, a decir verdad, Dios debía manifestarse en todo lugar y todos los seres humanos, debíamos ser conscientes de que había un Dios 2.0 arropado por el clérigo.

Benedetta aprovechó el tranquilo mediodía de un lunes en la oficina y marcó el teléfono del convento.

—Ave María Purísima —Dijo una fresca y alegre voz desde el otro lado del aparato.

—Sin pecado concebida. Soy Benedetta dall’Osso, mi tía Lorena fue monja en vuestro convento. Escribo guiones para cortometrajes y estoy recapitulando información sobre mis antepasados, pues muchos de mis tíos emigraron a Latinoamérica como misioneros o sacerdotes.

—Tú debes ser la sobrina de Vincenza Caffarelli.

Vincenza Caffarelli fue la benjamina de su tío abuelo Anselmo.

—Sí, esa soy yo. Había olvidado que su tía Vincenza, prima hermana de su padre, había ingresado a monja durante juventud. No obstante, al cabo de unos años decidió abandonar. Desconocía que en su momento tía Vincenza hubiera ingresado en el convento donde tía Lorena, pero tenía su lógica.

—Yo soy Concetta, cuando yo ingresé tu tía Vincenza era unos años mayor que yo y me orientó en mis quehaceres, digamos que fue mi mentora. ¿Cómo está?

—Falleció hace unos años.

—Vaya, cuánto lo siento, por un momento he sentido la alegría de poderla encontrar de nuevo.

—Bueno, a mis padres y a mí nos gustaría visitarlos. ¿Todavía vive alguna de las compañeras de mi tía Lorena?

—Tu tía Lorena al tomar los hábitos adoptó el nombre de Teresa. Sí, todavía conservamos la misma madre superiora de aquel tiempo, la hermana Ludovica. Tiene ochenta y cuatro años, pero conserva la misma energía y espíritu que hace cincuenta años, además de todos sus cabales, así que le podrás preguntar cualquier curiosidad. Avísanos de tu visita unos días antes, porque quizás tenemos algún otro compromiso con la diócesis.

—De acuerdo Concetta. Me he alegrado mucho de hablar contigo.

—Ah, y recuerda, cuando vengas, no me llames Concetta, soy la hermana Maria de la Concezione.

—Así lo haré Concetta.

—Que la paz del Señor sea contigo.

—Amén.

Massimiliano Dall'Osso

1973

Massimiliano y Maria Beatrice eran personas completamente opuestas, lo único que les unía era la atípica manifestación de amor que ambos profesaban por sus vástagos y por Terrafertile. Massimiliano se entregaba en cuerpo y alma a la villa y a las cosechas y tan pronto como Leopoldo, el único varón de la familia, alcanzó el metro y medio de altura, comenzó a instruirle en el arte y maestría del labriego. Gracias a Massimiliano, Terrafertile contaba con ricos viñedos, campos de trigo, olivos y algún que otro árbol frutal.

Pero además de ello, Massimiliano disfrutaba redecorando la villa, plantando cipreses para separar un terreno de otro, combinándolos con preciosas estatuas cinceladas por él mismo. Durante unos años, Massimiliano dedicó su tiempo libre a moldear estatuas mitológicas. Con la pretensión de acompañar a la majestuosa diosa Deméter que flanqueaba la entrada de Terrafertile, el asiento de la Vila, quedó engalanado de Diosas del Olimpo, así nació el mítico jardín de las ninfas de Terrafertile.

—Abuelo, déjame que te explique quién es quién, a ver si me acuerdo. — Decía la pequeña Benedetta tirando de la mano de su querido abuelo. La que tiene el pecho amputado es Diana, que le pidió a Zeus llevar una falda más corta para poder andar por los prados.

—Muy bien y recuerdas ¿porque tiene el pecho amputado?

—Claro que sí, porque le molestaba para usar su arco y cazar.

—Esa es mi niña. Sí que tienes memoria, ¿seguimos? —respondía dejándose llevar por los andares inquietos de la pequeña.

—Abuelo, no sé por qué, pero ésta es mi favorita. —afirmó la niña, señalando a una diosa emergiendo desde una concha.

—Eso es que de mayor serás una Afrodita.

—¿Y eso es malo?

—Depende, para tu abuela, seguramente, sí. Pero se lo ocultaremos.

—Abuelo, ¿Tu de qué color tenías el pelo cuando eras joven? A Benedetta le encantaba preguntar, tanto como saber.

—Pues no recuerdo, hija.

—Si tienes los ojos azules, quizás es porque fueras rubio...

Massimiliano tenía el pelo copioso lacio de un blanco brillante y sedoso. A sus nietas les encantaba acariciar aquel cabello tan parecido al algodón.

—Si quieres, mejor se lo preguntamos a la abuela Beatrice, a ver si ella se acuerda.

Aquel era el recuerdo máspreciado y tierno de Benedetti con su abuelo. Desafortunadamente no hubo más. La abuela Beatrice siempre se encargaba de eclipsar la atención de invitados y parientes que les visitaran y siempre que podía, se encargaba de anular o ningunear a su esposo. Ayudaba a ello el carácter silencioso y discreto de Massimiliano.

Cuando Benedetta nació, su abuelo ya acarreaba problemas en el habla, tenía un tono de voz torpe y pedregoso. Además de problemas de laringe derivados del tabaco, padecía una limitación crónica del flujo de aire, neumoconiosis, lo que vulgarmente significa "pulmón polvoriento" provocado por el polvo que inhalaba en la serrería. Aquella reversible enfermedad, beneficiaba constantemente a su esposa cada vez que deseaba cortar una frase de su esposo y recuperar la atención del orador. Massimiliano era un hombre bondadoso, carente de carácter para contrariar a su mujer.

Quizás nunca nadie conoció al verdadero Massimiliano. Pocos pusieron interés y quien lo hizo, solo se llevó de él pedacitos de ternura y conformismo. El corazón de Massimiliano se paró conteniendo muchos secretos y desdichas. Y es que, en numerosas ocasiones, sintió estar en el lugar equivocado, pero aceptó los designios de Dios. Un Dios que su familia y esposa veneraban y que él acostumbraba a hablarle de tú a tú pero sin excelencias. El hecho de observar y escuchar, ayudaba a agudizar la mente y caligrafiar la psique de las personas. Para él no cabía duda de lo evidente, aquello que para otros no era real si no infamia. Massimiliano era todo lo diplomático que se debe ser con los hermanos y tíos de su esposa, pero siempre con un toque de frivolidad y desconfianza. Ningún Caffarelli era santo de su devoción. Los hermanos de Beatrice, era considerablemente mayores que ella, el más pequeño le sacaba catorce años. Lorena, la monja de clausura, era como si no estuviera, él la respetaba, pero incluso evitaba. Vincenzo, el primogénito de dieciocho años vivía en ultramar y desde hacía unos años ni siquiera mandaba cartas. Carlo había perecedido en la guerra, así que solo quedaba Emmanuelle a quien Massimiliano le consideraba manipulador, dominante y agresivo. Beatrice, bebía los vientos por él, a él si le obedecía y no a su esposo. No le cabía una

sola duda a Massimiliano de que nadie, absolutamente nadie veía lo que sus ojos sin lentes de aumento divisaban. Vivió preguntándose si debía abrirle los párpados a su mujer o mejor callar y no herirla. Pero, de algún modo, todos los de su alrededor la estaban hiriendo ocultándole la verdad.

Cuando tío Ernesto falleció, Beatrice estaba embarazada de Leopoldo, tan solo le quedaban tres meses para salir de cuentas. Con él fuera del escenario, la verdad parecía medirse con justicia y aunque temía el momento, la actitud de su cuñado provocaba la confesión.

Emmanuelle, hermano de Beatrice, furioso tras la apertura del testamento, por no recibir de tío Ernesto ni una lira, comenzó a comportarse de modo tosco y ruin con Beatrice. Emmanuelle quería la mitad de la porción de Terrafertile, no concebía cómo él, siendo el único varón de la familia, no recibía nada. Tía Valentina, miraba a otro lado, con cobardía y miedo, cuando ambas estaban a solas, alentaba a su sobrina a que todos los bienes de tanto de ella como de su esposo, le pertenecerían por derecho, porque ambos así lo habían decidido, no debían amedrentarse. Si quería regalarle alguna propiedad a su hermano, sería una actitud esplendida que Dios aplaudiría, pero insistía en que no estaba obligada. Y a pesar de que Beatrice, fue una niña malcriada y acostumbrada a vivir en abundancia gracias a los tíos que la acogieron, por evitar confortamientos y crear armonía en la familia, optó por donarle a su hermano unas fanegadas de tierra y la parte de Terrafertile que antaño cuando criaban vacas, usaban como establos para así construirse una casita donde vivir con su familia.

Tras una de las ventanas de aquella nueva casa, se divisaba la estatua de Proserpina, la [diosa de la fertilidad](#), dato curioso que sirvió para bautizar el anexo y diferenciarlo de la otra casa.

La situación en la familia era tensa e incómoda, Massimiliano, se arrepentiría toda su vida de aquella decisión. De conocer la penitencia, quizás hubiera sido comedido. Pero su lengua estaba bien afilada y necesitaba acuchillar las vergüenzas ocultas de aquella familia. Quería a su esposa, ella merecía saber la verdad, su verdad.

Aquel fue el día, el final de una etapa, el comienzo de otra. El inicio de sentir un desgarramiento emocional, de comenzar a avejentarse hacia adelante, mostrando ante la espalda de Beatrice el gran peso de una verdad, fue el comienzo de una contracción entre sus pechos sus hombros y su espalda, un reflejo de sus defensas ante la especie. A partir de ese día, la relación entre Massimiliano y Beatrice se tornó fría; cambiaron la cama de matrimonio por

dos camitas separadas y dejaron de tocarse acariciarse y poseerse en el lecho. Beatrice sentía que así redimía los pecados cometidos por ella y sus antepasados.

El taller de Massimiliano era su lugar de evasión, tras su jubilación y clausura de su comercio de tallista, su nuevo taller, quedaba ubicado en una extensión de la casa, adyacente al hogar, pero aislado de éste, lleno de luz natural por sus anchos ventanales. Los caballetes para modelado eran de madera de tres patas y con la tabla superior giratoria para poder ver la escultura por los trescientos sesenta grados. Sobre el cajón de la mesa, se encontraban los bocetos o bocetar una idea, figuras para ver el movimiento antes de emprender el trabajo de algo más grande, éstas eran de barro o plastilina. También había algunos pequeños alambres externos o internos para aguantar los brazos o cabezas.

Cuando pasaba a mayor tamaño usaba el cuello de pato, donde engarzar la estructura metálica cuya forma era parecida a un esqueleto humano, recubierta de alambre más fino para que el barro se adhiriera y no se caiga. Para modelar los dedos es la mejor herramienta, pero hay zonas que necesitaba ayuda de unos palillos, el bien máspreciado de los escultores. Mayoritariamente, se lo hacían los propios escultores con madera proveniente del *Buxus sempervirens*, arbusto comúnmente conocido como boj, bendecido como, la mejor madera para un escultor, por su plasticidad al modelar, permitiendo ejercer una presión controlada muy dúctil. Había probado con unos palitos importados de África hechos de ébano, pero nada como los que se había fabricado él mismo.

Para modelar también se ayudaba de los vaciadores de madera y hierro, tanto lisos como estriados, estos últimos generaban una textura rallada que ayudaba a unificar la superficie. Para el acabado de la superficie iba a gustos. A palilladas quedaba más fresco, y liso o relamido haciendo uso de una esponja o pinceles.

Cuando se trataba de madera, primero dibujaba en ésta las formas del diseño y luego los talaba, lijaba o limaba, y el punto final, se le daba con un espejo roto. El filo que se generaba era muy bueno para el lado y como colofón aplicaba cera para abrillantar la madera.

Era tan sencillo perder la noción del tiempo en aquel taller. Solo el atardecer del invierno invitaba a sentir que los ojos pesaban sobre los párpados y que había que tomarse un respiro.

Massimiliano fue muriendo lentamente, cuando sus pulmones le vetaron la

entrada al taller y su vista cada vez estaba más empañada por las cataratas. Fue entonces, cuando comenzó a matar su tiempo en el campo, sembrando y recolectando.

Leopoldo Dall'Osso

Leopoldo comenzó a trabajar las tierras de los Caffarelli a la edad de quince años. De vez en cuando le acompañaba su primo hermano el benjamín Anselmo Caffarelli, un joven seductor y simpático, maestro en esquivar las obligaciones de manera triunfal y un provocador de trifulcas. Cuando era así, ambos acababan rebozándose en el suelo y volvían a *Terrafertile* los dos con barro hasta en las fosas nasales, moretones y arañazos. Anselmo era tres años mayor que Massimiliano y tenía un maravilloso don para sacar a su primo de las casillas. Sin embargo, no sabían vivir el uno sin el otro. Leopoldo disfrutaba saliendo de copas con su primo. Primero porque tenía carnet de conducir y sus padres, le habían comprado un Volkswagen escarabajo de color verde cremoso con tapicería de cuero del mismo color y con una franja blanca en el centro. Anselmo era popular en toda la provincia. Todos los de su generación le conocían y querían. Con Anselmo y su automóvil siempre había un plan interesante fuera del pueblo. Playa, montaña, ciudad. Noches de copas con chicas...

Leopoldo sentía algo de celos por su primo. Él no se consideraba interesante; cierto era que no superaba la belleza de su padre; había heredado de él su físico, pero no su estatura ni sus atrapantes ojos azules. Ambos primos eran apuestos y atractivos, pero totalmente antagónicos. Mientras Leopoldo trabajaba de sol a sol para ganarse un sueldo que entregaría a sus progenitores. Anselmo estudiaba derecho en la universidad; todo lo que quería lo conseguía con tan solo un chasquido. Mientras Anselmo visitaba burdeles y tonteaba con apuestas en el póker, Leopoldo, monaguillo de la iglesia, ayudaba al párroco con sus vestimentas y se comenzaba a ganar el respeto de los pequeños que frecuentaban la catequesis.

Además, mientras los padres de Anselmo no hacían más que valorar y ensalzar los méritos innatos o ganados de su hijo, las aptitudes de Leopoldo, pasaban sin pena ni gloria, por un lado, porque Massimiliano no era hombre de halagos ni palabrería y por el otro, Beatrice veía talento belleza y porte en su sobrino Anselmo y no en su hijo. Además, ésta ya tenía bastante trabajo centrándose en el porvenir de su primogénita *Veronica*.

Se habían criado prácticamente en la misma casa, con los mismos pilares. Ambos, como era de esperar en varones de familias honradas, ingresaron por unos días en un monasterio franciscano para realizar ejercicios espirituales, con la esperanza de que alguno de ellos, o quizás los dos, tomaran los hábitos.

Pero ambos gustaban de los placeres de la vida y ambicionaban algo desconocido, una vida mejor y no concebían la vida sin una fémica a su lado.

Leopoldo tuvo una triste infancia, llena de aparente abundancia y completamente carente de cariño fraternal. A parte de las obligaciones eclesiásticas y laborales, carecía de orden en su vida atención, instrucción y motivación. Era como si ninguno de sus progenitores esperara gran cosa de él. No obstante, era un gran contador de historias, tenía unas manos virtuosas para trabajar el campo y un carisma social envolvente, que provocaba ser reclamado en cualquier encuentro dominical o festivo de la comarca. Leopoldo era un hombre atractivo, se parecía a su padre, merced de que no había heredado de éste los ojos azules.

Leopoldo encontró la evasión con *Sofia* ambos, cansados por dejar de ser mano de obra de sus padres, contrajeron nupcias tan pronto como pudieron. Pero sus vidas no fueron un camino de rosas. *Sofia* no conocía al verdadero Leopoldo. Irascible, malpensado y agresivo. *Sofia* era demasiado inmadura para atisbar que aquellas reacciones eran el reflejo de éste ante su inseguridad en la vida. Nadie en su seno familiar le había estimulado ni elogiado por su buen hacer. La economía de los recién casados era escasa. El carácter inestable de Leopoldo, pasaba factura, cobrándose despidos, unos voluntarios y otros involuntarios. *Sofia* lloraba en silencio noche y día. Se había casado buscando protección y huyendo de lo que tenía y ahora, para poder comer, debía de volver a la granja donde nunca le faltaba leche recién ordeñada y carne lechal. Un año después de casarse, vino al mundo *Benedetta*. Fue una hija muy deseada por ambos, sin embargo, Leopoldo no supo entender que el arte de tener hijos, conlleva el hecho de tener un ser diferente a ti, con el mismo código genético, pero con personalidades totalmente dispares.

El cocodrilo y el colibrí.

El cocodrilo y el colibrí, fue el primer trabajo que deseó realizar Benedetta cuando inició sus estudios de arte-terapia. Con dicha disciplina, pretendía formarse para que los pacientes pudieran plasmar los pensamientos y emociones con una creación artística, permitiendo así, desarrollar la capacidad de reflexión, comunicación, expresión y desarrollo personal. La finalidad era aprenderla para emplearla en diferentes diagnósticos o dificultades emocionales, problemas conductuales o de salud mental, aprendizaje, discapacidades físicas, lesiones cerebrales o situaciones neurológicas y enfermedades...

Benedetta, cumplía el perfil para convertirse en una gran profesional. Pues sabía emplear los diferentes medios, audiovisuales, pintura escritura e incluso se atrevía con las artes plásticas. Algunas otras compañeras de promoción usaban la fotografía y la danza. La finalidad, era liberar la creatividad, resolver conflictos, aumentar la autoconciencia, la flexibilidad cognitiva. Como consecuencia, se lograba una mejor capacidad de atención ayudado a darse cuenta. Era una preciosa forma de favorecer la catarsis, proyectando el mundo interno y hacerlo tangible, transmitiendo vivencias de forma espontánea.

El cuento ilustrado era una visión metafórica de su relación paterno filial. Un cocodrilo feliz incubando sus huevos, orgulloso de su creación y deseoso de que nacieran sus cachorros. Todos los huevos tenían la misma textura color y tamaño menos uno. Y curiosamente, por ser aquel huevo diferente, tenía mucha más curiosidad por verle nacer. Con horas de diferencia, fueron naciendo todos los cachorros de cocodrilo todos eran tan parecidos a él y todos eran listos, como él. Unos días después, aquel huevo de diferente tamaño y textura a la de sus hermanos, empezó a quebrarse. Papá cocodrilo no le quitaba ojo, tenía gran curiosidad por ver cómo era su cría. A partir de aquel instante, la vida de papá cocodrilo fue un infierno, un verdadero sufrimiento. Su cría no tenía unas buenas fauces para atacar y cazar, era un ser frágil y delicado, nada parecido a su especie. Papá cocodrilo siempre estaba furioso con su cría colibrí, soñaba con que un día despertara y su colibrí se hubiera convertido en un gravoso cocodrilo. El colibrí mientras tanto, trataba

de conquistar a su papá cocodrilo con sus encantadores aleteos y trinos, pero no había ni un solo gesto con el que envolver o enorgullecer a papá cocodrilo que siempre parecía estar malhumorado con él.

Con aquel cuento ilustrado con collage, trataba de favorecer su catarsis, proyectando la lucha constante que su puso lograr que su padre se enorgulleciera de ella. Habían pasado treinta agotadores años en la que le había brindado a su padre todos los logros, pero él, nunca lo percibió. Leopoldo esperaba una hija más simple, menos lista, más sumisa y conformada, más cocodrilo que colibrí. Mientras componía aquel collage, Benedetta se jactaba de ser un precioso colibrí y a su vez entendía lo difícil que debía de ser para un cocodrilo aceptar a la cría de colibrí.

XIII

El árbol de la verdad

Frente a los obstáculos, las dificultades y las heridas de los ancestros, había dos opciones, repetir patrón o tomar conciencia redibujando el árbol. Era aconsejable tomar los obstáculos como herramientas empezando con la aceptación y siguiendo con la transformación. Al modificar el árbol se libreaban a los descendientes convirtiéndonos en aquellos que rompan las cadenas del condicionamiento que hace sufrir al clan entero. La clave para evitar las repeticiones es la toma de conciencia y aplicar otro nivel de conciencia y de que, si nosotros aplicamos otro nivel, los liberamos. Se trata de dar solución diferente a los mismos problemas, dejándonos así de identificar con el clan. Aquel que en su momento fue considerado la oveja negra, es el alma más elevada del clan.

A la hora de preguntar sobre aspectos del árbol, era fácil encontrarse dificultades e impedimentos, desde el “todo muy bien, hija” pasando por “de eso no quiero hablar” El árbol denuncia a través de los hijos, los pecados de los padres, lo no dicho, los secretos...Pero Gemma, optaba por mostrar optimismo y relataba en la consulta, que cuando invitaba a una persona a indagar sobre sus ancestros, el universo conspiraba para encontrar las respuestas pertinentes. Se había encontrado ambas situaciones.

En una ocasión, sugirió a la paciente averiguar la fecha de nacimiento de su difunta abuela. Aquella misma noche, la paciente cenaba en casa de sus padres.

—Hija, no te vayas sin llevarte esto— advirtió la madre mientras le mostraba un monedero negro y viejo. Esta noche he soñado con tu abuela, mi madre, me decía que te diera su cartera, que la necesitabas. La joven, sorprendida, abrió el monedero y se encontró con el documento Nacional de Identidad de su abuela. El inmenso universo, le había facilitado la fecha de nacimiento.

En otra ocasión, invitó a su paciente a ir al cementerio ubicado a varios kilómetros de distancia. Debía ver en la lápida fechas de nacimiento y muerte de sus ancestros. Tras una larga jornada en coche, cuando se apeó a las puertas del cementerio, la cancela tenía dos candados enroscados en una cadena. El

hombre, permaneció unos minutos mirando entre las rejas en estado meditativo. Dos mujeres de mediana edad paseaban y se extrañaron de ver aquel forastero mirando al infinito del camposanto.

—Caballero, ¿necesita ayuda?

—Sí, venía a visitar la tumba de mis tíos, vengo de muy lejos, debí haber llamado a la casa consistorial antes de partir.

—¿Quiénes eran tus tíos?

...Y curiosamente, aquellas amables lugareñas, despejaron todas las incógnitas del hombre.

Aprovechando un primero de mayo, Benedetta había organizado con sus padres una visita al convento de las Hermanas Agustinas Siervas de Jesús y María, comúnmente se las conocía como hermanas agustinas de Veroli. El convento se ubicaba en [Frosinone](#), ciudad de la región del [Lacio](#), asentada sobre una colina por encima del [río Sacco](#), al sudeste de la provincia de [Roma](#).

Era una visita programada desde el día posterior a su terapia. Ya habían pasado un par de meses y, afortunadamente, otras acciones paralelas a la visita le habían aportado contundentes respuestas. Benedetta había pedido complicidad a su madre.

—*Mamma*, necesito que me ayudes, tengo que descubrir un secreto familiar. No voy a poder viajar a Montepulciano hasta finales de abril. Además, los fines de semana, el ayuntamiento no da servicio, tienes que pedir la partida de nacimiento de la abuela Beatrice.

—No entiendo nada, hija. No veo que con una partida de nacimiento vayas a descubrir algo irrelevante.

—Sí *mamma*, por favor, Gemma dice que vamos a obtener respuestas inmediatas, que en el momento en que nuestra mente asimila una verdad tan auténtica el universo nos recompensa. Sé que suena loco, pero por favor, ayúdame. Estoy tratando de redimensionar nuestro árbol, de conocer y limpiar las nefastas decisiones que en su día mis antepasados tomaron.

Sofia era algo reticente a las peticiones de su hija. Cada día encontraba una prioridad más importante que la de pasarse por el ayuntamiento a solicitar partidas de nacimiento de sus antepasados políticos. Aun así, conociendo a la testaruda de su hija, decidió cumplir con aquella extraña petición. Para su sorpresa, el empleado del ayuntamiento fue muy asertivo y de inmediato le proporcionó la información; de hecho, incluso se brindó a facilitarle las partidas de nacimiento de los otros hermanos de Maria Beatrice.

Satisfecha de llevarse una copia de lo solicitado con tanta agilidad, se detuvo en un banco de la plaza donde el sol azotaba con gallardía a leer aquellas letras curvilíneas y algo inestables, tan típicas del siglo pasado. De inmediato, captó el mensaje enterrado en aquellos documentos. Miró al cielo, pensando en alguien que la miraba desde arriba y sintió que necesitaba tiempo para trazar de nuevo las líneas de aquel nuevo árbol genealógico.

Benedetta se encontraba trabajando, sin embargo, para ella el tema era importante, así que tan pronto como llegó a casa y comprobó que nadie la escuchaba se arriesgó a llamarla.

—Hola *mamma*.

—Ya tengo el certificado de nacimiento de tu abuela. *Sofia* estaba tan impaciente de leerle lo que tenía en sus manos, que ni siquiera consideró un “Hola, hija”.

—¿Y has encontrado algo?

—Sí— afirmó *Sofia*.

—Cuéntame.

—Mejor te leo.

Sofia inició la lectura del acta desde el comienzo hasta el final. Deteniéndose en la fecha de nacimiento de la registrada: Maria Beatrice Caffarelli, nacida en el día de ayer; siete de agosto de 1918. Los nombres de los padres y en sus edades: Padre: Camilo Caffarelli de cuarenta y siete años Madre: Carlota di Pietro, de cuarenta y cinco años de edad.

—¿Has detectado algo? —preguntó la madre.

—Sí, en el año 1918, no creo que una mujer de cuarenta y cinco años fuera capaz de ser madre.

—Entonces has visto lo mismo que yo— Afirmó *Sofia*. Antiguamente las mujeres a esa edad, tenían nietos y eran madres muy jóvenes. Además, como conclusión biológica, tu abuela Beatrice era una mujer inteligente y lista, definitivamente, debió ser hija de padres jóvenes.

—Eso mismo he deducido yo, a esa edad, en los años veinte, ya se le habría retirado la menstruación. —dijo Benedetta—. Pero lo que más me convence de todo es que la abuela siempre dijo que su hermana mayor ingresó en un convento a los tres meses de ella nacer. En los argumentos de su madre cojeaba, primero dijo que murió de parto y al cabo de unos años que murió cuando ella tenía apenas tres años.

—Sí, pero en el tema de su hermana, siempre afirmaba el mismo argumento. De hecho, lamentaba que ésta no se hubiera quedado a cuidarla.

Decía que su padre nunca le dio el cariño que una hija necesitaba, que ya era mayor, que casi nunca iba a verla pues la relación con los tíos era malísima.

No era necesario citar las conclusiones sacadas, ambas intuían que Maria Beatrice, era hija de Lorena, fruto de algo prohibido.

—¿Crees que tía Lorena quedó embarazada fruto de un amor prohibido y no consentido por la familia? —Preguntó Benedetta.

—Tuve el honor de conocerla cuando tu padre y yo éramos novios, era una mujer entrañable y feliz de ser religiosa. Su personalidad era de mujer inocente y excesivamente sencilla, disfrutaba de su vida en clausura, una vez pidió permiso al arzobispado para salir a graduarse la vista, estuvo viviendo unos días con tus abuelos en Terrafertile y estaba inquieta, como una iguana fuera de su terrario. Tengo la intuición de que su embarazo no fue fruto del amor. Además, era una mujer poco agraciada, cojita e ingenua.

Durante semanas, madre e hija conversaban por teléfono, siempre buscando total privacidad en sus diálogos. Cada día, cada pensamiento, hilvanaban una conclusión. La complicidad era determinante para sus cavilaciones, pues la tarea de sacar deducciones de forma individual, pesaban como una gran calumnia. Ambas estaban de acuerdo en no compartir la información con Leopoldo, éste, amaba a su familia y de algún modo, su madre era lo más sagrado del mundo.

Con los días iban haciéndose sus cábalas de quien pudo violar a Lorena. Había que viajar atrás en el tiempo. Entender los recursos que existían, las limitaciones y prohibiciones. ¿Alguien entraría en su alcoba? Pero de ser así, debió de ser un familiar o amigo cercano a la familia. ¿Quizás fue un acto vandálico? Pensaba Benedetta.

Pero quien tenía más información histórica y por consecuencia mente lúcida era *Sofia*.

—Creo que fue tío Ernesto quien violó a tía Lorena. Eso asentaría una lógica de por qué la abuela fue heredera única de los bienes de éste. También daría una explicación de por qué la criaron los tíos, e incluso me atrevo a decir que puedo llegar a entender de qué pudo morir Carlota, su presunta madre y abuela biológica.

—Pobre mujer, debió morir de pena, viendo a su hija ingresar en un convento y renunciando a la sangre de su sangre.

—Siento una profunda desdicha por ellas, *mamma*.

—Y yo también, hija. Siento pena por las tres mujeres. Pues las consecuencias fueron terribles.

—¿Crees que la abuela lo supo y se llevó el secreto a la tumba?

Aquella respuesta merecía más días de meditación.

Leopoldo Caffarelli no era un hombre de mostrar emociones ni entusiasmos, sin embargo, se podía intuir una alta motivación por realizar aquella excursión a [Frosinone](#). Leopoldo, al igual que su hermana y primos, sentía un profundo cariño por su tía Lorena.

Todas las tierras de Terrafertile estaban arrendadas, Leopoldo, había habilitado en Terrafertile, una pequeña parcela cercana a la casa donde nació. Allí fomentaba la fertilidad del lugar con diferentes alimentos biológicos y ecológicos, una agricultura de subsistencia que respetaba las estaciones y la geobiología del lugar.

Tal y como hacía antaño, preparó los mejores frutos de sus cosechas. El maletero del automóvil rebosaba de habas, calabacines, espinacas, puerros alcachofas y nísperos para toda la congregación.

—Verás qué contentas se ponen las hermanas.

Durante el trayecto, Leopoldo relataba aquella vez que visitaron el convento para despedirse de Tía Lorena. *Sofia* recordaba que, en aquel tiempo, aún eran novios. Leopoldo hizo sonar el claxon del coche y *Sofia* salió en su búsqueda.

—Me tengo que ir a [Frosinone](#), ha fallecido mi tía Lorena.

Sofia había acompañado en varias ocasiones a Leopoldo y el resto de familia Caffarelli a visitar a tía Lorena. En esta ocasión decidió dejar su vacante del coche para algún pariente Caffarelli.

—Recuerdo como si fuera ayer aquella vez que vinimos a darle sepultura a la tía. Me pasé todo el camino llorando—Comentó Leopoldo.

Benedetta permaneció pensativa a aquella imagen que su padre relataba. Él quiso a su tía, le lloró sin saber que era su abuela materna, desconociendo las nefastas causas de su enclaustramiento. La joven, hubiera deseado con fervor, confesarle a su padre la verdad, pero no sentía que éste estuviera preparado. Toda esa información había estado ahí, disponible para todos; si alguien la había tomado, quizás se llevaría el secreto a la tumba, pero no era lo que ella deseaba hacer. El anhelo de Benedetta era ensalzar las almas de aquellas mujeres que sufrieron. Abrazarlas energéticamente, y sobre todo romper esas cadenas, conseguir una plena realización creativa y de pareja tras desencadenar aquella nefasta herencia. Su bisabuela abandonó a su hija, su abuela abandonó a su padre y su padre, de algún modo, también abandonó a Benedetta, la cual, a su vez, abandonaba sus obras artísticas plásticas o

literarias.

Leopoldo estacionó el vehículo en la periferia de Veroli. El termómetro marcaba diecinueve grados y el cielo estaba despejado con un bello color azul celeste.

La ciudad de Veroli tenía unos orígenes romanos antiquísimos, seguía manteniendo restos de asentamientos amurallados entre los que se encontraban los que flanqueaban la entrada y en muchas de sus calles se conservaban también vestigios del medievo. Era una ciudad donde la arquitectura religiosa estaba dominada y la religión se profesaba en monasterios claustros y catedral.

Las calles estaban a medio decorar con motivo de la festividad de la patrona Santa María Salome. El convento se asentaba en una zona peatonal y empedrada con adoquines.

En el interior parecía que el tiempo se había pausado. Todo seguía igual que hacía cuarenta años. La entrada blindada con aquella gigantesca puerta... Hicieron sonar aquel pequeño timbre al lado de la celosía que hacía de torno, la melodía, era la misma de antaño.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo una voz llena de entusiasmo.

—Buenos días, somos los parientes de Lorena Caffarelli.

—¡Ah sí! Un minuto, ahora te doy las llaves.

La hermana hizo rodar el torno y unas manos manchadas y avejentadas depositaron las llaves de una pequeña cripta ubicada a la izquierda, donde les iba a recibir la madre superiora.

—Traemos enseres —dijo Leopoldo con voz entusiasmada.

—¡Ah, sí! Pues introdúzcalos aquí —dijo la hermana volteando de nuevo el torno.

—¡Madre mía, qué abuso! ¡Santa Madonna!— Tras un silencio, pues Leopoldo volvía a colocar más alimentos en el torno se volvía a escuchar — ¡Qué bendición de alimentos! ¡Qué Dios os lo pague! —exclamó la hermana llena de gozo.

La familia Dall'Osso sonreía ante tal bendito arrebató de agradecimiento. Algo desubicados por cómo actuar, dejaron que Leopoldo llevara las riendas. Éste, abrió las llaves de la cancela de aquel pequeño claustro. En el interior, había un bonito recibidor comedor digno de cualquier casa de pueblo, al fondo, un pequeño altar quedaba blindado por unas rejas. Tras cinco minutos de espera, la hermana superiora, Ludovica hizo su aparición vestida de seglar. Tras las rejas asomaba sus manos y apretaba las de sus visitantes con fuerza,

transmitiéndoles toda su energía. No se acordaba del sobrino de Lorena, su difunta compañera la hermana Teresa, pero eso no restaba de tratar a sus invitados como dios mandaba.

La hermana Ludovica andaba con gallardía, según Leopoldo, seguía igual que siempre.

—¡Ay que ver, hermana Ludovica!, a usted el arte contemplativo le sienta de maravilla.

—¡Y, que simpático es usted! no diga eso, estoy ya muy vieja. Bueno, se hace lo que se puede. De momento Dios me está proveyendo conocimiento y espíritu. He pedido que nos reserven la sala de arriba, es más grande y estaremos más a gusto. ¡Tenemos muchas cosas que contarnos!— exclamó cargada de energía y alegría.

Benedetta deseó que aquella última frase guardase un regalo para sus pesquisas. Pero no fue así. Ludovica tenía mucho que contar; sus aventuras antes de tomar los hábitos, su decisión de ser la madre superiora, su espíritu luchador con las reformas. Llevaba consigo varios álbumes de fotos donde mostraba las diferentes restauraciones que ella llevó a cabo. La hermana se jactaba de cómo se aventuró pidiendo a todos los albañiles restos de azulejos o pavimento antes de reducirlos a escombros. Era mágica su ardua tarea y su profundo espíritu de lucha. Leopoldo, elogiaba su trabajo, decía que con gente así era muy fácil que las cosas fuesen rodadas. Finalizado el álbum de reformas y de las visitas de su numerosa familia, la hermana mostro un sobre blanco grande que abrió.

—Esto es lo que he encontrado de la hermana Teresa, Lorena, como vosotros la llamabais. La hermana Maria de la Concezione me dijo que queríais el acta de su ingreso, no la encontramos, hemos mirado en el libro de visitas y parece ser que dicho documento lo solicitó un pariente vuestro, Anselmo. En aquel instante la pregunta que les pasaba a los tres por la mente era la misma. ¿Para qué diantre quería Anselmo el acta de ingreso de tía Lorena? Aunque para ojos de Leopoldo, ambos tenían el mismo derecho puesto que ambos eran sobrinos carnales de la monja. Para madre e hija, la sensación era diferente, Anselmo no tenía ningún derecho a llevarse nada sin previo consenso de todos los integrantes.

Entre otros documentos, se encontraba el acta de su fallecimiento, donde relataban el día de su muerte. Según el documento fue una muerte apacible. Sus familiares vinieron a darle sepultura y por primera vez en la historia, y bajo el permiso de la congregación, sus sobrinos varones, entraron al patio del

convento y cargaron sobre sus hombros el féretro de su tía Lorena.

—Todavía lo recuerdo. Fue una excepción, un caso único.

—No entiendo a mi primo, que en paz descansa, ¡Hasta el último instante haciendo de las suyas! ¿Quién demonios se cree? Está bien que solicite el documento, pero al menos, que lo comparta, es patrimonio de nuestra familia. Tiene pinta de haberlo hecho de forma clandestina. —manifestó Leopoldo.

A pesar de que aquella visita no concediera a Benedetta los frutos esperados, hacía días que ésta, tenía la absoluta verdad plasmada en su psique y nada ni nadie, le haría cambiar de opinión. Ahora, todos los trazos cobraban forma. Entre tanto, los tres salieron contagiados por el gozo y espíritu alegre de la hermana Ludovica y sus compañeras. Parecía mentira que existiera plenitud y felicidad en aquel tipo de vida donde se debe renunciar a tanto.

La hermana Concetta, relataba como Vincenza, hermana de Anselmo, tenía debilidades, ella intuía que no perseveraría, pues de vez en cuando, contaba que iba a la playa y que se ponía bikini... Verlas convivir era un claro ejemplo de la dicha que tenían por elegir aquel destino.

Reflexiones y conclusiones

Para Benedetta costaba integrar la idea de que aquella majestuosa y solariega casa, pronto le iba a pertenecer. La de veces que su padre se la había ofrecido y ella, la había rechazado. Sus sueños, estaban más allá del horizonte que se divisaba en Terrafertile. Oteaba la gigantesca chimenea de piedra, las nobles escaleras de mármol con pasamanos de madera que bien merecía una buena capa de barniz. Aquel reloj dorado y recargado, que, a pesar de no funcionar, hacía la función de dotarle a la casa carácter. Aquellas sillas de madera, recargadas, que parecían tronos y que cuando las arrastraban, sonaban al movimiento de andamios. Aquellos libros polvorientos que daban respeto marcarles con las huellas dactilares. Era una villa llena de historia y personalidad, en cambio, lo único que resultaba algo incómodo en aquel lugar, era el olor, por mucho que abriera la estancia durante unas horas, aquel sitio destilaba un olor extraño. Un olor denso y desagradable, que a pesar de no ser el perfume de la abuela Beatrice, Benedetta acostumbraba a decir que olía a la *nonna*.

Benedetta y Sofia observaban el horizonte desde el porche decadente de Terrafertile. Contemplaban ante sus ojos los colores de los prados y viñedos protegidos por aquellas cariátides esculpidas como columnas que sostenían un entablamento sobre sus cabezas y que contemplaban las espaldas y cabellos danzantes de madre e hija que se arremolinaban en sus rostros con la brisa.

Benedetta, como si hubiera escuchado el gemido de una de las cariátides, se dio la vuelta y contempló la figura femenina que en su momento el abuelo la bautizó como Ariadna. Acarició los restos de los dedos, cortados por la erosión, observó la anatomía de sus piernas y brazos. El abuelo era un gran artista, amaba Terrafertile y le quiso dar al porche trasero la majestuosidad de un templo griego.

—*Mamma*, ¿Tú crees que la *bisnonna* Lorena, fue feliz en el convento?

Benedetta había imaginado a su *bisnonna* feliz en aquel lugar, sobre todo cobijada de que nadie la mancillara.

—Eso hija, nunca lo sabremos.

—Papá dijo de vuelta a casa que tía Lorena le suplicaba a Vincenza no

quedarse en el convento. «Por el amor de Dios, Vincenza, aquí no, hija, aquí no». Eso es porque la *bisnonna* sufrió.

—Benedetta, me incomoda que la llames *bisnonna*, toda la vida llamándola tía Lorena y...Además, no sabemos la verdad, estamos calumniando.

—Yo si la sé, *mamma*, cada uno tiene su verdad, yo tengo mi verdad, porque con esa verdad, todo cobra sentido.

Sofia era una mujer acostumbrada a no dar su opinión, a respetar la opinión de los demás, por encontrarles, más mundanos, más inteligentes, con la edad y la madurez de ambas, iba atreviéndose a tener su propio criterio, aquel que silenció.

—¿Sabes una cosa? yo siempre intuí esa verdad —dijo su madre ahora contradiciéndose. Cuando tenía diecinueve años y era la novia de tu padre, acostumbrábamos a visitar a Lorena, tu abuela, tu padre y yo. A veces, nos acompañaba *Veronica* o alguna de tus tías Caffarelli. En mi primera visita, sentí una especial conexión entre Lorena y Beatrice y pensé; Dios mío, no será esta mujer su madre en vez de su hermana. Pero era muy joven y me acusé a mí misma de paranoica.

—¿Qué se decían?

—Nada del otro mundo, Lorena reiteraba una y otra vez: Beatrice, ¿tú estás bien? ¿Y Massimiliano, está bien? Y al cabo de unos minutos repetía; Beatrice, ¿tú estás bien? Lo decía unas cuantas veces.

—¿Y el abuelo Massimiliano?

—El nunca vino.

Durante su trayecto hacia Montepulciano y posteriormente a Milán, donde debía incorporarse a su rutina, sus pensamientos viajaban constantemente a aquella historia, la historia única e intransferible de Lorena. La bisabuela Lorena, como ella disfrutaba de mencionarla mentalmente y la vida que desconocía de una mujer que sí había conocido. Ahora debía de retratar la verdadera vida de la abuela Beatrice.

Abriendo nuevos caminos

Benedetta aprovechó las vacaciones estivales para concienciarse de su nuevo destino conviviendo una larga temporada con los suyos, descansando del frío ambiente milanés. Si quería quedarse con Terrafertile, debía restaurarla. Ya tenía los planos que por feng shui, Gemma había distribuido para favorecer todo aquello invisible e incognoscible que proveyera una vida prospera y fértil de frutos y vitalidad. Ahora solo faltaba pedir un préstamo e iniciar la reforma.

Siempre que Benedetta visitaba Montepulciano, Graziella y ésta disfrutaban del rico desayuno en el salón de té del pueblo *Caffe Poliziano*, les gustaba comportarse como turistas y sentarse en la mesa blanca de forja del balcón que hacía la vez de mirador, decían que con esas vistas las ideas se aclaraban y la sinceridad afloraba sola dando así los consejos desde el corazón. Ninguna de las dos era amiga de mantener una estúpida cafetera en casa, difícil de compararse con el café del *Caffe Poliziano* que olía igual de bien que sabía, fantástico mojado con un buen bizcocho o croissant.

—¿Sabes que me pasó ayer, Benedetta?

—Cualquier cosa... Imagino.

—Tuve un problema con mis eructos.

A Graziella le encantaba recrearse con el basto sonido de sus eructos, sintiéndose poderosa como una bestia. Nadie lo diría, ella, tan fina y elegante, tan candil y tímida.

—Ayer en clase de boxeo, con la música a toda mecha, solté un mega eructo, pero justo en ese instante, la música se paró. Dios mío, qué vergüenza.

Benedetta y Graziella se conocieron hacía unos años en el gimnasio. Graziella liberaba el estrés de trabajar entre hombres con ejercicios pugilísticos. Se imaginaba que destrozaba a puñetazos a alguno de sus compañeros del trabajo machistas. Benedetta, en cambio, realizaba entrenamiento marcial para afrontar situaciones violentas pues siempre vivía con el temor de ser atacada por un hombre y sentirse vulnerable. Graziella, nacida en Montepulciano, trabajaba en una perfumería del centro de su pueblo.

—Tranquila alma cándida, en el gimnasio sois todo tíos y lesbianas, seguro se quedarían igual.

—Anda, no seas cruel, no todas son lesbianas...yo no lo soy. Además, tu ibas a ese gimnasio y bien que te gusta un macho. Oye, ¡tú estás algo rara o me lo parece!

—Sí, estoy algo preocupada.

—Venga, cuenta, para algo somos amigas.

—Pues no tenía idea porque siempre que habíamos hablado de ello, mi padre lanzaba evasivas, pero ahora ya es un hecho, mi padre se jubila en cuatro meses y antes de traspasar la tienda, me ha ofrecido quedármela.

—No te veo yo vendiendo en el *Erbolario l' Elisir*.

—No, ni yo. La reformaría, haría un aula para impartir clases y un box donde realizaría consultas, vendería incienso y artículos esotéricos, en fin, que dejaría de ser una herboristería, aunque desde fuera seguiría siendo la misma.

—Nena, lo veo fantástico. ¿Ya lo has decidido?

—Sí, creo que sí. Nunca concebí la idea porque siempre vi mi futuro lejos de aquí. He pensado que mi cuerpo será siempre bonito, pero, vendrán chicas más jóvenes, más bellas...Debo de comenzar a trabajar como empresaria, para labrarme un futuro, creo que es oportuno.

—Habla con la del banco, que te haga un préstamo que te valga para la reforma de la casa y el acondicionamiento de tu local.

—Supongo que eso será viable, en un pueblo como éste, todos nos conocemos y saben que, si no soy solvente, mi padre me avala. Además, tanto la tienda como Terrafertile son de su propiedad. Vamos, llego a pedir un préstamo de estos en Milán y me mandar a tomar viento.

—Qué curioso, Benedetta.

—¿El qué?

—Toda la vida buscando una forma de mantener a tu padre orgulloso y creo que ahora quedándote con el *Erbolario l' Elisir* y arreglándote Terrafertile, le tendrás contento para toda su eternidad.

—Bueno eso ya hace un tiempo que me importa tres rábanos. ¿Sabes lo que yo pienso, Benedetta?

—No—respondió.

—Es algo un poco profundo, ya me conoces. Lo que mi bisabuela hizo con su hija fue una ruptura del amor, abandonándola. Mi abuela, abandonó a su hijo, no literalmente, pero sí fue una mujer volcada en el cariño de su hija *Veronica* y siempre le importó lo justo su benjamín. Conociendo lo poco que

sé de la infancia de mi padre, puedo ver en ellos la ruptura de amor. A su vez, mi padre me abandonó a mí, a merced de esa relación de amor odio que siempre me tuvo. Esa dificultad en aceptarme...de estar siempre riñéndome y criticando mis decisiones, opciones y anhelos. Y yo, de algún modo, he abandonado a mis hijos.

—Ahí me tienes que explicar, que yo soy un poco cortita. Tú no tienes hijos, ¿a qué te refieres?

—Gemma me explicó que cualquier creación es gestación. Mis cuadros, mis guiones, mis *collages*, todo lo relacionado con la creatividad, he disfrutado mis momentos fértiles, han sido preciosas gestaciones, pero luego, no he sabido luchar por ellos. De hecho, hay muchas de mis creaciones que no solo he abandonado, si no destruido. Con el proyecto de quedarme la tienda de mi padre, pienso focalizarme en mantener mi trabajo exponiéndolo al público, pero, sobre todo, estoy más que nunca dispuesta a hacer de mis vocaciones un oficio.

—Benedetta, desde luego, qué profunda eres. De verdad, vas a ser una gran Arte-terapeuta o lo que se te meta entre ceja y ceja. Tienes un don para llegar a las profundidades de las cosas, además, sabes exponerlo. Yo te haré publicidad, ya verás cómo te va genial.

—Por cierto, hay una cosa más— puntualizó Benedetta

—¿El qué?

—El otro día mi padre se fue a arreglar los papeles de la jubilación a la gestoría y mi madre se quedó en la tienda, una mujer de mediana edad entró para dejar unas tarjetas de visita. Decía ser médium y ayudaba a sacar a las almas de los hogares. Parece ser que mi padre siempre la despacha con cajas destempladas, ya sabes que él no cree en esas cosas. La mujer se asomaría, vería a mi madre y se decidiría a entrar. Ésta de inmediato le habló de Terrafertile y la mujer sintió cosas. Dijo que sí, que había un espíritu en la casa, que parecía estar algo molesto con nosotras.

—Uy, ¿qué miedo? ¿No?

—Sí, es mi último cartucho, Graziella. No puedo pedirle un préstamo al banco cuando todo lo que siento por esa casa es rechazo. De hecho, desde que intuyo lo que les pasó a mis antepasadas, siento más rechazo por aquella casa. Me da respeto rehabilitar el dormitorio de mis abuelos y dormir en él.

La falta de costumbre en Benedetta de dejarse ver por Montepulciano, hacía que, en sus paseos, se viera obligada a detenerse para saludar a los viandantes. Allí todos se conocían, nada que ver con la cosmopolita ciudad

que en breve abandonaría. Pero, además, la joven dejaba un destello allá donde pisaba. No todos los pueblos pueden jactarse de tener una *Miss world*. Benedetta aligeró sus pasos dando bruscas zancadas. A lo lejos, vislumbraba una señora mayor y corpulenta que miraba embelesada los boscosos matorrales de Terrafertile. Leopoldo había plantado unos narcisos y éstos habían brotado sin vergüenza alguna bordeando las buganvillas y otorgando así una gama de cromados preciosos.

—Hola, ¿Elena?

—Sí, y tú, debes ser Benedetta, verdad

—Sí, mucho gusto—dijo dándole dos besos.

—¿Así que esta será tu casa? —dijo la mujer mirando hacia el cielo, como si fuera a llover.

—Mi padre me la regala y yo la reformo. —dijo mientras introducía la llave y abría la cancela.

—Es una casa muy majestuosa.

—Pues eso que aún no la has visto por dentro. Yo diría que más bien es mitológica.

La mujer se descalzó y paseó por la casa sin reservas, con la curiosidad de un gato desubicado pero atento a cualquier intruso. Se podía atisbar que detectaba sensaciones y reacciones de una dimensión que cualquier humano sería incapaz. Benedetta, no quiso observarla por respeto y trató de mantenerse algo alejada de ella. Se alegraba de que, en el último momento, su madre no hubiera podido acompañarla, a veces *Sofia* no sabía callarse y podía excederse en información. No quería contarle todo, esperaba que la mujer supiera mucho más que ella.

Elena comenzó a eructar como un viejo, bueno, o como acostumbraba a eructar su amiga díscola Graziella. Era algo extraño, como si no se sintiera bien. De hecho, solicitó entrar al lavabo un par de veces.

—Es una casa muy bonita, con mucha historia—dijo la médium—. ¿Qué son aquellos trastos?

—Pues eso, trastos, cosas de mis abuelos que no quiero, sillas rotas y restos de cosas que no sirven para nada.

—Veo que te quieres desprender de todo lo de ellos.

—Sí, siento un ligero rechazo por todo. De hecho, me he desecho de las fotografías y lienzos. No quiero impregnaciones de sus energías en ningún rincón. Quiero limpiar aquello que sucedió y que algunos fueron cómplices y otros verdugos.

—¿Y esta preciosa mecedora? —preguntó la médium

—Está rota por todos sitios.

—Bueno, puedes llevarla a que un carpintero la enderece, esta casa es muy regia, deberías combinar cosas de sus dueños con estilo moderno, te quedaría espectacular— sugirió la mujer

—No, no la quiero, la tiraré. —Dijo la joven reacia a mantener la estética de antaño.

—¿Puedo llevármela yo?

—Sí, claro, si ves alguna cosa más, hoy es tu día de suerte, Elena. —dijo pensando que así se podría librar de algún que otro trasto.

—Esta casa es de tu bisabuelo.

—¿Preguntas o afirmas? —pronunció la joven algo escéptica y sin querer proporcionarle pistas a la mujer.

—Afirmo. —contesto mientras miraba al cielo—. No fue buen hombre. Él forzó a tu bisabuela, la dejó embarazada.

—Esa es la intuición que yo tenía. —dijo sorprendida Benedetta.

—Pero no lo sabe nadie de la familia. Ni siquiera sus hijos.

—No, eso creo yo. De haberlo sabido, creo que las cosas en mi familia, hubieran sido diferentes.

—Me dicen mis guías, que esta casa la heredó tu abuela por ser hija del propietario. Hubo malinterpretaciones injustas, pero el secreto se supo conservar. Bien, ahora me voy a sentar, me prepararé y dejaré que el alma de tu abuela entre en mi cuerpo.

—Claro que las hubo, su hermano se enfadó, sintió que la herencia se repartía mal. Y ella, por consideración le cedió un terreno.

—Sí, donde se ubicaban los establos. —afirmó la médium.

—¿Se lo están diciendo? ¿Entonces mi abuela está aquí? ¿Hay alguien más con ella?

—No, está solamente tu abuela. Se ha quedado retenida, la ayudaremos a cruzar, pero primero se despedirá de ti y dejaremos que se comunique contigo. Deja la puerta del porche abierta, por favor y alguna ventana también, les ayuda a seguir la luz.

Cuando la abuela Beatrice murió, Benedetta se encontraba de vacaciones en China, nunca se pudo despedir de ella. Sentía curiosidad por lo que su abuela le podría decir. No había sido una buena nieta, se había desprendido de los cuadros, los cuales la abuela amaba con gran apego. Quizás, de algún modo, había sacudido negativamente las energías de la abuela, moviendo todo

aquello tapado, sacando la verdad a airearse, al igual que aquellos trastos amontonados en el porche. Quizás la abuela estaría enfadada, sin embargo, no tenía miedo alguno.

Las dos mujeres se sentaron en aquellas sillas artesanales taladas por el abuelo Massimiliano. Elena sacó de su bolsa de yute una pequeña sartén donde colocó una pieza de carbón, salvia blanca en rama y otras hierbas. Con una cerilla prendió aquel ritual. Mientras la médium se concentraba, Benedetta observaba sus brazos tatuados y con abalorios de símbolos religiosos y paganos.

—¿Desde cuándo sabes que eres médium? —Preguntó Benedetta, tratándola de tú a tú y sintiendo el eco vacío de la casa al preguntar.

—Desde que cumplí treinta y tres años. El don lo tengo desde pequeña, pero la familia me metía miedo. La vida me puso pruebas, todo me salía mal, montaba un negocio y me arruinaba... en fin, un sinfín de cosas que me llevaron a aceptar mi don.

—Sí, suponía que no habría sido fácil, afirmó— Benedetta.

—Bien, voy a empezar.

La habitación donde se encontraban, había sido salón de baile hacía cien años y unos veinte, el comedor donde la familia se reunía para celebrar fiestas. En los últimos años fue la fría habitación, donde permanecían los abuelos sentados, esperando recibir a cualquier pariente o quizás a la amiga muerte.

Elena comenzó a relajarse, cerrando los ojos y marcando sus respiraciones durante varios minutos y lanzando pequeños aspavientos tanto con los brazos como con la cara. Acostumbrada a aquel estado de introducción, la joven dudó un momento, de repente, el rostro de aquella mujer seria y consternada se tornó dulce y afable y con una sonrisa de paz y veneración. Aquel era el rostro con el que su abuela la miraba siempre. De hecho, ahora esa mujer, se parecía a su abuela. Quizás era la situación, la colocación de aquellas dos sillas, el salón, quizás solamente estaba rememorando recuerdos de tardes en las que visitaba a la abuela. Porque cuando recibió a aquella mujer, en la puerta, no se le parecía en nada a la abuela Beatrice.

Aquella sonrisa, aquella mirada de admiración, era la digna mirada de una abuela hacia su nieta. Era la mirada dulce que, en múltiples ocasiones, le brindaba la abuela a Benedetta. Y como en otras ocasiones, la miró en silencio y su nieta se dejó observar. Era bonito ver que aquellos ojos le mandaban emisiones de amor.

—Hija, ya lo has destapado todo. —dijo la voz de la médium con rostro angelical. Siempre supe que tenía unas nietas muy listas. Has sabido desentramarlo muy bien. Yo ya lo sabía, por eso siempre estaba encendiendo velones, por un lado, para lograr el perdón de Dios y por otro, para que la verdad no estuviera a exposición de nadie. Tienes mi bendición para que rehabilites esta casa, pero por favor, respeta la memoria de ésta. Conserva las vidrieras azules y verdes, te protegerán y te harán bonito. El arcángel Miguel entrará a través de las vidrieras azules para protegeros y con las vidrieras verdes, sentirás las energías sanadoras del arcángel Rafael. La mecedora, llévatela, arrégla, te lucirá en cualquier rincón de la casa. La joven, conmocionada solamente asentía sin perder un solo detalle del diálogo. Yo no sabía que podía hablar a través de esta mujer. Me decía habla, habla. No sabía que podía decirte cosas. Ahora me siento feliz, ya no me quiero anclar a este lugar que tanto amé, siento que debo irme y soy bendecida por ello.

—Nooo-nonna, yo, yo quiero, yo siento, mm, nonna, lamento haberte juzgado mal— los nervios no la dejaban ordenar todo aquello que deseaba decir. Quiero que sepas que ahora te queremos más que nunca, que mis afirmaciones interiores están envueltas de amor y perdón hacia tu stirpe que es la mía. Hicisteis lo mejor que podíais hacer en aquella época. He pensado muchas veces las diversas opciones que existían entonces y sinceramente, sucedió lo mejor que pudo suceder.

—Los Caffarelli teníamos una fuerte stirpe. Éramos una familia rica, mis antepasadas vivieron el esplendor, el lujo, la etiqueta, la felicidad y la lujuria. Traté de buscar aquellas emociones en mi vida, deseé ser lo que no era, pero por derecho me pertenecía y viví sumergida en mi mundo de fantasía. Traté de ser feliz usando mi poder imaginativo, pensé que creer era querer, por eso deposité todas mis frustraciones y anhelos en mi hija. Quiero que sepas que quise a mis hijos por igual, aunque no fui justa con el varón. Tampoco lo fui con mi esposo. Desde que abrí los ojos y desenterré la trama, desperté una fuerte ira hacia lo masculino.

Benedetta no sabía cómo identificar sus sensaciones, mantenía sus ojos frente a aquella mujer que ahora sacudía su cuerpo con leves espasmos y a continuación frotaba con sus manos brazos y las partes de la espalda que lograba acariciar. Tras un largo silencio y finalizado el ritual, la médium preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—¿Cómo? ¿No lo has escuchado?

—No, yo no estaba, estaba tu abuela. ¿Qué te ha dicho?

Benedetta, sintió lástima, la abuela había marchado y ella, convertida en pasta de boniato, no le había preguntado nada. No supo aprovechar la ocasión para preguntarle, pero al mismo tiempo, sintió que ella tenía todas las respuestas. Solo ella sabía cuándo contarlo a su familia, de momento, nunca. Extrañada por la situación argumentó las palabras de Beatrice. Elena se levantó y se acercó al rincón del porche donde la futura propietaria, había amontonado los trastos. Sobre una mesita de servicio, se posaba un cuadro de cristal con una oración. Elena, retiró el polvo con las manos y dijo: —¿Esto lo ibas a tirar? ¿Lo has llegado a leer?

—Esta casa estaba invadida por estampitas, rosarios y oraciones.

—Déjame que te lea— instigó Elena.

*“Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor,
y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados;
una mujer que, siendo joven tiene la reflexión de una anciana,
y en la vejez, trabaja con el vigor de la juventud;
la mujer que si es ignorante descubre los secretos de la vida
con más acierto que un sabio, y si es instruida se acomoda
a la simplicidad de los niños; una mujer que siendo rica,
daría con gusto su tesoro para no sufrir en su corazón
la herida de la ingratitud; una mujer que siendo débil
se reviste a veces con la bravura del león; una mujer
que mientras vive no la sabemos estimar porque a su lado
todos los dolores se olvidan, pero que después de muerta,
daríamos todo lo que somos y todo lo que tenemos por mirarla
de nuevo un instante, por recibir de ella un solo abrazo,
por escuchar un solo acento de sus latidos. De esa mujer
no me exija el nombre si no quiere
que empape de lágrimas
vuestro álbum, porque yo la vi pasar en mi camino.
Cuando crezcan vuestros hijos, léanles esta página, y ellos,
cubriendo de besos vuestra frente, os dirán que un humilde viajero,
en pago del suntuoso hospedaje recibido, ha dejado aquí
para vosotros y para ellos,
un boceto del retrato de su madre.*

RETRATO DE UNA MADRE

Monseñor Ramón Ángel Jara”

—¿Y ahora qué piensas?

Benedetta afirmaba entre sollozos emocionada.

—Ella quería que se supiera, por eso conservó ese cuadro y tú lo ibas a tirar a la basura.

Benedetta abrazó el cuadro y entre sollozos manifestó mirando al azul cielo— Lo siento, perdóname, lo siento, dijo empapada en llanto.

—Bien, ahora vamos a pasear por las estancias, quiero que me digas qué percibes ahora en los lugares donde no te sentías bienvenida.

Elena paseaba con su pequeña sartén humeante y con un agradable olor a salvia mientras con unas plumas de paloma, bendecía con movimientos las habitaciones.

—Bien, la casa está limpia de espíritus, de hecho, ya no huele a aquel denso alcanfor, quiero que mantengas las ventanas y la puerta del porche abierta y el velón que encendí, déjalo en el fregadero prendido hasta que se consuma. ¿Estás casada?

—No, soy soltera. —Dijo retirando con un pañuelo las lágrimas

—Pues pronto correteará por aquí un niño.

—Yo no quiero tener hijos, pero si desearía encontrar a alguien con quien compartir mi vida.

—No tardará en llegar, ya verás. Lo percibo. En fin, llámame para lo que necesites, si sientes alguna presencia o si tienes algún sueño extraño. Es lo normal en estos casos.

—Así lo haré Elena. Gracias, me voy emocionada. Entré a esta casa rechazando todo lo que habitaba en ella y ahora, siento un profundo amor por mis ancestros. Un profundo amor por mi abuela, pensé que ella estaría enfadada conmigo y fue todo tan hermoso. —Afirmaba la joven mientras abrazaba el marco de cristal donde se conservaba aquella lámina con la oración.

Benedetta partió envuelta de dicha emoción, felicidad, amor y perdón. Ya no era la misma que entró por la puerta con espíritu de aniquilar todas las pertenencias de la abuela como si por ella sintiera asco. Ahora sentía respeto por aquellas cosas e intentaría integrarlas en la rehabilitación. Deseaba contar a todo el mundo lo feliz que era, lo dichosa que se sentía por haber hablado con su abuela fallecida hacía unos años. ¡Qué privilegio! ¡Había experimentado algo tan hermoso! No todo el mundo está preparado para vivir o buscar dicha experiencia. Y lo más importante, su abuela le había confirmado la verdad. Pobre abuela, se llevó el secreto a la tumba.

—*Mamma*, la *nonna*, ¡la *nonna* Beatrice! He hablado con la *nonna*. Me ha dicho que lo he destapado que era verdad— confesó entre sollozos. *Mamma*, mira este cuadro, léelo, pensé que era una oración de esas tediosas que la abuela coleccionaba y no, era una pista más, quería que todos nos encontrásemos de algún modo con su madre biológica. Por cierto, necesito que me dejes el coche, voy a llevar la mecedora a un taller de carpintería, la abuela me ha dicho que me la quede.

Benedetta contemplaba el taller, parecía que éste en cualquier momento, recibiera a su dueño pues todas las piezas inacabas quedaban expuestas sobre la mesa. Así que osó en ponerse el delantal de éste, que colgaba en el perchero de detrás de la puerta, sin importarle el polvo o las manchas filtradas de antaño, recogió su larga melena castaña con un coiletero que llevaba en la muñeca, miró en derredor el espacio. Se sentía mejor con la escultura que con la madera, sintió deseos de tomar el material de su abuelo y moldear unas ménsulas que colocaría en el vestíbulo. Pero debía esperar, era el turno de aquella mecedora, llena de curvas y secretos. La había llevado a un taller de carpintería donde la habían ensamblado. No estaba lista para trotes, y para mecer a aquel niño que correteaba, según la predicción de la médium, como antaño su prima y ella se balanceaban en ella como si fuera un columpio. Mientras retiraba las viejas capas de pintura, en su mente se iba dibujando la historia de sus antepasadas. Deseaba pensar en ellas, en cómo sintieron y como sufrieron de modo hermético y en cómo todos aquellos hechos, habían hecho mella en sus células.

XVI

Pariente de Satanás.

1919

Todo empezó como un juego de niños. A tío Ernesto le gustaba jugar con los sobrinos, era un hombre creativo y lúdico. Le encantaba enseñarles trucos de cartas de naipes o narrar leyendas de caballeros y nobles, mientras les sujetaba en su regazo. En las noches de verano, sacaba a los muchachos al campo para contemplar la lluvia de perseidas. Otras noches, les enseñaba la vía láctea y constelaciones o atraía con un especial silbato de madera de nogal

a los búhos. También les había enseñado ulular y silbar con las manos. Lorena era una niña bonita, andaba algo tullida pues había sufrido poliomielitis. Desde que se había convertido en mujer, tío Ernesto había empezado a importunarla. Los juegos de niños, comenzaban a esconder un ligero interés por colocar las manos en lugares pudientes de su cuerpo. Cuando Lorena tomaba asiento en la piedra donde se apoyaba para lavar la ropa en el lavadero, tío Ernesto, colocaba con sigilo en éste sus manos y las movía provocándole cosquillas en su interior. En un principio, parecía divertido, solo los dos primeros segundos. Pero luego, la situación empezó a ser más incontrolable. ¡Su tío estaba manoseando sus vergüenzas! Una tarde, Lorena, se encontraba bajo la copa de la poblada higuera que habitaba en uno de sus terrenos, los cuales, flanqueados por cipreses se ocultaban de cualquier mirada inoportuna. Tío Ernesto la tomó desprevenida, cayéndole así el cesto de mimbre donde tenía los higos recolectados. Tío Ernesto bajó sus calzones, la tomó por la cintura y poseyó con fuertes sacudidas. Lorena emitió fuerte quejido que tío Ernesto silenció con su mano. Tras unos minutos que a la joven le parecieron una eternidad, tío Ernesto le susurró: —Ni se te ocurra contarle esto a tus padres; es nuestro secreto. Finalizado el asedio, Lorena, con su ropa y cabello revuelto y su alma mancillada, se sentó bajo la densa copa de la higuera y lanzó un grave quejido al viento mientras con sus manos cerraba los pocos botones supervivientes de la camisa que tío Ernesto había arrancado. Sin lograr reponerse, del dolor y agitación, buscó con agilidad los higos que habían caído para colocarlos de nuevo en el cesto, al agacharse sintió una fuerte punzada en su bajo vientre similar al dolor menstrual y detestó ser mujer. Con las investidas, había perdido una de las sandalias, cuando la encontró, vio que ésta tenía una de las hebillas rotas, como pudo, intentó arreglar su cabello, pero no pudo evitar aparecer en casa de esa guisa.

—Hija ¿qué te ha pasado? parece que vengas de la guerra. —Dijo su madre cuando la vio entrar.

—Nada *mamma*, me he caído mientras cogía higos—dijo sin poder controlar sus nervios y conteniendo la conmoción con lágrimas. Ví una serpiente, me asusté y me torcí el tobillo, se me ha roto la sandalia.

Su madre la abrazó con fuerza. La joven se sentía sucia y rechazó con suavidad la muestra de cariño de su madre.

—Pobrecita, bueno, esta tarde si quieres bajamos a comprar otras; pero arréglate ese pelo y cámbiate esa camisa, que no te vea así tu padre cuando llegue. Hoy vienen a comer los tíos.

—¿Qué tíos?

—Qué tíos van a ser tío Ernesto y tía Valentina.

—*Mamma*, yo no me siento bien, me duele mucho el vientre. Y tras la caída, ando más coja de lo normal. ¿Me puedo quedar en la habitación?

—Hija, no puedes hacer ese feo a tus tíos, venga, ve a arreglarte, se te pasará, ya verás.

Lorena empezó a detestar aquel intenso olor de agua de colonia de tío Ernesto, mezclado con tabaco negro. Lo olía a millas de distancia. Tras aquel fatídico encuentro—tal y como la joven intuía— hubo muchos más. Para su desgracia los recordaba todos ellos, los tenía grabados a fuego en su sangre. Los siguientes ataques sexuales fueron en el granero de la familia, donde criaban conejos y gallinas. Ernesto no podía contenerse a ese trasero provocador de aquella mujer que bombeaba el agua para alimentar a los animales o inclinaba el lomo para alimentar a las aves. Las siguientes veces, su tío tuvo cuidado, pero solo en la manera de desvestirla, con idea de que la intromisión fuera discreta e insospechada. Lorena permanecía quieta sosteniendo los gemidos que le provocaban presión y dolor en su interior, aguantaba las sacudidas y manoseos de tío Ernesto.

El apetito de Lorena iba cada día en aumento, siempre solicitaba repetición en la mesa, al mismo tiempo, su vientre comenzaba a hincharse. La joven, ignoraba el motivo, nadie en su vida le había explicado cómo se hacían los hijos, pero sí intuía que aquel vientre que no hacía más que crecer, era fruto de aquella mácula provocada por ese hombre que, desde hacía unos meses, detestaba llamarle tío Ernesto y evitaba mirarlo a los ojos. No podía seguir escondiendo lo evidente, había ayudado a madre en partos y sabía que eso tarde o temprano se sabría.

—Madre, puede venir a mi habitación, quiero que me vea algo— anunció la niña invitando a su madre a entrar.

—¡¡Santa Madonna!!— Gritó su madre mientras escondía con sus manos el rostro. —exclamó cuando Lorena desabotonó su vestido.

—¿Quién ha sido, Lorena? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién te ha deshonrado?

—Lorena estalló en llantos, con el cuerpo tembloroso como una suave gelatina se acercó a su madre la cual la tomó en brazos. No se atrevía a pronunciar el nombre de aquel vejador. El llanto, iba convirtiéndose cada vez en sonidos más altos y agonizantes. Lorena estallaba en rabia, ira, miedo, vergüenza por aquel pecado cometido. Su padre, que se encontraba cerca, se

acercó a la habitación en reclamo de dar auxilio.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—¡Mira lo que le han hecho a tu hija!! ¡La han deshonrado! —respondió su madre que también había estallado en lloros.

—¡Padre! ¡Fue en contra de mi voluntad!! ¡Se lo prometo! ¡Yo estaba cogiendo, reco- recoolll- ect- an- ndo higos! —dijo muerta de miedo por si éste decidía sacarse el cinturón de cuero y se ensañaba con su costal. Fue el día aquel que vine a casa con la sandalia rota y los botones de la camisa rotos. Dije a madre que me había caído y me había torcido el tobillo. Luego lo volvió hacer, me amenazó con hacerme más daño si os lo decía. —Dijo tomando resuello y conteniendo aquel incontrolable y ansioso llanto.

—¡Quién ha sido ese cabrón! —Exclamó su padre enfurecido y con unos ojos a punto de saltar de sus cuencas y observando que su hija acababa de hacerse pis encima.

Lorena seguía llorando sin consuelo, buscando el arropamiento de su madre.

—Lorena, como no me lo confieses a palos, ¡te arranco lo que enraíza en tu útero! ¡Así que ya puedes confesar! —exclamó sembrando así en ella mucho más miedo.

Su esposa le tomó de la mano en señal de aquietamiento. Lorena necesitaba calmar su estado, confesaría, era una niña envuelta en humildad y sencillez; solo necesitaba compasión. Tras unos minutos de tregua silenciosa, Lorena se calmó borrando con los puños sus lágrimas y limpiando sus mucosas con un pañuelo de su bolsillo emitió al culpable.

—Fue el tío Ernesto.

Camilo y Carlota, padres de Lorena quedaron devastados, hundidos. Camilo quería matar a su primo Ernesto. Echaba humo envuelto en ira por todos sus orificios. Tras agotar sus fuerzas dando varios golpes a muebles de la casa y romper un hermoso jarrón, hundió su cuerpo en una silla de la cocina, escondiendo su cara con las manos por vergüenza y rabia.

Carlota, se acercó hacia él y le tocó el hombro como muestra de consuelo. —La niña es inocente, Camilo. No la culpes. Es tan inocente que ni siquiera nos lo dijo, si lo hubiera dicho, no hubiera sucedido, tenía miedo. Sabes que no se lo puedo quitar, está demasiado avanzada; arriesgaría su vida.

—Entonces, ¿Qué debemos hacer con ella?

—Deberíamos hacernos cargo de ella nosotros, decir que es nuestra hija.

—Carlota, tienes cuarenta y cuatro años.

—Nadie va a dudar de mi palabra. Mañana mismo me pondré la faja que usaba en mis embarazos y la rellenaré de algodones. Diré que no lo esperábamos, que pensaba que se me había retirado el periodo pero que Dios nos ha querido regalar un quinto hijo.

—¿Y qué hacemos con ella? ¿La encerramos en casa?

—Sí Camilo, será lo mejor.

Lorena, con el renqueo de su cojera, no tenía mucha opción a la hora de elegir esposo. La idea de que fuera una madre soltera era inconcebible, ni siquiera llegó a barajarse aquella opción.

Durante cuatro meses, la joven Lorena permaneció encerrada en su habitación, mataba el tiempo rezando y leyendo libros que el párroco del pueblo le traía. Éste, había sido llamado por Carlota para que confesara a la niña. El sacerdote, era la única persona ajena a la familia conocedor de aquel problema. Había bendecido la idea de sus progenitores de manifestar ser los padres biológicos de la criatura que estaba por venir. Respecto a la idea de limpiar el amancillado de la muchacha, el sacerdote había planeado que la joven, tras el alumbramiento, ingresara en la Congregación de Hermanas Agustinas Siervas de Jesús y María, una [congregación religiosa católica](#) femenina de [derecho pontificio](#), fundada por la religiosa italiana [María Teresa Spinelli](#), en [Frosinone](#), ciudad en la región del [Lacio](#), ubicada sobre una colina por encima del [río Sacco](#), al sudeste de la provincia de [Roma](#). Comúnmente se las conocía como hermanas agustinas de Veroli. La joven asintió con fervor. Sentía que era la mejor forma de purgar su perdón y de escapar de aquella maraña de problemas que había estallado. No quería ver de nuevo a aquel que le había hecho aquello. Tampoco a su tía y esposa de éste. No quería ver la cara de su padre hundida en la vergüenza. Quería desaparecer y purgar su pecado en aquel convento de clausura.

Carlota y Valentina

Carlota y Valentina provenían de una importante estirpe de la provincia de Siena, todos ellos se jactaban de linaje nobiliario. De hecho, la abuela no cesaba de contarles a sus nietas, anécdotas relacionadas con el esplendor de fiestas vestidos y otras aventuras. Aunque se les pudiera catalogar como burgueses venidos a menos, vivían de forma holgada. El padre de las muchachas, médico del pueblo, quiso emparentarse a toda costa con los Caffarelli, una de las familias terratenientes más reputadas del pueblo por sus labores altruistas con los más necesitados y su profunda fe católica.

Para Carlota y Valentina resultó algo chirriante aquella unión, pues su familia era un tanto pintoresca. Al margen de cumplir con las obligaciones, les encantaba organizar fiestas: reír, beber, bailar, cantar y no encontraban entretenimiento alguno a las actividades religiosas; aun así, mantenían las apariencias evitaban cualquier acción que provocase escandalo alguno.

Los padres de las jóvenes, valoraron las virtudes de las niñas a la hora de fomentarles una actividad lúdica digna de una señorita de clase alta. Valentina tenía unas virtuosas manos para coser y cortar patrones, mientras que Carlota, algo más chicozo y osada, había heredado la vocación de su padre por cuidar a los enfermos. Tan pronto como la joven cumplió los quince años y a pesar de que su madre no lo aprobaba, Carlota comenzó a acompañar a su padre a curas y consultas a domicilio. La madre pensó que pronto se cansaría, que sus ojos se acongojarían pronto del sufrimiento de los enfermos, pero no fue así. Cuando se trataba de alguna enfermedad infecciosa, su madre trataba por todos los medios de que no fuera, pero ella daba su palabra de ir como acompañante y permanecer esperando a su padre en el carruaje. En vista de que la vocación era más poderosa que la curiosidad, decidieron sufragarle los estudios de enfermera y comadrona.

De todo aquello había trascurrido ya casi treinta años, pero parecía que habían pasado dos vidas. Ya nada era lo mismo.

El disgusto de Carlota era desmedido. Abatida y traicionada por su propia

hermana, la cual había decidido agachar la cabeza y cegar sus ojos ante la barbarie del energúmeno de su esposo. Ni siquiera había escuchado de ella un lo siento. Valentina fue cómplice del pecado cometido por su esposo, solo supo condenárselo en el interior de su alcoba. Algo que atemorizaba más si cabía a los padres de la víctima, pues quizás, al no poder desfogarse con su esposa, podría entonces, buscar otra víctima. Ni siquiera en el lecho ayudaba Valentina, pensaban Camilo y Carlota.

Entre tanto, Carlota no gestionaba bien la idea de que su niña tomara los hábitos de forma estrepitosa y manipulada por un párroco avergonzado. Carlota no consideraba a su hija pecadora si no víctima y detestaba vivir en un lugar y tiempo en el que su mancillamiento fuera considerado una provocación. Carecía del apoyo de su esposo y recordaba a su amado padre el cual, de buen grado hubiera planeado un final a su nieta más auténtico, como mandarla de niñera a Norteamérica. Carlota deseaba morir y si pudiera llevarse con ella a su niñita, mucho mejor. Lo que más la afligía era la conformidad de su primogénita. Lorena respondía a su destino con conformidad y misticismo, llegando a convencer de que su decisión era consagrada por Dios. En alguna ocasión, Carlota llegó a creer en la intensa motivación de su hija por entregarse a la contemplación del Señor, de todos modos, era una Caffarelli y desde que tenía uso de razón se había codeado con primos tíos y vecinos entregados a la fe católica, apostólica y romana. Además, su primogénito Vincenzo aseveraba de vez en cuando que su destino estaba en las misiones. Cierto era que sus hijos llevaban sangre Caffarelli y la fe en Dios les sublevaba, pero Carlota había soñado con otro destino para sus vástagos. Quizás la idea de Vincenzo fuera fruto de la devoción y de su libre albedrío, pero el caso de Lorena, había sido electo por otros y no lo toleraba.



La pequeña Beatrice lloraba a pulmón abierto en brazos de su abuela, a la que todos identificaban como su madre mientras su —a ojos del resto del mundo—hermana, subía al carruaje donde su padre ya había colocado aquel par de fardos que contenía más enseres que pertenencias, en aquel carruaje, como dote, viajaba las mejores recolectas de Terrafertile de aquella temporada. Su abuela agradecía aquel llanto, pues era el mismo que su corazón enjaulaba. La tierna madre fue apagándose poco a poco, la desdicha

se apoderó de ella desde el día que su hija le mostro el abultado vientre.

La relación entre los Caffarelli quedó minaba para siempre. Camilo y Ernesto Cafarrelí se convirtieron en enemigos no declarados. A expensas de la gente, eran primos hermanos bien avenidos, aunque evitaban los encuentros. Pero de puertas para adentro, las reyertas eran constantes. A su vez, Valentina y Carlota, dejaron por siempre de ser hermanas. Carlota no concibió la idea de que Valentina siguiera con aquel degenerado. El párroco del pueblo, se convirtió en conciliador y consejero de los Caffarelli. Había confesado los pecados de Camilo, quien deseaba matar a su primo, pensando que sería la mejor solución para salvar su honor. Carlota, confesaba sus pecados, entre ellos, querer morir de pena. No aceptaba la idea de entregar a su hija a la diócesis de Roma. Ella no era como los demás padres, que deseaban que uno de sus hijos se convirtiera en siervo de Dios y mucho menos por un pecado no cometido. Ella, era la única que creía que su hija había sido una víctima, pero la sociedad la tacharía como pecadora También vivía con el dolor de pensar, que su esposo creyera que aquel rato de entrega, hubiese sido de placer entregado por ambas partes. Detestaba que su esposo pensara eso de su niñita. Por otro lado, el secreto debía de conservarse con estricto hermetismo. Ninguno de los hermanos de Lorena, debían saberlo, ellos creerían que su madre estaba de nuevo encinta.

Vincenzo, el primogénito de dieciocho años, otro varón de quince y Emmanuelle de catorce, eran testigos de las reyertas y el tenso ambiente de los primos y hermanas, a su vez, la relación de sus padres también había mermado. El ambiente no era agradable así que todos planearon sus vidas paralelas escapando de su zona de confort y encontrando el paraíso terrenal con bendecidos hábitos.

Tras el nacimiento, Maria Beatrice, fue inscrita en el registro como hija de Camilo Caffarelli y Carlota Batori. Lorena ingresó a monja novicia, al cabo de seis años, tomó los hábitos de monja agustina de clausura, rebautizada con el nombre de Hermana Teresa.

El secreto fue matando muy paulatinamente, las vidas de los cómplices. Carlota Batori falleció tres años después del nacimiento de Maria Beatrice. La pena de entregar a su hija a una vida contemplativa encerrada en cuatro paredes, como castigo de un acto involuntario la fue abatiendo poco a poco. El dolor más grande que pudiera conducir a una muerte lenta y agonizante era la sensación de no haber ayudado a su hija de la forma más sencilla, recurrir a conocidos de sus antepasados en Venecia, alojarla en algún hogar como

servienta o niñera, liberándola y devolviéndole la vida. Sencillamente su esposo le privó de hablar, de argumentar otra opción. Aquella idea, que si quiera había podido argumentar se transformó en dolor por no luchar lo suficiente por su pequeña, dolor por que nadie vengó la fechoría de aquel energúmeno que tenía de cuñado. Murió de tristeza y vergüenza e impotencia de no poder vengar tan magno pecado ni hacer justicia.

La educación de Beatrice quedó a cargo de su padre —abuelo biológico— el cual pronto deseó deshacerse de ella. Él ya tenía cincuenta años, no tenía energía ni ilusión por darle amor a aquella niña, hija del pecado de su primogénita y el degenerado de su primo.

Camilo, un domingo por la mañana, tomó a Beatrice y preparó en una maleta pequeña todas las pertenencias de la pequeña y se plantó en la puerta de Terrafertile.

—Vengo a devolverte lo que es tuyo. Tú creaste el problema, tú debes responsabilizarte.

—Camilo, quieres hacer el favor de no hablar así delante de tu hija; no es sorda.

—Y no es mi hija. Yo he criado a los míos, ya estoy viejo. Ocúpate de lo que lleva tu sangre. Y tu esposa, esa es peor que tú, que pague el pecado de ser tu cómplice. Apañosos vosotros con ésta mocosa.

El árbol de la verdad

La transmigración del alma de Maria Beatrice, había provocado un cambio en el campo electromagnético de la casa y un cambio energético en las percepciones de Benedetta. Donde antes hubo rechazo o negación, había amor y comprensión. Había redimensionado el árbol genealógico, aquellas almas, quedaban elevadas. Y su familia, inconscientemente había sanado. No le cabía la menor duda de que *Veronica* y su padre, sin saber nada, habrían renovado la sangre, con un espíritu más elevado con un aura más nítida.

Durante ese verano, Benedetta, visitaba más asiduamente Terrafertile haciéndola a la vez suya. Había separado aquel montón de trastos y destinado algunas cosas a un taller de restauración y otras inservibles, a un centro municipal donde depositaban los residuos para su reciclaje.

Aquella casa ya no emanaba aquel extraño olor y el aire era fresco y fluido. Aquel lugar, había sido liberado. Nunca imagino poder disfrutar del vacío de aquella casa, mirar a una habitación vacía e imaginarla rehabilitada, era todo un reto convertirla en una casa acogedora digna del siglo XXI y manteniendo matices de su historia. Conservaría el suelo de mosaico digno de cualquier casa de Pompeya, reestructuraría la cocina y lavabos, restauraría el patio grecorromano y el fresco del vestíbulo. En el banco no le habían puesto objeciones a la hora de pedir un préstamo pues bien sabedores eran del precio de aquel mítico inmueble y sus tierras, que con una reforma cobraría mucho más valor. Por suerte había acumulado sus ahorros como una hormiga recoge sin tregua sus provisiones.

Benedetta se resistía a mantener aquel secreto revelador, deseaba contarlo con la misma dicha que cuando alguien ama sin barreras, porque ella omitía el pecado y el dolor, solo sentía que se había hecho justicia al fin. Entre tanto, *Sofia* sentía miedo de que su hija contara algo a su prima o a tía *Veronica*. Bien sabido era por las dos que Leopoldo no estaba preparado para tan magna verdad. Madre e hija, siempre que tenían ocasión hablaban de la abuela, tratando de recordarla de otro modo y a la vez redibujar una mejor versión de quién fue.

—Maria Beatrice no fue una mujer feliz. La quise y respeté, pero sobre

todo siento pena por ella. Desde su fallecimiento, comencé a comprenderla cada día más y más y mirando al cielo le pido perdón por no haberla atendido como ella quisiera y le doy las gracias por haberme tratado como me trató, pues me hizo crecer en sabiduría. Cuando conocí a tu padre yo era una mojitata. No había salido de la granja, no tenía mundo. En cambio, los dall 'Osso-Caffarelli ¡habían incluso estado en fiestas privadas en los carnavales de Venecia! Yo al lado de ellos, me sentía inferior, era una simple campesina. Ahora sé que no lo era, que simplemente era inmadura y carente de mundo, claro, me había criado entre vacas gallinas y caballos. Mientras maduraba fui entendiendo a la *nonna* Beatrice, he sentido pena por su profunda depresión en los últimos años de vida.

—*Mamma*, siento que ahora debemos reescribir la vida de la *nonna* Es solo ahora cuando entiendo todos sus errores, entiendo por qué vivió eternamente idolatrando a su hija y defendiéndola a pesar de no comulgar con su filosofía de vida.

—Sí, ahora todo encaja.

—Pero la abuela entonces ¿no se apellida Caffarelli!

—No, si nuestra teoría es real, se apellidará como su tío Ernesto, el hombre que la cuidó. Y de ser así, las hermanas Caffarelli no son sus primas si no tías segundas.

—Y papá tiene primos en el pueblo que desconoce tenerlos. Habrá que preguntar a papá, con disimulo cosas de tío Ernesto o de tía Valentina.

Aquella misma noche, Benedetta aprovechó la etiqueta de que siempre fue una niña preguntona y curiosa y lanzó la interrogación.

—Papá, ¿cómo se apellidaba tío Ernesto?

Aunque Leopoldo nunca conoció al tío, éste se había criado con tía Valentina y esposa de éste.

—No sé, no recuerdo cómo se llamaba. —dijo tras quedarse pensativo.

—Pero ¿sabes de sus orígenes? ¿De los parientes suyos de Montepulciano?

—Solo sé que tenía varias tierras en [Castiglione del Lago](#) y en [Cortona](#) que casualmente, heredó mi madre pero que no tardó en malvenderlo todo. La abuela vendió todo lo que pertenecía a su tío. Solo mantuvo la casa de Terrafertile, que era propiedad de tía Valentina.

Parecía increíble, su padre sin querer, estaba colaborando en abrir la caja de los vientos. Madre e hija se miraban con disimulo leyéndose el pensamiento: La abuela se había desprendido de todas las tierras de su

“padre” alias tío, porque lo sabía, lo detestaba, no quería nada de él, no quería nada de aquel violador.

«Y ahora tiene lógica la carencia en cuidados que le abasteció a su tía. Claro, supongo que no lo sabía, que se enteraría cuando éste ya habría muerto. La pobre mujer, quedaría desolada al descubrirlo y decepcionada de ver que la hermana de su “madre” bueno, su abuela biológica habría muerto del disgusto y la vergüenza además de tener que llevar el secreto sellado en pecho. Beatrice descargó toda su ira con tía Valentina.» Pensó Benedetta impaciente por compartir sus conclusiones con su madre. Pero, con una mirada de complicidad entre ellas, bastaba.

La documentación estaba lista para que, de forma inminente, se pudiera realizar la firma de una hipoteca, que ayudaría a la nueva propietaria a darle un aire hogareño a aquella casa regia y misteriosa.

—Lo tengo todo, tengo la nota simple y las escrituras, pero hay algo que no me cuadra, en las escrituras se habla de una donación de los tíos a tu abuela, pero en la nota simple es una donación de tus abuelos a tu padre. Necesitaría el certificado de defunción de los tíos, a ver, déjame nombrártelos; Ernesto Caffarelli y Valentina Batori. —dijo la directora del banco.

—Disculpa, ¿puedo leerlo? —Dijo Benedetta a la directora del banco.

En aquel instante, Benedetta recordó el argumento de su terapeuta de lo sencillo que era obtener respuestas inmediatas en el momento en que nuestra mente asimilaba una verdad. El universo la había recompensado. Tío Ernesto, padre ilegítimo de Beatrice era un Caffarelli al igual que la madre ilegítima. Eso significaba que, aquel hombre, habría violado a su sobrina, supuestamente hija de su primo. Y, por otro lado, Beatrice también era sobrina carnal de Valentina. Así, que fue criada por su supuesto tío segundo y por su tía carnal, que, en realidad, era su padre ilegítimo y su tía carnal. Vaya, una leve desilusión se instaló en su mente, hubiera preferido que tío Ernesto tuviera otro apellido, aunque la abuela fuera algo recelosa y desconfiada, tenía algo que no había detectado en ningún Caffarelli, era una señora de los pies a la cabeza, tenía gracia inteligencia y diplomacia, cosa que ni en sueños habían tenido ninguno sus tías y tíos Caffarelli que durante largo tiempo habían vivido en el anexo.

El papeleo solicitado en el banco era ridículo. Después del fallecimiento de los “tíos”, existían los certificados de defunción de los abuelos, alguien en el registro de la propiedad no debió de actualizar la información, pero había sido una hermosa paradoja del destino.

Un sueño, un mensaje

Beatrice llevaba varios años deseando hablar con su hermana Lorena a solas. Soñaba con ese momento en tantas ocasiones. Pero ¡Qué difícil era viajar sola hasta el convento! Por un lado, ella no tenía el carnet de conducir y, además, bien se había encargado—desde que fue bien mocita—, de venerar e idolatrar a su querida hermana, a la cual ensalzaba hasta el punto de la beatificación. Para la familia, ir al convento a ver a tía Lorena, era como peregrinar hacía Santiago o Lourdes. De este modo, siempre que visitaba a su hermana, iba muy bien acompañada de hijos y sobrinos. Él único que nunca quiso visitar a aquella pariente fue Massimiliano. ¡Qué difícil sería desviar a la familia en una jornada de visita a la monja! Desafortunadamente, no había otra forma de comunicarse con ella, a no ser que, por salud, tuviera que salir del convento. El lugar estaba bastante flanqueado para los visitantes. Había muchos claustros dignos de recreación, pero solo habilitados para los huéspedes destinados a ejercicios espirituales. No podía invitar a los chicos que la acompañaban a jugar. Ojalá pudiera escribirle una carta, la de veces que había ensayado las frases en su cabeza, la de cosas que le hubiera contado y preguntado. ¿Y ella? ¿Tendría su hermana Lorena aquella inquietud de conversar a solas? ¿Aquella necesidad de transmitir las palabras no como hermanas, si no como madre e hija? Porque Beatrice podía entender que el hecho de tomar los hábitos suponía una gran renuncia, pero la piel no se separaba de su carne y sangre y si en verdad era capaz de amar de esa forma tan magnánima, no le cabía duda de que también amara a alguien que salió de su seno. Pero, ¿Tendría razón Massimiliano? ¿Se equivocaba? Beatrice fue tan ignorante que no cayó en la cuenta el día que solicitó su certificado de nacimiento para casarse. Siempre le dijeron que su madre era algo mayor, pero creyó las verdades a pies puntillas.

Benedetta despertó con los ojos empañados y deseando llorar, había tenido un sueño emotivo y casi real. Era como si hubiese viajado en el tiempo convertida en ácaro y hubiera sido testigo de una emotiva reunión. Se encontraba en la sala de reuniones donde las hermanas las recibieron. Era una salita con mesas sillas y ventanales, a un lado, unas rejas marcaban la

distancia hacía otra pequeña sala convertida en pequeño altar donde las monjas se sentaban a conversar con sus parientes. Su abuela Maria Beatrice conversaba con su “supuesta hermana”.

—Beatrice, *cara mia*, tienes un marido muy osado, pero muy listo, me da miedo que otros como él y ajenos a nosotros deduzcan... Tú encárgate de poner muchos velones en casa y pedir misericordia por nosotras para que nadie alcance la verdad.

—Lorena, elegiste tu destino o te lo impusieron.

—Hija mía, Dios se puso en mi camino, nada interfirió que así sucediera.

—¿Pero no te das cuenta de que de ese modo me abandonaste?

—Hija, no me reproches nada por favor, fue algo duro y difícil. Yo no quería ver a esa persona que me hizo eso, quise vivir alejada de él de por vida, aquí me sentí a salvo, a pesar de que en el convento hayamos pasado nuestro calvario por falta de alimentos y otras carencias, aquí nadie podía hacerme eso. Madre quería que marchara a Siena con unos parientes, que aprendiera clases de piano y francés, padre quería castigarme en un convento y me pareció que no era un castigo si no un deseado destino. Me prometieron cuidar de ti como si fueras su hija. Madre fue muy determinante y tenaz en ello. En un principio, sentí un gran alivio de saber que aquel hombre nunca me pondría una mano encima, rezar sería sencillo, pensé.

—Pues a mí me hubiera gustado tenerte unos años conmigo, aunque ante mis ojos y los de los demás fueses mi hermana. No fue fácil vivir con quien todos creen que es nuestro padre. Fue terco y poco empático. Bien sabes que los tíos me consintieron y quisieron, pero desde que mi esposo me quitó la venda, siento mucho dolor y rabia en mi interior. De hecho, he puesto en venta la mayoría de las propiedades del tío.

—Hija, no quiero que esto te afecte. Te di la vida y tuviste la suerte de ser criada por personas que te quisieron como una verdadera hija, desde mi madre hasta la ingrata de tu tía carnal Valentina. Lo que sucedió, pasa en muchas familias y a veces matan a los bebés antes de nacer, e incluso una vez nacidos, *mamma* lo tuvo que hacer con el hijo de un sacerdote de Sinalunga. Y hay veces que se los llevan a otras ciudades donde las monjas los dan a familias que no pueden tener hijos de forma natural. Yo tuve que limpiar la vergüenza y la culpabilidad por aquel sometimiento y me siento satisfecha de la forma en la que elegí hacerlo.

—Lorena, tú no fuiste culpable, sé que eres inteligente y lo sabes.

—Sí, fui víctima, pero no a los ojos de la gente. De todos modos, hija, yo

soy feliz, doy gracias a la vida por todo, e incluso por haber sufrido aquello, pues gracias a ello, viniste a mi vida y de la forma que sucedió, pude elegir el camino que siempre anhelé, el de monja. Aquí, parece que no hacemos nada, pero nuestros rezos no caen en saco roto, sirven de gran protección para quien amamos. Desde que naciste, estás en mis pensamientos a todas horas. Mis oraciones fueron y son para ti, para que no te faltara amor ni protección ni a ti ni a los tuyos.

Benedetta quería creer que aquella conversación había sucedido unos cincuenta años atrás. Quería pensar que sus dos antepasadas, se lo estaban relatando tal y como sucedió. Tan solo habían transcurrido dos días tras el encuentro con su abuela a través de la médium, todo era muy reciente. Horas después de despertar y tras avasallar a su madre con aquella historia, optó por llamar a Elena y comentarle lo sucedido.

—Eres un ser muy sensitivo en este mundo de cuerdos. Te entiendo y a pesar de que fue un sueño te debo decir que todo lo que a partir de ahora aflore a tu mente o a tus sueños, es verdadero. —Confirmó la médium.

—Pues da la casualidad, que la noche en que mi abuela cruzó, sentí un mensaje, quizás fue mi subconsciente, algo me decía que quien le reveló a mi abuela la verdad fue mi abuelo Massimiliano.

—Sí, si sentiste esa certeza, es que así fue.

Benedetta necesitó retratar la vida de su abuela, aquella mujer a la que siempre juzgó como fantasiosa egoísta y consentida. Desde que tuvo uso de razón a la abuela Beatrice se la conocía como la eterna viajera, siempre apuntándose a viajes organizados por diferentes asociaciones, aquella mujer de tristeza habitual y preocupación constante y angustiosa salud, partía de crucero medio pachucha y volvía con unos años de menos. Mientras, el abuelo se quedaba en casa, cuidando las cosechas, paseando por los campos de otros amigos y matando horas en el casino del pueblo.

Beatrice huyó de su marido en el lecho, dejó de sentir hambre carnal, tampoco le supo cuidar con auténtico amor, intentó abandonarle todo lo que política y eclesiásticamente era aceptable. De un modo similar, trató a su tía carnal, quien se encargó de educarla y protegerla como una madre. La abandonó a su suerte en una habitación deseando así que como cómplice purgara sus faltas.

Nuevos proyectos

Benedetta había sido precavida con sus ahorros e inversiones. Nunca había sido despilfarradora con el dinero y había estado acumulando los frutos de su duro y temprano inicio en el mundo de la moda. Ahora era el momento de usarlos como inversión, iba a fundar una escuela de Arte terapia que, en un principio, ubicaría en la que hasta entonces era la herboristería de su padre. Finalizada la rehabilitación de la villa, la escuela se trasladaría a la planta superior del ala oeste de Terrafertile, donde su abuelo había ubicado su taller de escultura. Era un lugar que como bien dijo la asesora de feng shui, por formas, cumplimentaba todas las necesidades para crear una fértil escuela. Las hermosas vidrieras que conformaban la redonda cúpula de aquella localización, conferían en el lugar paz, serenidad y lucidez digna de cualquier templo de plegarias.

Sofía se dirigía a la vieja herboristería de su esposo, ahora, desde la inauguración, recibía numerosas visitas, especialmente de mujeres, interesadas en lograr empoderarse y vivir una revolución interna que se reflejara externamente. Benedetta tenía una hora libre y ambas habían planeado tomar un café y unas pastas en *el Caffè Poliziano*, en el mirador, orientado hacia el Valdichiana.

—Ayer, cuando desperté de la siesta, me quedé pensativa mirando a un punto. Desde tu búsqueda de la verdad, recibo imágenes, diálogos, momentos, que toman un nuevo matiz. Recordé cuando tu abuela estaba en el lecho de muerte e intentaba cruzar aquello incognoscible. Deliraba, decía:” No puedo Laurita, no puedo”. Intenté en aquel momento, al igual que ahora mismo, recordar a algún pariente con ese nombre, pero fue en vano.

—¿Preguntaste a las tías si conocían a alguna Laurita?

—No, no le di importancia, hasta hoy.

—*Mamma*, es demasiado casual, ayer estuve en Terrafertile vaciando muebles. No puedo negarte que buscaba pistas que me llevaran a saber más cosas escondidas. Encontré esta foto—dijo mostrándole a su madre una fotografía de sus abuelos sentados en un ágape con otro matrimonio. No sé quién es esa señora, pero se parece mucho a la *nonna* en un principio, pensé

que llevaban el mismo estilismo de peinado, cardado hacia atrás, pero seguí observándolas por un rato. Creo que son primas.

—Sí, conozco a esta mujer, todavía vive, se llama Micaela. Es cierto, podrían perfectamente ser primas hermanas. Ven esta tarde a cenar a casa y tráete la foto, tu padre nos podrá dar más pistas.

Graziella asomó su cabecita por el balcón mirador del *Caffe Poliziano*,

—¡Buenos días! Espero no resultar impertinente.

—En absoluto, Graziella, tu eres como de la familia— sentenció *Sofia*.

—Vaya por Dios, contigo quería hablar yo—exclamó *Benedetta*.

—Soy todo oídos.

—Bueno, mejor os dejo solas, chicas, tengo muchos recados que hacer y se me echa la mañana encima —dijo *Sofia*.

Graziella era una mujer eficaz, trabajadora como la que más. En todas las tiendas donde había trabajado, hablaban bien de ella, sin embargo, siempre se quejaba de estar mal remunerada y de no hacer lo que verdaderamente le gustaba. Cuando *Benedetta* fue *Miss World*, su amiga, en la distancia llegó a ser mucho más resolutiva que sus propios asistentes. Para *Benedetta*, una de sus ilusiones era que Graziella se convirtiera en su asistente, pero todavía no llegaba a ganar lo suficiente como para remunerarla tal y como ella deseaba, sin embargo, ahora tenía una propuesta para ella. Graziella siempre bromeaba que junto a dicho contrato quería un reloj de la firma Michael Kors.

—Graziella, en un par de meses, voy a trasladar el Instituto de la Mujer creadora a Terrafertile, pero mantendré el herbolario tal como está, había pensado traspasarte el negocio.

—Bueno, ya sabes mis condiciones.

—Este fin de semana podemos irnos a Florencia, hay una sucursal de Michael Kors en la Piazza della Repubblica.

—Bueno, regentar un herbolario, no es ser tu asistente —dijo haciéndose la interesante.

—Quiero que seas mi mano derecha. Que hagas y deshagas a tu antojo. Te pagaré el doble que cobras en la perfumería.

—*Benedetta*, estás chalada, no puedes pagarlo, este pueblo es pequeño, no da más de sí. Sé que lo dices de corazón, pero no creo que todos los meses hagas caja para poderme pagar y suplir gastos.

—Ay, Graziella —dijo tomándola de la mano. —Siempre tan realista...

—Pero, de todos modos, podemos ir a Florencia, igualmente.—sugirió Graziella

—Tú tienes mucha jeta, niña.

Leopoldo apenas llevaba dos meses jubilado y poco frecuentaba la casa, hacía semanas que su hija le visitaba de forma infortunada. No obstante, se había hecho un excelente cocinero además de buen previsor de alimentos. Su plato preferido o, mejor dicho, el que más halagos recibía; las berenjenas rellenas de carne. Desde el callejón peatonal que conducía a la casa de sus padres, ya se olía a succulenta cena.

—Papá, he estado vaciando una vieja consola que quiero restaurar y he encontrado esta foto, no sé quién es esta mujer, solo quería saber si aún vive, quizás le gustaría que le entregásemos la foto.

—Sí, Tía Micaela, claro que vive, no así su esposo, que falleció antes que tu abuela. Esta mujer era la hermana pequeña de tía Laura.

—¿Pero tenemos algún parentesco con ellos?

—Si tenían parentesco con el tío que cuidó de mi madre, además ya sabes, en los pueblos, cuando hay una buena relación entre familias, se llaman tíos... Tu abuela tenía mucho afecto por ellas. Laurita murió de parto a los veintiséis años, era una mujer de salud delicada, tu abuela no se encontraba en el pueblo aquel día y siempre se sintió culpable por ello. El día de antes fue a visitarla y le confirmó estar algo verde. Así que partió a Venecia a visitar a unos viejos amigos. Cuando regreso a Montepulciano y supo que la madre había muerto desangrada y el bebé ahogado, nunca se lo perdonó.

No había nadie en aquel mundo que le pudiera decir a Benedetta que aquella mujer y su abuela eran parientes cercanos. De nuevo, Benedetta quiso creer en su propia verdad sin compartirla. Junto a esa verdad, quedaba pendiente irrumpir en casa de sus tías Caffareli y encontrar el acta de entrada de Lorena en el convento que según la hermana Ludovica, tío Anselmo se había llevado consigo. Esa sería la prueba irrefutable, tenía llaves de la casa abandonada de los Caffarelli. A la vez deseaba compartir su verdad con toda la familia. Ojalá hubiera sido tan fácil como convocarles en una cena de Navidad o Año Nuevo y lanzarles la noticia liberadora como quien anuncia un casamiento o la llegada de un nuevo miembro. Gemma le había sugerido hacerlo, pues, aunque el disgusto les sentase como una ducha inesperada de agua fría y salieran disgustados del lugar, luego, volverían a ella agradecidos de haberse liberado. Era un tanto triste para ella no poder confesar a su padre a tía *Veronica* o a su prima Simonetta su descubrimiento. Detestaba que aquello siguiera conservándose de forma hermética.

—Algún día les contaré, esto no puede ser un secreto, es una liberación

para el clan.

SEGUNDA PARTE.

Benjamin

Benjamin Caffarelli fue un niño prodigio, con tan solo cuatro años captaba las miradas de todo el mundo con su gracia y alegre espíritu. Sus cabellos anaranjados y ensortijados sus labios carnosos y rosáceos y aquellos ojos algo grises y algo verdes, configuraban en él a un ángel celestial encarnado en niño.

Dichos rasgos, no eran de la genética Caffarelli, más bien era un hijo de su irlandesa madre Maureen Kavanagh; una afamada actriz y modelo de cabellos cobrizos y ojos color esmeralda, de los cuales Anselmo Caffarelli cayó rendido a sus pies en los años ochenta. Ben había heredado de Anselmo el talle y el porte viril y también esos aires de seductor nato y ese fuerte carácter latino que remarcaba el genio de los Caffarelli.

El romance de Anselmo y Maureen fue una historia de amor envuelta en el romanticismo de la isla de Capri y delirios pasionales, intensa como un rayo de sol en pleno verano, pero caduco como las hojas de la higuera en invierno.

A decir verdad, Ben nunca llegó a ver a sus padres juntos más que en viejas fotografías. ¡Y que fotografías! ¡Madre mía! Eso fue un bodorrio de postín. ¡Que guapos iban los dos! Y ¡Qué felices y enamorados se les veía!

Las Caffarelli tiraron la casa por la ventana celebrando dicho enlace. Pero es que no era para menos. Su único hermano, sentenciado por toda la comarca como un don Juan irrefrenable, se unía en santo sacramento a una bellísima modelo y actriz irlandesa. ¡Era para presumir de hermano y cuñada!

Y es que, ¡eran una pareja tan bonita! Todos en el pueblo se detenían al verles pasear. A Anselmo se le veía tan feliz. Aún no había pasado un año de la boda cuando nació el pequeño Ben. Aquel fue el momento más hermoso del matrimonio. Un niño de piel rosácea y con unos mofletes que daban ganas pellizcar y que hizo que al muchacho se le agriara el carácter cuando con un añito las mujeres se asomaban a su cochecito y le apretaban los cachetes de la cara como si aquello fuera una pelota anti estrés.

Cuando Ben apenas había aprendido a andar, Maureen hizo las maletas y partió a Dublín. No soportaba el fuerte carácter dominador de su marido ni la manía de controlar las finanzas sin consultarle. Tampoco aceptaba que, tras el nacimiento de Ben, no le permitiera volver a trabajar en la pasarela o

haciendo películas.

La trifulca entre Maureen y Anselmo se desencadenó cuando ésta tenía en sus manos un jugoso contrato de una importante revista americana en la que iba a posar semidesnuda tras convertirse en madre. Anselmo no concebía la idea de que su mujer fuera enseñando sus vergüenzas a todos los yanquis. El hecho de pensar que todos los vecinos de aquí y de allá, babearan aquellas páginas en las que su mujer mostraba lo que, según él, sólo le permitía repasar sus ojos y algún médico especialista, le enfermaba. Al mismo tiempo, Maureen tenía sed de dinero, necesitaba volver a ganar su sueldo, pues el mezquino de su marido, controlaba de forma exhaustiva la economía. Detestaba pedirle dinero para medicamentos, potitos para el pequeño o cualquier cosa relacionada con el mantenimiento del hogar. Suerte que ella aún conservaba ahorros de los últimos trabajos realizados antes de que su barriga delatara su estado de buena esperanza.

Harta de vivir en penumbra junto con aquel elegante y estiloso italiano machista y tacaño, la bella irlandesa, partió una mañana. De forma inocente y huidiza, sin despedirse de su familia política y sin dejar que ésta, diera un último achuchón a su querubín del alma. Fue sencillo para Maureen comenzar de nuevo, simplemente tenía que firmar unos contratos en su agencia de representación ubicada en su ciudad.

Durante los primeros rodajes y sesiones de fotografía, Ben acompañaba a Maureen al trabajo. Un prestigioso fotógrafo, captó la instantánea de ella envuelta en un albornoz con el maquillaje y los rulos y gateando detrás de Ben haciendo muecas. Aquellas fotos, eran una auténtica joya, comunicaban, emocionaba, llegaban al cliente más que cualquier instantánea sobre un lienzo ensayado y con la autorización de la madre, fue la primera puesta en escena de Ben, anunciando pañales. Ben adoraba las cámaras y el ambiente entre bambalinas y en pocos años, se volvió un personaje mediático.

Anselmo montó en cólera aquella tarde de regreso tras una dura jornada laboral, cuando se encontró la casa vacía, sin pertenencias de su querubín ni de su esposa. Encontró una nota en el recibidor donde la joven defendía su necesidad de ser feliz, seguir trabajando como modelo publicitario y la frustración de ver que, con él, no iba a conseguir la vida que anhelaba.

Anselmo, alentado por sus hermanas, decidió reclamar la custodia de su pequeño, los abogados le confirmaban que tendría todas las posibilidades de ganar la demanda.

—Un juez nunca daría la custodia a una madre modelo que viaja por todo

el mundo. Los niños necesitan una rutina y una estabilidad en sus vidas. Además, su mujer está explotando a su hijo, sacando dinero de la imagen de éste. Eso no es proteger el menor— justificó el abogado.

Y aquella premonición fue un hecho. La sentencia del juez fue firme y contundente ante la conducta de la madre la cual había secuestrado a su hijo y abandonado el hogar. Además, una madre con un trabajo tan itinerante quedaba incapacitada para disciplinar a su hijo en las tareas escolares.

La noticia, aunque justa y grata, con los días fue la peor pesadilla para todos. Ben no dormía por las noches reclamando a su madre, Anselmo no tenía la paciencia y dulzura para proveer el cariño y serenidad, además de carecer de tiempo para sus atenciones. Eran sus hermanas las que, con mucho cariño y delicadeza, atendían y complacían a su hermoso y único sobrino. Pero el pequeño quería a su madre.

Dos meses después de la sentencia, Anselmo y sus hermanas, decidieron que lo mejor era entregar al pequeño Ben a su madre. Contaba con tan solo dos años y desde que su padre le tutelaba no hacía más que enfermar, se negaba a comer y adquiría fobias diversas, no era un niño alegre y eso a sus progenitores les partía el corazón.

Maureen, feliz y aliviada de que su ex marido renunciara a la custodia, se comprometió a entregarles al niño una vez al mes hasta que cumpliera los cuatro años y más adelante negociarían una dieta de carácter flexible, pero esta vez, nadie la iba a tachar de secuestrar a su pequeño, dio poderes a un abogado de la zona donde se conformó un nuevo régimen de visitas.

Cada vez que Ben visitaba Terrafertile, era como si Santa Claus hubiera irrumpido en el hogar. Siempre tenía un juguete que estrenar; bicicletas, monopatín, motocicleta de juguete, un tráiler donde introducir coches. La sensación para el chiquitín era de gran acogida y confort, pero algo había en el ambiente que no le hacía sentir completamente en su hogar. Quizás eran los mensajes subliminales de su madre o la cara de tristeza difícil de disimular en el aeropuerto. Lo cierto es que los Caffarelli no fueron capaces de comprar con regalos el cariño de Ben.

El diablillo de azafrán, como le llamaban en Terrafertile, dejó de visitar dicho lugar mítico a la edad de siete años. Le perdieron la pista. Para las tías era difícil meterse en los pantalones del hermano y éste, había abandonado la batalla. Prefería vivir la vida sin recordar que tenía un hijo.

No obstante, siempre quedó latente que el legado de los hermanos Caffarelli sería para Ben. Menuda paradoja, alguien a quien jamás en su vida

volvieron a ver, sería el dueño del patrimonio de los Caffarelli. También quedó de manifiesto la egoísta y mezquina actitud de Anselmo, el cual nunca preservó un dinero para su diablillo. Se podía entender su acto de amor y conciliación renunciando a los derechos paternales, pero de ahí, a no preservar un fondo económico para su futuro...

Ben renunció de modo oficioso a su apellido Caffarelli por el de Kavanagh, el apellido de su madre. Combinó los estudios con la moda y el cine, tuvo la suerte de mantener la edad en armonía a su belleza. Su atractivo y poder seductor lo llevó a Hollywood donde fue actor secundario y protagonista de alguna sonada película. Pero lo que más beneficio y estatus le otorgó, fueron las series de televisión.

Una serie emitida por la *NBC* de abogados, envueltos de excelentes dramas con casos memorables, otra exitosa serie [dramática](#) de la televisión [británica](#) transmitida por la *BBC One* en el [Reino Unido](#) donde un grupo de [estafadores](#) en sus intentos de engañar a las víctimas para obtener su dinero, se adhieren a un estricto código ético, estafando dentro de lo posible sólo a aquellos que a su juicio, lo merecían.

En el círculo familiar paterno, Montepulciano y alrededores, desconocían quien era Ben Kavanagh a pesar de haberle visto en la gran pantalla. Habían nombrado a Ben en múltiples ocasiones. A sus tías, les hubiera encantado verle antes de irse de este mundo terrenal. Le esperaron durante muchos años, e incluso ya fallecidos en el panteón familiar, desearon que esa brisa otoñal, trajera la visita de su apuesto sobrino.

La agenda de Ben estaba siempre repleta de citas, giras, presentaciones y rodajes. Hacía aproximadamente dos años que había sido informado de la herencia de aquella casita en Terrafertile. Le parecía entrañable recibir dicho legado, pero al mismo tiempo era triste tener algo de alguien que no supo mantener el contacto y el cariño indirectamente, como quien mantiene con calor y templanza unas virutas de chocolate que se van atemperando y manteniéndose líquidas, conservándose a temperatura ideal con ese lento y estable movimiento circulatorio. No era tan complicado...

Para Ben aquella herencia era un triste recuerdo. Aunque en sus venas corriera sangre italiana, en el momento que supo ser heredero universal del legado de sus tías y padre, no le importó gran cosa. Los impuestos y las declaraciones catastrales hicieron que se acordara cada año de aquel inmueble, decidió darse tiempo, algún día se acordaría o sería una prioridad, o quizás nunca. Para Maureen no fue una sorpresa, sabía que esa familia, de

algún modo, quería a su hijo. Sabía que sus cuñadas—a pesar de haberla juzgado en los tribunales, de libertina y casquivana— eran unas mujeres incultas con poco mundo. No había que culpar a la maldad lo que era de la ignorancia.

Volver y escapar

Benjamin tenía vagos recuerdos de una infancia disfrutada en la Toscana, en unos parajes llenos de color, vegetación agricultura arquitectura medieval y vestigios etruscos. Recordaba que cuando llegaba lloraba y lloraba y no comía ni dormía, pero pasados unos días, tomaba conciencia de todos los bonitos juguetes que tenía y de que era el consentido de la familia y sólo entonces, comenzaba a ser un niño feliz y a disfrutar de los *cantucci alle mandorle*^[1], piadinas y pan con aceite de la tía Beatrice. También recordaba a sus dos primas, él era mayor que ellas y eso imponía respeto. A Benedetta, la más joven, la llevaba por la calle de la amargura. Disfrutaba tirando de sus trenzas, colocando salamandras en el interior de su ropa o levantándole la falda para ver sus braguitas y cuánto éstas escondían. Por suerte, la pobre Benedetta tenía a su prima Simonetta de aliada y bien unidas, conseguían las mejores venganzas para “el diablo díscolo”, que es como le llamaban a su primo segundo.

Afortunadamente, el pelirrojo de Ben aparecía por Terraferile eventualmente y esto daba a las primas un buen margen de tiempo para preparar trampas y organizar tretas.

Si no hubiese sido por Simonetta, Benedetta hubiera acabado traumatizada por aquel trasto de Ben y lo que es peor, aquel niño olía muy bien el miedo de los niños tan bien, como olfateaba las ricas croquetas de la tía Beatrice.

Pero un día dejó de venir y se acabó el ingenio inventado bromas pesadas y el trasiego de las dos primas. Las muñecas y las cocinitas, cobraron protagonismo y los vestidos recién estrenados lucían mucho más, pues ya no se camuflaban entre la madeja en busca de ratas u otros bichos, vivos o muertos que colocaban debajo de la almohada de Ben.

Eran recuerdos tiernos y semienterrados en su memoria, siempre renegó de su herencia, de aquellas fanegadas de tierra y esa casita en el cerro, pero cada día, en algún entorno, se daba la posibilidad de presumir en sus conversaciones de tener sangre italiana, además de irlandesa.

Desde que su mujer y productora de las exitosas series —en las que él siempre hacía de protagonista—lo había pillado retozando en la cama con su

mejor amiga, la estrella de cine Samantha, su trabajo de actor había caído en picado. Lo suyo con Samantha fue una fiebre infernal, una burda apuesta en un pub.

Hacía más de un año que su matrimonio era triangular. El artífice de ello fue su esposa Megan, quien hacía muy buenas migas con Samantha, la cual tras un accidente de rodaje había sufrido una rotura de peroné; huérfana y sin parientes en California, Samantha la invitó a quedarse en el hogar de la pareja. Una vez rehabilitada, defendió con pucheritos que tenía estrés postraumático y se quedó unos días más, hasta finalizar la rehabilitación.

Desde entonces, los amigos de Ben, siempre tenían una excusa para pasearse por su casa. Y entre bromas y retos, apostaron indecencias.

—Ben, qué peligro tienes, con lo que te quejas de que Megan nunca tiene ganas...Cómo no te la beneficies tú, lo haré yo. —decía Matt.

Las prominentes y redondas tetas de Samantha, sometidas a dos cirugías eran el plato de conversación que cada tarde les acompañaba en la barra. Pero no solo se relamían pensando en sus pechos, otro de los delirios de los amigos era su boca. Samantha tenía los labios carnosos y su boca, de un considerado tamaño. No hacían falta palabras entre ellos para adivinar, donde deseaban que Samantha depositara sus labios para llamar a las puertas del nirvana.

—Pues últimamente con Megan estamos de completo celibato—sentenciaba Ben.

—Megan no tiene ojos en la cara o debe tener otro. Si yo fuera tía, no soportaría que esa muchacha se pasara por mi casa con esos sedosos picardías que acompañan a sus muletas.

Con algunas “birras” los hombres son muy osados y todo es pan comido. Pero a Ben le duró aquella subida de cerveza unos días, los que tardó en tontear con Samantha. El bajón de placer se cortó como nata montada, cuando su esposa Megan—que supuestamente estaba en Texas— irrumpió en la habitación de invitados. Desde entonces la carrera de Ben iba en picado, Megan se había encargado de que el guionista cambiara los argumentos y matara al personaje que interpretaba su marido.

Habían pasado seis meses de aquello, Ben había usado todo tipo de comodines; llamadas, favores. La única oferta tentadora era la de su amigo catalán Jordi, un actor de cine porno, que le ofrecía trabajo en la sala Bagdad de Barcelona, local de espectáculos eróticos, considerado uno de los más importantes de Europa en su género. La sala Bagdad se había hecho famosa en todo el mundo por sus shows de sexo en vivo, atrayendo a miles de turistas

cada año a [Barcelona](#), si aceptaba sabía que se trabajaría el porno en vivo y en directo. La ingente oferta envuelta de billetes de colores poco vistos, era tentadora, Jordi se frotaba las manos solo de pensarlo, Ben era un hombre alto apuesto y con una buena arma entre sus piernas, sin embargo, no era ingenuo, sabía que una vez metido en ese mundo, difícil sería que le despegaran la tarjeta de actor porno. Además, sus relaciones amorosas, quedarían minadas por su nuevo estereotipo. Un viejo amigo Dj de Ibiza, le daba las llaves de su casa en las pitiusas y le invitaba a desconectar y encontrarse consigo mismo. Todas las propuestas sonaban tentadoras. Al igual que su padre, era un hombre vividor, amante de la fiesta, las mujeres, el alcohol y todo tipo de delirios, además, sabía que con su físico trabajado y con esas facciones mestizas, podía conseguirlo todo, pero había aprendido que tenía que abandonar aquellos ambientes, hacer cosas diferentes y codearse con gente de mejor calaña. Era complicado, dentro de su círculo de amistades, conocía a gente estupenda, capaz de liarse a cavar una zanja con él, sin siquiera preguntar, a quién iban a enterrar. Se sentía solo, no quería pedir ayuda a su madre, la cual vivía en Dublín, deseosa de que su hijo sentara la cabeza y le diera nietos.

Y como en muchas ocasiones, echó de menos a su padre, aquel del cual solo albergaba tupidos recuerdos de la niñez. Lamentaba no haber podido ir a su encuentro, limar asperezas, escuchar su versión de los hechos y construir una verdad a medias entre la versión de su madre y la de éste, también añoró, echarle en cara todo lo que no tuvo. Nunca había lamentado ir a su entierro, ¿para qué? De nada servía. Habían pasado ya unos años desde que hubiera recibido la noticia de un abogado y albacea de la familia Caffarelli, informando de que la casa de los Caffarelli y un terreno anexo, le pertenecían, le había importado un cuerno, pero ahora, a las puertas de la ruina, aquel lugar no solo podía ser un lugar de evasión sino también una salida a sus problemas financieros.

Ben dio una intensa calada a su Marlboro, apagó la colilla presionando sobre aquel pesado cenicero de cristal de bohemia y se levantó como un resorte hacia el baúl donde escondía toda su documentación. Contratos de películas, escrituras, guiones de cine, su *book* de modelo, que le hacía recordar, que ya no era aquel muchachito capaz de arrasar cada noche en la discoteca con más de una mujer. Los años y la mala vida, habían hecho mella en él. A pesar de sus sesiones de belleza y cuidados diarios faciales, se apreciaba que la edad no pasaba en balde para nadie.

—Ben, cabrón, como se nota que te quedan meses para cumplir los

cuarenta— se decía mientras observaba desde su apartamento de Pasadena a unos adolescentes patinando cogidos de la mano por el paseo marítimo. La idea de salir del redil, debía esperar, Ben tenía un plan en mente y necesitaba ayuda de uno de los más listillos de sus amigos, Raouf, un maltés con orígenes marroquíes, el cual, a su vez, determinaba necesitar un par de amigos para realizar el trabajo encomendado. Y así programó aquella expedición. Primero hizo él, acto de presencia en la casa de sus antepasados, vieja y cubierta toda por sabanas que escondían los muebles, no parecía precisar de arreglos importantes. Sus tías nunca escatimaban en comodidades y además cuidaban con mucho mimo de todas sus pertenencias. Así que dos días después de su estrepitoso aterrizaje en el anexo de Terrafetile, Ben recogía en el aeropuerto de Pisa a su viejo amigo Raouf y sus otros dos amigos.

Los tres eran unos años más jóvenes que él y con pintas de gorilas de discoteca. Perfectamente parecía que salían de un *after* de Ibiza, en vez de un avión. Con esas camisas, esas cazadoras, las botas anchas de cuero y esas gafas de sol que no se quitaban ni habiendo nubarrones.

Terrafertile contemporáneo

Las reformas en Terrafertile estaban siendo lentas y bien meditadas. La nueva propietaria, no necesitó más de seis meses, para entender que el local de su padre se hacía pequeño para su gran proyecto de vida. El herbolatio *L'Elisir*, funcionaba a las mil maravillas y no merecía tampoco ser desvalijado. Aprovechando la rehabilitación del taller, decidió ubicar allí su escuela de Arte terapia. Las clases iban a ser de lo más variadas; Yoga, meditación, fotografía, artesanía, dibujos con acuarelas, danza. Todo aquello que Benedetta había amado desde que aprendió a andar se plasmaba ya en sus primeras alumnas en plena efervescencia. Habían transcurrido ya dos años desde su mudanza y la joven había creado una escuela con su seminario de profesores y la primera promoción de alumnos disfrutaba de las vacaciones de Semana Santa. Era toda una sorpresa para ella, saber que tenía paciencia y aptitudes para enseñar, pero lo más gratificante, era la metamorfosis suscitada en sus alumnos, la mayoría mujeres. Cómo se les iluminaba los ojos, algo acuosos y llenos de ideas ansiosas por plasmarse. Levantó el pincel del lienzo dejándolo sobre la paleta para empapararlo de aquel violáceo que había logrado con sus mezclas cuando desde el este de la cúpula escuchó abrir la cancela y unos hombres cargados se acercaban a la casa desolada de los Caffarelli; Carretillas con trastos, lonas, lámparas y herramientas... Hacía casi tres décadas que no se encontraba con su primo, intuía que era uno de ellos, el más alto, puesto que con los brazos daba instrucciones a los demás. Menudas perlas, aquellos tres, por un momento había pensado llamar a la policía. No por denunciarlos, sino por poner a los carabinieri en alerta. Vivía sola, pronto verían la luz prendida y quizás la sombra de su silueta. Recordó su miedo a ser vulnerada por un hombre. Siempre a floraba, e incluso tras haber descubierto el origen y estar entrenada a defenderse, no juzgó su pensamiento, de hecho, porque al mismo tiempo sintió que no provenía de su corazón si no de su mente, no era miedo, era cautela, con uno, podría incluso batirse en duelo, pero tres contras ella, era presa fácil.

Graziella y Benedetta desayunaban como muchas otras mañanas, en el balcón mirador del *Caffe Poliziano*.

—Algo terriblemente ilegal debían estar haciendo aquellas tres fichas, para no molestarse en saludar a la vecina durante las intensas jornadas de trabajo diario— afirmó Benedetta a su amiga Graziella, mientras rompía un cuerno del croissant.

—Eres una malpensada, igual son albañiles de fuera, que han ido a rehabilitar la casa, o quizá, simplemente son amigos que han venido a pasar las vacaciones en la Toscana.

—Sinceramente, esos chicos no tenían pinta de turistas.

—¿Viste entrar a mujeres?

—No y tampoco escuché voces de mujer. Y no tienen pinta de ser gais.

—¿Y te llegaron a ver?

—No lo sé, creo que no, hice todo lo posible para mantener la discreción.

—¿Qué discreción? ¡Es tu casa, compartís propiedad! Y ese tío, a ojos de todo el mundo y suyos, es tu primo segundo, aunque desde la redimensión del árbol, me pierdo entre parentescos.

—Nada, no sería nada, sus tías son tías segundas de mi padre, así que se ha perdido el parentesco, pero ni aun siendo primo, tengo interés en estrechar lazos con él. Ni siquiera vino al entierro de su padre.

—¿Cómo es? —preguntó Graziella.

—¿Quién, Benjamin? Tiene buena planta, es alto y corpulento y la barba pelirroja.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Un pelirrojo guapo?

—No sé, le vi de lejos y con un gorro de lana. Igual ahora está calvo, como su padre, pero tiene buena planta. Ayer se fueron los dos amigos vestidos de heavy metal, solo les falta la moto. No han vuelto.

—Entonces ahora Ben está solo—sentenció la amiga.

—Supongo. ¿Te imaginas que han montado un zulo para secuestrar a alguien?

—Loca, siempre con tus ideas descabelladas. ¿Qué te parece si vamos a visitarlo? Compramos un pastel y se lo traes, como bienvenida, es tu vecino, sí o sí, debes entenderte con él, además, eres su prima, estará encantado.

—Era un cabrón de primo, un ñoño llorón con muy mala leche que siempre me tiraba del pelo. Aún tengo en mi sien el dolor de cada tirón de trenzas —dijo mientras presionaba con las yemas su cuero cabelludo.

—Benedetta, todos de niños hemos sido terribles. ¿Te acuerdas cuando

increpábamos a la Bianchelli? éramos las dos el demonio personificado con ella. Benedetta sintió algo de pena por Cristina Bianchelli, la pobre siempre se quedaba quieta e impertérrita a sus provocaciones. Era excesivamente cruel con ella, aun así, cuando pasó el tiempo, Cristina, tuvo piedad de aquellas dos diablillas vestidas de ángel y siempre las trató con cariño y simpatía. — Déjame que te acompañe, si quieres, cuatro ojos pueden avistar aquello que han debido de estar haciendo el trío calavera. Una le habla y la otra mira en derredor. Venga, vayamos ahora, ya no es hora de tomar siesta, compremos una tarta de oreo de las que hace Umberto, llamamos y como buenas vecinas, nos metemos en la casa...

—Como nos vea a las dos, pensará que somos un par de urracas.

—Pues vas tú y yo me quedo en tu casa limándome las uñas, esperando a qué vuelvas y me cuentes. Tengo la sensación de que Ben ha vuelto convertido en un Highlander que lame sus heridas de guerra en su guarida.

—Graziella, ¡no solo eres una cotilla! Lees demasiadas novelas románticas, seguro te lo imaginas con el kilt irlandés.

—¡Oh sí! Que sexy, el kilt a cuadros verdes y la gaita al aire...me estoy poniendo perra solo de pensarlo.

—¡Graziella por favor, echa el freno!

—Mujer, para algo que sucede en este aburrido pueblo.



Ben se sentía satisfecho del arduo trabajo realizado. La casa, seguía destilando matices de hogar de tres mujeres octogenarias, pero, aun así, era acogedor. Sus tías, al menos, no habían cometido el error de empapelar las paredes con estampados estridentes o conservar muebles de brillante caoba pesados y atiborrados de cosas y recuerdos que solo servían para amortiguar el polvo. Los electrodomésticos seguían funcionando, los techos de momento no tenían grietas ni goteras, solo algunas telas de araña donde residía la reina de éstas, con una panza digna de su cargo y solo había sido necesaria alguna leve reparación en el lavabo. Cuando tuviera algunos ahorros, se encargaría de comprar un nuevo televisor pues el que había todavía tenía culo. Empezaba a descubrir que podía vivir con poco, sin entrenador personal, sin una vajilla real de Sajonia y sin su Chrysler. A excepción de un televisor por cable donde ver el fútbol americano y las luchas en el rin, podía prescindir de todo. Había

comprado leña en el pueblo, la chimenea funcionaba de maravilla, temía que no tragara el humo, pero después de unos días prendidos, el humo fluía hacia el exterior sin problemas. Con la cabeza inclinada y apoyada en el sofá, todavía con un ojo medio cerrado, miraba aquella delatadora foto sobre la chimenea. Esa inocente jovencilla, con traje de baño tan sobrio y elegante, una faja de seda natural con letras “MISS WORLD” serigrafiadas en azul pálido, escarchado con cristales de Swarovski, una enorme corona que no enfundaba bien en su cabeza. Las manos de semejante belleza ocupaban un hermoso ramo y esa sonrisa de plena dicha, esos ojos inocentes. Al lado de aquel retrato, Margarita Vicenza y Valentina se retrataban en otra foto con la miss, orgullosas de tener a la sobrina más guapa del mundo, porque Ben intuyó días atrás mientras le sacaba lustre con un paño, que era una de las nietas de tía Beatrice. Aquella foto le hizo detenerse varios minutos y recordar aquellos maravillosos años en los que su carrera de actor estaba en pleno auge. Época, en la que le daban papeles de protagonista y le ofrecían a rodar anuncios con bellezotes como Bene, que así llamaban a la miss. Qué fresca y liviana era aquella época de los años noventa. Recordándola, era como si el sol hubiera brillado con más lozanía, o quizás era su savia, la que se mantenía más viva y carnal. En aquel momento, estaba tan embobado con su aspecto varonil y su éxito desbordado, que no cayó en la cuenta de que Bene era su prima segunda, era ahora viendo esa foto cuando sacaba la conclusión.

Los dos se alojaron durante los días de rodaje en el hotel Carusso de Capri. Uno de los lugares más románticos y lujosos de este planeta. Con esas vistas celestiales donde el mar *azzurro* se funde con el nítido azul del cielo. Aquellos paseos en barco por las grutas, ese lujo desfasado y el fresco *limoncelo*... Esa jovencilla de tan solo veintiún años, tenía dos guardaespaldas, una maquilladora, una asistente y un entrenador y nutricionista personal que vigilaba su dieta. Todos se detenían embelesados ante su belleza y todas las mañanas, cuando él bajaba a desayunar, se encontraba al botones subiéndole rosas frescas en su suite. Se percibía que se sentía la princesa de un cuento de hadas.

El melódico timbre aplastó aquellos melancólicos recuerdos a los que había emulado con la banda sonora del conocido “Sapore di sale”, intuía que era la vecina de al lado, no había visto más que su sombra en la penumbra entre cortinas, desconocía si era su prima o si la casa había sido vendida. No había querido presentarse durante los días que había estado con los ayudantes malteses de Raouf pues evitaba dar explicaciones. Ahora, con el invernadero

acabado y la casa limpia y en orden, no había mejor momento para abrir la puerta y conocer a sus vecinos o vecina.

Apartó la manta y se inclinó en busca de su camisa de felpa, le gustaba dormir semi desnudo sintiendo el fuerte crepitar del fuego. Por un segundo repasó su rostro en el espejo del vestíbulo y con los dedos intentó arreglar el cabello que caía sobre su frente de forma desastrosa.

—Hola, espero no haberte despertado de la siesta —dijo algo tímida Benedetta, la cual, deducía que era Ben Caffarelli por aquella copiosa barba cobriza y algunas pecas agrupadas bajo sus ojeras. La joven, que solo le había visto de lejos y con un gorro de lana, intuía que era calvo, sin embargo, Benjamin lucía un copioso y fino cabello castaño cobre muy agraciado. Los años habían oscurecido al diablillo de azafrán, sus ojos verdes, seguían siendo tan grandes e intensos como aquel niño impertinente y mimado y conservaba el mismo hermoso físico de hombre apuesto que tío Anselmo. Su barba anaranjada le daba un toque adulto e interesante.

—Hola, no, llevaba unos minutos despierto, solo que me resistía a dejar mi intensa relación con el sofá.

—Entiendo, bueno, solo quería darte la bienvenida a Terrafertile, he traído una tarta de galletas oreo de la *pasticeria*.

—Muchas gracias, es muy amable de tu parte —dijo mientras tomaba la tarta envuelta en una bandeja especial con asas. ¿Disculpa, eres una de las nietas de tía Beatrice?

—Así es— respondió manteniendo la intriga.

—Benedetta, ¿verdad?

—Sí, la misma.

—Tu eres Ben, el que me tiraba de las trenzas.

—Y tú la que ponía ortigas machacadas en mis calzoncillos.

—¿¡En serio hacía eso!?!—dijo sorprendida y a la vez orgullosa de aquella mocosa.

—Pasa, por favor, tengo la lumbre encendida y la casa caldeada, haré café para acompañar esa rica tarta.

Ben dejó la bandeja redonda sobre la mesa camilla de las tías Caffarelli.

¡Cuántos recuerdos coleccionaba la joven en aquel lugar! Tardes de lluvia con el brasero encendido y el mantel sobre sus regazos, jugando a las cartas o al parchís. La de veces que con sus inquietas piernas había golpeado el brasero y levantando la chispa y polvareda alrededor de los zapatos de sus parientes.

—¿Desde cuándo vives en la casa de tus abuelos? Preguntó Ben desde la cocina, cortando los pensamientos nostálgicos y divagantes de Benedetta.

—Hace más de un año, la he rehabilitado, ha quedado muy bonita, puedes venir cuando quieras. ¿Y Tú? ¿Tienes pensado quedarte por mucho tiempo?

—Estoy en un momento de transición. Tengo un negocio interesante que llevar a cabo en La Toscana, espero que prospere y entonces decidiré qué hacer con esta casa— Respondió cuando se acercaba a colocar las tazas y cubiertos sobre la mesa camilla.

Benedetta se acercó hacia la chimenea para entrar en calor, mientras su primo preparaba el café. Sobre la repisa, todavía se conservaban las fotografías de sus tías Caffarelli. Se sentía agradecida de que hubiera respetado los objetos del lugar, sin siquiera pensar que ella no hizo lo mismo en su situación.

—Las tías eran unas enrolladas, es una lástima que no te vean aquí. Hubieran dado un riñón porque sucediera.

—Las tías interfirieron en el matrimonio de mis padres. Mi madre les guardaba rencor por ello. Además, testificaron para que le retiraran a mi madre la custodia. Siempre me las imaginé como unas urracas solteras.

—Te equivocas, Benjamin, si tienes esta casa en herencia es gracias a ellas. —respondió dolida.

—Esta casa me la ha legado mi padre.

—No, Benjamin, tu padre, con todos los respetos, sí se desentendió de ti. Nunca te siguió el rastro, renunció a su hijo. En un principio porque tus visitas se hacían algo dramáticas, tú llorabas, no comías hasta que pasaban unos días...Tío Anselmo no quiso que aquello te traumatizara, pero con los años, se fue olvidando de que tenía un hijo, nunca te nombró, era como si aquello hubiera sucedido en otra vida. Esta casa no era de Tío Anselmo, era de sus hermanas. Ellas lo dejaron en testamento a su hermano con la irrefutable condición de que tras su muerte la heredaras tú. De no ser así, la hubiera heredado su novia.

—Entonces, ¿cuál era la herencia legal de mi padre?

—Unos viñedos ubicados en el oeste de Cortona y un pequeño apartamento de Florencia. Lo heredó su novia y supongo que, por consecuencia, las hijas de ésta.

—¿Viven?

—Supongo que sí, ella era unos años más joven que él. Tu padre era un hombre raro, sin motivo aparente dejó de hablarse con sus hermanas. Enfermó

y aunque ellas quisieron estar al corriente y se brindaron a cuidarle, él les cerró las puertas en las narices.

—Benedetta, en mi mente, quería mantener la romántica idea de que mi padre me echó en falta. ¿Crees que hice las cosas mal?

—No soy quién, para juzgarte, Ben. Aunque muchas veces he juzgado a Anselmo. ¿Sabes que es mi padrino de bautismo?

—Vaya, si lo supe, no lo recordaba.

En aquel instante, recordó que nunca llegó a entrar para rescatar el acta de entrada de Lorena. Llegaba tarde, la casa estaba sitiada.

Tras dos buenas porciones de tarta y dos tazas de café, aquella persona que tenía delante le recordaba a alguien. Benedetta era algo despistada reconociendo fisionomías. Era muy usual en ella, que de repente, apareciera alguien y le diera conversación y ella, como si nada le siguiera el rollo hasta el último momento, quedando siempre con la incógnita de saber dónde diantres había conocido a aquella persona y cuál era su nombre. Era un defecto, que se agravaba al haber sido una joven popular desde su adolescencia.

Bien sabido es que la transformación de un niño en hombre suele ser en numerosas ocasiones una auténtica metamorfosis, comparada con la de una niña. Ben no se parecía a aquel niño ñoño, en cambio, esa cara le era ¡tan familiar!

—Tú y yo hemos estado juntos—afirmó con seguridad, la joven.

—¿Cómo de juntos? —Preguntó con un tono seductor y algo burlón.

—En mi trabajo, realizo *shootings* con modelos, no llegamos a romper el hielo, siempre vamos teledirigidos y encorsetados por un guion. Soy algo torpe con las caras y he trabajado con mucha gente. Ayúdame a saber dónde nos conocimos.

—Fue hace muchos años. Tú estabas en pleno reinado.

Esa breve explicación, fue determinante para recordar el enclave donde se conocieron. El primer año de reinado, fue excesivamente intenso; compromisos sociales, recepciones y viajes, saturaban su agenda. Fue mucho más de lo que imaginaba, un intercambio de culturas experimentado en cada país que visitaba, su cultura, su comida, y lo más importante, su gente. Los países que más le emocionaron fueron Kenia y La India, donde la dicha y felicidad no se relacionaba con el deseo de tener o ser en la cultura occidental. Su vida fue entregada con gusto al certamen, vivió durante todo el año con su mentora, quien fue una segunda madre para Benedetta.

Para ganar el certamen, había que ser la participante con mayor puntuación

al final de la competición. Estos puntos se conseguían a través de diferentes pruebas y eventos. Se disputaban cinco pruebas en el camino de la final: Belleza con propósito, multimedia, deportes, talento y *top model*. Estos eventos eran la manera de darse a conocer y una gran oportunidad para conseguir puntos para la clasificación. Durante la final de Miss Mundo se hacía el recuento de todos los puntos conseguidos en las pruebas de las semanas anteriores. Las mejores participantes pasaban a la fase final, donde tenían que contestar una serie de preguntas. Después de estas preguntas, se anunciaba la favorita del público, que, a la vez, pasaba a estar entre las finalistas. Aquella vez, la favorita del público fue Benedetta. Aquel verano viajó de vacaciones con otras finalistas por un crucero del mediterráneo, aprovechando la zona geográfica, se trasladó hasta la isla de Capri, donde se programaba rodar un spot publicitario en el idílico mar Tirreno con pináculos rocosos de fondo. En el anuncio, Benedetta posaría en un cómodo bikini blanco, junto con uno de los actores más guapos del momento, que, aprovechando el tirón y su cuerpo bien entrenado, hacía mucha más publicidad que películas. Él también llevaba un bañador de color blanco inmaculado que resaltaba su bronceado de cabina. Todas las mujeres estaban locas por estar en la piel de la bella Benedetta, la cual nunca en la vida había oído hablar de aquel actor de moda con semejantes bíceps y tríceps. Había adoptado el nombre del personaje de la serie de máxima audiencia, Tony. Al principio le resultaba un tanto extraño, pero con el tiempo se acostumbró a torcer el cuello cada vez que escuchaba un estridente; TOOONNNYY.

Tenía un claro recuerdo de aquella experiencia. Como solía suceder, no hubo opción de intimar con aquel compañero de trabajo. Algo que modelos y actores agradecen sobremanera, pues es difícil llegar al lugar indicado con el bikini, darse cuatro contoneos y caricias y, además, que el público, se las crea. Antes del rodaje pasearon con un coche antiguo por la isla. Los variados colores pastel de las casas, las callejuelas llenas de puestos con terrazas y el puerto salpicado de pequeñas y variopintas barcas y marineros intercambiando conversaciones, les despistó de conversar algo entre ellos y crear un ambiente amigable.

—Me acuerdo, tu bañador blanco —dijo mientras colocaba un trozo más de tarta en su plato.

—Vaya, te acuerdas de mi paquete.

—¡Yo no he dicho eso! Era por revelarte que recordaba cómo fue, también me acuerdo de tu tableta de chocolate y que todas te llamaban Tony.

—Así es, yo te reconocí quitándole el polvo a las fotos de las tías —dijo mientras removía el azúcar de la taza.

—Esa foto está en muchos comercios del pueblo, para Montepulciano fue un acontecimiento inolvidable y como si se tratara del primer ministro, mantienen mi retrato en muchos lugares públicos.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello—dijo Ben.

—Demasiado. ¿Sigues siendo actor? —preguntó ella.

—Bueno, ahora me he dado un año sabático y tú, ¿sigues viviendo de la moda?

—Pues podría decir que algo similar, aunque no he aparcado la moda de forma abrupta, soy imagen de una marca de complementos y de una importante marca de cosméticos, siempre tuve en mente realizar otras cosas y estoy en ese momento. Aun así, mantengo mis contactos con representantes y marcas, pues nunca se sabe.

—Los años te han hecho más bella, Bene.

—Vaya, gracias. Ya nadie me llama así, que por cierto lo odiaba, me gusta que usen mi nombre completo. Sí, mantengo los mismos rasgos, pero la madurez infunde belleza, a todos.

—No creas, yo me veo un viejo cascarrabias.

—Anda, ya será menos, por fuera llevas los años bien distribuidos

—Gracias, prima, por tu lisonja —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya no soy el chico guapo y atractivo del momento. Llevo desde muy chiquitín, atemperando los corazones de todas las mujeres del planeta. Consiguiendo todo lo que deseo con un simple chasquido de dedos. Y de repente, llega alguien que te recuerda mucho a ti cuando comenzaste y arrasa a las masas de un modo impactante y tú, pasas a ser el último mono.

—Suena a que estás en crisis, seguro que no es tan grave como lo pintas, pero te entiendo, a veces, el confort del éxito puede nublar y no sentirte ágil para cambiar los engranajes. Seguro que en Terrafertile renuevas la savia. ¿Cuándo te marchas?

—De momento he venido para quedarme —dijo mirándola intensamente a los ojos.

Cinco años después

Benjamin reposaba su codo sobre la barra del Pub *The Temple*, mientras saboreaba su caliente y sabroso café irlandés, ojeaba el periódico de aquel lluvioso domingo. Directamente buscó las páginas deportivas, le interesaba poco la política. A continuación, revisó las páginas de cultura solo con intención de ponerse al día de los estrenos en la ciudad.

Jocelyn, irrumpió como si con ella trajera un ciclón del mar del norte, dejando unas bolsas correspondencia y revistas sobre la barra, como se notaba que era la esposa del dueño y estaba en su segunda casa.

—Una Guinness, Matt, le dijo tras el clásico y aburrido beso de una pareja desde la adolescencia hasta el fin de sus vidas.

—Hey Ben, ¡Cuánto tiempo sin verte! —Exclamó Jocelyn. ¡Y qué blandito te has vuelto tomándote un café irlandés! ¿Qué ha quedado de aquel jovencillo que competía por ser el que más cervezas tomaba en una noche y al que casi nadie ganaba?

—Joyce, hace tiempo que perdisteis a ese gran cliente, pero espero que haya más bobos que os acaudalen las arcas —dijo Ben con el mismo descaro.

Ben, durante su infancia, no asistió a la escuela como cualquier niño, en cambio, sí que participó en las actividades lúdicas organizadas por la iglesia del pueblo, como catequesis y clases de arpa u órgano. Fue así como simpatizó con Jocelyn la cual, del placer de tocar el arpa, había logrado una profesión y ahora tocaba en una banda irlandesa conocida y reconocida en cualquier dial del mundo.

—Joyce, cariño, me vienes de perlas, Hilda, ha tenido que salir a socorrer a su hija, se le ha escapado un pavo real del corral intentando matarlo y tengo un par de comandas pendientes, ¿puedes colarte en la cocina por unos minutos? los pescaderos me acaban de amenazar con que están hambrientos.

—Sí, claro, toma Ben, te concedo el honor de que la leas tú primero —dijo Joyce dejándole la revista *Hello* encima del periódico que ya tenía abandonado por aburrido.

Ben saltó del taburete como un resorte y al mismo tiempo oteó para comprobar que no había sido cazado, a continuación, con discreción pellizcó

su antebrazo para dar fe que aquello que sus ojos avistaban era real. Los compulsivos y acelerados latidos de su corazón dolían más que aquel delgado e intencionado pellizco. Todo no podía salir peor.

La portada la ocupaban con recelo, la pareja del año la cual regalándose besos y carantoñas en un yate por Mallorca. Fuentes cercanas a la pareja, revelaba el inminente compromiso matrimonial. Él, Sir Alister Ramsey, director ejecutivo de la *Formula One Management* y director de un reconocido holding compuesto por una compañía de móviles, una discográfica y una línea aérea privada.

Sus tácticas empresariales se apartaban mucho de las tradicionales, pero con ellas había disfrutado de convertirse en multimillonario, a diferencia de muchos otros. Por ello, en 1965, así que, si los números no le fallaban, ahora tendía cincuenta y un años. Había sido elegido por la reina de Inglaterra en convertirse en Caballero de la Orden del Imperio Británico. Y por este detalle, la prensa sensacionalista, ya se vanagloriaba de llamar a la joven candidata a esposa de Sir Alister Ramsey, Lady Benedetta.

Alister nació el 26 de abril de 1958 en Wallingford, Oxfordshire, en una familia conservadora y tradicional. Puesto que padecía de dislexia, no fue un buen estudiante, pero se aventuró en otros proyectos. Comenzó una pequeña tienda vendiendo árboles navideños y otra que vendía periquitos. Tiendas que fracasaron, pero no cejó así su olfato para montar empresas y con la ayuda de uno de sus mejores amigos de la infancia que era músico y cantautor, abrió una tienda de discos en la ciudad de Oxford, más adelante y con la ayuda financiera de aquel buen amigo que se había convertido en famoso cantante, abrió otra tienda de discos en el Soho de Londres. Paralelamente, creó una pequeña discográfica y así hasta crear el imperio que ahora tenía.

Ben dejó un billete de diez euros en la barra, tomó la revista con rabia y desapareció del escenario como alma que lleva el diablo.

—Ben, ¡Mi revista! ¿En serio que te la llevas? —dijo la dueña de ésta que le había observado desde la ventana de la cocina.

—Con la propina que te dejo te puedes comprar tres más, Joyce.

—Sigues tan pirado como siempre —exclamó molesta.

Ben cruzó los muelles y el puerto de Howth dando zancadas y sorteando obstáculos. Desde su reinsertión, vivía en Howth con su madre en su casa natal. Un pueblo pequeño y tranquilo situado en la pequeña península que cierra la bahía de Dublín por el noreste lleno de calles estrechas e inclinadas. Todavía se le consideraba como el mayor puerto pesquero de Dublín, lo que

hacía de sus restaurantes los mejores de la zona para degustar pescado y marisco fresco. Atravesó con destreza a los relajados visitantes del *Howth Cottage Market*, que disfrutaban de una agradable atmósfera de productos gastronómicos y de alimentos orgánicos, mariscos y alimentos de diferentes etnias, además de joyas y plantas. Pinturas, fotografía, libros, lecturas de tarot, ropa, regalos y tés exóticos. Deseaba llegar a casa donde encontrar la intimidad para desgranar la aventura de aquella pareja de portada, hacía casi cinco años que no la veía y había sucedido lo que anteriormente temía, verla en la portada de una revista antes de poderse encontrar con ella. Había soñado tantas veces en ir a buscarla, pero también lidiaba con sus pesadillas, en las cuales sabía de ella a través de la prensa rosa.

Ben dio una patada a la puerta, que como en todas las de aquel pueblo, permanecían siempre abiertas, sin el banal pensamiento de ser invadida por un intruso. De forma mecánica y veloz, se retiró el calzado y se abalanzó en el sillón orejero a la vez que buscaba las páginas donde aparecía la futura Lady Benedetta. Tan solo pensarlo, le provocaba ardores y urticaria, las cosas no podían salir así.

En las fotos principales, la bella modelo cobraba protagonismo sobre aquel bikini negro subiendo las escaleras de aquel lujoso yate después de un refrescante baño en alta mar. En otra foto, la joven, ya a bordo, tomaba una refrescante ducha para retirarse el salitre, en otra foto los dos tomaban el sol acaramelados y en la siguiente, tomada otro día o quizá en otra franja horaria, la pareja paseaba su palmito por las calles de Palma de Mallorca con un niño, en el texto pequeño que acompañaba la foto a modo de reseña indicaban: Sir Alister Ramsey con la modelo y *Miss World* Benedetta Dall'Osso pasean por las bonitas calles de Palma de Mallorca junto con el pequeño Patricio, hijo de ésta. La imagen del niño, de unos cinco años aparecía pixelada, pero había un rasgo que era difícil emborronar, el cabello de éste, pelirrojo como el de un auténtico irlandés.

Ben lanzó la revista por los aires y con la misma bravura que había salido del pub hacía apenas unos minutos, subió a su habitación, bajó una de sus maletas del altillo y con la prisa de quien pierde el último tren, tomó algunas de sus pertenencias y las colocó desordenadas en la maleta. Hacía tiempo que no las buscaba, pero no por eso iba a ser difícil encontrarlas; las llaves de su casa en Terrafertile, se conservaban en el interior de aquel joyero artesanal, hecho por las hermosas manos de Benedetta. Resultaba increíble que aquella belleza de las fotos fuera la misma mujer de la que se había enamorado hacía

5 años, a uno de los dos engañaba con sus maneras. Quizás por ello, ahora podría dejar de amarla, pues lo que lo sedujo ya no existía. Aquella mujer creativa, de mente ingeniosa, que vivía al margen de su popularidad como *Miss World*, la cual se jactaba de ganar de vez en cuando un dinerito por realizar desfiles o posados, pero siempre de forma exclusiva y sin que aquello fuere una preferencia en su nueva vida. Pero, sobre todo, lo que más le rasgaba a Ben era que por medio de una revista, descubriera que tenía un hijo. El color de pelo y la edad aproximada de la criatura le delataba. Al igual que él y su madre, aquella familia monoparental, evitaban al padre de la criatura. Recordó muchas situaciones ajenas a él, en las que se repetía el patrón de padres a hijos. Pero él no era Anselmo, ni siquiera se permitió prometerse no cometer el mismo fallo, al contrario, siempre deseo disfrutar de todas las fases de la vida de su vástago desde la concepción.

Rabia y quizás odio era lo que ahora sentía por la madre de su hijo, su Scarlet, como acostumbraba a llamarla desde aquel primer paseo con ella por las tierras de Terrafertile. Ambos arrastraban los pies contemplando la belleza del lugar. Benedetta, con sus palabras manifestaba un amor arraigado a la Toscana, mostraba entusiasmo por el futuro de aquel hermoso paraje y visualizaba su inminente esplendor.

—Me recuerdas a Scartlet O'Hara idolatrando su Tara.

—Es mi película favorita— contestó la joven, titubeando.

—¡La mía también! Me gustaría colaborar en tu proyecto.

—¿En serio? —preguntó extrañada.

—Llegué hasta aquí buscando una evasión y un nuevo proyecto de vida que estimulara mi arruinada vida de actor, así que estoy abierto a escuchar los propósitos y decisiones de los demás.

—Tú si me recuerdas a Rhett.

—¿Disculpa?

—¡Sí! Tus comentarios descarados, tu mirada profunda, las maneras refinadas, los andares, los hoyuelos al reír, convirtiendo tu cara en chico canalla y ahora la reflexión de ayudar a una dama en fomentar su finca. Créeme, he visto tantas veces esa película que me aprendí los diálogos. — Hablas como un irlandés. — se le escapó rememorando un dialogo de Scarlett con su padre y recordando que Ben era medio irlandés.

—*Estoy orgulloso de ser irlandés. No olvides que eres medio irlandesa. Para quien tiene sangre irlandesa la tierra es como una madre. Pero tú eres sólo una niña. Algún día amarás la tierra. Un irlandés no puede evitarlo.*

Benedetta quedó perpleja ante sus ojos, Ben había recitado de memoria el diálogo del padre de Scarlett, demostrando así haberla visto reiteradamente. Desde aquel día, en la intimidad, pasaron a llamarse Rehtt y Scarlett. Fuera del contexto podía sonar algo enfático y cursi, pero para ellos era parte de la seducción. Porque en verdad, cada uno se metía en el papel del personaje entre diálogos de la película en conversaciones corrientes.

—Qué bonitas palabras. Cuando era una niña, al igual que Scarlett, no lo entendía. Ahora, mientras paseamos siento este cielo, este prado tan mío como mi propia respiración. Sé que las tierras que divisamos no me pertenecen, pero aquí me podría perder y encontrarme al mismo tiempo. He vivido en varios destinos, nunca me he atrevido a salir y pasear y perderme en parajes tan bellos. Allí, sería una completa desconocida y asentar raíces sería una ardua tarea. Aquí la tierra me conoce.

—Hablas como un irlandés— replicó y repitió Ben.

—Sí —dijo escapando una larga carcajada.

La relación se fue cultivando con cariño y dedicación, como aquel que entiende de hacer buenas cosechas. El arte de seducir zigzagueaba entre proyectos y atenciones. La amistad quedó a buen recaudo, tras varios momentos álgidos en los que la lealtad y confianza creaban un remanso de paz en el ambiente, alzando el amor al pódium de los más laureados.



La residencia de Alister en Londres era una lujosa y algo estrambótica mansión de Warkick Avenue. Con Alister había rememorado aquellos tiempos en el que nada era lo suficientemente excesivo. Lujo, lujo y más lujo. Hacía tiempo que no se preocupaba en mirar sus movimientos bancarios. Llevar una cartera con tarjetas con Alister, era equivalente a llevar un complemento más. A raíz del noviazgo con Sir Ramsey, las ofertas de trabajo para hacer *shootings* y anuncios publicitarios era tan cuantiosa como en épocas de estrenada Miss World, de hecho, acababa de tocar las puertas del cielo de mano de *Victoria's Secret*, como criatura celestial en el espectáculo más multitudinario del año. El Gran Palais de París se había llenado de ángeles, bajo su cúpula de cristal, 51 modelos luciendo 82 *looks* y las preciadas alas de [Victoria's Secret](#). Junto con otras modelos con vacante fija, la italiana era una de las nuevas incorporaciones según los dictámenes de los directores de

casting. Ella había sido la primera “ángel” en desplegar su encanto sobre una pasarela salpicada de purpurina. Tras ella, las veteranas [Alessandra Ambrosio](#), [Adriana Lima](#) e Irina Shayk, también había aparecido. Benedetta, jaleada —como todas— por las dos mil personas del público, había sido la encargada de cerrar el desfile paseando su cuerpo celestial antes del habitual carrusel de maniqués bajo una lluvia de confeti dorado. Comenzaba a amar su trabajo y a realizarlo por pura diversión, sin preocuparse demasiado de sus finanzas. Alister no le permitía que sacara la cartera de su bolso, peluquería, complementos y sesiones de belleza iban a la cuenta del millonario Sir Ramsey. Patricio había hecho buenas migas con Ramsey, los caprichos habían conquistado el corazón del pequeño, sin embargo, se podía albergar en los ojos de aquel inocente niño algo de desconfianza con aquel señor aparecido de la nada. Era sorprendente comprobar cómo un niño de cuatro años, con gestos o miradas, mostrara sus reservas. Algo que enternecía a la madre de la criatura sobremanera.

Benedetta repasaba desde la ventana de su residencia en Londres, a los londinenses atareados con sus móviles, dando anchas zancadas, sus manos descansaban sobre una humeante taza de té. Estrenaba una divertida camiseta adquirida en una divertida tienda de Candem Market donde la cabeza de una jirafa asomaba de forma tridimensional. Patricio también había elegido su modelo, pero en su caso había elegido un rinoceronte. Disfrutaba comprando prendas en versión adulta e infantil.

—Miss dall’Osso, su equipaje ya está en el maletero, Bertie les espera en la puerta, en el interior del coche, junto con su escolta —dijo la amable ama de llaves.

La residencia de Alister en Londres era ostentosa y clásica, repleta de antigüedades, con las paredes forradas de madera de caoba y varios relojes de pared provenientes de diferentes enclaves europeos. Todos ellos marcaban un tic tac diferente.

—Gracias Marcy— respondió la joven dándole cortos sorbos a su té. Venga Patricio, deja de dar saltos en el sofá, nos esperan en la puerta. —ordenó Benedetta. Pero Patricio, atrapado por el ritmo de su gravedad, seguía saltando aquel mullido sofá. Patricio, venga, nos espera el avión destino a Pisa, bájate de una vez, cielo.

Apenas hacía unas horas que Alister Ramsey había partido al aeropuerto rumbo a Qatar, donde debía cerrar negocios con un importante jeque. Posteriormente, viajaría a Washington donde se reuniría con su hijo y los

socios de éste, con intención de cerrar un succulento contrato de compraventa de unos terrenos donde construir un lujoso hotel casino. En aproximadamente tres semanas, Benedetta y su amado Alister se amarían en la distancia, por lo que no había mejor opción que trasladarse por unos días a Terrafertile y alejarse del inclemente tiempo británico que tanto dificultaba sentirse alegre y jovial.

Como de costumbre, el asiento de copiloto lo ocupaba uno de los escoltas que trabajaban con Alister. Funcionaban por turnos y de forma aleatoria, en esta ocasión, bajo petición de Alister, el escolta tenía nacionalidad italiana, indispensable para trasladarse por la península con total seguridad y naturalidad.

—Buenas tardes, Bertie —dijo Benedetta entrando ya en el coche. Buenas tardes, dijo mientras le daba un apretón de manos a modo de saludo al escolta.

—Hola Bertie— repitió Patricio.

—Hola chicos, ¿preparados para el viaje?

—¡Siiiiii! —exclamó Patricio.

Bertie era un amante de la música clásica, siempre la sorprendí con una pieza especial.

—Bertie, que violín más celestial. ¿Quién lo toca?

—Angèle Dubeau, Silence, mi on joue!

—Es un remanso de alegría y felicidad, *merveilleuse*, Angèle Dubeau.

—Me gusta que aprecies buen gusto musical —dijo Bertie lleno de satisfacción.

Bertie estacionó el coche en el aeropuerto de Heathrow, se dirigió al portamaletas y con premura sacó el equipaje de los pasajeros.

—Que tenga muy bien viaje señorita dall'Osso.

—Gracias Bertie.

—Y tú, pequeño hombrecito, pórtate bien, no hagas muchas travesuras —solicitó Bertie.

El escolta había tomado su equipaje y permanecía a unos metros observándoles. Cuando madre e hijo se dirigieron hacia la entrada del aeropuerto él se acercó a ellos de la forma más solapada y tranquilamente posible y con total seguridad, se acercó lo más posible a sus clientes. Benedetta no acostumbraba a conversar con ellos, a no ser que fuera totalmente necesario. Así lo había aprendido durante su reinado de *Miss World*. Discreción, respeto y naturalidad. Ellos ya sabían adaptarse —en la medida de lo posible, lógicamente— a ella sin que se notara ni su intervención,

ni sus miedos o sospechas. Se acercó al mostrador indicado en los paneles para realizar el embarque de equipaje. Madre e hijo, le seguían con naturalidad, cuando llegaron a la cola y los tres quedaron agrupados envueltos por sus abultadas maletas, Benedetta pudo acercarse discretamente y comentarle algo que le desagradaba.

—Sería recomendable que se retire las gafas de sol y la gorra, pasará algo más desapercibido y mi hijo y yo nos sentiremos más a gusto —dijo en su idioma natal.

El escolta, obedeció y alzando con sigilo la cabeza, retiró sus gafas y posteriormente su gorra negra. Benedetta hizo un ademán mostrando sorpresa con enfado y algo de rabia. Patricio que iba agarrado de la mano de *mamma*, notó aquella ira e inquietud y aquello le mantuvo alerta frente aquel hombre y la reacción de su madre.

—Benjamin —dijo asustada mientras el corazón daba un fuerte galope posándose en su garganta.

El atractivo actor, ya retirado de las pantallas, podía leer los ojos de enfado e impotencia de su prima segunda. Pero aquello, era parte de su venganza, ahora comenzaba su almibarado juego.

—Scarlett, mi amor —dijo con tono sarcástico.

—¿*Mamma*, es papá?

Demasiadas reacciones percibidas en un instante. Ben, apareciendo de la nada, como si un zombi se tratara, mostrando con sus hoyuelos aires de revancha, Patricio relacionando el nombre de Benjamin al de su padre biológico, puesto que su madre nunca le negó la identidad de éste, e incluso juntos habían visto alguna vieja película o serie en la que él era protagonista, e incluso, había podido rescatar de la agencia de publicidad aquellas bonitas fotos tomadas en Capri con el mar y el cielo de fondo. La sed de venganza y celos de Benjamin, se apiadó de aquella mujer a la que hasta ese instante amaba, pues su rostro no solo se había avinagrado si no que se había empalidecido de un modo brusco.

—Y ahora que eres tan rica puedes, mandar a todo el mundo al diablo como siempre has dicho que querías hacer—dijo Benjamin haciendo acopio de uno de los diálogos de su película favorita.

—Pero tú eras el primero al que quería mandar al diablo. —dijo con ira, de memoria sin pensar.

—¿*Mamma*, es papá? —repitió el pequeño tirando del bolso de *mamma* y sintiéndose algo ninguneado.

—Sí, hijo, éste es papá— sentencio temblando, casi agonizante la modelo.

Benjamin aprovechó la ocasión para extender sus brazos como mensaje hacia su pequeñajo. Patricio se deslizó hacia él como si se fuera a lanzar por el tobogán más divertido del planeta, pronunciando unas palabras apresadas para él: —papá, ¿dónde estabas? ¿Por qué no venías?

—Hijo, Dios mío, cómo nos parecemos— exclamaba mientras le sostenía en brazos con sujeción sin contener una sola lágrima.

Benedetta arrastró las maletas dirección al mostrador, padre e hijo seguían abrazados dando vueltas alrededor del aeropuerto. Ben tomaba la cabeza de su pequeño y le besaba sin cesar. Nunca anteriormente se había sentido tan confundida y fracasada. Sus sentimientos, fuertes y contundentes, debían quedarse al margen por el bien de Patricio. Durante tantas noches, había soñado con aquel momento, en el que padre e hijo se encontraban y tomaban conciencia de que uno era una copia en formato infantil del otro.

—¿Cómo coño te has hecho pasar por escolta de Alister Ramsey? —inquirió Benedetta en tono amenazador cuando vio que su pequeño se despistaba de ellos observando los escaparates de las tiendas del aeropuerto.

—¿No crees que hay otras preguntas prioritarias? —defendió él.

—Sí, demasiadas.

—*Mamma*, ¿vamos a viajar los tres? —Preguntó Patricio entusiasmado.

—Sí, cariño, vamos los tres a Terrafertile ¿Has traído juguetes para no aburrirte en el avión? —preguntó el estrenado padre.

—Tengo para dibujar—respondió el pequeño mostrando su mochila de Batman.

Los tres arrastraban sus maletas por el aeropuerto contemplando las tiendas, a lo lejos la joven divisó una tienda que preferiría evitar, pero no tuvo tiempo de sugerir desviarse o apearse a tomar un refresco, Patricio, acostumbrado a viajar y conocer los lugares favoritos de su madre, tomó la mano de su padre pidiéndole agilizar el paso. Éste, por comodidad y anhelo de sentirle cerca lo tomó en sus brazos y ambos se dirigieron al interior de la tienda oficial de Victoria's Secret. En la pared frontal colgaba desde el techo una gran pantalla donde se podía ver la última pasarela de El Gran *Palais* de París. Las modelos desfilaban en ropa interior con holgura y naturalidad, sin miedos ni prejuicios, se contoneaban, reían y disfrutaban del desfile como deidades paseando por los jardines del Olimpo. Hacía años que Ben no se deleitaba con los mediáticos desfiles de Victoria's Secret. El ambiente de las modelos era más alegre y distendido que nunca, la lencería mucho más

cómoda y sexy y las alas de ángel ahora tenía diferentes variantes y variopintas, plumas de tribus maoríes, telas de kimonos de espectaculares estampados alas rodaban como un molino a motor. Benedetta desfilaba con lencería color rosa palo y unas magníficas alas de metal dorado con hojas de laurel. Esta vez contaban con la participación de Lady Gaga y Bruno Marz. La modelo Benedetta, había sido la elegida para llevar el *Fantasy Bra* que ese año superaba los 3 millones de dólares, cantidad ingente frente a los 15 millones de dólares en los que estaba valorado el del año 2000.

—¡En este desfile sale mi *mamma*! —dijo Patricio sin controlar el volumen, mientras las dependientas miraban a Benedetta asombradas.

—Ssshhh, pero no vuelvas a decirlo en voz alta, es un secreto. —susurró Ben al oído.

—Veo que tus influencias con Alister van dando sus frutos. —sentenció Ben, celoso. Benedetta prefirió no mostrarse dolida ante aquel comentario tan típico de hombre rechazado. Reconocía en Ben, ese ego masculino de anteriores parejas, molestas porque ella eclipsara ante el mundo, por eso disfrutaba tanto de su relación con Alister. Él era infinitamente poderoso e interesante.

Patricio dormía en brazos de su padre, quien no se cansaba de oler su piel, acariciar su cabello, contemplar sus mismas pecas, tan idénticamente colocadas en su rostro, ambos compartían lunares en el borde del cuello y frente. El pequeño sentía aquella conexión que les unía y le abrazaba con seguridad y confianza.

—¿Cómo has llegado a nosotros? ¿Desde cuando eres escolta?

—No lo soy —dijo Ben con una sonrisa pícara. ¿No has oído eso de que hay que tener amigos hasta en el infierno?

Benedetta le lanzó una mirada amenazante esperando más información y Ben prosiguió.

—Te vi en una revista, y reconocí la cazadora de vuestro escolta. Fue el mío durante mis periodos estivales en Girona. Nos hicimos muy buenos amigos, todavía se acordaba de mí, sabía que soy un buen tipo y que no le metería en ningún lío. He firmado un contrato de obra y servicios y otro de confidencialidad, me han dado dinero para pagarme las dietas, pero me tendrás que dar un sitio para dormir.

Así funcionaban los escoltas de Sir Ramsey. Se alojaban por la seguridad e integridad de la familia en una habitación hotel o apartamento de quien protegían.

Sofia Dall'Osso, ya previamente informada por su hija de su inminente llegada, se había acercado aquella misma tarde para acondicionar las habitaciones y tal y como a *Benedetta* le gustaba, dejar la música ambiental puesta, para no encontrarse la casa desolada nada más entrar.

Desde que embarcaron *Benedetta* estaba impaciente por que su hijo durmiera plácidamente y ambos pudieran tener una conversación íntima, sin embargo, ahora estaba tan conmocionada que no sabía qué preguntarle.

—¿Nunca te cansas de casarte con hombres que no amas? —preguntó él, usando parte del dialogo de su película favorita.

—Ya no soy tu *Scarlett*, ni tú mi *Rhett*, no tengo que rendirte ni una sola explicación.

—¿Y crees que yo te debo explicación alguna? —preguntó *Ben*.

—Simplemente me gustaría saber qué ha sido de ti todos estos años— respondió sin dudar.

—Te lo explicaré todo, *Benedetta* —sentenció mientras le acariciaba la mano. No habrá secretos. Pero de antemano, gracias, no sabes la gratitud que siento hacia ti.

—¿Por qué? —formuló sorprendida con la voz muy suave.

—Para empezar gracias por llamarle *Patricio*.

—Me gustó ese nombre desde el principio, además, cuando me lo colocaron sobre el pecho nada más nacer y le vi ese pelo anaranjado, sentí que merecía un nombre irlandés como el de *Patricio*.

—Cuando se entere mi madre, llorará de felicidad.

—Es increíble la intensidad de las cosas, sé que yo no elegí ese nombre, fueron mis guías, mis ángeles o los de *Patricio*, porque, días después, la curiosidad me llevó a descubrir su etimología latina. Significa; aquel que es patricio o noble. Viene de *patricii* o *patricius* —que a su vez proviene de *pater* (padre)— Las familias patricias romanas estaban basadas en un fuerte modelo [patriarcal](#). El padre tenía un gran poder en la vida de la familia, incluso en sus manos estaba el derecho sobre la vida o la muerte de los miembros de su familia. En cambio, la mujer no tenía derecho alguno. Así que de algún modo llamándole así, honraba la figura paterna.

La intensidad de aquel relato despertó en él un fuerte deseo de amarla allí mismo, tomarla por el mentón y adueñarse de sus labios. Sus ojos fueron los únicos que se permitieron el lujo de desearla vilmente. La joven lo percibió y aunque su instinto femenino abriera todos los poros de su piel, sintió una fuerte tristeza al recordar aquellos momentos de felicidad cuando nació su bebé,

aquel vacío, aquella sensación de desamparo. Un nudo decidió alojarse en la garganta, provocándole un llanto que deseó omitir mirando a través de la ventana de su asiento.

Entre ellos no hacían falta palabras, Ben supo otorgarle el silencio que ella precisaba. Fue el niño, quien había escuchado trozos de la conversación y pronunció.

—¿Sabes que el amigo de Bob Esponja se llama igual que yo?

—¿Quién es Bob Esponja? —preguntó él.

—Sí, ahora viene la parte graciosa, un año después de su nacimiento descubrí que Patricio era el nombre de un personaje de la serie animada Bob Esponja, es una estrella de mar de color rosa, el mejor amigo de Bob Esponja, eso provocaba risa a toda la familia. —comentó su madre.

—Gracias, Benedetta. —dijo de nuevo él.— Además, veo que no le has hablado mal de mí, ni le has ocultado mi identidad— manifestó de nuevo.

—Él tenía derecho de saber de ti, tu nombre, nacionalidad, apellidos. Además, con ese parecido y nuestro parentesco, no tenía otra opción.

Benedetta leyó la mente de Ben a través de su mirada.

—Tranquilo, eso no...De hecho, ni siquiera yo sé lo que te pasó.

—Te lo contaré todo, Benedetta —dijo acariciando su rodilla. Pero, me hubiera gustado saber que existía desde el momento que te quedaste embarazada.

—Ben, hablaremos de todo. —dijo en voz baja, evitando que Patricio se despertara de nuevo.

Madre soltera

Benedetta descansaba en su hamaca de teca ubicada en el porche de Terrafertile. Dormía con un ojo y con el otro vigilaba a su chiquitín que de momento se entretenía con un rompecabezas de madera en forma de dados. ¡Qué divertido era verle con su extraño lenguaje! Tan conversador y convincente. Todavía no controlaba su lengüita de trapo y mientras dialogaba consigo mismo, soltaba hilos de baba que se rebañaban en las piezas del rompecabezas.

En dos meses Patricio cumpliría tres años. Las cosas no habían sido fáciles para ella. Había tenido que tomar las decisiones más complejas de su vida. El destino le hizo romper con aquellas firmes decisiones maceradas durante años; no ser madre soltera. Nunca en su vida tuvo tan clara aquella decisión. Habiendo tenido un padre tan pesimista, inmaduro y desmotivador, deseaba encontrar la otra polaridad en un hombre que se convirtiera en el padre de su hijo y si no lo encontraba, no importaría, ya se encargaría de saciar su fertilidad creando obras de arte.

La manera en que Patricio fue fecundado, fue divertida, placentera y originaria de unos intensísimos orgasmos derivados por el alcohol y la marihuana. Después de muchos años, se había encontrado con la horma de su zapato sexualmente, jamás en su vida había gemido tanto, suerte que desde aquella colina solo les escuchaban las aves graznar y el viento sacudir las copas de los árboles, porque cualquiera que paseara podría pensar que la estaban descarnando viva. Ella, que nunca se había caracterizado por ser una gritona en la cama, se jactaba de jadear lo normal...Pero aquella combinación...era espectacular; Él, su miembro viril, la forma de moverse y, sobre todo, el efecto de la marihuana en su sangre. Nunca antes había hecho el amor drogada. Las sensaciones se intensificaban de forma exponencial, sentía que su sexo iba a explotar. Cenar, beber vino, fumar cannabis y hacer el amor hasta caer exhaustos, se había vuelto una costumbre. Aunque no fue así como empezó aquella atípica y especial historia. Aquella tarde de reencuentro mojado con tarta y café, despertó un sentimiento aletargado de deseo de Benedetta hacía Ben. Recordó con qué pudor se acercó a él en la sesión de

fotos, fue un trabajo impecable, no en vano había ganado el certamen a través de sus aptitudes innatas. Pero inevitablemente, su edad y educación hacían que encontrarse con semejante torso enfundado en un blanco impoluto bañador que marcaba *I gioielli della corona* —como metafóricamente hacían llamar al bulto que esconde dicha prenda—la enturbiaran e incomodaran. Nada que ver con aquella mujer de hoy.

Sincronía, eso era lo que les unía a estar juntos. Ambos plasmando una nueva vida, en un mismo escenario. Tras aquella tarde de merienda, hubo un paseo por aquellas hermosas tierras de anaranjados atardeceres, con ella brotó un proyecto y una ilusión de aliarse. El tiempo se había detenido, ambos resonaban con los mismos anhelos, ambos habían sufrido en anteriores relaciones, sido víctimas y verdugos, ambos querían borrar su pasado escrito hasta hoy a lápiz, para comenzar a dibujar en acuarelas, sobre un lienzo y cincelar sobre talla, aquella persona dispuesta a realizarse.

—¿Sabes que somos almas gemelas? —afirmó él en tono de pregunta mientras acariciaba su amarfilada cresta iliaca y estiraba su cuerpo hasta colocar su cabeza oliendo su cabello.

—Sí, lo sé. De hecho, he leído bastante sobre el tema. Ariel Grunwald es uno de los que lo define. Antes de encarnar el alma tiene una energía masculina y otra femenina y parte del trabajo cuando encarnamos en un cuerpo físico es encontrarla.

—Me gusta esa sincronía, nunca había sentido esta sensación de paz y plenitud.

—Cariño, he de volver a California, vender mi apartamento de Pasadena, firmar la sentencia de divorcio y cerrar una etapa dulce que últimamente se estaba tornando un tanto amarga. Siento que, si no cierro dicha fase, no seré afortunado en mi nueva etapa contigo en Terrafertile.

—Me gustaría acompañarte.

—No lo hagas, es mi pasado, prefiero cerrarlo sin que tu interfieras, tesoro, espérame aquí.

—Lo haré con los brazos abiertos.

Y tras aquellas almibaradas confesiones, se amaron bajo la luna llena al compás de sus cadentes caderas.

—¿Dónde estabas, durante todo este tiempo? —le preguntó ella mientras él dormía.

—Ocupada, con la persona equivocada.

Aquella fue la última vez que se amaron. Dos noches antes del suceso

hablaron por videoconferencia. Ben parecía algo cansado por el jet lag. Benedetta, acababa de conocer la noticia de su embarazo mediante un test de farmacia. Prefirió mantener la prudencia y esperar a que el médico certificase que todo iba bien. Mejor se lo diría a la vuelta. Sí, decoraría la casa con globos y se disfrazaría de arlequín, les encantaba disfrazarse, sí, ya lo tenía, se lo diría con mimos, a los dos les encantaba hacer mímica, eran grandes gesticuladores. Siempre que se lo permitían, se comportaban como dos niños negándose a crecer. Con Ben, Benedetta rezumada mucha más infantilidad que nunca, había vuelto a ser pequeña y a jugar con la creatividad. Pero Ben partió con un rumbo. Al principio Benedetta temió cualquier catástrofe, pero la prensa pronto se hizo eco del suceso. Pasados los días, la joven recordó la frase de Elena la médium, cuando salía de la villa: “pronto correteará por aquí un niño”. Algo que sus oídos no desearon oír. Habría que ser madre soltera en Montepulciano, un pueblo religioso y conservador.

Al aterrizar al aeropuerto de Pisa, Ben siguió actuando como el escolta de la familia. Patricio solicitó ir por el aeropuerto tomando a sus padres de la mano, pero ambos se sinceraron con algo de miedo e incomodidad. Era bastante probable encontrarse con prensa británica o italiana, a la salida del aeropuerto La discreción era una palabra difícil de definir a un niño y mucho más de comprender, por lo que anduvo haciendo pucheritos hasta llegar al coche de alquiler. Los tres viajaron en silencio, comentando lo imprescindible. Patricio se quedó dormido sobre su sillita reglamentaria y al llegar a casa, como en cualquier familia, el padre se encargó de bajar el equipaje y la madre de llevar al pequeño a su habitación, desvestirlo y meterlo en la cama con una diligencia rápida y eficaz para no despertarlo. Ben contemplaba el lugar que un día fue un amplio trastero poco frecuentado, ahora, era una preciosa habitación de niño plagada de peluches.

—¿Duerme encima de todos estos peluches? —susurró mientras bajaba la calefacción que *Sofia* horas antes había encendido.

—Sí, le encantan. No sabe vivir sin ellos. En Londres tiene una réplica de cada uno. —respondió mientras entornaba la puerta sigilosamente dejando a la vista una tenue luz que envolvía el plácido sueño del pequeño. ¿Tienes hambre? Conozco a *mamma*, seguro que ha traído algo. —dedujo dirigiéndose a la nevera. —Tenemos *Pici al tartufo*, *minestrone* y berenjena rellena de carne.

—Genial, comida italiana casera, ¡Cuánto tiempo sin conjugar esos epítetos!

—Ben, tienes mucho que contarme. Voy a la bodega a por una buena botella de vino, estoy impaciente por saber qué sucedió realmente.

—¿Intuiste mi culpabilidad? —respondió él con otra pregunta, mientras la seguía hacia la bodega.

—No, en absoluto. De hecho, si estás frente a mí es porque así lo pudiste demostrar. Necesito escucharte, no pude seguir tu caso, no salía en la prensa, ni siquiera en la estadounidense, Ben, me has tenido en ascuas todo este tiempo.

Nada más que la verdad

Ben había soñado millones de veces el momento de manifestar su defensa ante la segunda mujer más importante de su vida. Maureen se había implicado desde el primer instante, movió hilos que lograron silenciar a la prensa. También se ofreció a viajar a Italia para explicarle lo sucedido a la alma gemela de su hijo. Pero el orgullo y amor propio del actor impidió que lo hiciera. —*Mamma*, cómo se lo cuentas a Benedetta, me negaré a recibir tus visitas a la cárcel, sabes que a testarudo no me gana nadie. No me decepciones, solo te pido discreción y hermetismo.

Lo primero que Ben hizo al llegar a California fue encontrarse con Megan. Estaba muy amable y negociadora, abierta a firmar la sentencia de divorcio y quedarse con la casa. Ben se sorprendió que hubiera pasado página, que no le guardase rencor, aquello le transmitió desconfianza. Dos días después de su llegada, le citó en la casa de ambos para cenar. Defendió tener ciertas intolerancias alimenticias y que tras haber realizado unas pruebas médicas debía abstenerse de comer determinados alimentos procesados, por lo que prefería cenar en privado. Pero Ben no era tan ingenuo, la propuesta olía a cena succulenta, vino escogido con la mejor intención y buen paladar, calor de alcoba e intento de reconciliación.

Aquella cena nunca tuvo lugar, cuando llegó a su casa se la encontró muerta en el patio trasero. Aparentemente se había arrojado por la terraza tras haberse disparado en el pecho. Parecía un suicidio premeditado, Ben llamó a la autoridad, mientras levantaron el cadáver, otros agentes se encargaron de inmediato de llevárselo arrestado a la comisaria e interrogarlo. Pasó unos días en los calabozos, el tiempo necesario para que los agentes recogieran datos del suceso. Megan había sido asesinada y todas las pistas conducían a que él, era el único culpable. Para empezar los forenses defendieron que la víctima no se había suicidado. A Megan le dispararon dos veces con una escopeta del calibre veinte. Para apuntarse ella misma, sus brazos debían medir un metro y medio. La casa estaba toda desordenada, en la habitación de la pareja había maletas abiertas y ropa de Ben sobre la cama y desparramada por el suelo, aparentemente, había habido una fuerte discusión entre los dos. El

psicoterapeuta de Megan presentó los informes de las visitas. La víctima se encontraba bien. Había superado la ruptura y planeaba hacer con su madre la ruta 66, en ningún momento presentaba un trastorno psíquico que la llevaran al suicidio.

Ben fue interrogado hasta la saciedad y llevado a la tortura psicológica. Su defensa era débil y fue condenado a pasar entre dieciséis y veinte años en la cárcel por asesinato en segundo grado. Sabía con total seguridad quién había asesinado a Megan, pero no podía probarlo. Lo había manifestado a su abogado en repetidas ocasiones y éste transmitido al fiscal, pero nadie había intervenido en dicha defensa. No lo tenía fácil, durante los días previos al viaje y su breve estancia en California, no había tenido comunicación alguna con Samantha. Tampoco se habían registrado en los dispositivos de Megan mensajes o llamadas de ésta. El hecho de confesar que hubo un momento en la relación en la que tres fueron multitud, no sirvió si quiera ni como cotilleo. No existían pruebas que evidenciaran comunicación entre ellas. ¿Por qué iba a irrumpir Samantha en aquella romántica velada? Nadie del entorno de Megan las había visto juntas en los últimos meses. Pero Ben sabía que Samantha estaba obsesionado con él, lo había leído en sus ojos. Solo él sabía las frases huecas y pasionales que le había regalado a la muchacha. No eran palabras sentidas con el corazón, pero ella las tomó en serio. Debió suponer que Ben se tomaba unos meses de asueto para meditar y que, a su vuelta, la elegiría a ella. La joven mantenía un almibarado recuerdo de aquellos encuentros ardientes, de la química entre los dos. Nada que ver con la perecedera relación con su esposa. Recordaba como él la tomaba de sus turgentes pechos y los lamía como si aquello fuera la última agua de coco de una isla atestada por el huracán de sus sábanas envueltas de pasión.

Quedaba claro que existía alguien interesado en ocultar pruebas. Cuatro años tuvieron que transcurrir para dismantelar la trama y dejar en evidencia la inocencia de Benjamin. El abogado había planteado varias suposiciones, convencido de la inocencia de su cliente, entre tanto, Maureen contrató a un ex agente de la «CIA» retirado por motivos que nunca logró saber. Minuciosamente éste, investigó a la presunta asesina de Megan. Sus cuentas bancarias, su rutina, visitas al médico y viajes e incluso irrumpió en su casa en varias ocasiones. Nada parecía evidenciarla ni a ella ni a nadie de su entorno. Pero un día, cansado ya de buscar pruebas donde previamente ya las había escudriñado, encontró algo que siempre tuvo en sus narices y nunca vio. En la cómoda del salón se erigía un retrato de ella en un fondo paradisiaco.

Desmontó el marco por si el reverso daba información: *Hawai '13*. El suceso transcurrió en 2013, sin embargo, durante toda su investigación, nunca fue conocedor del viaje de Samantha a Hawai. Probablemente por que utilizara una identidad falsa. Tras el sencillo hallazgo, consiguió hacerse con un billete de avión emitido una semana después del asesinato reenviado al mail de Samantha proveniente de una cuenta de correo desconocida hasta entonces, el nombre del pasajero era Tracy Smith, este simple detalle, llevó a exmarine y ex agente de la CIA, Rob Bolton a deshilar un camino llano, lleno de conclusiones. Aquella cuenta de correo, pertenecía a Samantha y había sido deshabilitada días después del asesinato. Un gran porcentaje de estos correos iban dirigidos a Charlie Thompson, nada más y nada menos que el detective encargado de llevar el caso. Tras años de experiencia el detective Bolton, supo de inmediato que Tracy y Samantha eran la misma persona. En ninguno de los mensajes, quedaba evidente que ella le solicitara ayuda ante tal asunto, obvio, hacía años que sabía que Samantha manejaba muy bien sus hilos. En los emails, se podía comprobar que existía una relación fraternal entre ambos. Pero ¿Por qué Charlie llamaba a Samantha, Tracy? Sin embargo, ambos habían sabido mantener las distancias a raíz de la muerte de Megan. Aquello era la boca del huracán, poco tardó descubrir que Charlie Thompson y Samantha, habían compartido padres de acogida durante su adolescencia. Éstos vivían ahora en Boston y hasta allí se dirigió el exagente Bolton para conocer a los que fueron tutores de Tracy. Según ellos, Charlie, sentía debilidad por su hermana postiza y la había sacado de varios embrollos pues siempre fue una niña conflictiva. “Ambos estaban en la pubertad, con las hormonas alteradas, Charlie se obsesionó con ella, tenía auténtica devoción y fijación por Tracy. Ella sabía muy bien cómo acariciarle el mentón para conseguir todo aquello que quisiera. E incluso tuvo la sangre fría de perder la virginidad con él. Charlie soñaba despierto, era un chico ambicioso, pero en sus sueños siempre la llevaba de la mano”.

—Pobre Charlie, no me extrañaría nada que la encubriera—afirmó su padre de acogida en la interrogación. Nosotros les perdimos el rastro cuando alcanzaron la mayoría de edad. Años después vimos a Tracy trabajando en una serie de televisión muy sonada, la reconocimos y le seguimos la pista desde entonces a través de la prensa. Quizás cambiar su nombre fue una forma de olvidar su pasado y que nadie supiera de éste. Nosotros tratamos de ser buenos tutores, primero con Charlie, con él fue sencillo, porque era más niño. A Tracy la acogimos con trece años, había sufrido abusos, malos tratos y

vivido en condiciones lamentables para un niño. Para nosotros fue difícil educarla. Nunca nos ganamos su confianza, nos miraba siempre desafiante y no prestaba atención de nuestros consejos. Temíamos su destino una vez alcanzada la mayoría. —argumentó él.

—Es curioso, cómo a pesar de la comodidad que le ofrecimos, siempre mostró desapego por nuestro seno familiar. Detestaba nuestra condición religiosa, se avergonzaba de que su padre de acogida fuera pastor, odiaba las normas, sentía miedo a que la controlásemos— testificó ella.

Todas las incógnitas quedaban despejadas. Qué paradoja, aquello, les había mantenido alejados. Amar a alguien y a la vez renunciar a tenerlo, lo del detective Charlie era auténtico amor. Pero no fue del todo cierto, Charlie también tuvo el privilegio de usar una identidad falsa, se pudo descubrir con aquel billete emitido para dos personas destino, Hawái. Buena forma de Samantha para pagar sus deudas. Gracias a las nuevas pruebas, el primer juicio se declaró nulo y se celebró un segundo en el que Benjamin fue declarado inocente y resarcido por prisión injusta con una copiosa indemnización.

Samantha, o mejor dicho Tracy, tras varias evasivas y ya acobardada de las instigaciones de la policía, declaró el suceso con pelos y señales. Semanas antes del suceso, Megan le había insinuado que ya no tenía nada que hacer como tercera en discordia, pues las cosas se iban a solucionar. Samantha escuchó una conversación telefónica en la que Megan explicaba sus intenciones. Aquella noche Samantha estaba nerviosa, llena de ira, enfadada por cómo Ben la había ninguneado, había sufrido un trastorno de comportamiento. Realmente sentía deseos por matar a Ben, pero solo sería un juego. Irrumpió en la casa con las llaves que todavía conservaba y permaneció en el dormitorio al acecho de encontrarse con Samantha. Cuando ésta llegó la invitó con firmeza a marcharse, pero Megan se negó. Tuvieron un forcejeo, la víctima sintió miedo al ver que iba armada, no sabía dónde esconderse y eligió encerrarse en la terraza. La altura no era muy alta podría lanzarse y sobrevivir. Se descalzó y subió al bordillo de la barandilla, pero Samantha fue más rápida y le disparó dos veces a bocajarro.

Benedetta había quedado paralizada como una estatua de sal ante aquella complicada historia digna de cualquier serie criminalista. Un frío le corrió por su pecho atravesando sus piernas. Un dolor contundente se clavó en su cabeza como si alguien hubiera introducido en ella un frío hierro. Con la mano, arrastró la bandeja que contenía dos porciones más de pizza y llenó su copa de

vino tomándolo de un solo sorbo.

—Joder, Ben, cuánto lo siento. Cuando supe que te habían condenado por asesinato en segundo grado, tuve clara mi decisión. Sabía que en la vida hay personas que te hacen la vida fácil y otras la vida difícil. Todo es cuestión de azar. No quise complicarme la vida, ni complicársela a mi vástago. No quise que él pague por tus pecados. Preferí mantenerme al margen. Pero ahora mismo, me siento mal, no sé si debí hacer todo lo que estaba en mis manos.

—Yo quise mantenerte al margen, te he estado esperando durante todo este tiempo. No ha habido otra mujer en mi vida. Pensé que nuestra intuición y creencia absoluta de estar juntos, te mantendría esperándome ¿Por qué te vas a casar con Alister? —recriminó él.

—Ben, no me eches nada en cara, por favor. Me cansé de decidir por mí misma, decidir a qué escuela llevar a mi hijo, decidir dónde pasar las vacaciones con mi hijo, tener que explicar a la gente porqué elegí ser madre soltera. Las miradas y cuchicheos en el pueblo rumoreando que mi hijo era fruto de un incesto con mi primo o de un revolcón con algún turista seductor. Me cansé de complicarme la vida. No fui capaz de llevar a cabo nuestro proyecto de fundar una escuela de arte terapia, no sin ti, Ben.

—Pero tú tenías todos los recursos, Benedetta.

—Con un bebé todo cambia, te conviertes en una súper madre y simultáneamente una súper *woman*. Elegí el camino fácil, volver a las pasarelas.



Ben se movía con inquietud, sentía el frío correr por sus piernas y un regusto seco en su garganta. Los brazos comenzaban a temblar y a incomodarse. El sueño se tornó lúcido y entendió que no dormía ya en aquel camastro incómodo y ruidoso, ya no habitaba en aquella celda lúgubre mohosa y con fuerte olor a cloaca. No sentía frío por carencia de ropa, se había destapado a zarpazos. Estaba en Terrafertile, la chimenea de su habitación mantenía calientes e incandescentes ascuas. Y sí, tenía sed, pero había un vaso de agua sobre su mesilla. La bebió de un rápido trago y a continuación avivó el fuego para aclimatar de nuevo la habitación. Le encantaba dormir con el resplandor de las llamas en movimiento. Su mente, modificó los pensamientos, volviéndolos positivos y conciliadores. Se resguardó en la felicidad, en el

nacimiento de aquel amor. En las sonrisas pueriles, los paseos por el campo, las veladas en las que tocaba su violín irlandés con sonido a hogar. Los trabajos de rehabilitación de Terrafertile, la preparación de las clases de arte terapia. Su colaboración en la formación de la escuela de Benedetta, dando clases de teatro y mimo. La conexión de ambos como pareja y equipo. El rostro de felicidad de las alumnas. El de ellos cuando las plantas de María se hacían frondosas de la noche a la mañana, gracias a la simulación de la luz solar con las lámparas de forma interrumpida. La capacidad de los dos de volver a ser niños sobre un cuerpo ya hacendoso. Nunca antes, había tocado la felicidad con su alma. Aquellos recuerdos, le mantuvieron en vida en el interior de aquella celda y ahora, sería el impulso para recuperar aquella dicha y enfrascarla para siempre en aquel lugar, con su familia. Deseó con frustración, visitar la habitación anexa, aquella romántica y gran cama con dosel de caoba lacado en blanco. Jamás en su vida imaginó sentirse envuelto en semejante lecho digno de la reina Cleopatra y su amado Marco Antonio. Con buen gusto ambos, habían restaurado y acondicionado aquella reliquia con aires renacentista a la época actual eliminado de ésta los aires recargados, dándole a la casa el estilo regio y contemporáneo que merecía. Recordó todas las preguntas pendientes de formular y memorizadas en su celda en las noches tenebrosas envueltas de miedo al mañana. Y con ellas se durmió, hasta que el llanto de un niño le mostró el amanecer tras las finas cortinas. Sin siquiera buscar su calzado, se dirigió donde el sonido se escuchaba más cercano. De camino se encontró con ella entrando estrepitosamente.

—*Patricio. Caro mio. Che cosa succede?* —dijo frenando las frases.

Pero Patricio no confesaba su delirio.

—Benedetta, por favor, me dejas quedarme a solas con él— susurró a su oído.

Benedetta obedeció sin pensarlo, pero no albergaba intención de alejarse, se mantuvo en el quicio de la puerta escondida escuchando.

—¿Me dejas un hueco? Tu cama tiene pinta de ser más cómoda que la mía.

—He tenido pesadillas. —respondió el pequeño.

—¿Y ahora tienes miedo?

—Sí— respondió el pequeño.

—¿De qué? Si ahora estoy yo aquí, cariño.

—Por eso, tengo miedo de que te vuelvas a ir y no te podamos encontrar. —respondió con claridad.

—Eso no puede pasar, Patricio. Nunca. Eso no puede pasarnos a nosotros

— afirmó sin poder contener el llanto y abrazando ese frágil y pequeño cuerpo.

Tan solo quedaban dos horas para que el crepúsculo venciera a la noche. Dos horas bastaban para demostrarle a su vástago dónde pretendía estar a partir de entonces. Cerca de él.

Movió su cuerpo con sigilo y se dirigió hasta la cocina donde preparar su tazón de café caliente.

—¿Patricio no va al colegio? —preguntó a la madre.

—Estudia conmigo siempre que yo tengo tiempo y cuando no, contrato tutores. Ha logrado así aprender inglés y español a una velocidad sorprendente.

—Dios mío, me recuerda tanto a mí. Me aterra que se repita el patrón familiar. No sabes la de veces que me juré que eso a mí no me podía pasar.

—Todo depende de ti. Ya conoces los errores posibles a cometer. Solicitar una custodia, sería el primer error— respondió ella a la defensiva y ocultando el miedo que la atormentaba.

—No lo haré Benedetta, me niego a seguir los pasos de mi padre, yo quiero cuidar de mi hijo y de mi mujer. —dijo mirándola fijamente.

—Yo no soy tu mujer, Ben. —dijo mostrándole el elegante y soberbio anillo de diamantes que llevaba en su anular.

—Sí, lo eres. Ante mis ojos y ante los de la madre Tierra, lo eres.

Benedetta ignoró sus palabras y continuó con las tareas del hogar tratando de dar la conversación por finalizada.

—Recuerdo que hablabas de este tema en tus clases con las alumnas. De por qué se repetían los patrones. —prosiguió él.

—*Mamma* debe venir a visitarme en unos minutos y se va llevar a Patricio, tiene ansias de estar con su nieto. Hoy nos vamos a Milán, tengo que estar en el atelier para elegir mi traje de novia, pero tenemos tiempo de hablar a solas, ¿Te apetece dar un paseo por el campo, como teníamos por costumbre? —dijo mientras secaba sus manos y colocaba el trapo sobre el colgador.

—Sí, me encantará.

—Quiero contarte una historia de mis antepasados interesante, porque yo también estuve a punto de repetir el patrón pautado por mi clan.

—Dirás nuestros antepasados, te recuerdo que somos primos.

—No, no lo somos.

Esa respuesta mantuvo a Ben pensativo durante el desayuno. Desde aquel

instante, Ben observaba a Benedetta con recelo y curiosidad. Logró evitar a *Sofia* al prolongar unos minutos más su estancia en la ducha, dejando que el chorro de agua fría congelara sus ganas de cumplir con asignaturas pendientes; aquella finca, aquel proyecto iniciado lleno de ilusión y autenticidad. Toda aquella creatividad impulsada y ahora desvanecida...

El sol comenzaba a lucir y barnizar aquellos colores de la naturaleza. Benedetta disfrutaba de los paseos al aire libre, fuera en pleno mes de agosto a ras de sol o ya entrada la noche cuando el cielo cubría aquella atmósfera de estrellas aglutinadas. Y es que, para Benedetta siempre fue un orgullo sentirse propietaria de las cosechas de Terrafertile, e incluso cuando nunca mostraba interés por ellas, el hecho de saber que eso era suyo, ya la mantenía saciada. Entre tanto Ben, recordaba aquella conversación en la que ambos comenzaron a llamarse como los protagonistas de su película favorita y asociar diversos paralelismos de ésta. ¡Qué tiempos aquellos! Y ¡Qué lejos veía recuperar aquella divertida provocación e ironía! Sentados, a la sombra de la higuera, le confesó aquel secreto que ya se habían llevado a la tumba dos de sus generaciones.

Benedetta recogió un poco de mimosa para decorar en sus jarrones y continuó relatando pequeñas lagunas que Ben desconocía.

—Dos meses después de saber que estaba embarazada, recordé que lo había bienaventurado Gemma, la médium. Contacté con ella y además de felicítarme, me argumentó que aquello se debía a la limpieza de mi savia. Había perdido el miedo al abandono que mis antepasadas me otorgaron como mensaje de prudencia, pues a ellas, no les fue nada bien el procrear. Tuve simultáneamente que entender que estaba en un nuevo paradigma, en el que no debía de valorar el abandono, si no entender la situación como un gran regalo.

—Benedetta, ¿sabes que mis padres se conocieron en Capri?

—Si lo sabía, no lo recordaba. Vaya, ¿Y?

—Nosotros, de algún modo también nos conocimos en Capri. Llámame sensiblón, pero me apabullan tantas coincidencias.

—Ben, como puedes deducir, no quiero seguir patrones. Tendrás todo tipo de facilidades para estar con Patricio.

—Benedetta; si te casas, ¿dejarás esto?

—No lo sé. Supongo que lo arrendaré.

—Yo te lo compro.

—¿Pero ¿qué dices, loco?

—Tengo el dinero. Quiero fundar el Instituto de la Mujer Creadora. La

Mirada de Venus era un proyecto que no debió naufragar. Déjame reflotarlo para que nunca perezca. —dijo apesadumbrado.

—No te lo venderé, puede que te lo arrende, lo pensaré durante estos días.

—Durante tres semanas seré tu escolta. Van a ser los más hermosos de mi vida. Voy a disfrutar de Patricio y te voy a recordar quién soy para ti.

—No sigas echándote faroles, Ben, estoy comprometida con Alister.

—Antes de que finalicen estas tres semanas, romperás el compromiso, así de fácil.

—Ben, las personas leales, no funciona así. ¿Crees que por ser el padre de Patricio y aparecer de la noche a la mañana voy a mandar al cuerno todo?

—¿Por qué no, Scarlett? Con la misma volatilidad con la que mandaste al carajo tu proyecto de La Mirada de Venus. Así eres tú de inestable, Scarlett. De repente un proyecto con alma, deja de interesarte por que llega algo mucho más succulento como un tío forrado de billetes.

—¡Cállate, imbécil! ¡No tienes ni idea! —contestó, iracunda, pretendiendo alejarse de él.

—Disculpa, no pretendía ofenderte, solo ser sincero. Si de verdad casarte con Alister es tu deseo, espero que seáis muy felices, eso significará que mi hijo también lo será. Solo te pido que te replantees la compra de Terrafertile.

—Ni por encima de mi cadáver tendrás Terrafertile. La Mirada de Venus fue una idea de los dos. Te la cedo si quieres— defendió Benedetta conteniendo el temblor de labios,—pero no en Terrafertile.

—Piénsalo bien, Benedetta. Podemos hacer un contrato de alquiler con derecho a compra. Dentro de diez años serás una millonaria y con un patrimonio incalculable, será entonces, cuando el sentimentalismo, tendrá precio.

Aquellas palabras hirieron a Benedetta.

—¿Estás juzgándome a diez años vista? ¡Que listo! —respondió acelerando sus pasos y alejándose de él como una liebre lo hace de su presa.

Ben corrió tras ella, tomándola del brazo.

—Benedetta, he estado metido en una cárcel una buena temporada, desde entonces, soy incapaz de planificar mi vida a largo plazo. Planifico mi semana, a lo más, los meses. No sé qué te deparara el futuro, pero ahora mismo estoy igual que hace cinco años cuando vine, he atravesado problemas que han interceptado mi vida. No sabes ahora cómo amo mi libertad. Necesito quedarme aquí, Benedetta.

—No entiendo. ¿Libertad significa recluirte en Terrafertile?

—Contigo me resulta fácil sincerarme, Benedetta. Necesito aislarme, no quiero que la gente me recuerde como Ben Kavangah el actor ex presidiario que presuntamente asesinó a su esposa. De hecho, voy a recuperar mi apellido Caffarelli, me ayudará a pasar desapercibido y poder reanudar mi vida. ¿Sabes?, jamás en mi vida he sido tan feliz como cuando trabajaba contigo aquí, creando, despertando en alumnas tormentas aletargadas. Ayudándoles a sentir su cuerpo a través de mis instrumentos irlandeses. Si supieras la de veces que en la cárcel he revivido ese olor del taller a acuarela, arcilla, barnices, esa magia, Benedetta. Nuestra magia revelada ante el mundo.

—Entiendo, ves esto como un refugio.

—Sí, pero como la mejor filosofía de vida que jamás haya conocido. ¿De verdad no la echas de menos?

Benedetta dio el silencio por respuesta. Era demasiado difícil contestar.

—¿Qué hiciste con tu cuento? ¿Lo han publicado?

—Ben, tengo que arreglarme, he de estar en el atelier a las doce, llegamos tarde.

Aquello fue un perfecto argumento para evadir la dolorosa pregunta de Ben.

Dulces recuerdos

En un principio, Benjamin llegó a Terrafertile con la intención de sembrar una plantación de marihuana, pero no con idea de sacar algunos ingresos extra, si no encontrar su fuente de ingresos de forma periódica. Era poco predecible en aquel joven deseoso de huir de su mundo que encontraría una mejor vía de escape. Quizás no tan fructífera económicamente como la que en un principio había gestado, pero sí lo suficientemente gratificante como para sentir que había encontrado el verdadero trabajo al que quería dedicarse. Al igual que ella, sintió una poderosa fuerza arrebatadora en el taller de tío Massimiliano. Las piezas inacabadas y expuestas en la mesa reclamaban ser trabajadas por unas manos entendidas.

—Aquella debe ser Venus— afirmó Ben.

—Sí, es Venus, mi abuelo tenía afición por esculpir a deidades mitológicas, especialmente a Venus. ¿Cómo sabes que es Venus? —pregunto extrañada de que Ben entendiera de arte.

—Por su mirada.

—Así es, nadie sabe dónde mira Venus. En la mayoría de sus representaciones pictóricas, aparece absorta, ida, como si le diera igual mostrar sus encantos. Pero esta escultura semi acabada parece una réplica de la [Venus Calipigia](#). Los griegos la llamaban «Afrodita de Bellas Nalgas» es un tipo de [estatua](#) femenina semidesnuda de [época helenística](#) en que una diosa (o mujer) se levanta el [peplo](#) hasta la cintura, mientras mira hacia atrás, a fin de que se le vean sobre todo las [nalgas](#).

—En el museo [del Louvre](#) hay una réplica de François Barois.

—¿Pero tú no estudiaste arte dramático?

—No, bellas artes, pero no finalicé la carrera.

—Vaya, qué casualidad, elegimos la misma carrera. Aunque yo sí la terminé.

—Me fascinaba las artes plásticas. Si me dejas, puedo terminar lo que tu abuelo empezó.

—Sí, claro, todo tuyo—dijo mientras pretendía marchar del taller y dejarle a solas con el esbozo de Venus. Benedetta prefería restaurar frescos y

muebles, mientras partía sorprendida de ir descubriendo las dotes artísticas de Ben, sintió que aquel proyecto de arte terapéutico que nació en la tienda de su padre como el Instituto de la Mujer Creadora, debía ser bautizado como «La Mirada de Venus»

Durante tres meses, la pareja vivió abocada a la rehabilitación de Terrafertile, además de las clases con alumnas. Ambos ocupaban el tiempo libre en lo que más les gustaba, pintar y modelar. Las pausas de Ben consistían en detenerse y observar a su prima subida en un andamio, tumbada boca arriba y reviviendo angelitos del renacimiento, los dos compartían un silencio inspirador para sus trabajos, ambos olvidaban comer, hacer la compra o cualquier menester.

Ben finalizaba una de las más bonitas esculturas iniciadas por Massimiliano, una mujer desnuda con la mirada perdida hacia su espalda, Benedetta le traía una manzana para compartir con él una merecida pausa.

—Yo siempre pensé que esta escultura representaba a Edith, la mujer de Lot, tras desobedecer el mandato de Yahveh, se dio la vuelta se convirtió en estatua de sal, en castigo divino por su curiosidad, quedando ahí mientras el resto de su familia abandonaba el lugar.

—Sí, tiene su razonamiento, pero un rostro tan dulce y una mirada tan dispersa, solo puede ser de Venus. Colocaremos esta estatua en el vestíbulo de la escuela, ¿te parece?

—Sí, es perfecto, ¡me encanta! Además, me encaja con la idea de inspirar a nuestras alumnas con historias de la mitología y los arquetipos. Por cierto, no nos tenemos que olvidar de colocarle a nuestra diosa de la entrada amapolas.

Aquel hermoso proyecto llamado “La mirada de Venus” quedó ninguneado por sus creadores. La escultura en honor a Venus, permanecía en el vestíbulo de la puerta donde accedían las alumnas, desde allí, unas escaleras le llevaban al estudio con cúpula que anteriormente perteneció al abuelo Massimiliano. Cada semana recibía dos o tres correos de futuras alumnas preguntando por la siguiente apertura de curso, casi todas recomendadas por antiguas alumnas. A Benedetta se le hacía difícil responder, optó por mandar un correo impersonal a cada una de ellas diciendo que la escuela estaba cerrada por complejas reformas.

Se la lleva un Sasanach

No iba a ser fácil para Benedetta deleitarse de los preparativos de su boda, al menos, no en el atelier de Florencia con la compañía de Ben. Desde aquel paseo se habían hablado lo justo y evitado el contacto visual. Menuda paradoja, ir al sastre a elegir el diseño del vestido de novia con Ben. El trayecto se iba a hacer eterno. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de cancelar la cita, pero Antonello Robelli era el último grito en moda nupcial y había hecho una excepción con Benedetta, por ser quien era y por casarse con quien se casaba.

—Es en la segunda salida, puedes dejarme en la puerta, te llamaré cuando termine— sugirió señalando desde la rotonda la dirección de la calle donde se encontraba el taller de costura de Antonello.

“Obvio, pensó Ben, si te crees que voy a ser tan bobo de contemplar todos los vestidos que te pruebas, lo tienes crudo.”

Benedetta bajó del coche pronunciando un hasta luego, Ben sin mirarla levantó la mano derecha con pesadez en señal de saludo, sin dejar de mirar por el retrovisor la transitada calle.

—Ben, no me lo pones nada fácil —dijo en voz baja Benedetta mientras se acercaba a su destino con un ánimo bastante agrio. Afortunadamente, Tim, asistente y pareja de Antonello la recibió con honores y abrazos, llevándola primero a una sala acogedora donde disponía de todo tipo de refrigerios, sándwiches y ensaladas y poco a poco fue entrando en el escenario que toda novia ansía; el de la elección del vestido. No era sencillo decantarse por un modelo o estilo. A decir verdad, el estilo en el que ella sentía cómoda era demasiado sencillo y desenfadado como para una ceremonia en el *St Paul's Cathedral*. Y es que quizá, el problema estribaba en que hubiera preferido una boda algo más familiar y sobre todo lejos de los altares religiosos el protocolo y la etiqueta. Se había acostumbrado muy fácilmente a no elegir y ahora se daba cuenta de que ya no tenía elección más que callar y otorgar.

A las cinco de la tarde, Benedetta llamó a su escolta para que la recogiera del atelier.

—Hola Ben,

—Hola Benedetta ¿Has comido?

—Sí, Tim se había encargado de traer el catering, ¿Y tú?

—Fui a una hamburguesería y después estuve paseando por una librería, he comprado un libro relacionado con la biodescodificación, he leído una buena porción de este mientras te esperaba.

—Estupendo.

—Benedetta, quiero legalizar a mi hijo. Quiero que tenga la doble nacionalidad, hay que arreglar el tema de los apellidos. Quiero que se llame Patricio Caffarelli.

—¿Cómo?

—¿Te sorprende? ¡Pensaba que no!

—No, me parece genial, supongo que va en consonancia con tu intención de recuperar tu apellido paterno. ¿Ya no quieres ser actor?

—Siempre seré actor, daré clases de arte dramático, quizás teatro, pero he dejado la meca del cine. Al igual como me trajo múltiples éxitos también me condujo a serios problemas. Aunque mi expediente quede limpio tras el resarcimiento y la gente lo olvide, yo necesito pasar página y entender las señales del destino.

—Te entiendo, Ben, pero no seas tan radical en tus decisiones, en su momento tuviste el reconocimiento del público y eso, aunque sea efímero, también puede volver el día menos pensado. Como Caffarelli o como Kavanagh, no olvides que hay cimas que no necesitas volver a escalar.

—Me parece ridículo que me hables tú así.

—¿Cómo? Disculpa un minuto, debo llamar a mi madre, a ver qué tal se ha portado Patricio.

Aquella tierna llamada de la que Ben no perdía detalle, fue lo único agradable que éste pudo escuchar en aquel trayecto de vuelta. Tras finalizar la conversación con Sofia, Benedetta tenía dos llamadas de un teléfono de larga extensión.

—Vaya, mientras hablaba con *mamma* me ha debido llamar Alister un par de veces —dijo en voz baja mientras esperaba una tercera llamada, pues las conferencias siempre iban a cargo de él. Un minuto más tarde, sonó de nuevo el móvil.

Ben detestaba la almibarada conversación, ambientada con esperanza, felicidad y comprensión. En los emiratos eran aproximadamente las diez de la noche y por lo que entendía, el viejo había estado jugando al golf con unos amigos. Benedetta había adquirido un acento típico del inglés de clase social

adinerada, irreconocible. Tras finalizar la conversación, Benedetta intuía el chaparrón que le iba a caer teniendo al lado a un irlandés.

—Veo que se te ha pegado el acento británico muy rápido.

A lo que ella asintió con la cabeza sin intención de mantener una conversación al respecto.

—Mientras te escuchaba pensaba: ¿Por qué un inglés? Los encuentro tan tediosos. ¿Por qué no un cubano? ¿Un español o portugués? ¡Y la edad! ¡si ahora se lleva salir con chicos diez años más joven!

—Ben, se me ha acabado la paciencia, como sigas con esa actitud voy a hablar con Alister, le voy a decir la verdad, que te has hecho pasar por mi escolta y me estás instigando constantemente.

—No serás capaz.

—No me provoques Ben, no soporto tu actitud de hombre celoso.

—¿Celoso yo? Eres mi prima, alguien debe abrirte los ojos.

—Ben, no somos primos, hace casi treinta años que no nos tratamos como tales y no lo vamos a hacer ahora. Eres el padre de Patricio y ya te he dicho que te voy a facilitar tu tarea de padre, pero no me lo pongas más difícil, porque soy una niña buena, pero cuando me buscan las cosquillas a mala no me gana nadie y sé muy bien por donde machacarte.

—Benedetta, basta ya, por favor—pronunció con un tono conciliador.



Maureen Kavanagh ignoraba las instrucciones de la simpática azafata. Si la cosa se ponía negra, el oxígeno o las puertas de emergencia de poco servirían. Estaba impaciente por que aquel avión aterrizara en Pisa cuando ni si quiera había despegado. El motivo no era para menos, estaba ansiosa por estrechar en sus brazos a su nieto Patrick, como desde un principio tenía claro llamarle.

Mientras Benedetta se recreaba entre organzas sedas y tules, Ben había tenido una agitada conversación con Maureen.

—Mamá, se parece mucho a mí cuando era pequeño— le había dicho Ben. Un nieto de casi cinco años. ¡Qué lástima! Haberse perdido sus primeros pasos palabras, ese olor a vida recién parida.

—Pero, ¿Cómo es posible que no lo hubiera predicho? A mí que no se me escapa ni una intuición. Y mucho menos las relacionadas en embarazos.

Desde que Maureen cumpliera los cincuenta y siete y dejara de estar solicitada en la meca del cine, se ganaba la vida como vidente; leía el tarot, la palma de las manos, el poso de los cafés. No se le escapaba ni un solo detalle y lo elocuente es que acertaba y se había ganado el respeto no solo de los vecinos, si no de gente proveniente de Dublín. Siempre había tenido ese don y muchos otros relacionados con la cultura pagana celta, transmitida de padres a hijos, pero la fama, el lujo y la codicia revistieron aquel don durante unas décadas. Desafortunadamente, no tenía puntería para acertar su buenaventura o la de los suyos, por lo que cuando se trataba de consultas personales, acostumbraba a solicitarle ayuda a Shannon, muy conocida por sus ritos paganos y las celebraciones en la montaña en cada solsticio. Pero la pobre Shannon andaba algo desmemoriada, le habían diagnosticado Alzheimer y aunque la mayor parte del tiempo era consciente y tenía una vida normal, eventualmente tenía lagunas de memoria y comportamientos extraños.

—Bueno, *mamma*, creo que a estas alturas sabes que, con tu don, no puedes tapar el sol con un dedo. Lo peor de todo es que se va a casar con un viejete Sasanach asquerosamente rico.

—¿Cómo? ¿Tú prima con un *Sasanach*^[2]? ¿Y encima viejo?

—Sí, *mamma*. Un enterado metrosexual re tardío, dueño de media Inglaterra. *Shirley temple*^[3] lo nombró Caballero de la Orden del Imperio Británico.

—¡Madre mía, mi sobrina con un Lord Sasanach!

—No es tu sobrina.

—Bueno, tú prima.

—Tampoco es mi prima, ya te lo explicaré. *Mamma*, necesito que tomes el primer avión que salga de Dublín a Pisa, yo iré a recogerte al aeropuerto. Intentaré llevarme conmigo a mi calabaza.

—Le llamas como yo te llamaba a ti de pequeño, ¿calabaza? Bueno, solo en la intimidad —dijo sonriendo y sintiéndose orgulloso de su vástago.

Verdades enredadas

El sonido del móvil de Ben conectado al *bluetooth* del coche rompió el tenso silencio de los pasajeros.

—Hola *mamma* —dijo Ben con un tono jovial.

—Hola calabaza, ya he comprado el billete de avión. Llegaré mañana a las 11:15 al aeropuerto de Pisa.

—Estupendo, hablaré con la jefa, seguro que me deja escaparme a recogerte.

Maureen era lo suficientemente intuitiva para entender con dicha frase que Benedetta se encontraba presente escuchando la conversación.

—Sí, y también estaría genial que tu guapísima jefa te dejara llevar a mi nieto contigo. Tú trátala con gentileza, hijo y verás cómo pone el sol a tus pies.

Benedetta sonrió con el comentario, no pronunció palabra hasta que no finalizó la llamada.

—Puedes llevarte el coche de alquiler para recoger a Maureen y no tengo inconveniente en que te lleves al niño.

—Gracias Benedetta.

—Hablaré con mi madre para que venga a tomar el café. Cuando nosotros éramos pequeños, *mamma* y tía Maureen eran muy buenas amigas.

—¿Sabes tus padres que estoy aquí y me he hecho pasar por tu guardaespaldas?

—Algo le comenté a *mamma* esta mañana. No creo que mi padre sepa algo, siempre le hemos ocultado información y acontecimientos porque se pone como un basilisco y padece del corazón y glaucoma.

—¿Seguís ocultándole cosas a tío Leopoldo?

—Ben, mi padre es un padre inmaduro, tienes un problema y comienza a relatar la variante de desgracias que te puede acarrear ese mismo problema. Y encima no pone soluciones, se pone a gritar como un loco. *Mamma* permanece callada como una *Madonna* le da la razón, lo justifica frente a todos y si puede te lo deja como si fuera el superhéroe. Desde que empezó a enfermar, nos dimos cuenta de que él quiere llevar una vida cómoda y sencilla sin un solo problema.

Todos temían a Leopoldo. A su carácter, su forma de maldecir, sus gritos, sus insolencias. Él siempre debía tener la razón en todo, e incluso habiéndose equivocado, era capaz de manipular el argumento para salir heroico. En varias ocasiones, había sido víctima de algún gesto violento por parte de amigos o vecinos, pues pasaba de la risa a la ira con facilidad o de la alegría a la desconfianza y maldición. Dicho talante, beligerante, le había llevado a tener una salud frágil y un corazón algo temerario.

Cuando Benedetta supo que estaba embarazada, uno de sus miedos era confesarlo a su padre. Sabía que a éste en el fondo, el qué dirán en un pueblo tan religioso y tradicional, se la traería al fresco. El hecho de ser madre soltera quizás sería un mayor disgusto, aunque a ella dinero para mantener a su hijo no le faltaría. Pero lo más grave era la identidad del padre. Era difícil decirle que el padre estaba desaparecido en combate, pero más difícil era confesarle que el padre era su “primo segundo” y que estaba en la cárcel por presunto asesinato en segundo grado. Así que como siempre, madre e hija recurrieron a mentiras. Benedetta defendió un embarazo deseado mediante fecundación in vitro y a tan solo diez semanas, como si intuyera el parecido del vástago a su padre, avanzó que el perfil del donante era pelirrojo. Por suerte, no era de extrañar aquel deseo de su chalada hija, anteriormente todos los gatitos que tenía, era pelirrojos.

Días después del nacimiento de Patricio, Leopoldo sufrió su primer ataque leve de glaucoma, una afección ocular que daña al nervio óptico. Por el aumento de la presión en el ojo. Se trataba de glaucoma de ángulo abierto, la causa se desconocía, el aumento de la presión ocular ocurría lentamente con el tiempo, no lo podía percibir así que debía llevar una vida relajada sin acaloramientos de ningún tipo.

Con la llegada de Ben, las cosas con su padre se tornaban un tanto complicadas. Ben quería cambiarle el apellido a Patricio. Algo que ella entendía y aceptaba, seguiría viniendo o residiendo en Terrafertile, disfrutando de su papel de padre, Patricio llamaría a Ben papá. Quizás con un poco de suerte, podía evitar lo inevitable, pero necesitaba de la complicidad de todos y no podía contar con la discreción de un niño pequeño. Aquel argumento, forjaba más la idea de casarse con Alister y de nuevo alejarse de sus raíces. Con un poco de suerte a Ben se le quitaría de la cabeza la idea de fundar la escuela y alquilar Terrafertile. Le interesaba que Ben residiera en Irlanda, ella misma se encargaría de acompañar a Patricio en los viajes a Irlanda. Además, seguro que con la llegada de Maureen el camino de convencer a Ben estaba

más allanado. A Maureen le encantará consentir y disfrutar de su único nieto, que, por cierto, tanto se le parece a su padre.

“Dios mío, Benedetta, tú montas un circo y te crecen los enanos” ¿De que te ha servido aprender tanto, desafiar los errores de los ancestros? ¿Cuándo dejé de aprender? ¿En qué me equivoqué? ¿Por qué quiero huir de nuevo? Quizás había llegado el momento de hablar con Leopoldo y explicarle la verdad. Sí, era lo mejor. Tuviera o no el coraje de enfrentarse a él, necesitaba más que nunca a Benjamin como cómplice. Debía explicarle de manera exhaustiva la situación. Ben solo tenía un ataque de cuernos, estaba dolido porque sentía que le habían arrebatado lo que era suyo, pero tras pasar un calvario como hallarse en una cárcel condenado erróneamente, analizada exhaustivamente el conflicto para saber si realmente merecía la pena.

—Mañana por la mañana acondicionaré mi casa para que *mamma* se sienta a gusto y yo también. Dejaré la puerta abierta para que Patricio y tú podáis entrar cuando os plazca.

—Como quieras, podéis quedaros los dos en mi casa, no hay inconveniente.

—Gracias Benedetta, pero será mejor así. Es mi casa, todavía no he podido ir a airearla, estoy impaciente por entrar y ver cómo me recibe.

—Yo no he entrado desde...bueno tengo llaves, pero no he entrado.

—Desde...

—Desde la última noche que pasamos juntos —finalizó la frase ella.

—Crees que fue esa noche la que...

—¿La que...? —dijo haciendo acopio de sus anacolutos.

—La que te... la que te...

—¿La que me dejaste preñada? Creo que no, que fue unos días antes — dijo sonriendo. No importa, Ben, fueron todas las noches increíbles.

—Ah sí, ¿las recuerdas? Seguro que con el *sasanach* no tendrás los orgas...

—¡Cierra el pico, *paddy*^[4]! —interrumpió remarcando la última palabra.

El rostro de Ben mutó. En sus ojos se podía ver la afrenta, nunca pensó que Benedetta pudiera siquiera atreverse a insultarle. Porque *paddy* era un insulto más imperdonable que *sasanach*. No se había dado cuenta de que hablaba sin pensar, su verborrea pudo más que su materia gris, no tenía que haber llamado al prometido de Benedetta, *sasanach*. Y pensando en el bienestar, minutos después de un silencio tenso decidió disculparse por su osadía. Benedetta quería decirle que le entendía, pero mejor opción mantenerse callada. Su

decisión de casarse era firme y sólida y cualquier gesto empático conllevaría en Ben un halo de esperanza. Benjamin estacionó el coche cerca de los dall 'Osso y como buen escolta esperó que su cliente volviera con su hijo en brazos dormido.

—Le he dicho a *mamma* que mañana viene Maureen. Se ha puesto muy contenta. Mañana vendrá a casa alrededor de las once para ayudarme a preparar la comida. Yo no sé hacer los guisos como ella. Papá se va con los amigos al monte a recoger setas, pero me ha dicho que cuando bajen se pasará por casa para saludar a tu madre.

—Genial. Debe ser tan emocionante para ellos el reencuentro. *Mamma* va a encontrar tan cambiada Terraferile.

—¿Sabes, Ben? creo que mi padre a veces se hace el loco y que sabe que tú eres el padre de su nieto.

—Oye y tú que siempre andas buscando paralelismos a todo. ¿No crees que su ceguera provenga de no querer ver más allá de sus narices?

—Claro que lo sé. Y eso significa una lucha interna, porque intento explicarle, pero nunca encuentro el momento.

Ben se despidió de su hijo y la madre de éste con un casto y sonado beso y se dirigió a la que sería su habitación hasta la mañana siguiente. Benedetta colocó con sigilo a Patricio en la cama temiendo desvelarlo, este entreabrió un ojo y observó a su madre.

—¿Quieres que te traiga un vaso de leche caliente, Patricio? —susurró.

—No, mami.

—Venga, pues a dormir.

—*Mamma*, ven —solicitó antes de que ella cruzara el umbral.

—Dime, hijo.

—Me gusta Ben, *mamma* ¿Si Ben es mi papá, por qué no te casas con él?

—Ay Patricio, qué difícil es entender a los adultos, ¿verdad? —respondió preocupada.

—Yo quiero que te cases con mi papá, seríamos una familia de verdad.

—¿No te gusta Alister?

—Sí, es guay, pero mi papá me puede querer más. *Mamma* ¿Papá a ti te quiere?

Un nudo se instauró en la garganta de Benedetta. Ojalá las cosas fueran sencillas y frescas como la pureza de un niño. En aquel instante surgieron multitud de razones por las que había regalado un “Sí, quiero” a cambio de aquel anillo en su dedo, pero algunas ya no eran tan sólidas. Temió permitirse

aquel lujo de racionamientos y decidió finalizar la conversación con Patricio.

—Hijo, es muy tarde, tienes que descansar, mañana papá te va a llevar al aeropuerto, vas a conocer a la abuela Maureen, viene exclusivamente de Irlanda para conocerte. Verás qué divertido será tener una abuela irlandesa. Ella está deseosa de achucharte. Mañana por la noche dejaré que sea ella quien te arrope. ¿Con cuál de todos los peluches quieres dormir?

—Con el caimán— respondió sin dudar.

—Bien, vamos a arrojar al caimán aquí contigo. Te quiero, hijo, buenas noches.

—Patricio ¿Te gusta hablar en inglés? —dijo mientras le abrochaba el cinturón de seguridad.

Ben movió la cabeza de izquierda a derecha como respuesta.

—¿Y eso?

—No sé. No me gusta.

—Verás mi *mamma*, es decir tu abuela, habla muy poco italiano y he pensado que se pondrá muy contenta si oye a su nieto hablar en inglés. Así podríamos hablar los tres el mismo idioma y entenderlo todo. ¿Te parece bien?

—Dijo mostrándole la palma de su mano en señal de choque.

—Vale— respondió Ben de forma jovial y uniendo su palma con la de Benjamin.

Ben arrancó el coche, encendió el limpiaparabrisas para eliminar el rocío y se dirigió a la carretera secundaria en busca de la autovía.

—¿Y podré irme con vosotros? —preguntó Patricio minutos después.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí, pero con *mamma*.

—Eso será algo más difícil, pero podrás venirte a pasar unas semanas mientras tu *mamma* y Alister se van de luna de miel.

—¿Qué es luna de miel?

Ben miraba a su hijo por el retrovisor, sus ojos bien abiertos mostraban un fuerte interés en aquella respuesta.

Pues es un viaje que hacen los mayores para celebrar que son marido y mujer.

—No me gusta.

Ben no supo contestar. Era la primera vez en su vida que tenía una conversación con un niño de casi cinco años. A su mente emergió la palabra cautela. No quería ser él quien le brindara mala propaganda a su hijo, les

quería demasiado y había luchado demasiado por su libertad para ahora ser esclavo de sus palabras.

Hacia mucho tiempo que madre e hija no tenían largas y deliberadas conversaciones. Las conferencias daban para lo justo, además, *Sofía* no era gran amiga de las nuevas tecnologías y no sabía usar Skype o cualquier otra vía electrónica que le llevaran a tener una distendida y gratuita charla con su única hija. Y no es que no lo hubiera intentado, pero las paredes gruesas de la mayoría de las casas construidas en el siglo XV en Montepulciano, no facilitaban un internet de banda ancha y todo se complicaba algo más. También hacía tiempo que no se fundían en un largo y apretujado brazo de los que recuerdan de donde procedemos.

—Supongo que estás feliz, porque desde que te mudaste a Londres se muy poco de ti. En cambio, cuando vivías en Milán me llamabas una vez al día o incluso más—dedujo su madre.

—*Mamma*, hace mucho tiempo que lo de ser feliz pues ha dejado de ser un objetivo primordial. Sé es feliz a ratos, busco mis momentos “ritual” como lo llamo yo. Una succulenta cena, oler a Patricio mientras duerme junto a mí en la cama, encontrarme amapolas donde hacía dos días había escarcha. Ya no persigo la felicidad como un objetivo concreto, *mamma*.

—Entonces, ¿Qué te motiva a casarte con ese señor mayor inglés?

—Alister, *mamma*, se llama Sir Alister Ramsey, y tiene 5 años menos que tú, así que no es mayor.

—Bueno, pero no me has contestado, hija, ¿estás enamorada?.

—Bueno, a determinada edad, *mamma*, el amor se concibe de otro modo.

—Explícame de qué modo, hija, pero sáltate la parte financiera, ya me la conozco.

—No puedo saltarme esa parte, su dinero y él son un todo. Con él siento seguridad, además, en él he encontrado la madurez que siempre he buscado en un hombre. La madurez que papá nunca ha tenido y también su capacidad motivadora para escucharte, aconsejarte y contemplar cómo llegas a cumplimentar tu objetivo. Es mi héroe, *mamma*, por eso me caso con él.

—¿Y la llegada de Benjamin? No me vas a decir ahora que no ha agitado tus sentimientos, porque a tu madre no se la das con queso.

—Benjamin está herido, lleno de ira y dolor. Siempre que tiene ocasión me lanza algún dardo envenenado. Me dijo que era una mujer volátil por cambiar mi filosofía de vida y abandonar aquello que un día me apasionó.

—¿Y te dolió que lo dijera?

—Sí, más de lo que me pensaba. ¿Tú crees que soy volátil?

—Benedetta, soy tu madre, a mí no me puedes engañar. Ha sido un milagro divino que apareciera Ben, ¿no crees?

—Crees que voy a cometer un grave error casándome con alguien que no amo. Sofia asintió con la cabeza y permitió que su hija prosiguiera con su discurso. —Ben ha aparecido en mi vida cuando tenía todos los frentes cubiertos. Cuando todas mis heridas habían sellado, cuando casi nunca veía a Ben en los ojos de Patricio. O al menos, me había acostumbrado a ver su recuerdo en el rostro de mi hijo pero que no me doliera, que fuera una sensación familiar Sentí rabia e impotencia cuando se desprendió de su gorra y sus gafas y me sonrió triunfal. Te juro que me hubiera ensañado con él como si fuera el saco del gimnasio.

—Tienes que valorar tus objetivos en la vida, hija. ¿Qué tipo de futuro quieres?

—Ahí está el dilema. Me había olvidado de la vida que podía tener con Ben por que sentirlo me dolía. Dolía demasiado *mamma*— gimió soltando un sollozo que llevaba tiempo contenido. —Ayer, viendo trajes de novia, no me sentía bien con ninguno. Todos eran hermosos, dignos de la esposa de Alister, pero nada que ver con mi estilo. Tampoco tiene que ver con mi personalidad el tipo de boda que están organizando sus asistentes. Pero ahora, es demasiado tarde. No puedo mirar atrás, me da miedo.

—¡Ay! hija mía, hay que ver en los embolaos que te metes.

—*Mamma*, no me digas eso. Hay otra cosa que no recuerdas, porque ya es normal en tu vida ocultar cosas a papá.

—Explícate mejor— exigió, *Sofia* molesta.

—Ingenua, papá no sabe que Patricio es hijo de Ben. Tampoco lo sabe el pueblo. No concibo una vida con Ben sin hablar primero con papá. Y me siento fatal, no sé cómo fui tan estúpida de no contarle con naturalidad, no se lo quiero contar porque se va a enfadar mucho con nosotras por haberle mentado. Lo mejor será que yo me mude a Londres y Ben vuelva a Irlanda. Hablaré con los abogados de Alister para que estipulen un régimen de visitas.

—Eso es huir. ¿Dónde está esa mujer entusiasmada por restaurar Terrafertile? ¿Se ha volatilizado? —dijo con tono irónico para molestarla.

—Sí, llámalo huir,

—Es cierto. Nunca pensé que Benjamin. Podría salir de la cárcel. Le sentencié por cobardía. Quizás fue a merced de la rabia que me produjo sentirme abandonada y embarazada, además de toda la carga emocional

experimentada con otros hombres.

—Ves tu futuro matrimonio como una vía de escape. Deja ya de temer por lo que dirá, papá. Sabes que no te puedes permitir un solo margen de error o serás víctima de tu propio destino. ¿Qué te frena para dejar de creer en Ben?

—Su pasado, *mamma*. Desde que entró por esa reja y montó aquella plantación de marihuana, todo le ha salido torcido, *mamma*, mi corazón me dice que debo anular la boda, pero mi razón me dice que siga con la ilusión de convertirme en la flamante esposa de Ramsey.

—Hija, creo que debes darte un tiempo y recapacitar. Estás confundida, no sabes a quién amas y cómo le amas.

—Perfecto momento para darme un tiempo, *mamma*. Maureen aterrizando en Pisa y una asistente de Sir Ramsey llamándome más de tres veces al día para consultarme cualquier matiz relacionado con la boda del año en Reino Unido. —dijo mientras enmudecía con el índice la melodía de su móvil.

Los Kavanagh y la tierra.

Maureen era una romántica entregada a los placeres de su tierra; las tradiciones celtas, la cerveza, la poesía y literatura. Pero como muchos otros irlandeses, por no decir la mayoría, había estado ávida de viajar, vivir y descubrir otros rincones del mundo, para al fin, retirarse a su bonita casa ubicada en un pueblo pesquero como Howth. Mientras estuvo casada con Anselmo, pudo compartir ese amor por la tierra toscana, sobre todo aquel intenso sol que iluminaba prácticamente dos tercios del paisaje casi todo el año. Guardaba en su retina hermosos recuerdos de aquellos años en los que su hijo era un bebé. Visualizaba a su nieto Patricio, jugando por los prados e intuía que le evocaría viejos y olvidados recuerdos de antaño.

Quedaban menos de cuarenta minutos para aterrizar, durante el itinerario, ya se había mentalizado en perdonar a Benedetta por no haberle comunicado antes sobre la existencia de Patricio, no le iba a beneficiar nada llevar una actitud de abuela resentida. Abrió su bolso de mano para tomar las gafas de sol y su mano se topó con aquel sobre lacrado con las iniciales de un bufete de abogados de Siena. No había abierto la carta, no acostumbraba a destapar la correspondencia de su hijo, pero tenía una certeza absoluta de lo que aquel sobre contenía. Aun así, estaba impaciente por que Ben rasgara la carta y confirmara sus presagios.

Benjamin y Patricio esperaban en el vestíbulo del aeropuerto contemplando con quietud el panel de luces donde se anunciaban las sucesivas llegadas de aviones. Patricio reposaba sus piernas en los hombros de su padre, que le sostenía por el cuello para que pudiera ver las primeras luces de neón que confirmaban la llegada de la abuela Maureen.

Patricio, ahora que tenía lo que jamás antes había conocido, disfrutaba de la protección y el amor fraternal y se comportaba como si deseara más y más atención de su padre, lo mostraba preguntando, hablando y contando anécdotas divertidas para un niño de su edad. Ambos se desquitaban de todas las carencias habidas durante los últimos años, apreciando cada caricia, cada sonrisa y cada gesto de complicidad.

—Mira, ves aquella mujer de cabellos cobrizos, esa es la abuela Maureen
—Ésta, les saludaba con la mano en la distancia.

—¡Hola Patricio! Pequeñín. ¡Qué ganas tenía tu abuela de conocerte! —decía acariciándole las sonrosadas mejillas. —Dios mío, como me recuerdas a tu papá cuando era pequeño, eres su viva estampa. —Maureen se arrimó a su hijo y le dio un sonoro beso. —¿Qué tal todo, hijo?

—Raro, mamá, pero feliz, Patricio es un niño que le encanta hacer preguntas y estar en todas las conversaciones, creo que se ha criado demasiado entre mujeres de pueblo. Además, dice que no le gusta hablar inglés, ¿verdad?

—No, ¡porque yo soy italiano! —dijo agitando la mano con los dedos unidos, típico gesto usado por los italianos, algo que a su padre y abuela les hizo soltar una bonita y acompasada carcajada.

—No del todo, pequeño, también eres irlandés, si no, ¿de dónde crees que has sacado ese pelo color zanahoria?

Patricio agachó la cabeza apesadumbrada, pues todavía desconocía aquello de ser irlandés.

—Bueno, tenemos todo el camino hasta Montepulciano para que me pongas al día de todos los acontecimientos, pero, de todos modos, tengo algo que enseñarte antes de que comenzar el trayecto, esto llegó hace dos días al buzón —dijo mostrando el sobre lacrado de un bufete italiano.

—¿Por qué no la has abierto? —dijo mientras echaba monedas a la máquina expendedora para saldar el parking.

—Lo hice cuando estabas en...El hospital —dijo recordando que estaba Patricio. Pero no es mi forma de actuar, es tu correspondencia, debes abrirla tú, aunque, creo que es lo que contiene.

—Espero que no sea una deuda que deba amortizar —dijo mientras rompía el lacre y deslizaba el papel del interior.

—Bueno, en tal caso, puedes renunciar a ésta, además, con el poco trato que tuviste con ellos, no creo que lo tuvieras difícil.

—Alguien se había molestado en redactar el escrito en inglés, porque es consciente de que Ben Caffarelli, no ha disfrutado el tiempo pertinente para aprender el idioma de su padre— sentenció nervioso sin concentrarse aún en el contenido.

—Son los abogados de mi padre y de su novia, Berta Fanetti, me comunican que mi padre dejó todo su bien en herencia a su único hijo, Benjamin Caffarelli con la condición de que Berta fuese única usufructuaria de estos. La tal Berta tiene problemas financieros y no puede mantener los viñedos, así que me invita a disfrutar de las tierras desde ya. Enumeran las

fincas, en Cortona, otra en Montechieli y otra muy cerca de Terrafertile. En su haber, también posee un piso cuyo gozo y disfrute es suyo hasta que deje de pertenecer a este mundo de cuerdos. Solicita que me ponga en contacto con el bufet de Siena y ellos se encargarán de organizar el papeleo.

—Vaya, menuda sorpresa, Ben. Bueno, los Caffarelli no eran terratenientes, tenían pequeños terrenos, pero sé que para ti eran importantes, recuerdo que, en tu primera etapa, cuando te trasladaste huyendo de tu vida de actor, me preguntaste por el patrimonio de tu padre.

—Sí, de hecho, tenía pensado recuperarlos con el dinero de la indemnización.

—Me ha sorprendido el difunto Anselmo, gratamente, sí.

—Bueno, cualquier padre debería haber hecho lo mismo. Yo nunca le rechacé.

—Sí, hijo. Bueno, que Dios le bendiga en su gloria. Ahora estás más unido a esta tierra, mal que me pese, pues yo cada día me siento más irlandesa que nunca y no estoy para viajecitos.

—*Mamma*, aquí debo defender muchos frentes, te necesito conmigo, una temporada.

—Tranquilo, por eso llevo tanto equipaje. Quiero recuperar el tiempo perdido. Merecemos un poco de complicidad después de haber pasado por aquel calvario...Y deseo tanto disfrutar de Patricio...Pero, sobre todo, quiero verte feliz, hijo, enamorado y pletórico.

—Ojalá *mamma* —Ben reprimió la frase, temía que Patricio escuchara, ya encontraría el momento de explicarle que el orgullo y desamor, habían hecho brotar un odio e ira entre los dos donde antes había amor.

—En Terrafertile te espera Benedetta y *Sofia*, ésta última tiene muchas ganas de verte.

—La dulce y cándida *Sofia*, cuando la conocí era una inocentona que no había salido de la granja que tenían sus padres en Sinalunga. Era un pajarito bello, enjaulado. Su marido tenía un carácter muy parecido al de tu padre, aunque Leopoldo era algo más generoso, pero tenía una forma de ser algo especial. Tengo ganas de ver cuántas cosas ha aprendido durante este tiempo.

—Sí...Ya te contaré...

Ben analizaba sus palabras con cautela, pues desconocía lo bien que Patricio pudiera entender el inglés y temía que cualquier comentario perjudicara su estrenada relación paterno filial. Ya habría ocasión de reunirse ambos en casa.

Entre tanto, *Sofia* y *Benedeta* preparaban el sofrito para un rico *risotto* y finalizaban de verter el cacao en polvo del tiramisú que debía enfriar por unas horas. La llamada de la asistente de *Alister*, la había llevado a una aplastante realidad sin domicilio en Italia, pero con poder para centrar sus prioridades. Estaban elegidas las flores, el menú del ágape, el hilo musical, la sucesión de discursos...Iba a ser una boda de dos días de duración. La víspera, sería el *rehearsal dinner*, una ceremonia prenupcial, muy tradicional de los Estados Unidos que trata de reunir a los invitados para que todos los invitados se relacionen entre sí, llegando al día cumbre con plena confianza. La temática en dicha fiesta, era La India, en honor a la difunta abuela de *Alister*, nacida en Bangalore, al sur de India. La fiesta iba a ser memorable para los invitados del evento con la completa inserción de la cultura india en el menú, decoración, vestimenta y actividades tales como tatuadoras de henna, monjes hindúes dispuestos a escuchar y aconsejar, música autóctona...Desde el otro teléfono, *Naisha*, una de las asistentes de *Sir Ramsey*, hija de hindúes afincados en Londres, la había deleitado con un juego de cromados llenos de tonos fucsias, verdes y dorados.

—Ciao, *Benedetta*, acabo de tener una videoconferencia con la modista que está confeccionando tu sari, te va a encantar, vas a lucir espectacular. He contactado con una maquilladora hindú, ya sabes, las mujeres hindúes, centramos toda la atención en los ojos, resaltando la mirada con colores intensos. Según la tradición, las mujeres hindúes deben adornarse con 16 tipos diferentes de joyas para enfatizar su feminidad, este parte prefiero dejarla para ti, pues supongo que en casa debes tener joyas, no obstante, voy a encargarme de comprarte un tika, es un adorno que va en la frente, que está hecho de una cadena con un pendiente en uno de los extremos y también un bindi, es el adorno en forma de pegatina que se lleva en medio de la frente, donde la diosa hindú *Shiva* tiene su tercer ojo.

—Sí, representando así la introspección y la sabiduría. Finalizó *Benedetta*. Dios mío, *Naisha*, ¡menuda fiesta! ¡Va a ser inolvidable! Por cierto, ¿te has acordado de encargarle el vestido a *Patricio*?

—Tranquila, eso es más sencillo, pero sí, está en lista, le compraremos una túnica bordada a mano, unos pantalones blancos de nilo y unas bonitas pantuflas, ¿Cuál es su color favorito?

—Le gusta mucho el azul eléctrico.

—Entonces, las pantuflas y otros complementos irán en azul eléctrico. *Azzurro*, como decís en Italia afirmó pretendiendo ser empática y mundana.

—Estupendo Naisha. Gracias por todo. Y le dio al botón rojo de colgar.

—*Mamma*, te pido comprensión si le echo al risotto cúrcuma o curry, madre mía creo que voy a morir de sobredosis de colores y sabores, ¿te crees que mientras me hablaba me venía el olor del pollo tandoori a esta cocina repleta de sabor mediterráneo? —exclamó entusiasmada y algo nublada por la espectacular fiesta.

—No nos habrás incluido en esa fiesta, ¿verdad? —preguntó *Sofia*

—Pues no, daba por hecho que no os gustan esas cosas, no me imagino a papá con túnica hablando con ingleses petulantes. Me contento con que al día siguiente vengáis a la boda. Te noto rara, *mamma*.

Sofia mostraba un rictus de mujer preocupada y ligeramente enfadada.

—Creo que le voy a dar la razón a Benjamin. Antes de que sonara el teléfono, hablábamos, estabas algo preocupada y te sugería que debías darte un tiempo para recapacitar. Estás confundida, no sabes a quién amas y cómo lo amas. ¿No te parece que esta actitud es la mejor definición de la palabra volátil?

—¿Crees que estoy chalada?

—Eso lo has dicho tú, creo que debes darte un tiempo para ti sola. Te vendrá bien, un retiro espiritual, alejarte de tu móvil y el estridente sonido de éste...y pensar qué es lo mejor para ti y para Patricio.

Desde la cocina se escuchaba el chirrido de la cancela al abrirse, Benjamin, llevaba parte del equipaje de Maureen, la cual, tomando a Patricio de la mano, se dejaba transportar a un entorno conocido, pero con colores más alegres y renovados. Patricio tiraba de su mano con intención de invitarla a su casa, mientras que Benjamin, descargaba las maletas y abría su casita anexa. Madre e hija se dirigieron con apremio hacia el jardín de la entrada para saludar a la invitada. Benedetta no recordaba a Maureen, además, las tías, nunca conservaron fotos suyas y ésta, se había llevado con ella el álbum de bodas. Sin embargo, era tal y como la imaginaba.

Tras los diálogos de rigor, mientras Ben seguía colocando el equipaje en el interior, *Sofia* se acercó unos pasos hasta la casita anexa para no tener que gritar demasiado.

—¡Ben! Hemos preparado una succulenta comida de bienvenida, os esperamos en una hora.

—De acuerdo, allí estaremos —confirmó alzando la voz.

Benedetta tomó a su hijo en brazos, mostrando algo de recelo y cierto alivio por que volviera a ella temiendo dejar de ser la predilección de su hijo.

Entre tanto, las dos abuelas permanecieron mirándose a los ojos de forma dulce y silenciosa.

—*Sofia*, lamento ser aguafiestas, o robarte tu tiempo, pero me gustaría hablar contigo en privado, había pensado invitarte a comer, recuerdo hace unos años un restaurante muy acogedor ubicado en Montechielo, no quiero ser desagradecida con tu hospitalidad, pero...

—Tranquila, me parece una idea fantástica, creo que es un plan interesantísimo, dame un par de minutos, que me quite el delantal y enseguida estoy contigo —dijo *Sofia* mientras se desataba el nudo del mandil.

Sofia abrió con el mando su fiat *cinquecento* rojo, su rostro, había mutado, sus arrugas se habían atenuado y se sentía llena de paz. Una vez alejada del pueblo y cortando la conversación de rigor entre dos mujeres que hace más de veinticinco años que no se han visto, decidió ir directa al grano.

—Maureen, nunca pensé que llegaría este momento, no sabes lo aliviada que me voy a sentir a partir de ahora, quería pedirte disculpas, porque yo declaré a favor de Anselmo para que se quedara con la custodia de Ben y cometí con ello uno de los mayores errores de mi vida. Me arrepentí ese mismo día de haberlo hecho, me di cuenta de que no tenía mi propia personalidad, solo quería gustar a los Caffarelli, pues para mí, eran personas importantes, lo más altivo y noble que jamás había conocido. Con el tiempo he ido creciendo y me fui dando cuenta de que yo crecía más rápido que ellos, observé cosas que ni en cinco vidas, ellos podrían haber detectado.

—Ay, *Sofia*, eras tan inocente y pura en aquel entonces... —dijo Maureen.

—Cuando llegaste a Terrafertile, fuiste como un soplo de aire fresco, la versión de Grace Kelly en pelirroja. Yo te admiraba, pero nunca te envidié, solo que quería ser un poco como tú, con ese aire de mujer enigmática y elegante. Lamenté mucho que te marcharas, me hubiera gustado tanto crecer a través de tus ojos...

—Ay *Sofia*, ¡qué tiempos aquellos! ¿Recuerdas? Cuando me enseñaste a coser y a cortar mis propios patrones. Menudos modelitos nos arreglábamos, nos miraban todos en el pueblo.

—Sí, cómo no lo voy a recordar, fueron las mejores tardes de mi juventud.

—Y cuando íbamos al cine de verano y nos parábamos de comer altramuces y pistachos.

—¡Sí! Y Leopoldo tuvo apendicitis y tía Beatrice decía que era por culpa de comer tantos frutos secos— concluyó *Sofia*.

—Dime, *Sofia*, ¿has sido dichosa en tu matrimonio?

—Pues he tenido días buenos y días peores, Leopoldo nunca creció emocional o espiritualmente. Avanzaba dos pasos y retrocedía tres. Sus dos pasos eran mi estímulo, la vela trémula que sostiene la tenue luz.

—¿Nunca te planteaste la idea de divorciarte?

—Nunca. Siempre sentí compasión por él. Hubiera sido un maldito desgraciado solo sin mí. Además, Benedetta no se hubiera apiadado de él. Nunca tuvo una relación fluida y prolifera con su padre.

—Te entiendo. Además, en Italia, los divorcios son uno de los mayores escándalos que pueda atravesar una familia.

—Bastante disgusto tuvo Beatrice el divorcio de *Veronica*...Entonces, ¿aceptas mis disculpas y arrepentimiento?

—*Sofia*, por favor, te perdoné hace muchos, muchos años. Además, fijate de qué poco sirvió. En el fondo me hiciste un flaco favor. Gracias a tus declaraciones y a las de mis cuñadas, la custodia fue para Anselmo, pero él de inmediato renegó y el juez, no tuvo más opción que otorgarme a mí la custodia. Quedó como un verdadero cobarde y mequetrefe. De todos modos, la finalidad con la que he querido invitarte a comer fuera es porque ahora nos une algo mucho más especial y valioso, un nieto. —concluyó con los ojos humedecidos de emoción.

—Sí, así es. —respondió temiendo opinar.

—Por favor, *Sofia*, sé sincera conmigo, si pudieras elegir el destino de tu hija, lo que crees que es mejor para ella y su felicidad, ¿Cuál sería tu deseo?

—No me cabe la menor duda, me gustaría que se casara con Ben —dijo emocionada. Era tan bello verles juntos, se complementaban tanto, se leía mucha química en sus miradas.

—Yo también quiero que Benjamin y Benedetta si casen y que nos den más nietos, unos tres más, mínimo. Ben está colgado por tu hija. No creo que sea capaz de rehacer su vida con otra mujer que no sea ella— argumentó Maureen.

—Pero ya son mayorcitos, nosotras, poco podemos hacer al respecto.

—Yo creo que algo sí podemos hacer.

—Dispara —dijo *Sofia*.

—Ahora mismo, están los tres solos, espero que no se estén matando o desafiando...La idea sería, hacer que ambos estén solos sin nadie más alrededor, ni siquiera Patricio.

—Te refieres a improvisar una especie de luna de miel forzada

—Sí, algo así.

—Lo veo exageradamente complicado, Maureen. Minutos antes de que

llegarais, Benedetta estaba hablando con una de sus *wedding planners*, la veía bastante entusiasmada. Benedetta es muy cabezota, no creo que le quite de la cabeza la idea de casarse con Alister.

—*Sofia*, no tenemos mucho tiempo de margen, tenemos que pensar en algo...

A *Sofia* le vino de inmediato una idea.

—Ella sabe que yo no apruebo lo que hace, mientras me hablaba de su *rehearsel dinner* le sugerí alejarse de todo, darse un tiempo de reflexión. Está demasiado saturada por los acontecimientos, ese caballero inglés la tiene nublada con tantos ceros en el banco. Benedetta no es así, simplemente busca seguridad.

—¿Y piensa que mi hijo no se la va a poder dar?

—Supongo que siente miedo por su expediente.

—No lo entiendo, mi hijo es inocente y ha sido indemnizado por el tribunal que le condenó.

—Maureen, tapemos el sol con un solo dedo, Benedetta simplemente tiene el corazón roto, siempre ha buscado una vida segura, con unos cimientos sólidos, es una chica tradicional, cuando quedó embarazada y se vio sola quedó devastada. Benedetta no cumple el perfil de madre monoparental, valoraba la importancia de un padre en la educación de un niño y deseaba que el padre de sus hijos fuera un hombre maduro y motivador, lo opuesto a Leopoldo.

—Pero *Sofia*, no me discutas que ese viejo lord pueda llegar a ser un padre ejemplar para Patricio.

—En absoluto, Maureen, si yo estoy totalmente de acuerdo contigo en todo. Lo que no sé, cómo demonios ser tu cómplice para que se reconcilien.

—Para empezar, estamos aquí juntas, tomando este fresco chianti y este delicioso *Pici al tartufo*, mientras ellos están comiendo solos. Podemos pasar todo el día juntas paseando—si no tienes otro compromiso—y aparecer en Terrafertile ya entrada la noche, tenemos a Benjamin de nuestra parte, le he aconsejado ser comunicativo paciente y receptivo. Seguro que, si mantiene la compostura, ella caerá rendida en sus brazos.

Ambiente hogareño

La cocina de Terrafertile, de estilo toscano y carácter rústico, tenía los colores de la campiña italiana; ocres, marrones y beige, se daban la mano con la verde oliva y el rojo ladrillo. La madera de caoba, acompañaba a las cerámicas, terracotas, barros cocidos y algunas cazuelas de cobre. No podían faltar en esta cocina las vigas de pino. Era la estancia favorita de muchos toscanos, por eso, en su momento, no se escatimó en su tamaño, convirtiéndose desde sus inicios en cocina y comedor.

Benedetta se quitó el delantal y observó la mesa puesta, con su mejor cubertería y el mejor vino de la bodega, las cazuelas y sartenes con sus suculentos manjares, reposaban a fuego lento esperando a sus invitados. Patricio tomó con recelo una rodaja de *finocchiona** y se alejó de radio de su madre, consciente que no le gustaba que picoteara antes de sentarse a comer.

—Huele a cocina italiana de la buena o soy yo que estoy hambriento — dijo Ben entrando a la estancia oliendo a un perfume arrebatador.

—Es culpa de mi madre, tiene muy buen gusto cocinando. Aunque yo he puesto un toque, espero no haberlo estropeado.

—Recuerdo tus guisos, Benedetta, no se te daba nada mal.

—Vaya, muchas gracias— respondió satisfecha. Cambiando de tema, tu madre tiene un fuerte poder de convicción. Con una frase es capaz de llevarse a mi madre al fin del mundo.

—Hace más de veinte años que no se ven. Y ahora comparten un nieto, es lógico que quieran confraternizar.

—¡Patricio, a comer! —exclamó su madre.

Tras saborear el suculento risotto, ella se dirigió a la nevera donde rescatar aquel sencillo tiramisú. Ben se levantó para preparar los cafés.

—Hay una pregunta que nunca encuentro el momento de hacértela.

—Dispara —dijo Benedetta.

—¿Qué hicisteis con las plantas? Recuerdo enseñarte a mantener el invernadero mientras no estaba.

—En un principio, pensé en comentárselo a mi padre, él nunca ha cultivado plantas de este tipo, pero siempre ha tenido un don para la recolecta. Después pensé que debía darle demasiadas explicaciones a cambio. Busqué un

recolector y las vendí. ¿Todavía fumas?

*finocchiona** fiambre típico toscano hecho con carne de cerdo picada condimentada con semillas de hinojo que se baña en vino tinto.

—¡Qué va! Lo dejé en el momento más tentador de mi vida.

No hacía falta explicar más, su interlocutora imaginó la situación y se congratuló de la fortaleza y entereza de Ben.

—Pero no sabes la de veces que me he acordado de...

—No sigas, está el niño... —dijo la joven, vocalizando y deseando que Ben borrara esa sonrisa y aquellos ojos que miraban hacia arriba buscando una ilusión. Desde que Ben había entrado por la cocina, con aquella camisa de lycra blanca que marcaba su trabajado torso, la barba recortada y aquel olor a prohibición hasta aquel instante, Benedetta no había entrado en el juego provocador u ofensivo de Ben, más bien porque él se mantenía amable y comedido. Daba la sensación de que había aprendido a perdonarse y ello inconscientemente condicionaba a la joven.

—¿Haces algo esta tarde? —Preguntó él.

—No, no tengo planes, había programado mi día para estar con mi madre y la tuya. El único que tenía planes era Patricio, viene una amiga a recogerlo, tiene mellizos, de la misma edad que Patricio y aunque se ven de uvas a peras, hacen muy buenas migas. La conocí en las clases de preparación al parto y nos ayudamos siempre que lo necesitamos.

—¿Y si nos vamos los tres a Siena?

—Siena es demasiado bonita, tu madre querrá visitarla, además, ya casi son las cinco de la tarde, no son horas.

—Tengo que solucionar un tema de abogados en Siena y me gustaría que me acompañarais tú y Patricio.

Ben le mostró la carta que su madre había traído consigo, ella quedó sorprendida, nadie sabía de la decisión de Anselmo, se desvinculó de sus hermanas de forma estrepitosa, no daba señales de vida, de tanto en tanto, aparecía por Montepulciano para asistir a algún velatorio o compromiso entre amigos, pero había cambiado de teléfono móvil y bien había advertido a todos sus amigos de no facilitarlo a sus hermanas. Era lo justo, pensó Benedetta satisfecha.

La tarde podría haber sido tediosa para los dos, Benedetta pensaba que lo justo sería pensar activamente en una coartada que le alejara de su casa para poderse despegar de él, no obstante, de inmediato recordó que era su escolta y sus recursos escasearon.

—Benedetta, me gustaría ver tu cuento ilustrado, aunque no hayas avanzado mucho, solo muéstramelo.

—Sí, claro, sube conmigo al estudio—

Aquella invitación, significaba mucho para él. Mientras accedía por las escaleras laterales del edificio sentía el olor a pintura, barnices y otros utensilios, aquel olor lo transportó a un tiempo que añoró tanto desde la cárcel como el respirar aire fresco.

—Cuando estaba embarazada, se me despertó mucho más la creatividad. Ilustré y preparé parte del collage para el cuento, pero cuando nació Patricio, olvidé mi pasado, es como si no hubieran existido acontecimientos importantes antes de tener un hijo.

—¿Ya no quieres que te lo publiquen? No te entiendo. Aquel cuento eras tú, era tu niña la que hablaba. ¡Qué mejor regalo para Patricio que ese cuento!

—No sé Ben, es como si crear no tuviera sentido sin ti. —dijo estallando un sollozo.

Ben se apoderó de aquel llanto arropándola con sus fuertes brazos.

—¿Y si te dijera que no es cuestión de magia? que todo es posible. Una sirena de policía interrumpió la tierna declaración de Ben. A continuación, alguien llamó a la puerta de forma insistente, alertando a los jóvenes de la emergencia. Los dos bajaron las escaleras en silencio, al ritmo de sus palpitaciones. Dos oficiales carabinieri esperaban en la basta puerta.

—¿*Signorina* Benedetta dall'Osso?

—Nos deja pasar, no le traemos buenas noticias.

—Pasen, pero no me torturen, ¿Qué sucede?

La joven pensó de inmediato en su madre y en Maureen.

—¿Qué ocurre agente? ¿Ha habido un accidente de tráfico?

—No, exactamente, hemos encontrado una bicicleta abandonada en un arcén de la carretera que conduce a Pienza, pensábamos que era de algún campesino, pero aun así aminoramos la velocidad, al aproximarnos vimos el cuerpo de un hombre, había caído por un pequeño despeñadero que da a un barranco. Llamamos a una ambulancia, con Unidad de Terapia Intensiva Móvil UTIM basada en un Servicio Móvil de Urgencia y Reanimación, pero no pudieron hacer nada, el hombre llevaba más de una hora fallecido.

El rostro de Benedetta se había tornado bermellón y su cuerpo no dejaba de sudar. —Y ese hombre, ¿es mi padre? —dijo con voz quebrada.

—Sí, aquí tiene la documentación del fallecido—Uno de los oficiales le dio una bolsa transparente que contenía lo poco que un pensionista pudiera

llevar en sus bolsillos.

—Nos hemos presentado en el domicilio que figura en la documentación, pero como no nos habría nadie, hemos optado por venir aquí.

—Gracias agentes —dijo Ben mientras le daba un apretón de manos a cada uno de ellos mientras que con el otro brazo presionaba la mano de su prima. Las lágrimas de ésta, se contuvieron antes de oír la sirena, conmocionada por aquel cuento ilustrado y ahora, esas mismas lagrimas se derramaban sin consuelo, mostrando en su cara miedo, pena, dolor y pérdida. Entre tanto, Ben, que había reprimido de su corazón unas declaradoras palabras fluidas y resbaladizas, tomó su rostro con sus dos manos sujetándole la cabeza y besó su frente. —Tranquila, Beni, estoy aquí, contigo, te protejo, como siempre quise hacer. Llamaré a *mamma* y si no la localizamos iremos en su busca, tu llama a tu amiga y pídele que se quede con Patricio todo el día.

Luz para los que quedan

Tras varios intentos, Ben desistió en la idea de localizar a su madre, no había tiempo que perder, además, no quería perder de vista a la madre de su hijo. Benedetta estaba bloqueada y conmocionada y permitía que éste actuara en nombre suyo. Antes de que *Sofía* y Maureen aparecieran, recibieron el informe de la autopsia. Leopoldo había sufrido un ataque agudo de glaucoma que le había hecho perder el equilibrio sobre la bicicleta y caer sobre el terraplén próximo al arcén. Su cabeza había caído sobre una puntiaguda y maciza piedra, de ahí la marcada herida en el cráneo.

Los primeros meses de ingreso en la cárcel, fueron para Ben una auténtica tortura. Se negaba a alimentarse, a dormir, a hablar, solo le colmaba la esperanza de que se hiciera justicia. Inició una huelga de hambre en protesta por tener un segundo juicio, al cabo de doce días en los que solamente tomó líquidos y con el riesgo de poder sufrir abusos "físicos y mentales" de otros reclusos y funcionarios del Departamento de Prisiones de dicho estado, fue trasladado al departamento médico de la cárcel para seguir de cerca su estado de salud. Un funcionario y licenciado en psiquiatría le mostró un espejo en el que mirarse, fue en ese instante cuando Ben tomó conciencia de que había sufrido un importante deterioro, le hizo entender que había dos formas de conseguir las cosas y que ambas, aportaban diferentes beneficios y daños colaterales. Desde aquel momento, el médico psiquiatra se convirtió en su mejor aliado y cómplice. Ben tomó conciencia de su interés en autodestruirse y su motivación por querer acabar con su vida de cualquier manera, sintió miedo de no poder ser el mismo y pidió ayuda, quiso aprender y leer todo lo relacionado con la psicología y la mente humana, desde el momento en el que Ben eligió ser asertivo y trabajar la mente, sus días comenzaron a hacerse más holgados. Los funcionarios empezaron a premiarle con pequeños detalles y, sorprendentemente, los reclusos valoraban el sorprendente cambio de actitud, ganándose con ello su respeto. Desde la salida de la cárcel, Ben había olvidado sus aptitudes psicológicas, simplemente se había permitido ser Benjamin, el libre de Benjamin, un ser humano que puede sentarse en un sofá horas y horas y olfatear aquel sabroso pudín que su madre cocinaba, o el agradable olor que su pueblo marino rezumaba por todo su litoral. Ahora, tras

aquella repentina muerte, Ben utilizaba todas sus aptitudes como aprendiz en psicología para proteger a Benedetta, —no en vano, había elegido sobrevivir en aquella celda y mantener un buen aspecto físico y mental, por tenerla de nuevo—. Habían transcurrido dos horas desde que habían conocido la trágica noticia, no localizaban a la cónyuge y por ello, no podían tomar decisiones, las palabras: obituario, exequias, sepelio o velatorio merodeaban por la mente de la joven con cierta vaguedad, Ben no solo mantuvo el tipo aquellos primeros instantes, sino que fue su cayado durante los primeros días. Conocía a su prima, aunque no compartía su dolor, trató de pronunciarse en los momentos oportunos, no decir nada cuando era la mejor opción y, sobre todo, ser un buen conversador. Aprovechó aquellos instantes de conversación para contarle sus mejores entretenimientos en la cárcel, el deporte y aprender psicología.

La muerte de su padre había sido un golpe mucho más duro del que ella pensaba, siempre pensó que sin él su vida hubiera sido más sencilla, quizás por su falta de complicidad y entendimiento, no obstante, el modo tan repentino y frágil de cómo había sucedido era sencillamente devastador.

Finalizado el sepelio y tras despedirse de todos los amigos, familiares y conocidos que habían ido hasta su casa paterna a rendirle sus condolencias, la joven tomó un calmante y cayó en los brazos de Morfeo durante más de once horas. Ni las conversaciones y ruidos de Patricio jugando, la despertaron aquella mañana.

—Buenos días, *principessa*, te he exprimido zumo de naranja natural. —dijo Benjamin con voz melosa mientras irrumpía en su habitación sin permiso alguno y depositaba la bandeja sobre la mesilla de noche.

Benedetta llevaba unos minutos despierta observando el techo pintado y restaurado por ella misma. Le llenaba de paz ver a aquellos hermosos angelitos sobrevolar su cielo. Se inclinó y corrigió su ladeado tirante. Era consciente de que Ben le había visto una teta y medio pezón, pero le importaba poco.

—Muchas gracias Ben. He dormido mucho, pero llevo un rato despierta, pensando...

—¿Puedo preguntarte qué pensabas? —dijo mientras se sentaba sobre su cama.

—Me apetece mucho acabar mi cuento. Se lo quiero dedicar a él, esté donde esté.

—Me parece muy buena idea. Yo entre tanto, si no te importa, me gustaría restaurar las estatuas y cariátides del jardín, ¿te importa?

—Sí, me parece muy buena idea, te ayudaré a preparar la pasta que usaba mi abuelo.

Ambos volvieron a trabajar en el taller, juntos en armonía, compartiendo silencio y pasión por el arte. Ella concentrada con su collage, comenzaba a recuperar su hermoso rictus con un toque pueril. Entre idas y venidas, aprovechando banales conversaciones, Ben la miraba a los ojos, comenzaban a brillarle como antes.

Benedetta pasaba su proceso de duelo preparando un libro con la técnica del collage, era un libro infantil dirigido a niños y a un público adulto. Un público que lucha por la aceptación, unos padres que esperanzados de poder tener un hijo igual que ellos, hayan tenido un hijo diferente a ellos y han querido rectificarle a toda costa, pensando que así lograrían esquivarle del peligro, de aquello que ellos desconocían y temían. Con este cuento, se perseguía una nueva herramienta para educar la inteligencia emocional y una oportunidad para entender mejor lograr la aceptación de uno mismo y saber gestionar las emociones.

—Benedetta, ¿Alguna vez has tenido que volver atrás para dibujar los puntos de inflexión en tu vida y entender por qué pasan las cosas? —se atrevió a preguntarle mientras hacía sus manualidades, intuyendo que iba a estar de buen humor.

—Sí, creo que sí, ¿Por qué?

—Por lo de tu padre. Recuerdo nuestras clases, el aula llena y cómo les hablabas a las alumnas de las enfermedades adquiridas por patrones de comportamiento familiar. Nunca lo he hablado contigo abiertamente.

—Sí, lo sé, Ben, mi padre tenía glaucoma y problemas de corazón, porque no quería ver más allá de sus narices y era un ser débil. La verdad ante sus ojos y su espíritu, era demasiado dolorosa.

—Lo intuí, porque le habéis ocultado demasiados secretos evidentes.

—Era un ser frágil, aunque aparentemente parecía un hombre iracundo y parco. Por eso me he animado a terminar el cuento. Ahora tengo las emociones a flor de piel y siento que este cuento va a armonizar nuestra no relación.

—Puedes desahogarte conmigo, de algún modo compartimos familia disfuncional— sugirió Ben.

—Sabes, mi padre siempre me estaba comparando con su madre. ¡Eres igual que tu abuela! decía, pero sonaba tan despectivo. Me hacía sentir mal, era como si hubiera nacido siendo mala persona. Tuve que entender tras los

años que no era así. Lo decía en tono despectivo. Creo que él siempre temió que yo fuera como ella. Sin embargo, la veneraba. Eso sí que es amor almibarado de odio.

—Es una actitud muy típica en personas que no pueden atacar a sus padres, por respeto. Pero si pueden hacerlo con sus progenitores—dijo Ben

—Cuando gané el certamen, todo el pueblo estaba orgulloso, fue un logro bonito. Todos los vecinos estaban orgullosos de mí, y papá hacía como que, si lo estaba, pero su orgullo vibraba muy bajo. Estaba feliz, pero él prefería otro camino para mí. Un camino más sencillo, más llano, menos mundano. Él quería una hija normal.

Ambos continuaron trabajando, respetando el silencio y la concentración, pero no llegaron a transcurrir treinta minutos, cuando Ben quiso de nuevo dialogar.

—Beni, ¿puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Vas a tener más hijos?

—No creo, Alister se hizo la vasectomía tras nacer su cuarto hijo.

—Tú querías tener mínimo tres hijos, lo recuerdo.

—Sí, así es, pero he entendido que cuando encuentras a la persona con la que compartir tu vida, debes renunciar a muchos sueños a cambio de otros, no mejores, pero diferentes.

—¿A qué sueños renuncias tú?

Benedetta no quiso contestar, la respuesta se hallaba en una capa demasiado profunda de su corazón. Había mantenido muchos sueños envasados al vacío, planchados, sin forma ni alma, era fácil ahora hacerlos emerger sin más, pues la vulnerabilidad de haber perdido a un ser querido, le hacía replantearse su vida por completo.

—De momento, intentaré no renunciar a ninguno de ellos —dijo marchándose del taller para poder ocultar sus ahogadas lágrimas. Necesitaba arrullarse en su cama y llorar sin más, llevaba tres días sin saber de Alister Ramsey. No había podido compartir la trágica noticia con él, había hablado con su asistente personal y mano derecha, Clare, tenía sesenta años y llevaba más de veinticinco siendo la sombra de Lord Ramsey, a Clare no se le escapaba ni un solo detalle, era eficaz, resolutiva y una tumba con las confidencias. Mesuraba su información en función de quién la solicitaba.

Clare no se sorprendió de la llamada, llevaba varios días sin saber de su jefe, en su última llamada le comentó su intención prematura de viajar a

Tanzania de caza mayor con un importante cliente con el cual había firmado un contrato de muchos números. apreciaba a Benedetta, le encantaba ese toque mediterráneo de la joven, su jefe tenía un gusto exquisito con las mujeres. Clare le mandó sus condolencias a la prometida de su esposo y le informó de su paradero, de inmediato se puso en contacto con una floristería toscana donde encargó un majestuoso ramo de flores de parte de Sir Ramsey. Alister era algo impredecible, pensó Benedetta. Algo que estando cerca de él, poco le importaba, pero en la distancia y tras la conmoción de perder a un ser querido, carecía de encanto. Deseaba hablar con él, por respeto a los suyos, deseaba cancelar la boda, la familia estaba de luto, no era momento de magnas celebraciones. Pero tras aquella justificación se escondía otro motivo de peso, el abandono, la indiferencia de Alister, frente a la protección y atención continua de Benjamin. Al corazón no le podía dominar, ahora latía solo y al ritmo e intensidad que éste deseaba. Tras la última conversación en el taller, Benedetta había entendido que, si podía recuperar aquellos sueños, podía pinchar aquel plástico que los había mantenido herméticos, no obstante, se conservaban frescos y puros como el día en que ese amor se gestó. Mientras trabajaba en el taller y con delicado disimulo había anclado su mirada a los fibrados brazos de Ben y no había podido olvidar aquellos momentos en los que su cabeza quedaba anidada en su pecho, atrapada por la fuerza de sus pectorales mientras sentía sus fuertes investidas.

Ben encendió el ipod, ahora que se había ido ella, necesitaba música para ambientar ese mágico taller, aquel lugar donde tuvo que ahogar una hermosa declaración de amor tras escuchar la estruendosa sirena de la policía. Billy Joel cantaba esa romántica canción titulada *She is always a woman*.

“She's Always a Woman

*She can kill with a smile, she can wound with her eyes
She can ruin your faith with her casual lies
And she only reveals what she wants you to see
She hides like a child but she's always a woman to me
She can lead you to love, she can take you or leave you
She can ask for the truth but she'll never believe you
And she'll take what you give her as long as it's free*

*Yeah she steals like a thief but she's always a woman to me
Oh, she takes care of herself, she can wait if she wants
She's ahead of her time*

*Oh, she never gives out and she never gives in
She just changes her mind*

*And she'll promise you more than the garden of Eden
Then she'll carelessly cut you and laugh while you're bleeding
But she brings out the best and the worst you can be*

[Billy Joel](#)”

“Ella es siempre una mujer

*Te puede matar con una sonrisa, te puede herir con sus ojos
Te puede arruinar la fe con mentiras casuales
Y solo revela lo que quiere que tú veas
Se esconde como un niño, pero siempre es una mujer para mí
Ella lidera tu amor, puede tenerte o abandonarte
Te puede pedir la verdad, pero nunca te creerá
Y mantendrá lo que le das mientras aquello sea libre
Si, roba como un ladrón, pero siempre es una mujer para mí
Oh, ella cuida de sí misma, puede esperar si quiere
Está por delante de su tiempo.
Oh, ella nunca falla y nunca abandona
Simplemente cambia de parecer
Y te prometerá más que el jardín del Eden
Entonces cuidadosamente te cortará y se reirá mientras tú sangras
Pero saca lo mejor y lo pero que tú puedas ser.*

[Billy Joel](#)”

No era casualidad, había habilitado una carpeta llamada “Ella” donde almacenaba canciones románticas en las que veía a su amada. Finalizada la canción llegó Robbie Williams con *She's the One*, la música le daba confianza, la empezaba a sentir cerca.

XXXIII

Maureen en la toscana

Maureen estaba embelesada con su nieto, aprovechaba todo el tiempo que podía para estar con él y confraternizar. Estar con Patricio, le hacía recordar aquellas tardes vacías en hoteles o pasarelas, en las que aprovechaba para enseñarle a su hijo clases de matemáticas o historia. Patricio, se sentía bien con su estrenada abuela y lo demostraba respondiendo a sus solicitudes en inglés, disfrutaba de su libertad de elección, si le apetecía estaba en casa con su madre y si le interesaba estar mejor con su padre y abuela, pedía permiso—deseo que siempre le era concedido— y solo tenía que cruzar el umbral de la casita anexa y saludar. Para él, su vida empezaba a ser más completa e interesante con un padre una madre y dos abuelas. Todavía era demasiado pequeño para entender lo que le había sucedido al abuelo, por lo que intentaban disimular la tristeza y no llorar delante de él.

—¿*Mamma* que te pasa? ¿Estás llorando? —preguntó su hijo irrumpiendo en su habitación.

—Solo un poquito, hijo, estoy cansada, los mayores no tenemos tanta energía como los niños, y cuando nos cansamos nos ponemos tristes y nos dan ganas de llorar, pero seguro que si me das un fuerte abrazo se me pasa. Benedetta permaneció todo el rato que su hijo se lo permitió estrechándole fuerte contra ella, oliendo su piel.

Dos golpecitos suaves sobre la puerta semiabierta les interrumpieron.

—Disculpad— pronunció Maureen.

—Venía a invitarte a cenar a casa, voy a preparar los palitos de pescado con tomate que tanto le gustan a Patricio. Es la primera vez que los cocino para él, espero que le gusten. Antes de que la joven declinara la invitación, Maureen se adelantó: —Sé que tu madre ha optado por pasar un par de días en la granja, con sus hermanos. Mañana Benjamin y yo estaremos en Siena todo el día, vamos a arreglar los papeles de la herencia de Anselmo, puede que nos quedemos allí una noche... Me gustaría que tú y Patricio nos acompañarais, principalmente porque no quiero dejarte sola en ésta casa dándole vueltas a las cosas y por otro, nos vendría bien traer con nosotros una italiana nativa, nos ayudará también para conocernos mejor.

—Gracias Maureen, iremos a cenar esta noche los dos, respecto al viaje, no me siento con fuerzas, me vendrá mejor quedarme en casa.

—Como tú desees, Benedetta, creo que no hace falta que te diga lo mucho que me gustas como mujer y madre de mi nieto.

—Lo intuía—respondió ella.

—Veo tantas cosas de ti en mí cuando tenía tu edad que no puedo evitar

sentirme vinculada a ti de una manera especial— analizó Maureen.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo y en cierto modo te admiro. Estoy muy contenta de que estés aquí, solo necesito darme un par de días a mi aire.

Maureen tuvo que reprimir sus palabras, deseaba tanto pedirle a Benedetta que le diera otra oportunidad a Benjamin... Pero no quería mermar su confianza y sabía que sus palabras de poco servirían, el corazón de Benedetta era el único que debía dar tomar acciones correctivas en su vida, si así ella lo deseaba. Una vez leyó en un libro de astrología que los hijos buscaban en las mujeres un patrón parecido al de sus madres, en este caso, así era.

—En fin, Benedetta, para mi vuelta, saldremos a cenar las dos solas, ¿te parece?

—Claro que sí, Maureen, me encantaría.

Benedetta imaginaba a Lord Ramsey, tomando un jet privado y plantándose en el aeródromo más cercano de la Toscana. Así suponía que era, aunque rara vez hubiera surgido situación semejante. Tras la escasa información de Clare y conociendo la implicación de ésta, su aparición caballeresca quedaba algo remota, no obstante, unos días a solas con su hijo serían una bendición.



El sol ya comenzaba a filtrarse por los bastos ventanales cuando unas diminutas y frías plantas de pie rozando sus muslos hicieron que Benedetta diera un respingo. Rara vez irrumpía su hijo en su lecho, ahora que dormía sola, Patricio se sentía dueño y señor de la estancia de su madre, ésta, decidió hacer una torsión y tomarle en sus brazos mientras olía su cabello color calabaza y su fresca y pálida piel.

—*Mamma*, ¿qué hora es?

—Pronto, vamos a dormir un par de horas más —dijo su madre.

Pero Patricio no tenía ni pizca de ganas de entrar en estado duermevela.

—*Mamma*, hoy va a ser un día muy aburrido sin papá y sin la abuela Maureen, ¿Por qué no nos hemos ido con ellos a Siena?

—¿Me estás llamando aburrida? —dijo mientras le hacía cosquillas al pequeño.

—¡Siii! —exclamó el pequeño mientras daba saltitos esquivando los dedos de su madre.

—¿Por qué no nos vamos con ellos? Todavía no se habrán ido, venga,

déjame ir a casa de papá y decirles que nos esperen.

—Patricio ¡Quiero dormir! Todavía es de noche.

—No, *Mamma*, es de día, mira—dijo mientras descorría una de las cortinas y correteaba hacia la casita anexa.

—Eres un niño incorregible, Patricio ¡ponte las zapatillas para salir! ¡Si no quieres que de verdad me enfade!!

Benedetta viajaba en el asiento del copiloto, a pesar de que había insistido unas diez veces a Maureen en que ella prefería ir detrás con Patricio, pero ésta sostenía que lo lógico era que delante subiera una florentina conocedora de todos los atajos y rincones bonitos de la Toscana, sobre todo a la hora de hacer una parada para desayunar y estirar las piernas. Benedetta daba ligeras inclinaciones de cabeza, pretendiendo retomar el sueño interrumpido por su hijo. No le había dado tiempo si quiera de hacerse la cama, cuando Patricio irrumpió en la casa de los Caffarelli, estos ya tenían las maletas colocadas en la puerta y daban los últimos repasos para desalojar la casa por un par de días. Desde que era madre, estaba acostumbrada a hacer todo aquello que su pequeño deseaba, le placiera o no, sin embargo, no recordaba un capricho o anhelo de Patricio que le resultara tan perturbador. Quería dormir, quería no pensar, no hablar, no estar por nadie más que por su hijo. No le apetecía nada vagabundear por Siena mientras tramitaban papeleos.

—Beni, deja de poner esa cara de repollo, me recuerdas a esas mujeres de los años cincuenta sentadas en la banqueta del gimnasio porque ningún alumno las sacaba a bailar. Venga, ¡Con lo guapa estás sonriendo! —dijo mientras le pellizcaba un carrillo. Sé que has venido por complacer a nuestro hijo, te prometo que te compensaré por ello.

—¿Ah sí?

—¿Qué harás?

—Pues déjame que siga pensando el qué— Ben de nuevo ahogó una frase, quería decirle que seguramente, nunca olvidaría aquel viaje, pero sabía que la iba a importunar. Solo deseaba poder controlar aquella contención de palabras, era un soberano esfuerzo para alguien tan transparente y pasional como él, pero se lo había prometido a su madre y a él mismo.

El ayuno y silencio ayudó a Benjamin a recordar un mensaje que había recibido aquella noche en sueños.

—Me ha pasado una cosa extraña, he soñado con mi padre, me mostraba una carpeta con un papel viejo y me decía que te lo debía dar a ti, que tú llevabas tiempo buscándolo. Me ha mostrado en qué lugar de la casa se

encuentra. No sé si tiene sentido para ti.

—Mucho Ben, mucho. —respondió Benedetta petrificada. Aquel mensaje, como muchos otros mensajes oníricos, era la confirmación de que aquella acta de entrada le pertenecía. Desconocería siempre qué intención llevó al padre de Ben a solicitarla, pero qué importaba, de alguna manera, aquel hombre intentaba equilibrar su karma.

Benedetta disfrutó el día paseando por Siena con Patricio, compras, visitas a iglesias, parada para tomar un rico helado. Ver al niño feliz, con esos ojos de curiosidad, le hizo olvidar el esfuerzo y carácter taciturno adoptado aquella mañana, ahora sentía que había hecho lo mejor para los dos, salir de la zona de confort. Aun así, seguía mirando el móvil cada quince o veinte minutos, esperando que su prometido se molestara en saludarla y comunicarle sus más sentidas condolencias. ¡Qué bien sabían hacerlo los ingleses! E incluso sin realmente sentirlo, como lo hizo Clare con su frase: “*My heart goes out to you and your family at this difficult time*” Lord Ramsey diría algo así como: “*I extend my deepest sympathies to you and your family. May the soul of your father be at peace with our Heavenly Father*” Los irlandeses no eran tan petulantes en dichos casos. —*Bloody sasanach*— maldijo la modelo en voz baja.

Madre e hijo permanecieron en una concurrida plaza, sentados a sol lamiendo un rico helado mientras escuchaban a un músico tocar la guitarra española. Sonaba una canción de Julio Iglesias, Por la calle de sus espaldas, bajaban paseando y con un rostro pacífico Benjamin y Maureen.

—¡*Mamma* yo puedo aprender a tocar la guitarra! —dijo Patricio entusiasmado.

—No, hijo, eres irlandés, tienes que aprender a tocar el arpa, como tu padre y tus antepasados celtas— sentenció Benjamín manoseándole el copioso cabello.

—Yo quiero un helado como el tuyo, Patricio, acompáñame a pedirlo al mostrador— sugirió Maureen.

—No hace falta que os pregunte cómo ha ido, ambos tenéis cara de felicidad y alivio.

—Sí, de algún modo, me emociona pensar que Anselmo no renegara de mí. *mamma* y yo hemos ido a una iglesia tras salir de la notaría, queríamos encenderle una vela a tu padre y al mío y dar gracias por todo, yo he aprovechado para pedirle perdón y aceptarle, aunque ya no esté con nosotros.

—Bien hecho, Ben, así me gusta —dijo tomándole de la mano y

apretándosela.

—*Mamma* y Patricio se quedarán cenando en el hotel, luego darán un breve paseo y se irán a dormir. Te voy a llevar a cenar a un sitio que me ha recomendado la asistente del notario, pero lo que te va a gustar más es dónde te voy a llevar después.

—¿Dónde?

—Venga, Beni, hazlo por mí, tengo muchas ganas de cenar en un restaurante lujoso, que me sirvan más vino cuando casi se me esté vaciando la copa ¿tú estás a disgusto conmigo?

Benjamin la veía muy tristonera, entendía que necesitaba su tiempo para sellar el duelo, pero esa tristeza, la llevaba ya de antes. No quería decírselo porque entonces ella se pondría a la defensiva y sabía cómo acababan aquellos debates.

—Yo no te he dicho que no, te he preguntado ¿Dónde?

—En el mejor restaurante de Siena, porque no merecemos menos, así que ponte guapa esta noche, tienes una cita.

—No me he traído nada de vestir.

—Pues ya sabes, toma aquella calle hacia arriba... y cómprate el vestido más bonito que encuentres, nosotros, mientras nos pondremos morados de helados.

Benedetta daba un último repaso de su aspecto ante el espejo. El vestido era imprescindible para cualquier fondo de armario, ni demasiado chic ni demasiado casual, vaporoso midi negro de Cocktail con estampado de flores y cuello de bañera, lo acompañaba con unas sandalias plateadas y un bolso bandolera a juego, se había dejado la melena suelta y pintado los labios con un carmín rosado.

El *ristorante Casato*, cerca de la piazza del campo era la recomendación que Ben había acogido con interés. Y como intuía, fue una perfecta elección, lugar con clase y elegancia, los platos con una excelente y refinada presentación y una explosión de sabor en el paladar. Benjamin se mostraba pletórico tras la reunión con el abogado de su difunto padre. No se había convertido en lugarteniente ni mucho menos, pero aquel presente, era una razón más por la que permanecer en Montepulciano. Benedetta, ya había olvidado aquel humor de perros que la acompañó esa misma mañana y no se despegó de ella durante toda la jornada hacía Siena. Unas compras, un agradable baño y una refinada cena, la habían tornado un rostro aterciopelado y dulce que delataba la calidez de su alma.

Además del restaurante, la asistente del bufet le había recomendado un local ecléctico con gente mundana, totalmente atípico en una sociedad italiana. Un lugar decorado con aires árabes y españoles, pero con música latina. Tango, bachata, cumbia o salsa.

—Me han dado unos planos indicándome dónde se encuentran las tierras de Anselmo Caffarelli, hay viñedos y olivos, también tengo el contacto de la persona que las trabaja, no paga arrendamiento porque no le compensa, esta semana le conoceré y le haré una propuesta succulenta— comentó Benjamin de camino al local de baile.

—Hablas como un irlandés, Rhett —dijo la joven sonriendo y recordando ese juego de rol. Me recuerdas más a Scarlett que a Rhett, luchando por lo que es tuyo y de tu familia, aquello que pensabas que te habían arrebatado injustamente.

—No querida O'Hara, sigo siendo Rhett, estoy pletórico como él y hoy sería capaz de apostar todo mi dinero en una subasta benéfica para hacer bailar a una joven risueña y pizpireta que se encuentra de luto.

—¡Rhett, entonces provocaremos a la confederación! Pero sí, bailar, eso es lo que quiero, esta noche sería capaz de bailar hasta con el propio Lincoln. —dijo emulando la escena.

Benedetta tomó la mano de Ben y ambos se lanzaron a bailar en la pista. Era la primera vez que bailaba con él, no tenía ni idea de sus dotes, sabía dirigir el ritmo y ella no hizo menos que, dejarse llevar. Por fin dejaba de existir entre ellos una guerra sin cuartel. Ben permanecía consciente de los pasos de su pareja, sin marearla, haciendo que cada giro le resultara divertido. Aquellas piezas, resultaron mágicas, no emitieron una sola palabra, las manos y los movimientos comunicaban lo que sucedía en esa pareja.

Ambos recordaron la conversación de los personajes en dicha escena del baile. Scarlett acababa de enviudar de sus primeras nupcias, Rhett puja por bailar con ella y durante el último vals le solicita sin rodeos su deseo de querer algo más de ella. “Quiero que algún día me diga las mismas palabras que le dijo a Ashley Wilkes, te quiero”.

—Otro baile y mi reputación quedara perdida para siempre —dijo Benedetta emulando a Scarlett.

—Si tiene suficiente valor podrá pasar sin reputación. —dijo su improvisado Rhett

—¡Oh, lo que dice es escandaloso!

La gente comenzó a abandonar la pista, las horas pasaban rápidas y

rítmicas, quedaba solo una canción para encender las luces e invitar a los clientes a terminar sus bebidas, recoger sus pertenencias—pareja incluida— y que se despidieran hasta la próxima cita. Sobre la pista sonaba George Michael con su *Careless Whisper*. Benedetta se acercó más al cuello de su pareja de baile, llegando no solo a oler su irresistible perfume sino a besar el lóbulo de su oreja, Benjamin, tomó su cintura con más fuerza y cuando el cuerpo de los dos había demostrado la ergonomía perfecta, se acercó a sus labios y la besó apasionadamente.

CARELESS WHISPER

I feel so unsure

As I take your hand and lead you to the dance floor

As the music dies, something in your eyes

Calls to mind the silver screen

And all its sad good-byes

I'm never gonna dance again

Guilty feet have got no rhythm

Though it's easy to pretend

I know your not a fool

Should've known better than to cheat a friend

And waste the chance that I've been given

So I'm never gonna dance again

The way I danced with you

Time can never mend

The careless whispers of a good friend

To the heart and mind

Ignorance is kind

There's no comfort in the truth

Pain is all you'll find

I'm never gonna dance again

Guilty feet have got no rhythm

Though it's easy to pretend

I know your not a fool

George Michael

Maureen, en virtud de sus dotes de videncia e intuición, daba por hecho que algo especial iba a suceder esa noche, así que, de forma natural, ocupó la

habitación de su querido nieto. La pareja, continuó amándose a la luz de las farolas de la preciosa ciudad de Siena hasta llegar a la habitación donde la química recobró aquella pasión que un día estalló y parecía dormida. Por primera vez en muchos años, Benedetta sentía con su corazón sin permitir si quiera que su cerebro tuviera algo de cordura. No hubo pensamientos, sentimientos ni medidor de situaciones, fue una feroz mujer enamorada, feliz de ser correspondida.

Había olvidado el dulce sabor de la saliva de Ben, el olor de su piel sin perfumar, el olor de sus cabellos recién lavados.

—Ben, no puedo esconderlo, ya no, has conseguido exponer mis sentimientos. Son demasiado profundos, me dolía que afloraran, pero ahora solo siento dicha.

—Sabía que me seguías amando. Te lo dije, eres mi mujer a los ojos de la madre tierra, le dijo mientras adentraba su miembro con delicadeza entre sus pliegues y tomaba su rostro entre sus anchas y pecosas manos.

Era la primera vez que ambos hacían el amor sin haber fumado previamente marihuana, la primera vez que la consciencia les mostraba el presente deleitándolos del momento real, de cada caricia. El éxtasis, llegaba de otro modo, pero la culminación quedaba envuelta de conexión y sensaciones inmensamente auténticas. Benjamin, tenía que tomar control de su fuerza, porque la pasión podía desbocar el momento y lastimar a su amada sin desearlo. Benedetta respondía con leves gemidos las investidas intensas y repetitivas de Benjamin. Había olvidado lo bien dotado que estaba el pelirrojo irlandés y de la ergonomía de su miembro sobre su interior.

—Benjamin, quiero que esto suceda todos los días, a todas horas, te quiero siempre dentro de mí.

—Benedetta voy a culminar en tu interior, voy a darte mi simiente cada vez que te posea. ¿Me lo permites?

—Sí, Benjamin— respondió con una sonrisa picarona llena de placer.

—Y esta vez no os abandonaré, estaré siempre con vosotros, anclados a nuestra Terrafertile. Deseo tocar tu vientre hinchado de vida, transmitirles a nuestros vástagos con mis manos mi energía de amor y bienvenida y hacerte el amor con una barriga prominente.

—Benjamin, voy a desfallecer, jamás en mi vida fui tan consciente de la forma tan hermosa de hacer el amor, amando de verdad y recibiendo así el milagro de la vida de forma inminente.

El sol no lograba amanecer por las cortinas del hotel, pues eran densas y

cubrían todos los lados de la ventana, una melodía de móvil trataba de despertar de malos modos a la pareja. Ben pensó que se trataría de una alarma de Benedetta, pero ésta supo distinguir la melodía. No recordaba que mantenía el teléfono encendido a la espera de que su prometido diera señales de vida, aquello ahora ya no importaba, sin embargo, había que dar la cara.

—*Hello?* —dijo incómoda sin disimular su vaga voz.

— *¡Ciao, monella!* * —así es como él la acostumbraba a saludarla.

— ¿Qué hora es?

—Perdón cielo, creo que te he despertado, bueno, en Kenia son las 10 de la mañana, allí deben ser la ocho. No sé cómo disculparme por no haber estado contigo en estos momentos tan duros para ti. Salimos de expedición y a pesar de llevarnos los móviles, no había suficiente energía eléctrica en los campamentos para recargarlos. Volvimos anoche al hotel de Nairobi, te llamaba para decirte que pienso tomar un avión privado dentro de un par de horas, así que esta noche cenaremos juntos a la luz de la luna, he pospuesto mi reunión en Washington con mi hijo.

—Alister, no estoy en Florencia —dijo mientras incorporaba su cuerpo desnudo sobre la cama .—Ayer tomé un avión a Dublín, necesitaba perderme, la muerte de mi padre ha sido un punto de inflexión en mi vida.

—Bueno, pues aterrizaré en Dublín, qué más da, lo importante es estar juntos, cariño.

**Monella: una monella en italiano es traviesa, mala, es generalmente un adjetivo para una niña.*

—No Alister, por favor, necesito estar sola, aunque sean un par de días. Disfruta de tu estancia en Kenia y prosigue con tu programación, tu trabajo es importante, sabes que siempre he respetado tu ritmo, hablaremos a tu regreso de Washington, no te preocupes por mí, estaré bien.

—De acuerdo, pues hablaremos a mi regreso, o cuando tu desees, amor.

—Así será.

Benedetta colgó el teléfono antes de escuchar él “te quiero” de su prometido, quizás porque lo temía y no tenía el coraje de ser reciproca a dicha declaración. Ben inclinó su cuerpo, la tomó de la cintura y antes de besarle los labios le exclamó:

— ¿En Irlanda?

—No sabía cómo quitármelo de en medio, Ben. Venía directo a Italia, sentí pánico y no se me ocurrió otra cosa.

—¿Te gustaría que fuéramos a Irlanda? Tus deseos son órdenes para mí,

principessa—

—Supongo que, más adelante. Pero hoy nos volvemos a Terrafertile —dijo mientras se levantaba de la cama desnuda, en busca de su neceser

—¿Te arrepientes de lo que pasó...?

—No, Ben, no me arrepiento. Perdóname —dijo mientras se acercaba a él.

—¿Qué tengo que perdonarte? no hay nada que perdonar.

—No sé. Lamento cómo han transcurrido las cosas, me responsabilizo de la parte que es mi culpa. Anoche recordé el significado de la palabra pasión unido al amor. Desde que te fuiste a Los Angeles no he vuelto a sentirlo. Gracias por despertar de nuevo mi piel, Ben. Me había olvidado por completo de lo bonito que era.

—Sinceramente, a mí me benefició mucho recordarlo, cada noche en mi celda recordaba cuando te sentabas sobre mi miembro y dabas aquellos cadenciosos movimientos mientras recogías tu larga melena en un coiletero.

—¿Te benefició a base erecciones?

—No, boba, me hacía recordar lo hermosa que era tu vida a tu lado. Además, muchas noches soñé con que me dieras un hijo pelirrojo, si supieras la dicha que sentí cuando le conocí.

—En cambio mi mente borró todas esas emociones eran demasiado bonitas para aferrarme a ellas. Ayer cuando me tomaste en brazos y tu cintura se apoderó de mis piernas, dejé de tener amnesia. ¡Cómo me gusta que me ames!

—Dicen que el miedo es un impedimento para ser felices.

—Sí, pero ahora no tengo miedo, Ben, hablaré con Alister, cancelaré el compromiso. No sé cómo lo haré, ni que le explicaré, pero no tengo miedo de nada.

—Benedetta, el día que vino la policía a casa, para comunicarte lo de tu padre, interrumpieron una declaración de amor, ¿recuerdas?

—Sí, quizás no estaba preparada para escucharla, ya sabes, nada es casual.

—Déjame por favor pronunciar por fin aquellas ahogadas palabras. Vamos a volver a ser los de antes, a levantar aquella hermosa escuela, Benedetta, podemos volver a ser compañeros de viaje. Quiero que te publiquen ese cuento y quiero que escribas muchos más, porque quiero que tengamos una docena de hijos que los lean así que ya te puedes poner las pilas escribiendo e ilustrando.

—Y haciendo el amor —dijo ella lanzándose encima de él.

Enfrentarse a un compromiso.

Alister Ramsey era un hombre inteligente y un tanto visionario. No necesitaba demasiadas pistas para sacar conclusiones, era un maestro guardando ases en la manga y observando a sus adversarios. También era sabedor de que la no comunicación, también era un tipo de comunicar, por ello, pidió a su secretaria Clare, que cancelara todos los preparativos relacionados con la boda.

—Ante todo discreción Clare, solo trato de ser precavido, el tiempo es dinero, preferiría ahórrame quebraderos de cabeza, pero por favor, manten serena a la prensa, que no se enteren de nada, encárgate legalmente de que todos los integrantes relacionados con la organización de la ceremonia mantengan el piquito cerrado.

No había tenido noticias de Benedetta desde aquella mañana en la que su voz medio dormida le hablaba haciéndose la escurridiza. Reconocía parte de su culpa y por ello, no se sentía abandonado. Benedetta había sido un capricho más. Le gustaba que las mujeres le persiguieran y dependieran de él, pero esta vez, se había encaprichado de una pantera indomable.

Ben jamás había tenido intención de visitar Londres, no recordaba haberla visitado cuando su madre era una actriz y modelo reconocida. Mantenía sus reservas contra los ingleses y no tenía absoluto interés en visitar la isla de los británicos, No obstante, debía mantener el tipo como escolta de la famosa modelo y, ahí estaba, observando el caudaloso río Támesis con Patricio, mientras su amada cerraba un capítulo que ya era pasado.

Para Benedetta era fácil acceder a las oficinas de Alister sin cita previa. Tenía licencia para entrar y salir siempre que lo deseara. Mientras subía por el ascensor del edificio se esforzaba en recordar cuándo fue la última visita, era una tonta forma de despistar a los nervios, pero éstos se anteponían a la concentración. Hizo varias respiraciones intensas de diafragma, para evitar apaciguar su temor a enfrentarse a un tiburón de las finanzas, Alister era un tauro cabezota, odiaba no salirse con la suya y en esos casos se comportaba como un toro, envistiendo con profunda voz y carácter a todo aquel que se le cruzaba. Era difícil andar con aquellas botas de tacón de aguja cuando las piernas temblaban como una gelatina. Su familiar taconeo, alertó a Clare,

quien levantó sus ojos del ordenador para saludarla.

—Hola Benedetta, ¿Qué tal todo por Italia? ¿Cómo estás tú? ¿Y tu madre? —dijo mientras se levantaba para saludarla de forma más calurosa.

—Hola Clare. *Mamma* está bien, va asimilándolo poco a poco, igual que yo. ¿Puedes avisar a Sir Ramsey que estoy aquí?

—Sí, claro, acompáñame, a estas horas los viernes está disponible, como bien sabes.

—Sir Ramsey— pronunció la asistente asomnada la extremidad superior por la puerta entre abierta.

—Sí, Clare.

—La señorita Benedetta.

—¡Ah! estupendo, que pase, por favor. —respondió con efusividad.

Benedetta irrumpió en el gigantesco despacho del magnate, como siempre el suelo brillaba reflejando las siluetas de los presentes y los cristales mostraban los colores grisáceos de una ciudad con clima imprevisible. Era un día despejado y la luz se filtraba por los gigantescos cristales de la oficina.

—Hola Beni— dejó levantándose para recibirla.

—Hola Alister.

Alister le dio un casto beso en la frente y a continuación la estrechó fuertemente contra sus brazos.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo besándole su mano. —Estás muy hermosa.

—Tú siempre me ves bonita, Alister. Pero, a decir verdad, por dentro, estoy un poco nerviosa, ¿me puedo sentar?

—Claro, ponte cómoda.

Benedetta movió sus cadenciosas caderas hacia la butaca ubicada en frente la silla de despacho de Alister. Su abrigo solo dejaba entrever una bonita falda lápiz color malva con unos zapatos grises de tacón vertiginoso.

—Alister, con la muerte de mi padre, he entendido que las personas morimos cuando finalizamos nuestra misión en la vida o en el caso de mi padre. Siempre he pensado que todo sucede por algo. Cuando se pierde un ser querido también se abren caminos que estaban bloqueados, las cosas se ven de un prisma diferente. En este caso, la muerte es un camino a otra vida es un acto de amor universal.

—Te has vuelto muy espiritual, Benedetta.

—Puede ser. Aunque creo que casi siempre lo fui. Suena muy duro decirlo, pero mi padre me ha hecho un regalo muriéndose. Me ha facilitado el camino a

la felicidad y no puedo ser ingrata y mirar a otro lado.

Alister se acercó arrastrando su silla hacia Benedetta y la tomó con sus dos manos.

—Ya no quieres casarte, ¿verdad?

Benedetta, intimidada por la situación, solo pudo mover el cuello de un lado a otro.

—Alister, lo siento, de verdad

—Tranquila, Beni, te dije que te lo iba a dar todo, todo lo que pidieras. Creo que entendiste solo la parte económica, pero también entrañaba todo aquello que no tiene precio, eres libre, Beni, quiero que seas feliz, conmigo o sin mí.

—Gracias, Alister, por ser así.

—¿Puedo preguntar algo, Benedetta?

La joven temió la interrogación, pero tomo aire y afirmó de nuevo con la cabeza.

—Hay otra persona, ¿verdad?

—Alister, no te puedo mentir, no te lo mereces. Además, si no lo sabes por mi lo sabrás a través de los medios de comunicación. Benjamin, el padre de Patricio, ha vuelto a Montepulciano. Él no sabía de la existencia de Patricio. Al principio me blindé a cualquier cambio en mi vida, para mí no había mejor opción que el de ser tu esposa. Pero conforme transcurrían los días, la vida me iba mostrando el camino que debía elegir, el más correcto para mí y mi hijo.

—Gracias Benedetta por venir y ser tan transparente. Sabes, yo ya lo intuía, de hecho, Clare ha empezado a cancelar la boda de forma discreta.

—Eres muy listo, Alister, confieso que venía algo asustada, temía enfadarte.

—Bueno, a nadie le viene bien que le rechacen, pero, si tú no hubieras sido feliz, entonces, me hubieras hecho a mí un desgraciado. Así mejor, ¿no crees?

—Claro.

—Eres una fiera, Benedetta, no lo olvides nunca. Eres capaz de conseguir todo aquello que te propongas. Y no olvides que si algún día necesitas ayuda de un amigo, estaré a tu entera disposición.

—Gracias Alister. Deseo que seas muy feliz, créeme que te quiero, no como a mi prometido, pero...

—Tshciiss, déjalo así, *monella* —dijo mientras le acariciaba el mentón.

Benedetta brindó sus brazos a Alister, éste la tomó de la cintura y le dio un

fuerte abrazo.

—Me invitarás a la boda ¿verdad?— afirmó Alister.

—Pensé que declinarías la invitación, pero sí, me encantaría verte, Alister. El abrazo parecía dilatarse más de lo común, pero era agradable, los brazos de ambos se fundían sin tensión ni cuestión. —Alister, eres todo un caballero.

—Eso mismo debió pensar la reina, cuando me hizo lord ¿No crees?

—Sí, bien merecías tu título de caballero inglés



Benedetta nunca imaginó cómo iba a ser su día. Tampoco lo deseó de una manera intensa y apasionada, por eso, permitió que Alister delegara en sus asistentes. Ahora, se podía permitir la opción de elegir. Sobrio o fastuoso, católico o civil, todo sería a su gusto. Desear aquello que nunca había ingeniado, pedía un poco de inspiración y autenticidad.

La primera tarea, enmendar era el vestido de novia, desde el aeropuerto de Heathrow, la modelo contactó con Antonello Robelli para solicitarle que no progresara con la composición de aquel traje tan pomposo y encolado. Durante el trayecto de vuelta, mientras Patricio dormía en el regazo de su padre, Benedetta había diseñado sobre una libreta su vestido de novia. Sería un vestido blanco, de línea recta algo encolado con tirantes trenzados dorados, otorgándoles así un tributo a sus diosas griegas tan presentes en la villa, el cabello iría recogido y llevaría una tiara de margaritas blancas.

Habían pasado cinco meses desde el trágico fallecimiento de Leopoldo. No había necesitado mucho tiempo más para organizar una boda. Con tan solo dieciséis invitados daba margen para disfrutarlo a la vez de dotarlo belleza y autenticidad. Todos ellos incluido el novio, esperaban bajo la brisa de la costa amalfitana que la hermosa novia hiciera acto de presencia en el lugar. Una bonita y clásica canción italiana, sonaba desde una gramola de los años treinta. Benjamin no hizo caso a los consejos de su madre y su futura esposa, las cuales pensaban que el traje blanco, no sería favorecedor para él con ese tono de piel tan níveo. Pero era su elección y, a decir verdad, a Ben, con esa planta, le quedaba bien todo.

La ceremonia, fue sencilla y rápida, finalizada y tras recibir las felicitaciones de los invitados, los novios tomaron una restaurada *mobylette* italiana pintada de blanco y se dirigieron hacia el puerto de Capri, donde les

esperaba un pequeño yate rumbo a los pináculos rocosos del mar Tirreno, la atmósfera poética de Amalfi donde un día, sin reconocerse, trabajaron en un spot publicitario. Posteriormente, se dirigirían al muelle de la villa donde se celebraba el ágape, justo al lado de la mansión de Salvatore Ferragamo, una casa ostentosa preparada y acondicionada con todas las necesidades que un inolvidable convite requiere, regalo del pintoresco Lord Ramsey, los invitados habían sido trasladados en un autobús y ya disfrutaban del *limoncelo* fresco y los elaborados y surtidos canapés

Patricio paseaba de la mano de sus abuelas, los tres contemplaban al yate amarrándose mientras que unas manos se agitaban a lo lejos en señal de saludo.

—¡Cómo me gustan los finales felices! —exclamó Maureen apartándose las lágrimas con elegancia para no estropear su maquillaje.

—Aunque, me quedo con las ganas de que se vuelvan a casar en Irlanda.

—Benjamin con su quilt y nada debajo...—reclamó *Sofia*.

—Dios mío, *Sofia*, te ha poseído el espíritu de una pícara, no me creo que hayas dicho esas palabras.

—Contigo, me resulta fácil sacar mi lado pícaro, Maureen, además, sé decir lo que te gusta escuchar.

—¡Es verdad! —respondió ella tras una carcajada. —Déjame a mí, en menos de un año, repetimos boda en Irlanda.

—¡Di que sí! Además, me aburre Montepulciano, en dos meses aquí, la temperatura empieza a subir sin piedad y solo las cigarras tienen el valor de retar al intenso sol, Irlanda nos sentará bien a todos. Además, siempre he sentido una fuerte atracción por la cultura celta y los ritos paganos que la envuelven.

—Amiga ¡Tú no sabes con quien estás hablando! ¿verdad?

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es pura ficción, cualquier personaje parecido a alguien real, es pura casualidad. He tenido la suerte de poder viajar a Montepulciano y otros bonitos pueblos colindantes, gracias a ello, me he podido nutrir mucho más de mis personajes.

Conforme finalizo este trabajo, siento que los personajes me piden más. Hay que casar a Benjamin y a Benedetta en Irlanda y conocer los entresijos de sus vidas, pero, sobre todo, hay otros personajes que tienen mucho más que contarnos. Porque todos ellos, se hayan sumergidos en el encuentro y búsqueda de sus almas gemelas. No obstante, la inspiración va y viene y ahora mismo se

fue. Escribir puede ser el trabajo más bonito para un amante de la lectura, pero una vez finalizada una novela, las cosas son complicadas, hoy en día, sin una buena campaña publicitaria y una buena distribución tus novelas son algo valioso, para un reducido número de lectores. He tardado en entender que escribir debe ser mi ocio y mi pasión, no el recurso de mis finanzas.

Mientras edito esta novela, me encuentro en la hermosa tarea de ser madre primeriza, con poco tiempo para dejar fluir la inspiración. Y esto me lleva a agradecer a mis lectoras que respeten mi ausencia y que cuando reaparezco sigan ahí, deseando leerme. Gracias por comprenderme, sabéis que cuando le doy a la tecla pienso en vuestras caritas leyendo aquel capítulo intrigante que te pide seguir y no apagar la luz de la mesilla.

Sin vosotras, esta autora, no tendría razón de existir.

[1] *cantucci alle mandorle*: una especie de pastas secas realizadas con la técnica del [biscote](#), produciendo un pan tostado dulce, con almendras

[2] Sasanach es una palabra que se usa principalmente por los irlandeses para designar a un inglés. Se deriva del significado gaélico escocés Sasanach, originalmente, "Saxon", del latín "Saxones", sino que también fue anteriormente aplicada por los montañeses a (que no hablan gaélico).

[3] Isabel II: Así, Shirley temple es como se hacía llamar la propia Reina Elisabeth de Inglaterra a la hora de enviar las invitaciones de sus fiestas de Ascot y de cumpleaños privadas o cuando deseaba ir de incognito. Pero también se dice que dicho sobrenombre, fue utilizado por su tío el duque de Windsor y su esposa en tono satírico.

[4] Paddy: Nombre despectivo que usan los británicos para llamar a los irlandeses.